

PROYECTO

EWYA

Made in Cuba

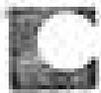


27



POLICIACA

JUAN ANGEL CARDI
EL AMERICAN
WAY OF DEATH



EDITORIAL
EDICIONES CUBANAS
CIUDAD DE
LA HABANA, CUBA.
1969

**JUAN ANGEL CARDI
EL AMERICANO
WAY OF DEATH**

Los amantes del género policial encontrarán en **El american way of death** un clásico argumento de suspense, con la presentación del crimen original (del que se derivan luego otros), las peripecias de las investigaciones y el desenlace sorprendente; pero, por otra parte, el libro se constituye en una sátira, simpática y desmitificadora, de los procedimientos tradicionales de la novela policial burguesa, caricaturizando, en la combinación sobrino-tío, los dos arquetipos del detective privado: respectivamente, el investigador cínico y fogoso (a lo Mike Hammer), y el supersesudo que, a pura deducción, desentraña el misterio desde la soledad de su gabinete (estilo Nero Wolfe). Con una prosa ágil, fluida, de un laconismo hiriente, el autor pone de relieve la corrupción de la sociedad norteamericana en pleno período macarthista, con su dantesca fauna de gánsters, drogadictos, meretrices, políticos venales y delincuentes devenidos policías.

COLECCIÓN: RADAR 27



Juan Ángel Cardí

EL AMERICAN WAY OF DEATH



ePub r1.0
ePub2.0

Edición: Josué Marrero
Redacción: José Tajés
Cubierta: Rusky Gamboa

© Juan Ángel Cardí, 1980
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1980

Impreso en la Empresa Poligráfica “Alfredo López”, del Ministerio de Cultura, en el mes de diciembre de 1980. “Año del Segundo Congreso”

EDITORIAL LETRAS CUBANAS
Calle G, No. 505, El Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba.

Editor digital: WeaR&WaZ
ePub base r2.1





—ewya_#025(14)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de autores cubanos...

WeaR&WaZ[®]
©RíverDry 23.01.2022

*A mis hijos Armando y Lourdes,
por el honroso uniforme que
visten*

El coro allí de

comerciantes
usureros
papagayos
lynchadores
amanuenses
policías
capataces
proxenetas
recaderos
delatores
accionistas
mayorales
trúmanes
macártures
eunucos
bufones
tahúres

El coro allí de gente

seca
sorda
ciega
dura

NICOLÁS GUILLÉN; *Elegía a Jesús Menéndez*

Epílogo en tiempo de prólogo^[1]

Con la captura del hombre —justamente a las veintitrés horas y trece minutos de aquel jueves de diciembre de mil novecientos sesenta y siete— la operación se dio por terminada. Al conocer la noticia, resoplé toda la ansiedad acumulada a lo largo de tres noches y dos días.

Infiltrado por una lancha rápida que a las veinte y veinte del martes anterior fuera sorprendida y hundida por un guardacostas a tres millas del litoral habanero, el hombre, a las veinte y veintisiete, emboscado detrás de unos mangles costeros, había asesinado a un compañero guardafronteras y herido gravemente a otro. A las veinte y treinta y cinco, un pacífico ciudadano que circulaba por la carretera que corre muy cercana y casi paralela a la costa, cometió la inocente virtud de frenar su automóvil ante «las desesperadas señales» que le hiciera «un hombre muy alto, portador de un largo y estrecho paquete». En menos de un minuto vio recompensada su ingenua amabilidad con el violento despojo de su viejo **studebaker**. La descripción física del individuo y las características del auto fueron circuladas a las veintiuna y cincuenta a todas las unidades del Ministerio del Interior, las que a su vez alertaron con la habitual rapidez a los Comités de Defensa de la Revolución.

A las veintidós y diez, una pareja de vigilantes cederistas comunicó haber localizado el studebaker en una oscura calle de Bauta. A las veintitrés y cincuenta y cinco, un chofer de ómnibus llegó a la zona 11 de los CDR del seccional Cerro con el objeto de relevar al operativo de guardia. Enterado de la operación urgente que se realizaba, comunicó a sus superiores que esa noche, cuando él rendía su último viaje desde Artemisa, al pasar por Bauta a las veintidós y cinco, había recogido, bajo las ráfagas de un violento

aguacero, a un hombre que respondía a la reseña circulada, sin que pudiera precisar la parada donde el individuo abandonara el ómnibus.

Yo estaba de guardia en la oficina y a las veinticuatro horas recibí por teléfono la orden de ponerme en camino para entrevistar a la presidenta de un CDR, quien diez minutos antes informara a la correspondiente unidad del DOP que un hombre sospechoso, cuya descripción coincidía con la del reclamado, había realizado una llamada desde un teléfono público instalado en el portal de una bodega de Luyanó.

A las cero horas y veinte minutos del miércoles llegué a la modesta casa de la calle Arango donde residía Juana Nodal. Era una mujer rolliza, pero ágil, que llevaba con vital optimismo sus cincuenta y tantos años. Recordaba con notable precisión cada detalle del individuo: el modo de sujetar bajo el brazo el extraño paquete «ni ancho ni estrecho, ni corto ni largo»; los movimientos sigilosos, el nervioso discar del teléfono, el rápido ademán de colgar el receptor cuando ella se acercaba al portal y la excitada presteza con que se alejó del lugar.

—Yo corrí detrás de él, teniente —dijo, con tono atribulado—. Y grité, pero cuando acudieron algunos vecinos no encontramos ni la sombra. En seguida regresé a la esquina para recoger el papel y llamar a la unidad.

—¿Para recoger qué papel? —pregunté, intrigado.

Lo extrajo de su abultado seno y me lo tendió, evidentemente orgullosa de satisfacer mi interés.

—El asesino lo tenía en la mano cuando hablaba por teléfono y se le cayó cuando huía —explicó.

Era una tira estrecha y corta, arrancada —según pudo verificarse después— de una de las páginas de un reciente número de **Esquire**, y en la que estaban escritas con tinta dos enigmáticas palabras: «Mai Fox.»

Nuestro grupo estaba reunido en el salón de conferencias de la oficina. Habíamos especulado un par de horas alrededor de un punto común a todas las diligencias practicadas: el hombre llevaba consigo un raro paquete, «ni largo ni corto, ni estrecho ni ancho», y disfrutábamos de un reconfortante paréntesis en torno al dorado termo de café. Amiel, nuestro jefe, dictaba

algunas órdenes por teléfono. Liorno Colino, acodado en la ventana que mira al mar, parecía abstraído en la contemplación de un petrolero soviético que se disponía a entrar en puerto. Vladimir Perea, con los antebrazos apoyados en el respaldar de la silla, silbaba en tono discreto un aire de moda. Mi tío parecía dormir, pero yo sabía que meditaba. Por mi parte, sentado entre él y Amiel, me entretenía en trazar una y otra y otra vez en un papel las seis letras misteriosas. Liorno dejó su observatorio, se frotó con las manos los ojos somnolientos y se acercó a la mesa para preguntar, señalando el papel:

—¿Quién será Mai Fox? ¿Un hombre o una mujer?

—**Mai** parece un chiqueo de Mario —apuntó Perea.

—Yo conozco una Amalia a la que le dicen **Mai** —aporté.

Liorno bostezó largamente antes de decir:

—¿Cuántas personas habrá en La Habana con ese apellido?

Restallé dos dedos y —lo digo sin sonrojo y sólo por dar una pálida idea de cómo andaba a tales horas mi sentido deductivo— expelí una tontería merecedora de primer premio con diploma y medalla de oro:

—¡Esperen! ¡Eso está en inglés! **Mai** es la correcta pronunciación inglesa de un adjetivo posesivo que significa mi. Y **fox** quiere decir **zorro**.

—¡Mi zorro! ¡Mai zorro! ¡Fox mi! —comenzó a especular Perea, sin duda con la aspiración de ganar la medalla de plata.

Tío abrió los ojos y nos abarcó con una mirada tan compasiva que me enrojeció las orejas. Después echó un vistazo indolente sobre el papel en que yo seguía trazando, incansable, aquellas dos palabras. Amiel colgó el teléfono e informó:

—Acaba de completarse la circulación del dato entre todos los ce de erres de la ciudad. Esperemos si alguno de ellos informa que en su zona vive alguien con ese nombre o apodo...

Fue ese el momento escogido por mi tío para decir, en voz muy baja, como si monologara:

—Eso no es un nombre.

Todos lo miramos como si él fuera un rinoceronte metido dentro de un pomo de leche. Él acercó hacia sí el papel, sin voltearlo, y miró las letras con los ojillos entrecerrados.

—No. No es un nombre —dijo al cabo de unos segundos.

—¿Y qué es? —coreamos Liorno, Perea y yo.

Soslayó nuestra pregunta y se dirigió a Amiel:

—¿Quieres verificarlo?

—¿Verificar qué? —preguntó el capitán.

—Que se trata de un teléfono y no de un nombre. Liorno exclamó:

—¡Pero los teléfonos no se componen de letras!

Perea y yo reímos con descamada ligereza. Amiel miraba el papel con mucha seriedad. Tío sonrió bondadosamente y se volvió hacia Liorno para decirle en tono paternal:

—No hagas caso de esas risas, hijo. No tienes por qué saber que antes de tú bajar de la Sierra los teléfonos se identificaban con letras y números y que, en el disco, a cada número correspondía una letra.

Mientras Vladimir Perea y yo nos ruborizábamos, él tomó mi bolígrafo, trazó en el papel los números del disco telefónico y dijo:

—¿Quieren ayudarme a recordar las letras que les correspondían?

—Yo recuerdo que al tres correspondía la efe —dijo Amiel.

—Y al seis, la eme —aporté.

—¡Un momento! —dijo Perea—. En el tercer piso hay una vieja guía telefónica.

Corrió a buscarla, pero cuando llegó con el destartado libraco, ya nosotros terminábamos de completar el jeroglífico:

1-2-3-4-5-6-7-8-9-0
L-B-F-I-A-M-U-W-X-O

Casi le arranqué el bolígrafo de la mano y, con ansiosa celeridad, coloqué debajo del supuesto nombre los números correspondientes a cada una de las seis letras:

MAI FOX
654 309

Al ver tal resultado, dije, sinceramente condolido:

—Ningún número de teléfono comienza con sesenta y cinco, ni comenzaba con eme a.

—Es cierto —replicó tío calmosamente—, pero sí existen miles de teléfonos que tienen delante los números nueve cero.

—¿Usted supone que se trata de una inversión del verdadero número?

—Estoy seguro.

A lo largo de muchos años de convivencia bajo el mismo techo y de muy íntimas relaciones familiares he aprendido a interpretar sin errores cada uno de los matices de su voz. Por eso, al escuchar su afirmación, pronunciada en tono modesto, pero enfático, yo también estuve seguro de lo que él decía. Intercambié miradas con Amiel, que también lo conocía de años, y leí en la suya que tampoco dudaba. El capitán se disponía a dar una orden y Liorno se anticipó diciendo:

—Yo voy, jefe.

Amiel asintió sonriendo, le entregó el papel donde anotara el número 90-3456 y el muchacho agarró la gorra y salió sin despedirse.

Veinticinco minutos después estaba de regreso, abanicándose con la gorra y jadeando ruidosamente.

—Ésta es la dirección donde está instalado ese teléfono.

Amiel me pasó el papel que Liorno le entregara y me dijo:

—Ocúpate de eso. Ve con Colino. Ropa de civil.

La casa —una vistosa residencia de dos plantas, con jardín y garaje— estaba en una zona poco poblada de Guanabacoa y era la única construcción en una manzana yerma, en la que las malezas crecían impunemente. Cuando pasamos frente a ella, una ráfaga de fuerte viento levantó una espesa cortina de polvo reseco y rojizo. El CDR que atendía el área estaba situado a dos cuadras de distancia, en la misma calle. Liorno aparcó el carro debajo de un frondoso flamboyán.

Cuco Paredes, el presidente del Comité, era un viejo ferroviario retirado, y Nacho Murelo, responsable de vigilancia del CDR y bracero del puerto, disfrutaba en esos días de vacaciones. Reunido con ellos, supe que el inquilino de la casa solitaria había sido propietario de algo así como una cadena de bares en los que, más que con bebidas, se comerciaba con mujeres. Por supuesto, a un tipo que todavía sonreía con orgullo cuando algún

conocido de aquella época lo llamaba por su alias —**Chulo Loco**— no podía pedirle que aportase a la Revolución siquiera un frasco vacío de compota. Su mujer —que fuera una de las meretrices caras de La Habana de entonces — había liado un día las maletas para largarse a Estados Unidos.

—Entonces —pregunté—, ¿el hombre vive solo en esa casa?

—Sí. Pero todos los días se va en su carro a eso de las once de la mañana y no regresa hasta pasadas las diez de la noche. En esa casa sólo entra una señora que viene a limpiar dos veces por semana.

—¿De qué vive él?

—Tenía dos o tres casas de apartamentos y el Estado le paga un subsidio mensual —informó Cuco Paredes.

—Pero yo creo que él gasta más de lo que recibe del gobierno —apuntó el responsable de vigilancia.

En ese momento entró la esposa de Cuco portando una bandeja sobre la que humeaban tres tazas de café. Antes de ponerla sobre la mesa, pasó un paño por la empolvada superficie y dijo:

—¡Maldito polvo! Hace apenas un cuarto de hora limpié estos muebles y miren cómo están...

Después de saborear el café, dije:

—¿Recibieron ustedes el pasado martes por la noche la descripción de un tipo acusado de asesinar a un guarda fronteras?

—Sí, oficial —respondió Nacho Murelo.

—¿A qué hora la recibieron?

—Poco después de las diez. Inmediatamente avisé a varios compañeros para comenzar la vigilancia en seguida.

Eso significaba que ellos se habían puesto en estado de alerta antes de que el asesino fuera visto hablando por teléfono.

—¿Chulo Loco estaba en su casa a esa hora?

—No. Él llegó pasadas las once y media, pero salió poco después.

—¿No puedo precisar la hora?

—Fue al filo de las doce. Lo recuerdo porque en ese momento llegaron varios compañeros del DOP para verificar las guardias.

—¿Salió en su automóvil?

—Sí.

—¿A qué hora regresó?

—No regresó.

—¿Que no regresó? —pregunté, intrigado.

—No —afirmó Murelo—. Yo le garantizo que entre las doce de la noche del martes y las seis de la mañana del miércoles, el hombre no volvió a su casa.

—Sin embargo —dijo el presidente—, yo lo vi salir ayer miércoles a las once de la mañana.

—Eso quiere decir —razonó el otro— que él entró después de las seis y antes de las once.

—Eso parece bien claro —aprobé—. ¿Y no han notado ustedes nada anormal?

—No. Hoy, poco antes de ustedes llegar, él salió —dijo Cuco Paredes.

—¿Iba solo?

—Sí. Creo que sí...

¿Qué días viene la mujer de la limpieza?

—¡Caramba! —exclamó Nacho—. Eso sí no puedo decírselo.

—Pues yo sí...

Nos volvimos automáticamente. La mujer de Paredes sonreía desde la puerta que comunicaba con el interior de la vivienda. Como sin duda sabía que su intervención había provocado expectación, sonrió antes de decir:

—Ella viene los lunes y los viernes, siempre a las ocho de la mañana. ¡Maldito viento!

Y bien podía llamarse maldito a un viento que empujaba hasta dentro de la casa una espesa masa de polvo ocre.

—¿Usted tiene algo que hacer ahora? —pregunté a Murelo.

—Nada, oficial. ¿Puedo ayudar en algo?

—Sí. Esa casa está demasiado aislada en una manzana llena de manigua. Quisiera que usted vigilara la parte trasera.

—Ahora mismo.

—Hágalo discretamente.

Sonrió al decirme:

—No se preocupe. Vivo justamente en la casita verde que está en la calle de atrás. Desde allí puedo ver perfectamente el fondo de la casa de Chulo

Loco.

Saludó militarmente y se fue.

Cuando salí a la acera, coincidí con Liorno.

—No se ha podido verificar si el tipo está en esa casa —le informé—. Y el inquilino salió poco antes de llegar nosotros.

—¡Pero en esa casa hay alguien! —exclamó.

—¿Qué dices?

—Lo acabo de comprobar, teniente.

—¿Cómo?

—Cuando pasamos frente a la casa, todas las ventanas estaban llenas de polvo...

—¿Y qué?

—Que acabo de pasar por allí y en una de las persianas hay dos huellas claras, como si alguien hubiera puesto las manos desde dentro.

—Entonces —dije alborozado—, estamos en estado de alarma, muchacho.

—¿Vamos a entrar ahora, teniente?

—No. Hay otro pájaro fuera de la jaula.

No nos correspondió a nosotros cazar a los dos pájaros. Relevados aquella tarde por Amiel y Pereda, ellos allanaron la casa poco después de que llegara Chulo Loco en su auto. Ni el asesino ni el ex dueño de bares ofrecieron resistencia cuando Amiel, después de hacer saltar la puerta principal de un empellón, penetró en la sala pistola en mano, en tanto que, simultáneamente, Vladimir Perea rompía la puerta trasera con deliberado estruendo.

Eso ocurrió exactamente a las veintitrés horas y diez minutos del jueves. Poco después, Amiel me llamaba a la oficina para que yo circulara la orden de dar por cerrada la operación.

Colgué el receptor y me volví hacia tío, que estaba sentado ante su tablero de damas.

—Amiel quiere que usted vaya a descansar —le dije—. Lo ha designado para interrogar mañana a esos bandidos.

Hizo una jugada con una ficha blanca y levantó la mirada.

—¿El paquete contenía un fusil especial? —preguntó.

—¿Cómo lo supo? —dije, asombrado

—Pensé en que un paquete que no es ancho ni estrecho, ni largo ni corto, que puede llevarse bajo el brazo y que es celosamente cargado por un individuo de esa catadura moral y procedente del Norte, muy bien pudiera contener un fusil desarmable que, sin duda, tendrá su mirilla telescópica para que un asesino profesional no pueda fallar el tiro dedicado de antemano vaya usted a saber a quién. Y no me asombraría si me dijeran que los proyectiles que trae ese canalla están rellenos con alguno de esos potingues mortíferos con que ahora experimenta la CIA.

Sentado a mi lado en el viejo Chevrolet de la familia, tío dormitaba. De pronto, me asaltó una preocupación, y como yo no puedo dormir con preocupaciones, le pregunté:

—¿Cómo llegó a deducir eso del teléfono?

Entreabrió sus ojillos expresivos y respondió:

—Lo acostumbrado, lo normal es que uno anote el nombre y el teléfono de la persona a la que desea llamar o debe llamar. Sin embargo, a veces se anota el teléfono y no el nombre —hizo una breve pausa y añadió—: **Pero nunca se anota el nombre sin anotar el teléfono.**

Al día siguiente, Amiel, Perea y yo esperábamos en la oficina. Aunque ninguno de nosotros dijo una palabra que lo demostrara, lo cierto es que estábamos impacientes y desasosegados.

Al fin, a las doce y cuarenta —¡cuatro horas y diez minutos de espera!— se abrió la puerta del corredor. Tío, con visibles muestras de fatiga en el rostro, entró y se sentó ante la mesita del tablero de damas. Después, con voz cansada, o peor que cansada, dijo:

—Ese canalla está dispuesto a confesarlo todo. Aquí está la minuta para redactar el acta.

—¿Dónde está él?

—Ahora subirá con Liorno.

Estiró una mano y la puso sobre mi hombro.

—Prepárate para recibir una sorpresa, nene —me dijo.

Cinco minutos después, volvió a abrirse la puerta del corredor. Por muy preparado que hubiera estado para recibir la anunciada sorpresa, no habría podido hacer menos que ponerme en pie de un salto. Por su parte, el hombre que entró seguido por Liorno Colino sufrió una conmoción idéntica a la mía y se detuvo ante mí, paralizado por el asombro. Entonces, los dos, ante la común inverosimilitud, dijimos simultáneamente y en idéntico tono:

—¿Es usted?

—¿Se conocen? —preguntó Colino.

Tío comprendió que la ira no me permitía hablar y respondió:

—Sí. Ambos fueron, en cierto modo, protagonistas— de cierta historia, una historia de los tiempos en que él —puso una mano sobre mi hombro— y yo jugábamos a los detectives por pura distracción.

—¿Quién traduce todo eso? —preguntó Vladimir Perea.

—Yo tampoco entiendo una palabra —dijo Liorno.

—Yo sí creo entender —dijo Amiel, clavando los ojos en mí—. ¿Se trata de aquel asunto de la brasileña?

—Sí —respondí.

Perea hizo un ruidito con los labios

—Otro día les hago el cuento, muchachos —dije—. Vladimir, siéntate a la máquina.

El capitán se disponía a salir cuando tío le dijo:

—Espera, Amiel. Estoy cansado. ¿Puedes llevarme a casa?

—Sí, viejo, vamos. Vamos.

Cuando ellos salieron, tomé la minuta y comencé a dictar el encabezamiento de lo que sería prolija y pormenorizada acta de confesión de Joseph Barelli, primer paso legal en el camino que habría de conducirlo pocos días después hasta el paredón de fusilamiento.

La soleada mañana de aquel domingo era hermosa. Los muebles de la terraza de Amiel eran cómodos. Los niños del vecindario jugaban felices en la acera sombreada por viejos laureles. La cerveza estaba fría. Sin embargo, el capitán

y Perea estaban enfadados. Y todo porque habían pasado algunas horas enfrascados en el inútil intento de ganarnos siquiera una partida de dominó a Liorno y a mí.

Vladimir llegó desde el interior de la casa con una fuente repleta de papas fritas a la Juliana y al ponerla en el centro de la mesa, luego de apartar a un lado las fichas del dominó, me dijo:

—Teniente, ¿por qué no nos cuenta ahora aquella historia?

Y en tal hermosa mañana de domingo, salpicada por risas de niños felices, les conté la historia que hoy transcribo. Aquí me parece necesario advertir que no fue aquella la primera vez —ni la última— que tío y yo trabajamos juntos en la solución de un caso criminal. Fue después del endiablado asunto que fuera conocido como «El caso del beso con sabor a cereza»^[2] y de otros problemas no menos difíciles, que ocurrió la sangrienta aventura de Nueva York. Eran otros tiempos, por supuesto. Y otra la sociedad en que vivíamos. Por lo tanto, inevitablemente, otros tenían que ser los procedimientos a utilizar. Es necesario comprender que por entonces tío y yo, al entregarnos con desinteresado celo a la búsqueda del culpable de algún hecho delictivo, teníamos en contra nuestra, no sólo la astucia del criminal y su natural inclinación a quedar impune, sino también a la propia policía. En verdad, siempre fuimos reluctantes —y uso este vocablo por la precisa diferencia que tiene con sus presuntos sinónimos **reacio** y **renuente**— a colaborar con cuerpos represivos que en modo alguno —ni por su razón de ser, ni por sus métodos, ni por sus propósitos— podían ser órganos de lo que nosotros entendíamos por justicia; es decir, esa congruente estructura legal sobre la que se levanta la confianza intrínseca que tiene un pueblo —como hoy la tiene el nuestro— en su seguridad social, en su bienestar económico y en su libertad política y que sólo es posible sentir cuando se goza del ejercicio absoluto del poder

I. Aparece el primer cadáver de la serie

Domingo por la mañana

Fue en verdad muy lamentable que el entonces Primer Ministro de la Gran Bretaña arribase a Estados Unidos el mismo día en que apareció en una suite del Waldorf-Astoria el cadáver desnudo de la señora Amorihna do Portobelo. Ella, por supuesto, no fue culpable de la coincidencia, pues, sin duda alguna, vivió y murió sin saber que existía un primer ministro en Inglaterra, así como ignorante de que la paz mundial estaba en permanente peligro de quebrarse. Por su parte, el ilustre visitante no tuvo elementos que le permitieran prever que el día de su llegada encontrarían muerta a una notoria cortesana en un apartamento cerrado por dentro y ubicado nada menos que en el hotel destinado a servirle de sede. Lo cierto es que buena parte de la prensa, que había hecho cuidadosos preparativos para destacar la visita del honorable político inglés, relegó esa información a páginas interiores para dedicar, a última hora y con la habitual febrilidad, las primeras planas al endemoniado asunto. Hasta **The New York Times**, tan conservador, tan ponderado, no pudo resistir la tentación de ofrecer, muy destacados con sugestivos titulares, los más íntimos detalles del suceso en que aparecían envueltos nombres de gente muy conocida.

Estoy seguro de que si no hubiera mediado tanta publicidad, mi tío no le habría dado importancia al asunto, pues, aparte de que sólo ojeaba los cintillos de los diarios, su inglés era demasiado refinado para entender el enrevesado y telegráfico **slang** de los periódicos.

Estábamos hospedados en el Waldorf porque él había sido invitado a participar en un congreso de clínicos debido a sus profundos conocimientos sobre el hidrargirismo. Por mi parte —como yo le manifestara en La Habana mi deseo de hacer el viaje, sin explicarle el porqué—, era un invitado impuesto por él, ya que insistió en que yo lo acompañara en calidad de traductor.

No es mi intención ofender a nadie, pero me pareció que el tal congreso sólo fue organizado con el oculto objeto de que un centenar de amigos dispersos por el mundo tuvieran un pretexto para reunirse en Nueva York a fin de pasar un par de semanas comiendo bien, bebiendo mejor y conversando alegremente, todo con cargo a The Clinic and Surgery International Council, una respetable entidad muy bien dotada de mandas, subsidios, legados y donaciones, tanto oficiales como privadas.

Aquella mañana dominical, tío echó una ojeada a los titulares de los diarios —cada día nos llevaban a la suite diez o quince libras de publicaciones— mientras yo echaba sobre él inquietos rabillazos de ojo. Cuando lo vi muy interesado en doblar un tabloide amarillo para intentar la lectura de una información, me dije que no me faltarían motivos para despejar un poco el aburrimiento que llenaba muchas horas de mi tiempo. Aquél no era mi primer viaje a Nueva York. En una ocasión, entre otras, había estado allí una temporada lo suficientemente larga como para llegar a conocer todos sus vericuetos urbanos y todos sus laberintos sociales, por lo cual ahora sólo salía del hotel para realizar alguna que otra gestión relacionada con el verdadero motivo de mi viaje.

—¿Y eso ocurrió en este piso? —me preguntó, al cabo de diez minutos de laboriosa lectura.

—Sí —respondí—. A la derecha del corredor, en la suite vecina. ¿No ha visto usted toda la gente que circula por aquí?

—No acostumbro a pasar mi tiempo atisbando corredores. Además, todos los pasillos de todos los hoteles de esta ciudad tienen exceso de circulación.

Como no me gusta quedar a retaguardia de sus observaciones, le repliqué:

—Lo sé. Pero ahora la de nuestro piso ha aumentado considerablemente, según mis estadísticas. Para bajar a desayunar tuve que abrirme paso a codazos y hacer una larga cola frente a los ascensores.

Supuse que se había dado por vencido, porque fue hasta la mesita donde reposaba su viejo e inseparable tablero de damas y comenzó a colocar las fichas en los escaques. Cuando se disponía a realizar la primera jugada, le insinué:

—¿Difícil el asunto, verdad?

De todos modos, hizo la primera jugada de las blancas y la primera de las negras. Luego sacó la barbilla de entre las manos y, semivuelto hacia mí, dijo, sin afectar su grata voz de tío bueno:

—Eso de matar a alguien y cerrar el cuarto desde fuera solamente ocurre en los **pocket books**. Un criminal inteligente no tendría necesidad de hacerlo y un asesino idiota no sabría cómo lograrlo.

Como lo vi dispuesto a continuar la partida, avancé unos pasos para informarle:

—Pues la policía de Nueva York parece creer en eso. Además, yo...

Me interrumpió con un ademán cortante y dijo:

—La policía de Nueva York está demasiado entretenida en proteger a politiqueros corrompidos, en encubrir a gánsters, en cobrar comisiones a contrabandistas y fulleros, en patrocinar prostíbulos, en inventar conjuras comunistas y en apalear negros rebeldes. Resta, y ya verás que apenas les queda tiempo para comer y dormir.

No me impacienté porque conozco su terquedad y me limité a cebarlo con más información:

—En los primeros momentos hubo algunos detenidos a los que se considera sospechosos. Se busca activamente a otro. Además, la prensa se pregunta por qué no han sido molestados cuatro ciudadanos más, aunque uno de ellos goza de inmunidad parlamentaria.

Movió una pieza negra antes de replicarme:

—¿Y tú crees que en toda Nueva York, peor aún, en todos los Estados Unidos, existan nueve personas capaces de planificar, armar y realizar— tan absurda manera de matar a una persona?

Iba a responderle, pero él añadió otra pregunta: —¿Te atreverías a matarme y luego cerrar esa puerta desde fuera?

Tampoco me dio tiempo a responderle, porque en seguida soltó una tercera pregunta:

—¿O es que tú eres de los que creen que esas carabelas que se ven dentro de botellas entran mágicamente por el cuello de éstas?

Dejé pasar la ofensa sin alterarme.

—No —dije con afabilidad—. No creo que sería capaz de matarlo a usted sólo por satisfacer el deseo de cometer un crimen perfecto. Sé muy bien que las carabelas se hacen entrar en las botellas pieza a pieza con unas pinzas largas y aguzadas y unos palillos untados de cola, porque se lo he visto hacer a un griego en Marketfield Street. También considero posible que no existan en nuestra galaxia, no nueve, ni seis, ni siquiera tres personas que quieran, necesiten o puedan hacer eso. Sin embargo, ¿dónde está el arma con que fue muerta esa muchacha? Después del desayuno me acerqué al lugar y sé que el registro practicado fue minucioso. Hay allí medio centenar de policías especializados, no de uniforme, sino de esos que llevan la placa en la palma de la mano. También hay una buena cantidad de técnicos en todo lo imaginable. Quizás ellos sean tan ineptos como usted los supone; pero reconozca que, al menos, son capaces de registrar bien un lugar. Y si no han encontrado el arma, eso significa que el asesino se llevó consigo el puñalito.

Jugó una pieza blanca para poner a las negras en una situación bastante comprometida y, sin alzar la cabeza, preguntó:

—¿Dijiste puñalito?

—Sí, señor. El hermoso cuerpo de esa muchacha estaba acribillado a pinchazos y se sabe que uno de ellos, de aspecto insignificante, pero muy profundo, le atravesó el corazón. En vista de eso, un médico forense apuntó la posibilidad de que el instrumento utilizado fuese un puñalito muy delgado y de unas seis pulgadas de largo.

—¡Tonterías! —dijo, mientras con ambas manos trazaba en el aire extraños arabescos—. Existen cuchillos, cañivetes, balduques, espiches, estiletes, dagas y puñales; pero nadie pierde su tiempo en hacer puñalitos. Por tanto, ese forense no sabe lo que dice.

Era la primera vez que le oía expresar un juicio desfavorable a un colega suyo; pero como yo no soy médico, no me sentí lastimado. No sé cómo, pero las piezas negras sortearon bien la dificultad que enfrentaban. Le permití que disfrutara unos instantes el buen éxito de la jugada, antes de estimularlo un poco más:

—En fin, querido tío, que torturan y asesinan a una gentil muchacha de piernas admirables, de cuerpo mitológico, de cara divina, de suave piel morena y de voz dulcísima y usted no siente por ella la menor compasión.

Dio resultado. Vi de soslayo que alzó los ojos para preguntarme con mal disimulada inquietud:

—¿Sabe alguien que estuviste conversando con ella?

Fingí no darle importancia al gerundio que utilizó. Me moví un poco en la butaca y dije, con premeditado desgano:

—No se preocupe. La policía no sabría qué hacer con un décimo sospechoso. Además, soy latino. Y usted quizás no lo sepa, pero yo puedo asegurarle que ellos nos consideran subhombres. Si se tratara de un crimen vulgar, le echaban mano al primer puertorriqueño que pasara frente a la jefatura y lo sentaban en la Silla. Pero se trata de un crimen enigmático cometido en el Waldorf-Astoria y están obligados a buscar un supergenio que sea lo más norteamericano posible. Si usted tuviera tiempo, le diría algunas cosas sobre el **american way of death** y, además...

Para demostrarme que no tenía tiempo, me interrumpió:

—¿Cuándo hablaste con ella?

—Hace tres días —respondí con el mismo desgano.

—¿Dónde?

—¡Oiga —le dije, ahora simulando susto—, le juro que nada tengo que ver con ese horrible asesinato! Ella no podía abrir la puerta de su suite, y yo la ayudé a hacerlo. La culpa es de tía Alberta, que me enseñó buenas maneras. Y de usted, que siempre me ha dicho que el hombre ha de ser gentil con las damas. Puedo decirle que...

—¡Basta, basta! —exclamó, estirando los brazos y luego agregó lo que yo deseaba que dijera—: Sí. Me interesa el asunto.

De todos modos, quise que reforzara su decisión y le dije:

—Menos mal. Hasta usted reconoce que el caso tiene elementos de misterio indescifrable.

—No es necesario que me incites más —replicó—. Y no olvides que no creo en la existencia del misterio. Y mucho menos del misterio indescifrable. En este caso, como en todos, no hay nada que no sea sencillo y claro.

Para impresionarlo, me puse en pie de un salto; pero había olvidado que él es peor que inmutable. Lo que hizo fue volverse hacia el tablero para contemplar las fichas con cara de ensimismado. Como eso no me impedía hablar, le dije:

—Cualquier día va usted a equivocarse en uno de esos juicios anticipados y no va a saber dónde meter la cara. Eso no me agradaría porque, a fin de cuentas, llevamos el mismo apellido. Además, no me puede engañar. Sé muy bien que a usted sólo le interesa jugar a los crímenes difíciles. Y es una contradicción flagrante decir que le interesa un caso en el que todo es sencillo y claro. Recuerde mi niñez, por favor. Usted me enseñó a no chuparme el pulgar.

—Hay dos maneras de chuparse el pulgar, muchacho. Una de ellas es puramente física, algo así como un reflejo mecánico.

En alguna otra parte he dicho que siento por mi tío algo más que simple admiración y obligado respeto. También mucha gente sabe que nuestro placer favorito ha sido siempre el de intercambiar fintas verbales, pero sin intención dolosa. Es como un acuerdo tácito entre los dos el de entablar de cuando en cuando una suerte de duelo intelectual y, aunque en ellos me es permitido lanzarme todo lo a fondo que me sea posible, debo reconocer que él siempre sabe esquivar los más difíciles lances con una naturalidad desarmante. Eso no me ha causado jamás ni asomo de rencor, como tampoco me ha producido la menor sensación de inferioridad. En rigor, le reconozco poseedor de algo que me gusta llamar **inteligencia extra**. No es exactamente el **common sense** sajón, ni la perspicacia latina, ni el abstracto sexto sentido que suele atribuirse a la gente que sobresale del montón por ciertas habilidades mentales que tendrán mucho de sorprendentes, pero que no guardan relación con el razonamiento simple y lineal que lleva a soluciones precisas. Lo que él posee, justamente, es una singular capacidad para la demostración veloz, yo diría que repentina. No es tampoco un intuitivo. ¡Nada de eso! Lo sé porque, como yo lo soy, conozco muy bien los vericuetos intrincados y las callejuelas sin salida en que suele meternos la intuición.

Mi tío, al enfrentarse a un problema dado, jamás ha dicho: «Yo creo que...» o «Supongo que esto haya ocurrido de tal manera». Puedo decir, pasión de sobrino aparte, que sus deducciones siempre son definitivas y que

pueden considerarse como hechos probados en cuanto él las expresa en palabras y, en ocasiones, hasta con simples gestos o meros ademanes. Aunque él insiste en negar que existan misterios o enigmas, mi opinión es que su secreto consiste en no permitir que el misterio juegue con él, sino que es él quien se complace en manejar el enigma, dirigiéndolo a su modo por caminos previamente expeditos. Mucha gente ha sonreído cuando he dicho que él jamás se preocupa frente a un caso difícil; pero es rigurosamente cierto. Mientras trabaja en un asunto —así llama el a los casos criminales— no deja de cumplir con exactitud sus arraigadas costumbres cotidianas: comer, dormir y asearse a horas fijas, dar un paseo bajo el sol de la mañana, charlar al atardecer con un vecino, leer un par de horas antes de acostarse, entablar consigo mismo alguna que otra partida de damas...

Hasta donde yo sé, puedo decir que se vale solamente de evidencias sencillas, de motivaciones obvias, de simples realidades, rechazando lo complicado, repeliendo lo incongruente y huyendo de las hipótesis y las conjeturas. A veces he llegado a creer que **fabrica** los indicios o que, al menos, se anticipa a ellos con pasmosa facilidad. Todo lo que le hace falta para completar una solución son pruebas elementales, simples detalles, meras verificaciones: un nombre, una hora, la posición de un mueble, la procedencia de un objeto... Para todo eso yo le resulto útil. Mientras ejerció su profesión —a la que siempre dedicó cuerpo y alma, fatigas y preocupaciones— no tenía tiempo para andar de un lado a otro. Y ahora, después de su merecido aunque relativo retiro, siempre tiene entre las manos un buen libro o está delante de su tablero de damas, el único en que ha jugado y en el cual ha desarrollado incontables partidas consigo mismo y, en ocasiones excepcionales, alguna que otra vez con oponentes, de reconocida habilidad, entre los cuales, por supuesto, nunca ha querido incluirme. Así las cosas, dividíamos el trabajo: él se dedicaba a pensar y yo a buscarle material para que meditase. Naturalmente, eso no significa que yo no haya tenido en algunos casos mis propias opiniones contrapuestas a las de él ni que, a veces, no hayamos coincidido en uno o varios aspectos de un problema o de una solución.

Acaso eso baste para justificar la admiración y el respeto singulares que siempre he sentido hacia él. Sin embargo, ahora sugería que yo me chupaba el pulgar, y nada menos que mentalmente. Eso, cuando uno tiene veintitantos años, no suena bien. Por tal razón lo miré fijamente y comencé a decir, un tanto enfurruñado:

—Tío, acabo de cumplir...

Pero no pude pasar de ahí, porque colocó una mano cariñosa sobre mi hombro y me dijo, con su dulzura más placentera:

—No te enfades, hijo. El asunto, te repito, es claro y sencillo. Lo que más interesa, precisamente, es encontrar el arma que causó la muerte a esa ramera de lujo. Y encontrar también las demás cosas desaparecidas de esa suite.

—¿Sabe dónde buscarlas?

—Todavía no. Todo lo que sé lo he leído en informaciones enfermizas y desequilibradas, donde lo único objetivo está contenido en las declaraciones de esa muchacha... ¿Cómo se llama?... ¡Ah, ya! Tessie, Tessie Howard. Pero sin duda ella, como ocurre siempre, ha olvidado decir algunas cosas a la policía. Otro tanto tiene que haber ocurrido con Tommy, el botones. Sería interesante saber qué es lo que no dijeron y por qué no lo dijeron.

Esa era una orden que, según nuestras costumbres, yo estaba obligado a cumplir. No obstante, me atreví a preguntar:

—¿Usted piensa que ellos olvidaron decir algo deliberadamente?

—Me siento incapaz para adivinar las intenciones ajenas.

Remató la partida con una brillante jugada de las negras, miró su reloj de bolsillo y me dijo:

—Es hora de bajar al anfiteatro para la sesión de hoy.

II. La fauna sospechosa

Contra el criterio de mi tío, yo pensaba que el caso era endiabladamente enigmático; pero no me sentía aislado con mi tesis, porque la policía, la prensa y la gente —toda la gente de costa a costa— lo consideraban como el más apasionante misterio criminal de todos los tiempos. Sin duda contribuyó mucho a ese multitudinario consenso el hecho de que algunos periódicos lograran tiradas millonarias con el muy sobado pero siempre eficaz expediente de insinuar alusiones equívocas a los implicados que poseían importantes cuentas bancarias y de atacar de manera descarnada a los infelices del numeroso grupo de sospechosos. A pesar de que el Primer Ministro inglés andaba por la Unión intentando apuntalar la precaria paz mundial con el quebradizo arquitepe de la guerra fría, algunos periódicos dedicaron en aquellos días prolijos editoriales al caso Amorihna do Portobelo, y una revista perturbadora puso al desnudo acerbos aspectos de la vida privada de más de uno de los sujetos envueltos en el asunto, lo que provocó un pequeño misterio colateral, ya que nunca llegó a saberse quién pagó los gastos de cierta apresurada excursión por la carretera de Trenton, después de la cual uno de los excursionistas, el señor Arnold Hemmut, editor del susodicho libelo, hubo de ser hospitalizado a los efectos de recomponerle los veintitantos huesos que le fueron quebrados a golpes de **black jacks**, manoplas y puntapiés.

En rigor, nada de aquello era sorprendente. La extravagante lógica que sirve de base a la sociedad de consumo justificaba muy bien el extraordinario derroche de tinta y papel, así como el fantástico tropel de hipótesis más o menos absurdas y de increíbles teorías contradictorias. Es necesario comprender que no todos los días salta a la actualidad un tema capaz de exacerbar la enfermiza curiosidad de una nación que se complace en

consumir escándalos con la misma satisfacción y mayor deseo que los que pone en ingerir **pop corns** y **toasted peanuts** y en masticar **chewing gum**. Más: el equisgésimo sentido de aquella sociedad —el hiperdesarrollado y perverso sentido de la publicidad— está capacitado tanto para lanzar al mercado detergentes con aditivos fabulosos, chiclets altamente explosivos y **corn flakes** con vitaminas místicas, como para vender relatos de robos fabulosos y legendarias narraciones de crímenes espeluznantes. Yo he llegado a pensar que si a los medios masivos de comunicación de aquel país se les privase de uno y otro materiales, el hálito del bostezo colectivo que se alzaría sobre los Estados Unidos habría de ser cien mil veces más voluminoso y letal que el hongo mortífero que destruyó a Hiroshima.

Insisto en considerar muy natural que la viciosa avidez de la gente devorase páginas y páginas de aquella prosa estupefaciente que la hacía salir del amodorramiento cotidiano, de la mediocre vidita de cada día, para gozar el nirvana de la desdicha ajena, de las tribulaciones del prójimo en desgracia. Y es que en tales casos no es el cadáver lo que importa. En un mundo signado por la violencia, la muerte pasa sin ser percibida, sin provocar muecas de horror ni estimular la conmiseración por sus víctimas. El hombre que muere tuberculoso en un rincón de Chatam Square o el niño devorado por las ratas en un tugurio de Harlem carecen de interés porque no implican licencia, libidinosidad o recelo. Un cadáver es sólo eso, un despojo que no atrae la atención por sí mismo, sino por el reguero de libertinajes, sospechas y perversidades que deja detrás.

En el caso de la muerte de Amorihna do Portobelo lo que interesaba era el prójimo acorralado, el convecino sospechoso, representado en tal ocasión nada menos que por nueve personas que abarcaban, para mayor entretenimiento, toda la fauna social, desde un multimillonario procaz hasta una corista ambiciosa, pasando por un senador guerrerista, un gángster temible, un editor obsceno, un joyero inescrupuloso, un **souteneur** profesional, un marido celoso y un poeta lírico, algunos de los cuales tenían uno o más motivos para desear que aquella encantadora muñequita —de carne, hueso y nada más— saliera violentamente del mundo de los vivos. Esto último era fácil de deducir si uno se atenía a las declaraciones de los propios encartados, de cien testigos oficiales y de otros tantos deponentes

más o menos espontáneos, así como a las indiscreciones de algunos periodistas avezados en el registro de las vidas privadas ajenas.

Con retazos de aquel profuso acerbo de chismes, declaraciones, hablillas, testimonios, insinuaciones, comadrerías y delaciones producidos en los primeros momentos del drama, cualquiera hubiera podido confeccionar una serie de biografías más o menos tan imperfectas como las que yo compuse en seguida, aunque es necesario aclarar que en el transcurso de la semana siguiente hube de modificar alguna sobre la marcha, bien por supresión de falsedades o por adición de detalles veraces. Sólo con el objeto de que se tenga una idea de las informaciones confirmadas, conjeturadas o sugeridas que llegaron al gran público, me permito transcribir, en apretadas sinopsis, sendas biografías de los encartados en el suceso, tales y como yo las construí en mis primeras ojeadas a los hechos y las informaciones, es decir, cuando todavía estaba en los intentos de conseguir que mi tío se interesase en el caso.

Mugsie Gang Calabrio poseía, además de un lincoln continental blindado hecho a la medida, una mansión muy cómoda y bien protegida en cada uno de varios estados de la Unión y una fortuna tan bien disimulada por medio de testaferreros y acciones anónimas que ni los más sagaces investigadores del fisco jamás lograron fijar sus fabulosos límites. Al promulgarse la ley seca, Enrico Calabrio era un inmigrante adolescente que libraba el sustento como simple cargador en los muelles de Gowany Bay; pero como el solo hecho de su origen siciliano le daba autoridad de enólogo y como su genealogía le tiraba hacia el lado aventurero, un día surgió un sitio que llegó a hacerse clandestinamente famoso y al que todavía mucha gente conoce como Mugsie's Cave. El buen éxito del lugarcito, oculto en un sótano de Christie Street, hizo que se multiplicaran en el Lower East Side los rincones sugestivamente ilícitos donde cualquier ciudadano más o menos honorable podía entrar sobrio y salir embriagado con cierto moscatel siciliano al que, por supuesto, eran completamente ajenas las vides **zibibbo** de Marsala y la Pantelaria y sí muy intrínsecos ciertos almíbares de maple y algún que otro colorante químico, sin olvidar una generosa participación de alcoholes poco aptos para el consumo humano. Cuando llegó el momento en que Mugsie —

lo de Gang vendría después— carecía de tiempo para gastar las utilidades, él decidió invertir las en otros negocios no menos ilegales ni menos lucrativos. Poco tiempo tardó en hacerse famoso como Mugsie Gang. Y unos años más tarde consiguió que mucha gente se quitara el sombrero al verlo y le llamara **signore** Enrico. Fue por esa época que ganó merecida fama de implacable con sus enemigos. La fantástica enumeración de sus castigos y venganzas era un tema de conversación tan nacional como en un tiempo lo fueran el recuento de los **home-runs** de Babe Ruth y el recuerdo dramatizado de la noche en que Luis Ángel Firpo hiciera saltar por entre las cuerdas de un ring al legendario Jack Dempsey. Era increíble; pero estaba probado que el estibador de Gowany Bay no fumaba ni jugaba y que apenas solía mojar los labios en alguna que otra copa de licor. Acaso fueran esas virtudes las que justificaran su apasionada inclinación a las mujeres, aunque no a todas las mujeres. Y no es que Mugsie Gang fuese un exigente, digamos, como yo, en materia femenina. En verdad, a él no le interesaba la belleza por la belleza. Su ideal era la mujer célebre, aunque tampoco tenía un patrón fijo de celebridad. Apenas le bastaba ver el nombre y la fotografía de una mujer en un periódico para que la maquinaria de su erotismo echase a andar y no se detuviese hasta lograr el propósito de tenerla a su lado durante un tiempo más o menos largo. De este modo, desfilaron, por una u otra de sus moradas, conocidas escritoras, glamorosas estrellas de cine y teatro, pintoras célebres, estudiantes **cum laude**, esplendentes vedettes, opulentas aristócratas, notorias estafadoras, presuntas asesinas y, en fin, toda dama que se destacara públicamente, no importándole mucho la causa de la fama o lo efímero de la notoriedad. No es de extrañar, pues, que Amorihna do Portobelo cayese en brazos del **signore** Enrico poco después de que ella llegase a Nueva York precedida de una fama muy original: la de ser poseedora de la esmeralda más esplendorosa y codiciada existente en el mundo. Era tan grande y famoso aquel trozo de mineral colombiano que su dueña mereció la portada de una revista de enorme circulación. Por ahí tengo un ejemplar. En verdad, la impresión en **offset** copia cada detalle de la belleza maravillosa de Amorihna y cada faceta de aquella joya verde que ambicionaban princesas y creo que hasta reinas. Sin embargo, Mugsie Gang no logró llevar a la muchacha a ninguno de sus palacios. Esto no significa que no consiguiera satisfacer su

incontenible lascivia, pero para ello le fue preciso aceptar la condición de visitante de la suite del Waldorf-Astoria que ella convirtiera en excepcional prostíbulo. Tal humillación —insólitamente sufrida en silencio— exacerbó la pasión del pandillero hasta el punto de haber prometido a San Bartolomé su peso en oro —quiero decir, el peso en oro de la imagen del santo que se venera en la magnificente catedral de estilo bizantino ubicada justamente a la sombra del Waldorf— si le concedía la gracia de que Amorihna fuese de él y sólo de él.

Eso era poco menos que imposible. El temperamento lujurioso de Amorihna no se avenía a la monoandria, aunque ella, en rigor, sólo parecía vivir para Joseph Barelli, a quien había instituido como heredero universal de todos sus bienes. Se trataba —a juzgar por las líricas descripciones de ciertas revistas especializadas en azuzar el sexualismo de sus lectores— del «verdadero tipo de hombre ideal»: alto —seis pies y otras tantas pulgadas de estatura—, moreno, ancho de espaldas y estrecho de cintura, cabello «color ala de cuervo», «cara de bebé adorable, ojos profundos y soñadores, boca creada para el beso y nariz de dios mitológico». A estos ingredientes meramente físicos se agregaban ciertos componentes morales no menos excitantes y también muy divulgados por aquellos días, entre los cuales pueden mencionarse el cinismo, la audacia, la procacidad, el exhibicionismo, la bravata, la crueldad y la mentira, todos los cuales Barelli utilizaba en la práctica de su profesión de macho irresistible. Rigurosamente, Amorihna do Portobelo no podía haber escapado de aquel hombre una vez que topara con él. Tanto era así, que Joseph Barelli, al ocurrir el encuentro casual, sólo tuvo que seguirla, entrar junto a ella en Macy's, tomarla por un brazo, meterla en un ascensor y besarla sin el más elemental respeto a una anciana, quien volviera los ojos horrorizada, al tiempo que cubría con manos temblorosas los de su perfumada perrita pequinuesa. La ascensorista no se había espantado, sino solamente deseado «ser Amorihna», según confesara a un reportero del **Daily** que le compró la historia por veinte dólares. Aunque, yo llegaría a saber que había nacido en Cuba —hijo de remendón italiano y lavandera gallega— y que emigró a Estados Unidos siendo muy joven y después de

practicar la explotación de mujeres en el habanero barrio de Colón, por aquellos días la policía no pudo precisar cuál de los seis o siete pasaportes encontrados en su casa de Brooklyn correspondía a su verdadera identidad. Mi tío, al conocer ese detalle, comentó que cuando un hombre tiene varios pasaportes, ninguno de ellos tiene la menor posibilidad de ser legal. No menos de cuatro mujeres que tuvieron relaciones íntimas con Barelli coincidieron en que era «el hombre más maravilloso del mundo, aunque tenía el divertido hábito de soltar bofetadas y la incurable manía de exigir más y más dinero. Por supuesto, las deponentes eran mujeres de tercera o cuarta categoría, según la clasificación publicada por **Sex and Sexy**, popularísima revista mensual que, impúdicamente, presumía de científica. Pero tales relaciones estaban justificadas porque Barelli solía padecer déficits económicos que lo obligaban a alternar con trotacalles, sirvientas y vendedoras de flores. **Confidentials Romances**, por su parte, ofreció a la avidez pública, dos fotografías, en una de las cuales el gigoló aparecía con una renombrada duquesa en una pose peor que sicalíptica, en tanto que la otra ofrecía una versión modernísima del juicio de París. París, desde luego, era Barelli, y Juno, Minerva y Venus estaban representadas, respectivamente, por una conocida escritora de novelas rosa, una dama de sociedad ventajosamente casada y una vedette que dos años antes había alcanzado gran notoriedad por su descubierta y confesada ninfomanía. No creo necesario —ni decente— decir qué cosa hacía las veces de manzana de la discordia y que en la reproducción tricromática aparecía pudorosamente cubierta por una tira negra. En fin, que Amorihna do Portobelo se enamoró hasta la enajenación de este sujeto, quien, contra el criterio moralista de la administración la visitaba a diario en el lujoso apartamento del Waldorf, donde de cuando en cuando la abofeteaba y la amenazaba, y donde un día la alzó en sus brazos para lanzarla a la calle desde quinientos pies de altura, proeza que, según se dijo, no llegó a realizar —si es que de veras quería llevarla a cabo— porque en aquel momento tocó a la puerta el señor Cornelius Morgan-Mellow.

«El señor Morgan-Mellow es un parásito dorado al fuego.» La frase no es mía. Se la escuché al señor Adam Duxano, un periodista —¡parásito también,

vean ustedes!— muy remilgado por fuera, pero con el interior muy lleno de ideas fascistas, tanto, que no admitía siquiera el ligero barniz de liberal con que se maquillaba el señor Cornelius Morgan-Mellow. Producto híbrido de petróleo, azúcar, cobre y uranio, el multimillonario era verdaderamente un chupóptero social que llevaba su elegancia, su distinción y sus millones con la misma naturalidad con que yo pudiera llevar sobre la cabeza el RCA Building. Otro periodista, Randolph Buchanan, le lanzó desde su leída columna este dardo punzante: «Se ha descubierto que la vanidad del señor CMM es tan ostensible que tiene color, sabor, sonido y olor.» El origen de su incalculable fortuna se pierde en las brumas de una vieja historia de alijadores, tahúres, geófagos y negreros, y se dice que en la insolente mansión familiar de Fifth Avenue se guardan celosamente en una vitrina dorada una pata de palo, un látigo ensangrentado, una placa de sheriff y ¡una cabellera de indio sioux! Pero tanta aventura peligrosa y tan arriesgadas faenas trajeron al cabo el descanso sosegado a la familia. De esta manera, Cornelius desconocía los efectos de la fatiga física y sus esfuerzos musculares más violentos, consistían en tomar asiento en cualquier vehículo cómodo para hacerse trasladar de un punto a otro de un planeta que consideraba demasiado pequeño para sus ansias de panoramas inéditos y su acuciante necesidad de vencer al **spleen**. En uno de sus viajes al Brasil conoció a la sensacional Amorihna do Portobelo, aunque se rumora que fue ella quien hizo todo lo posible por conocerlo a él. Fuese de una manera o de la otra, el efecto del encuentro en el carnaval de Río fue que ambos satisficieron el repentino deseo de viajar juntos a Nueva York, y se sospecha que Morgan-Mellow la llevó consigo con el deliberado propósito de hacer mella en el **income tax**, pues pagaba oficialmente todos los cuantiosos gastos y las costosas excentricidades de la que se consideraba como su amante legítima. Sin embargo, aquello que parecía solamente el capricho de un millonario manirroto, sufrió una metamorfosis por medio de la cual el antojo devino primero sentimiento pasional irreflexivo y más tarde —convencido de que ella jamás renunciaría a su profesión de ramera dispendiosa— se convirtió en un odio tácito, sutil y civilizado, en un rencor sigilosamente vengativo del que fuera cómplice indirecto, según llegué a saber, el señor William Smithson.

El señor William Smithson era un caso, con raíces económico-sociales, de doble personalidad, ambas muy ligadas a su profesión de editor, pues por una parte era el honorable señor Smithson, con bien ganada fama por su desinteresado interés en publicar las obras de los clásicos en las más lujosas y más comentadas ediciones; y por otra parte era **Willy**, simplemente **Willy**, dedicado en discreto anonimato a la publicación de unos libritos semiclandestinos en los que se trataban temas tan diversos, aunque afines, como la ciencia sexual, la pornografía más cruda y las memorias de cortesanas notorias. Cuando esta dualidad salió al conocimiento público a raíz del suceso del Waldorf, un cronista en busca de lectores vistió la armadura de Amadís con el noble propósito de rescatar de manos de las brujas calumniadoras a la doncella Willy y se lanzó a la desigual batalla con un pendón de papel gaceta en el que estaba inscripta una sugestiva divisa: «Es lícito vivir a toda costa.» En verdad, el señor Smithson no hizo en su azarosa existencia otra cosa que medrar contra marea y viento. Nacido en una estéril granja de Arizona, pronto se proyectó a sí mismo fuera de aquel ámbito polvoriento para, según llegó a decir alguna vez, fabricarse su propio destino. No fue culpa de él que muchas veces se viera obligado a modificar su teoría del hado hecho a la medida y así llegó a ser mancebo de vagabundos, mozo de burdel, buhonero, peón de caminos, mendigo, extra de cinc, soldado punitivo, modelo de publicidad, marino invasor y aprendiz de tipógrafo, oficio este en el que le nacieron alas de editor. Un día, que él siempre calificó de providencial, entró en un bar con el fin de ahogar en gin el persistente recuerdo de sus frustraciones y allí encontró a una muchacha brasileña que, impulsada por el **martini sec** a la filantropía ocasional obsequiaba billetes de cien dólares a todo hombre que pasaba por su lado. Se sabe que el señor Smithson, quizás distraídamente, pasó varias veces y que la última vez ella lo tomó por una oreja y se lo llevó al Waldorf-Astoria con fines que la discreción profesional de Willy nunca reveló, aunque el mundano Smithson solía sonreír con evidente orgullo cuando alguien le recordaba aquel fructífero episodio. Desde entonces fue un asiduo a las «tertulias literarias» —alguien las calificó de orgías frenéticas— que organizaba aquella hermosa muestra de lucrecia protectora de las letras y de borgia entregada a la depravación, lo cual parecía demostrar que ella también

padecía de doble personalidad. Sin embargo, el señor Smithson no era totalmente feliz. Aunque había conseguido en los últimos meses que la repulsiva habilidad de Willy —con la insólita y generosa colaboración de Amorihna— salvara de la ruina económica a su carnal Smithson, sufría la obsesión de verse otra vez en la miseria desde que el senador Struckle manifestara, una semana antes del suceso, que estaba dispuesto, «en nombre del decoro nacional», a solicitar en el Senado una investigación a fondo sobre el cada vez más extendido **racket** de la pornografía.

Ningún periódico publicó la biografía del senador Harry M. Struckle, a pesar de que por aquellos días andaba muy cerca de los dos grandes sucesos de actualidad. Por una parte, fue uno de los miembros del Senado que concurrió oficialmente al recibimiento del Primer Ministro inglés y, además, su nombre estaba muy vinculado al de Amorihna do Portobelo. No obstante tal **olvido** de la prensa, en todas partes se hablaba mucho de él. Se decía, por ejemplo, que era un excelente prototipo del **self-made-man**. Surgido de la nada —una nada imprecisa y confusa que nadie sabía explicar—, había trepado poco a poquito, asido con garras y colmillos a las más inconfesables aristas de la ambición, hasta situarse en la posición de senador y de presunto aspirante a la presidencia de la República, para lo que contaba con su reputación de maccarthista furibundo y con su aureola de fervoroso partidario de la guerra nuclear. Es decir, con dos virtudes convergentes. Además, asesorado por un cónclave de cabezas-de-huevo de Madison Avenue, a los efectos de mantener su popularidad, de cuando en cuando se reunía con los chicos de la prensa para anunciarles su inquebrantable decisión de solicitar al Senado una acuciosa indagación en torno a una u otra de las cuestiones que él consideraba «lacras que corroían el prestigio de la nación y socavaban los basamentos de la democracia representativa». Justamente una semana antes del caso, había celebrado una conferencia de prensa para tronar contra «la ineficaz y tolerante policía metropolitana que cerraba los ojos y estiraba la mano ante el peligroso crecimiento del comercio con libros pornográficos y postales sicalípticas», palabras que suscitaron el temor de Smithson y la cólera de cierto capitán Murphy. Por lo demás, se dice que estaba

íntimamente vinculado a determinados monopolios —rivales de los de Morgan-Mellow—, de los cuales era vocero en el Senado, y no faltaban quienes lo situaban como un oculto testaferro que manejaba algunos negocios de una banda rival de la de Mugsie Calabrio. Desenlazado de esta manera de dos de los más conspicuos amantes de «la mosalina del Waldorf», era difícil creer que se aventurase a desempeñar el papel de cliente del lenocinio. Sin embargo, así era. Y lo era de un modo que no me dejó lugar a dudas cuando descubrí, en mis andanzas en busca de la verdad, ciertas asombrosas intimidades habidas entre el honorable senador y la señora de Ortigão.

Amorihna do Portobelo estaba casada con el señor Américo Ortigão, nacido en una de las mejores cunas de Lisboa y otrora propietario de vastas extensiones de tierra en la cuenca brasileña del Amazonas. Recién llegada la muchacha a Nueva York, una revista sensacionalista tuvo la idea de enviar a Brasil a uno de sus duchos reporteros, el cual produjo una de las informaciones más sensacionales de los últimos tiempos. La historia, ilustrada a todo color, contaba, la tragedia de un hombre que huía de otro hombre a lo largo de la selva, llevando consigo a una niña endeble y un extraordinario trozo de mineral verde. Cuando el perseguidor se acercaba peligrosamente, el perseguido, antes de cruzar un puente primitivo tendido sobre el gran río, se dispuso a luchar y confió a la niña la codiciada piedra. Era verdaderamente crispante el relato de la dramática lucha sobre el endeble puente y más patético aún el capítulo —antológico del género— en que se contaba cómo los dos hombres caían a las turbulentas aguas para ser devorados en pocos segundos por los legendarios dientecillos de las pirañas. Pero donde el patetismo del relato alcanzaba grados superlativos era en el episodio que narraba la odisea de aquella niña de doce años, descalza y hambrienta y con una valiosa piedra oculta entre sus harapos, abriéndose paso por entre serpientes voraces y plantas carnívoras, a través de selvas tupidas y plagadas de indígenas antropófagos. El inevitable **happy end** de la emocionante aventura tuvo como marco la milagrosa cabaña donde el señor Américo Ortigão tendió sus brazos nervudos a la desolada muchachita. Después, la llevó a Río. Y cuando la vio domesticada y apta, se casó con ella.

Pero Amorihna era un tanto exigente en materia de hombres y nunca le satisfizo el rostro varioloso ni el trato brusco de su celoso marido, por todo lo cual se entregó a la práctica de una suerte de poliandria ilegal. Y como entre sus amantes más distinguidos se contaba un general —gorila, por más señas—, se explica que, a pesar de las amenazas del desdichado señor Ortigão, la voluble Amorihna cambiara de domicilio, llevando consigo la piedra que siempre tuviera oculta vaya usted a saber dónde. Ya dueña de sus destinos, mandó tallar la esmeralda a uno de los más notables artífices, para dar inicio a su celebridad. Y aconteció que una hermosa tarde de verano el señor general llegó al nido y lo encontró vacío. Suavecilla linda había volado con rumbo norte sobre una alfombra de dólares. Al cabo del tiempo, Américo Ortigão, arruinado y maltrecho, hizo planes de reconquistador. Y un mal día, pocas semanas antes de la muerte de Amorihna, llegó a Nueva York como representante de una poderosa compañía productora y exportadora de café, aunque se rumoraba que el verdadero motivo de aquel viaje era el de intentar la vuelta al hogar de su esposa o, al menos, la de cambiarle la concesión de libertad por la hermosa esmeralda. Fuese uno u otro el motivo, lo cierto es que el señor Ortigão se hizo asiduo a la suite con el impúdico beneplácito de la dueña, aunque se sabe que tal complacencia sólo sirvió para estimular los celos del lusitano hasta el punto de que muchas veces se le vio abandonar el lugar con las manos crispadas y mascullando peninsulares amenazas. En una de tales ocasiones tropezó en el lobby con el señor Aaron Levsky, quien estuvo a punto de perder una oreja durante la reyerta originada.

Aunque en el decursar de los días llegamos a conocer algunos antecedentes atroces de su vida, en los primeros momentos sólo se publicó que Aaron Levsky era propietario de un modesto negocio de joyería en la inquieta Orchard Street y que era un magnífico fotógrafo. Un diario recordó la dramática exposición presentada en una de las más exclusivas galerías de la Fifty-seven Street y que fuera catalogada por un severo crítico del **Times** como «prueba viva de los dantescos horrores del infierno nazi». Llevado por mi incurable curiosidad, solicité en una hemeroteca el número en que una revista especializada reprodujera tres docenas de aquellas fotos y quedé

impresionado con aquel patético conjunto de gritos gráficos que denunciaban la crueldad de la represión nazi en el **ghetto** berlinés, como premeditada consecuencia del cínico pretexto del incendio del **Reichstag**. Pero no es fácil satisfacer a una ambición desmedida con una cámara fotográfica. Acaso por eso el judío Levsky —todos lo llamaban así— derivó hacia el comercio de joyas. Sin embargo, tampoco es posible enriquecerse en ese giro si uno limita sus actividades a las operaciones mercantiles normales y legales que pueden realizarse en un cuchitril de Orchard Street. De ahí que Aaron Levsky cambiara el rumbo hacia la ilegalidad. Aunque oficialmente jamás le fue probado delito alguno, un periódico divulgó los rumores del bajo mundo que concedían al judío el mérito de saber llenar sus tediosos ocios con la febril actividad de comprar joyas mal habidas, y es así que se hizo popular entre los especialistas en atracos a joyerías renombradas y también entre los humildes salteadores callejeros, porque, según se decía, Levsky trataba con igual atención y cortesía al que le llevaba un surtido de joyas robadas en Fifth Avenue como al portador de un modesto anillo arrancado al dedo de un ciudadano trasnochador; y asimismo se rumoraba que Levsky no era ajeno a uno que otro de los contrabandos de gemas preciosas que suelen producirse en Nueva York. A pesar de tanta y tan desasosegada diligencia, el joyero no había llegado a capitalizar las utilidades, debido, según se sabía muy bien, a su escasa habilidad para escoger compañeros de póker, lamentable circunstancia que también lo hizo muy popular entre los tahúres que pululaban en ciertos sótanos del Middle West Side. Cuando el señor Levsky supo que una casa reinante europea estaba interesada en poseer la preciosa esmeralda, decidió estimular la negociación. Para ello estableció contacto con Joseph Barelli, quien, muy interesado en el proyecto del judío, lo introdujo en el círculo de hombres que habitualmente rodeaban y cortejaban a la atractiva y voluble brasileña. Y como quiera que Amorihna había rechazado la oferta que le hiciera Tiffany, Levsky se convirtió en una especie de agente voluntario de la connotada joyería, a los efectos de vencer, con el auxilio de Barelli, la obstinación supersticiosa de la muchacha, porque es necesario decir que ella consideraba aquella joya, por encima de su valor intrínseco, como «un talismán que la hacía invulnerable a cualquier emboscada humana o divina y que le concedía poderes mágicos para triunfar en la vida», de

acuerdo con la declaración prestada a la policía y a la prensa por la señorita Grace Crawford.

Antes de caer rendido a los pies de la brasileña, el señor Cornelius Morgan-Mellow dedicaba sus ratos perdidos a realizar frecuentes excursiones cinegéticas por los camerinos de Broadway y era notorio que siempre regresaba de ellas con alguna buena presa. En una de tales cacerías llegó a cobrar una pieza que por entonces todos los expertos en la materia calificaban de exquisita. Se trataba de la joven corista Grace Crawford, quien, a su vez, acechaba desde siempre la ocasión de ponerse al alcance de un cazador tan económicamente atractivo como Cornelius Morgan-Mellow. Es obvio que una muchacha con tal plan no sentía el menor deseo de envejecer dando saltitos en un coro y, luego de pisar intencionalmente la trampa del millonario, expresó su ilusión de convertirse en estrella. Casi estaba a punto de alcanzar tan ambiciosa meta —un par de autores escribían ya el libreto de una revista musical en la que Grace Crawford tendría el principal papel— cuando llegó a Nueva York Amorihna do Portobelo, transportada en alado carro triunfal. Abandonada otra vez a su suerte, la muchacha pugnó cuanto pudo por no volver al coro; pero cuando gastó el último **quarter** de lo ahorrado durante su breve relación con el veleidoso creso, no tuvo otro camino que regresar, alicaída y furiosa, al viejo escenario de Broadway. Una mala tarde, a la salida de un ensayo, tropezó con Joseph Barelli, quien no tardó en convencerla de que era demasiado bella para exhibirse por seis dólares diarios ante una multitud de espectadores y de que era muchísimo más prometedor ofrecer exhibiciones privadas a individuos capaces de pagar treinta dólares por función íntima. Así fue que Grace Crawford entró en uno de los lenocinios regentados por el capitán Murphy, donde permaneció —explotada, pero feliz— hasta que los clientes de la mancebía se hastiaron de sus manoseados encantos. Pero Barelli, hombre de recursos, la destinó a trotar en una concurrida calle de Murray Hill y aunque allí la tarifa era mucho más baja, Grace Crawford se sentía bien pagada con los esporádicos ratos de placer desenfrenado que le proporcionaba su adorado manager. A pesar de eso —acaso para purificarse—, de cuando en cuando corría a Greenwich

Village para tenderse junto al joven Homer Horace Virgil, quien la recibía con tristeza tolerante. Y era de este modo que solían yacer y entremezclarse en el mismo lecho dos sentimientos contradictorios inspirados por Amorihna do Portobelo; el odio irresistible de Grace Crawford y el amor desesperanzado de Virgil.

Como se ha visto en el caso de la señorita Crawford, las mujeres altamente materializadas necesitan a ratos experimentar el contraste de un poco de ilusión, de gastar de cuando en vez unos sorbos de idealismo. Tal también era el caso de Amorihna do Portobelo, casualmente idéntico en cuanto a la causa del mal y a su remedio. La tarea agitada, rutinaria y fatigosa que suponía para la brasileña el juego simultáneo con varias y diferentes pasiones, llegó a cansar su espíritu, a provocarle un fastidioso **spleen** y a hacerla desear un poco de sinceridad, de afecto honesto. De este modo se explica y justifica que el joven poeta Homer Horace Virgil entrara en la vida de la exótica deidad para entregarse, rendido y feliz, a la misión de crear versos sonoros y verter frases dulces e ingeniosas en los oídos de la contrita hetaira. Recostado en almohadones dispuestos a los pies de la diosa, todas sus aspiraciones se resumían en el humilde deseo de alcanzar alguna que otra vez los labios pulposos y fragantes de la extranjera. Nacido en Chicago —hijo de una cocainómana que se suicidara lanzándose espectacularmente desde lo alto de un rascacielos, y de un pandillero que pereciera acribillado por una ametralladora rival—, el niño Homer Horace se hizo hombre trashumando de un lado a otro del país y devorando cuanto libro caía en sus manos, actividades complementarias que le ayudaron a desarrollar un sentido lírico tan meritorio que hizo exclamar a un renombrado crítico literario: «¡Al fin nuestro siglo parió un digno epígono de Walt Whitman!» A pesar de esa exaltada apología, los versos de Homer Horace Virgil apenas le producían lo suficiente para malvivir. Su muerte espectacular y un tanto heroica, acaecida pocos días después del suceso del Waldorf, provocó en un periodista este caustico comentario: «Es muy meritorio que ese pobre muchacho haya encontrado un digno medio de no morir de hambre.»

Tales eran los representantes de la fauna metropolitana que parecían tener móviles para asesinar a la señora de Ortigão. Al menos, todos ellos fueron vistos aquella tarde en la suite del Waldorf y, como he dicho, cuatro estuvieron detenidos durante unas horas —el editor, la corista, el marido y el poeta—, a otro —Joseph Barelli— se le buscaba activamente, y los demás —el senador, el millonario, el gángster y el joyero— no habían sido molestados. Cuando leí la información, dije a tío:

—Me parece muy natural que no molesten a los ilustres Calabrio, Morgan-Mellow y Struckle, pero, ¿por qué no interrogan a ese joyero contrabandista?

—¿Y tú estás seguro —replicó— que él es sólo un joyero contrabandista?

III. Coloquio con Mesalina

Domingo a mediodía

Un viejo amigo de la familia suele decir, refiriéndose a mi tío, que fue a él a quien el Diablo le preguntó una vez: «¿Le gustan los huevos?» y que, cuando tío le respondió: «Sí», Satanás se alejó en alas del viento para regresar, treinta años después, a preguntarle de súbito: «¿Cómo?», y obtuvo una inmediata respuesta: «Fritos.» La fantástica anécdota muy bien pudiera ser cierta. En verdad, tengo muchos motivos para calificar de prodigiosa su memoria. En más de una ocasión, cuando yo pensaba que con el tiempo había olvidado algo importante, o cuando yo mismo tenía borrado de mi mente algún suceso remoto, él saltaba con una pregunta o un comentario acerca del asunto. Es por eso que no me causó sorpresa alguna que, mientras recibía los aplausos de la concurrencia por su brillante exposición acerca del diagnóstico precoz del hidrargirismo, se volviera hacia a mí con cara de Mefistófeles para decirme:

—¿Y entraste?

Si yo le hubiera dicho «¿Dónde?» o «¿Cuándo?» o «¿De qué diablos me habla?», me habría expuesto a una de sus terribles sonrisas irónicas, pero como algo se me había contagiado de su buena memoria, le dije, sonriendo a la manera de él:

—Sí.

Salimos del anfiteatro, almorzamos con Andrew Pollock, presidente del congreso, paseamos un ratito por la amplia y congestionada acera de Park Avenue y regresamos al hotel huyendo del frío que arreciaba mientras avanzaba la tarde. El lobby seguía desbordante de policías y periodistas. Después de eludir a un reportero del **Herald**, me dirigí al largo mostrador de informaciones y me acerqué a un rubio que me creía fanático a ultranza de los

Yankees y supe por él que todavía estaban interrogando a los empleados del hotel, entre ellos a una muchacha encantadora que había hecho las veces de secretaria, ama de llaves y confidente de Amorihna do Portobelo. Me uní a mi tío, que contemplaba desganado algunos detalles del decorado del vestíbulo, y subimos a nuestra suite. Cuando me pareció que él no lo esperaba, le dije con mi mejor naturalidad:

—Pero sepa usted que ella me invitó a pasar.

Me premió con una mirada y se puso a esperar. Como yo sabía qué, proseguí:

—Esa señora, en tiempos de Claudio Primero hubiese sido Mesalina, aunque también hubiera podido ser Aspasia en el siglo de Pericles. No era un pozo de sabiduría, pero poseía el secreto de las intrascendencias. Yo creo que era capaz de conversar tres horas seguidas de ningún tema, pero sin aburrir a su interlocutor. Usted sabe que eso no es fácil. Además, tenía la virtud, que usted cree un defecto, de ser curiosa. No sé por qué extraño giro del coloquio mencioné la palabra hidrargirio y, usted perdone, pero se mostró tan interesada que estuve un buen rato hablándole del cinabrio, de los mineros de Almadén y de las consecuencias de la incorporación del mercurio a la sangre. Como yo no tengo elocuencia profesional, tuve que dejar caer al suelo mi estilográfica para que ella se despertara. Tenía el sueño muy ligero. En general, yo creo que era buena y que la corrompió el ambiente, aunque dejó abierta la posibilidad de que el ambiente se corrompiera al contacto con ella. Contaba ya veintisiete años, pero seguramente usaba ese jabón que proporciona un eterno cutis de colegiala.

Hice una pausa para darle la oportunidad de introducir una de sus observaciones satíricas, pero él se limitó a realizar una jugada en su tablero. Como eso significaba luz verde, continué:

—Si no hubiera sido asesinada, a estas horas estaría convenciéndola de que matriculase en una escuela para terminar la enseñanza primaria, aunque, pensándolo bien, no creo que le hubiera hecho falta, salvo que, venida a menos por una fatal jugada de Bolsa, necesitara emplearse como dactilógrafa o archivera en una de las cien oficinas de Morgan-Mellow. La verdad es que sustituía el saber con la astucia. Manejaba cada parte de su cuerpo con asombrosa pericia. Era de esas mujeres que son capaces de enseñarle a usted

cada pulgada de la piel sin quitarse una sola pieza de ropa. Si le interesa, puedo decirle que la piel era dorada en toda su extensión y que llevaba el cabello lamentablemente pintado de platino. Pero su mayor encanto residía en su boca y en sus ojos. Y no me refiero a la belleza intrínseca, aunque ojos y boca eran extraordinariamente bellos. Hablo de la expresividad. Estoy seguro de que si alguien le hubiera preguntado la distancia que hay entre Andrómeda y la Tierra, ella, sin emplear una palabra, sólo con un leve movimiento de párpados y un simple fruncir de labios, habría respondido con exactitud milimétrica.

Tío dejó de mover fichas para moverse de cierto modo que yo sé interpretar muy bien.

—No se impaciente —le dije—. Ya sé que usted tiene prisa por dejar esta ciudad maldita, pero todavía quedan algunos días de congreso y aún no le han colgado en la solapa la medalla que merece su brillante tesis. En algo hay que pasar el tiempo y...

Hizo con una mano el clásico movimiento interruptor y dijo:

—Antes de almorzar dijiste que habías entrado en esa suite.

Ahí era a donde yo lo quería llevar, es decir, a interesarse por los hechos. No obstante, comencé con un rodeo:

—Sí, señor. Entré en la suite. No podía negarme. Y me parece oportuno recordarle que soy soltero y sin compromiso.

Movió un peón que estaba en peligro, me miró y dijo:

—¿Por qué no lo cuentas todo desde el principio?

Todo, desde el principio, era lo siguiente:

Habíamos subido en el ascensor los dos solos, es decir, sin contar al gracioso robot uniformado de azul y plata que pulsa los botones del veloz aparato. A la altura del cuarto piso la miré, pero ella esperó hasta el décimo para darse por enterada de mi presencia. Sin embargo, su mirada, negra y cálida, fue tan ancha y larga que duró hasta el piso cuarenta y tantos. Cuando se abrió la puerta, le cedí el paso. Olía a jardín artificial regado con ginebra. Al verla andar por el corredor, comprendí que llevaba en la sangre más alcohol que el necesario para mantener el equilibrio y la compostura. Me detuve ante mi puerta. Ella zigzagueó lentamente hasta estar frente a su suite y desde allí me lanzó una mirada sazónada con un guiño. Supuse que le

habría caído una pajita en el ojo y me creí obligado a prestarle los primeros auxilios. Sin duda estaba acostumbrada a que le abriesen las puertas, porque su puntería con la llave era verdaderamente lamentable. Solícito, le abrí. Ella sonrió agradecida, y me invitó a pasar. Entonces comprobé que no sabía abrir puertas, pero que sí sabía cerrarlas, a juzgar por la prisa con que pasó el cerrojo de seguridad.

—Siéntate —me dijo—. Voy a pagarte la molestia con un tom collins.

No soy un tipo mercantilista, pero me alegro de haberla obedecido porque disfruté de dos cosas magníficas. Primera: el butacón verde estaba relleno de nubes auténticas. Segunda: el tom collins contenía las proporciones exactas de ginebra holandesa, azúcar y limón. Mientras sorbíamos la fría mezcla, emprendimos una charla deliciosamente insustancial en la que tratamos temas tan diversos y amenos como el origen de los aerolitos, las costumbres de los osos pardos, la utilidad del mercurio y la voracidad del comején. Antes de preparar el segundo tom collins me enseñó su lujosa y confortable suite, dejándome solo en la terraza que miraba hacia Forty-nine Street. Había nevado y los grandes cactus parecían animales fabulosos cubiertos de blanca lana. Fue entonces cuando vi al hombre aquel en la terraza que correspondía a la suite situada al otro lado del corredor. Tenía encajado en la cabeza un gorro ruso que contrastaba, por su color marrón y su enorme tamaño, con la cara pálida y delgada que se inclinaba sobre la mirilla telescópica del rifle que portaban sus manos enguantadas. Estaba tan abstraído que no notó mi presencia detrás de los cactus. Parecía, no saber, a dónde apuntar, porque tanto dirigía la boca negra del arma, a una u otra ventana del cercano hotel Park Lane, como la movía lentamente hacia el cielo gris o hacia la gente que hormigueaba en la calle.

Cuando acudí al dulce reclamo de Amorihna, le pregunté:

—¿Quién es nuestro vecino de enfrente?

—No sé. Tommy va a averiguarme su nombre. Sólo me dijo que acaba de regresar de Rusia. Creo que se casó por allá con una nativa.

—¿Quién es Tommy?

—El muchacho más encantador del mundo. Es botones del hotel, pero está enteramente a mi servicio. Es muy fiel —guiñó un ojo—. ¡Y muy discreto!

Hizo una pausa para saborear un largo sorbo de tom collins y luego me preguntó:

—Tú eres un abogado cubano, ¿verdad?

Como yo hablo el inglés sin el más ligero acento español, le dije:

—¿Te lo informó el discreto Tommy?

Rió con su risa rica en tonalidades agradables y después, acomodándose en la butaca roja, preguntó:

—¿Es linda La Habana?

—Muy linda; pero aunque abundan las cubanas hermosas, escasean las brasileñas atractivas.

El cumplido volvió a desatarle la risa. De pronto, se echó hacia adelante para decirme, muy interesada:

—¿Hay en La Habana alguna calle llamada Esmeralda?

—No —dije—. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé. Curiosidad. En Buenos Aires tuve un pisito en la calle Esmeralda, una avenida bulliciosa, tan bulliciosa como me imagino a La Habana.

Me acarició el lóbulo de una oreja con un par de deditos suaves y fríos y me preguntó, en un tono excesivamente confidencial:

—¿Es cierto que allá se peca mucho?

Como estaba acostumbrado al tópico, no me hizo mella.

—Muchísimo —respondí—. Se practican los siete pecados conocidos y otros siete más.

Volvió a echarse hacia atrás, sonriendo.

—Háblame de Varadero —dijo.

—Es una playa muy larga, bañada por un sol muy ardiente y refrescada por un mar muy tranquilo en el que se refleja un cielo muy azul —respondí en tono de guía de turismo, aunque agregué—: Tiene aeropuerto internacional y un casino en que se dan cita millonarios de allá y de acá. En fin, es un lugar muy apropiado para que una muchacha con un bikini pesque un poco de bienestar.

Volvió a reír al tiempo que daba saltitos en la butaca, dando la sensación de hacerlo sobre nubes como esas que vuelan bajo los **jets**. De pronto, se

quedó quieta, cruzó las piernas, se echó hacia adelante, colocó un codo sobre la rodilla, se tocó la fina barbilla con dos deditos tiernos y me dijo:

—Te amo.

—¿Ya? —le pregunté con mi asombro mejor fingido.

Hizo un mohín torcido y preguntó con enfado:

—¿No me crees?

—No te enojés —repliqué—. Soy un novicio.

Echó a volar otra sonorísima carcajada.

—De veras —insistí—. Además, siempre he creído que el amor a primera vista es una invención literaria para facilitar situaciones de las novelas románticas.

Se levantó lentamente y, andando, muy despacio, se metió en la alcoba. Tomé un número de **Playboy** y me entretuve en hojearlo. Al cabo de unos minutos, escuché su voz:

—¿Y si te obligo a hacer el amor?

Levanté los ojos. Había cambiado su traje de calle por una bata transparente. Estaba muy cerca de mí y me apuntaba a la cabeza con una de esas pequeñas pistolas que parecen joyas. Sonreí.

—Nena —le dije—, ese juguete está al revés.

Era tan tonta que miró para verificarlo, pero no llegó a enterarse de si era verdad porque ya el juguetito estaba entre mis manos. Hizo un gesto de admiración y se dejó caer en la butaca.

—Eres muy listo —reconoció—. Pero no iba a hacerte daño —hizo una pausa para ponerse grave—. Me gusta el amor espontáneo —otra pausa para tornarse adusta—. ¿Dije el amor? ¡Qué tonta soy! Él amor no existe. Quiero decir, el amor duradero... Se ama así... —chasqueó dos dedos para dar idea de fugacidad—. A mí el amor a veces me ha durado unos segundos. A veces, unas horas...

Sólo por contradecir a su frivolidad, le dije:

—Mi tío y mi tía se aman desde hace treinta años.

—No es posible —dijo sombríamente—. El amor es hermano de la muerte.

Recuerdo muy bien que sufrí un ligero estremecimiento. Es cierto que la frase era vacía y cursi; pero pronunció la palabra **muerte** en un tono

verdaderamente lúgubre. Se levantó y se fue a apoyar la frente en la puerta de cristal de la terraza y desde allí lanzó otra frase con son tético:

—Tengo miedo a morir.

Como siempre me ha gustado más Aristófanes que Eurípides, le pregunté:

—¿Acaso temes que se te olvide respirar?

En sus labios se armó una sonrisa, pero los ojos permanecieron tristes.

—No bromees —dijo.

Se acercó a la mesa de centro para dejar el largo vaso nevado. Me miró largamente y, de pronto, sus ojos se llenaron de lágrimas. La situación me pareció ridícula y, sin atinar a hacer otra cosa mejor, me puse de pie. Entonces se abalanzó contra mi pecho y gimió:

—¡No quiero morir! ¡La vida es demasiado bella!

Iba a decirle algo a manera de consuelo, pero en ese momento se escuchó el ruido de un llavín en la cerradura de la puerta.

—¡Es él! —dijo, con los ojos muy abiertos—. ¡Maldito sea!

—¿Quién es él?

—Joseph.

Se abrazó a mí con fuerza y gritó:

—¡Tengo miedo! ¡Sálvame! ¡Ese hombre es capaz de todo!

Como tocaban a la puerta en forma violenta, fui a descorrer el cerrojo y dar vuelta a la cerradura, en tanto ella corría a refugiarse en la habitación. Por su parte, el hombre entró en plan de bestia, pero se detuvo al verme.

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó, muy airado, al tiempo que avanzaba un par de pasos.

—Tenga la bondad de bajar la voz —le dije, mientras le cortaba el camino.

Suavizó un poco el tono para preguntar

—¿Dónde está Amorihna?

—En su habitación.

—Déjeme pasar.

—Antes, quítese el sombrero.

Desde lo alto de su corpulencia —seis pulgadas por encima de mis seis pies— me miró con ojos de microscopio enfocado sobre una bacteria. Como yo estoy entrenado para soportar una mirada durante un siglo, el hombre no

pudo hacer otra cosa que pestañear al cabo de diez segundos. Sin embargo, como parece que sus padres le habían regalado cuando pequeño un librito de aventuras de Supermán, hizo el intento de echarme a un lado, pero el que tuvo que apartarse fue él. La culpa fue mía, claro, porque no tengo la costumbre de llevar la cinta negra en la cintura. Cuando chocó con la pared, junto a la puerta del bar, y recobró el equilibrio con una cómica cabriola ejecutada sobre un solo pie, se mostró tozudo.

—¿Usted anda buscando que lo aplasten? —me dijo.

—Sí. ¿Quiere probar usted?

Sonrió para mostrarme su colmillo fileteado en oro, se frotó las manos con vigorosa impaciencia y dijo:

—¡Yo tengo derecho a estar aquí!

—No le niego ese derecho; pero como yo también estoy aquí y como mi tía Alberta me educó bien, alego mi derecho a que usted se quite el sombrero.

Consultó el caso consigo mismo un par de segundos y luego, con un risible ademán de perdonavidas, se sacó de la cabezota el sombrero de paño de alas cortas. En ese momento, Amorihna, vestida con una bata rosa de vuelos airosos y llevando al cuello semidesnudo un extraño collar de cuentas verdes, apareció a mi lado y enlazó mi brazo izquierdo con su brazo derecho. Joseph Barelli se dirigió a ella con voz de sargento:

—¿Quién es este tipo?

—Es mi primo. Un abogado cubano

A pesar de su origen, me lanzó una mirada de tonto desprecio por encima del hombro. Sin embargo, impulsivamente tendió la mano hacia mí cuando Amorihna me dijo:

—Éste es Joseph, querido. Joseph Barelli.

Ignoré su ademán y me volví a rescatar el tom collins que había dejado sobre la mesa para irme luego a mirar a través de la doble puerta de cristales de la terraza, hasta la que llegaba, amortiguado y lejano, el ruido de Park Avenue. Desde allí, y de reojo, los vi discutir. Digo que los vi solamente, porque a mis oídos apenas llegó un par de palabras gruesas. Al cabo de unos minutos, el supermán se fue, dejando detrás de sí el estruendo de un portazo.

—Ese muchacho necesita una beca para estudiar buenas maneras — comenté.

—Es un salvaje —dijo ella.

—¿En qué circo trabaja?

—No hagas bromas, querido. Joseph no trabaja.

—Es que los tiempos están malos. Hoy leí que una fábrica de automóviles cesanteó a seis mil trabajadores.

—¡Por favor, entiéndeme! ¡Él vive de las mujeres! Las extorsiona.

—¿A ti también?

Caminó unos pasos y se apoyó en una butaca para decir:

—Sí. Ahora pretende que le entregue la esmeralda.

—¿Qué esmeralda?

Entró en la habitación y no tardó en regresar a la sala. No me avergüenza decir que nunca he sabido distinguir una aguamarina de una amatista. Cierta vez leí en un folleto de las pildoritas Cárter que la piedra de mi buena suerte es el zafiro; pero nunca he tenido una en mis manos, y si sé que los rubíes son rojos es porque mi reloj tiene veintitantos y los vi cuando un relojero lo destapó. Por supuesto, también de algún modo llegué a saber que las esmeraldas son verdes, aunque nunca imaginé todo lo bellas que podían ser hasta aquella tarde en que Amorihna do Portobelo, me mostró en la palma de la mano su célebre piedra. Era del tamaño de una nuez, y no de las pequeñas, sino de esas que vienen en bolsitas plásticas y con un sello que garantiza su procedencia y calidad. Pero lo más extraordinario era su talla, que la hacía refulgir desde sus infinitas facetas. En verdad, al reflejar la luz violácea que entraba por los cristales del ventanal, parecía como un sol verde. Tomé entre los dedos la joya, magistralmente engastada al aire en una montadura casi invisible de la que partían dos tramos de una fina cadena de platino.

—Tengo que llevar un regalo a mi tía Alberta —dije, sonriendo—. ¿Crees que puedo encontrar una igual por ocho o diez dólares?

Quiso sonreír, pero sus labios sólo formaron una mueca.

—¿Sabes que mi vida está ligada a esa piedra?

—¿Te lo dijo una gitana?

Casi acerté, porque me respondió muy seriamente:

—Lo sé por un astrólogo de Buenos Aires. Él predijo la muerte de Roosevelt.

—Yo también pude haberla previsto, nena.

—¿También eres astrólogo?

—No, pero sé que todos vamos a morir un día u otro.

—¿Por qué bromeas siempre? —preguntó con voz angustiada, añadiendo

—: Grossner me dijo que yo moriría cuando me separara de esta piedra.

—¡Tonterías! —dije—. La vida y la muerte nada tienen que ver con las piedras. A menos que una muy grande te aplaste la cabeza.

Todo aquel diálogo era insulso y cursi; pero ella lloraba con el rostro entre mis solapas y eso despertó mi viejo instinto de saber cosas acerca de los demás. Le alcé la barbilla.

—Escucha, nena: ¿ese hombre te ha amenazado?

—Sí.

—¿Y a cambio de la vida te exige esa esmeralda?

—Sí.

—¿Por qué no lo denuncias?

—Ya lo he hecho. Pero no puedo vivir sin él.

La frase sonaba a novela radial, pero yo mismo estaba también un tanto trágico.

—¿Quieres decir que lo denunciaste y luego retiraste la acusación?

—Sí.

—¿Lo amas?

—Lo detesto.

—¡Eso es absurdo, nenita!

Se alejó varios pasos, tomó el collar entre sus manos de dedos largos y delicados y comenzó a pasar entre ellos las verdes cuentas, como las de un rosario. Entonces noté que no eran cuentas propiamente dichas, sino verdiamarillos e irregulares granos de café crudo, uno de los cuales ella tomó entre sus dientes. Después de un largo y casi místico intervalo, se acercó a mí lentamente, mientras decía, extática:

—¿No sabes que por encima del amor existe el deseo?

Como aquello colmaba la copa de las tonterías, repliqué:

—Lo que acabo de saber es que estás enferma. Mi tío puede conseguirte una cita con un buen psiquiatra.

—He visto a varios.

Di un paseíto alrededor de la mesa de centro y le pregunté:

—¿Y qué quiere hacer Barelli con esa piedra? ¿Colgársela al cuello y tirarse al Hudson?

—Tiffany ofrece una fortuna por ella.

—En ese caso —razoné—, nada tienes que temer. Ese muchacho, por estúpido que sea, no puede ignorar que si te mata por apoderarse de la joya, Tiffany no le daría un dólar por ella.

—No lo conoces. Levsky y él hallarán el modo de venderla.

—¿Quién es Levsky?

—Un joyero. Está de acuerdo con Joseph. Hace meses están tratando de convencerme. Y no sé qué hacer. ¡Tengo miedo!

Temblaba. Por sus mejillas corrían hilos brillantes, Y como todas sus palabras coincidían en un solo punto, no hallé otra solución que vestir la armadura de don Alonso Quijano que suelo usar en tales ocasiones. Y ya montado en Rocinante, le dije, lanza en ristre, sin importarme el ridículo:

—Voy a hablar con esos hombres y...

Como en ese momento sonó el timbre de la puerta, me ahorré la fanfarronada que iba a verter. Ella dio un saltito y dijo:

—¡Madre mía! ¡Es Calabrio! Ven...

Mordisqueó una de las cuentas del collar, me tomó una mano y, andando en puntillas, me condujo al bar situado a la derecha de la sala. Me señaló una puerta.

—Sal cuando él entre —me susurró al oído.

Desperdició un beso en el aire y volvió a la sala. Cuando oí que abría la puerta principal, abrí mi puerta clandestina para salir al pasillo lateral de la suite. Torcí a la izquierda en el corredor y sólo entonces comprobé que iba caminando con gracioso sigilo.

Aunque no le dije lo del sigilo, tío se rió un buen rato. Cuando se le calmó el ataque, dijo, acentuando la ironía:

—¿Qué diría tu tía Alberta si llegara a saber que te tomaron de conejillo para provocar los celos de un salvaje y que luego te sustituyeron por un gángster?

Iba a replicarle con una agudeza, pero me lo impidió con un gesto, al tiempo que decía:

—¿Las puertas de aquella suite son iguales a las de ésta?

—Sí, señor. La principal y la del pasillo lateral son réplicas exactas de las nuestras. Las dobles puertas que dan a la terraza son de aluminio y cristal. Entre paréntesis: ¿qué opina de ese hombre del fusil con mirilla telescópica?

Chasqueó la lengua y dijo:

—Eso no interesa.

—Hace usted muy bien en ser reservado, porque el día que yo descubra por qué deja a un lado las cosas importantes, me pondré a trabajar por mi cuenta. En fin, ¿qué más le digo? Espere: usted quiere saber algo de las cerraduras. En efecto, las de allá son distintas, es decir, más seguras. Son de tres vueltas y doble pasador cilíndrico. Es la última palabra en cierres. Seguramente las instalaron para evitar que cualquier transeúnte entrase y se apoderase del pedrusco verde. Además, las dos puertas de madera tienen cerrojo. Son simples aunque sólidas barritas de bronce a modo de pasador, que corren por una ranura situada entre dos armellas: una atornillada al marco y otra a la puerta propiamente dicha. Por si le interesa, le diré que no sería nada difícil, valiéndose de un cordel o de un alambre en forma de gancho, el hacer correr ese pasador desde fuera y...

—Todo eso lo dice la radio cada cinco minutos. ¿Qué hará falta para que dejen de repetirlo? ¿Un terremoto en Chicago? ¿No comprenden que eso no tiene importancia?

Me hice el idiota y pregunté:

—¿Un terremoto en Chicago no tiene importancia para usted?

Me miró como suele hacerlo en circunstancias parecidas, lo que me obligó a quitarme la máscara de idiota y a exclamar, mientras me daba un golpecito en la frente:

—¡Ah! Perdona. Había olvidado que a usted no le interesan las puertas cerradas.

—No tergiverses. Una habitación, o lo que sea, cerrada por dentro, no es un indicio apropiado para darles vueltas a sus aparentes probabilidades, sino que es un hecho consumado. Y con los hechos no se especula. Por tanto, es

una idiotez tratar de averiguar cómo se cerraron las puertas. Lo único importante es **conocer quién las cerró**. Y, sobre todo, **saber por qué lo hizo**.

Iba a replicarle no sé qué, pero era implacable cuando se proponía interrumpirme. Y volvió a hacerlo:

—¿Recorriste todas las piezas de la suite?

—¿No le dije eso? ¡Ah! Usted quiere detalles. Mire, tío, usted sabe que si ella estuviera viva me acogía al derecho de discreción; pero como ahora mi mayor deseo es saber quién fue el asesino, le diré que la muchacha parecía sentir el orgullo de mostrar a sus visitantes lo a gusto que vivía. Es por eso que recorrí, cogido de su brazo, las cinco piezas de la suite. El mobiliario es de un estilo agradable a la vista y sujeto a las reglas más estrictas del confort. Especialmente el de la alcoba. La cama sobre la que apareció el cadáver de la infeliz es muy mullida, algo así como la antonomasia de lo blando y lo suave. Me han dicho que en la parte superior de las torres de este hotel hay suites más lujosas; pero la de ella es muy funcional. Tiene un recibidor amplio que da acceso a un salón donde cabría muy bien una compañía de marines. A la izquierda de ese salón hay un panel encristalado que mira a la terraza, un lindo balcón de dos metros de ancho por cuatro metros de largo, bordeado de arriates en los cuales crecen cactus que harían morir de envidia a tía Alberta. Esa terraza se asoma a Fifty-nine Street. A la derecha del salón está la puerta que comunica con una suerte de pantry convertido en un primoroso bar, decorado, según pude admirar, por un excelente epígono de Mondrián. Como ya le dije, allí está la otra puerta que comunica con el pasillo auxiliar, y hay también una pequeña ventana enrejada, situada a poco más de un pie por encima de mi cabeza y que, naturalmente, mira también a dicho pasillo. Frente al airoso medio punto que comunica el recibidor con la sala, está la doble puerta de correderas silenciosas que da acceso a la alcoba. A la derecha de esta alcoba, ya dentro de ella, en la misma posición que el bar con respecto a la sala, está el baño, un recinto maravilloso que parece hecho para criar sirenas.

Aprovechó que me detuve para tomar aire y preguntó:

—¿Objetos personales? ¿Libros? ¿Adornos?

—Aparte del traje de calle, de las dos batas de casa, de la esmeralda, del collar de café y de su amplio surtido de objetos de tocador, sólo pude ver

fugaces muestras de su ropa interior. Vi un solo libro: **Who is who**. Su nombre no aparece en esa edición; pero me imagino que ella esperaba que la incluyeran en una de las próximas. ¡La pobre!

Como no le afectó mi tono compasivo, continué, enfurruñado:

—Había algunos adornos. Ceniceros, jarras y cabezas... Las jarras son de esas que en Sixth Avenue usan para disponer artísticamente vegetales carísimos. Me figuro que desde que ella llegó a Nueva York tiene que haber mejorado mucho el mercado de flores. Espero que los floristas manden una comisión de pésame y una magnificente ofrenda al funeral.

—¿Y las cabezas?

—¿Le interesa eso, eh? Pues le diré; las había legítimas y falsas. Hay un par de cabezas de esas que llaman reducidas. Por cierto, no parecían haber sido reducidas con la misma técnica. Una era burda, en comparación con la otra, y recordaba a un indígena del Amazonas. La que yo llamaría perfecta, tenía rasgos europeos. Vi muchas cabezas más, confeccionadas con distintos materiales: jade, cristal, ámbar, porcelana, plata, cobre... Y una de trapo que parece una japonesa decapitada en plena adolescencia, con alfileres de distintos colores en el peinado. Hay otra de hombre: un hindú con un abigarrado turbante de seda. Otra representaba un ídolo africano, con un hueso de marfil atravesado en la nariz. Es una talla muy artística, en ébano. Y un raro fetiche de raíces entrelazadas y de rostro lanceado con espinas. Pero lo que más llamó mi atención fue un par de cabezas de plástico flexible que representaban a un héroe nacional.

Movió una pieza negra y me dijo;

—¿Mickey Mouse?

Di un salto hacia adelante y le apunté con el índice:

—¡Usted estuvo allí! ¡Y no espere mi complicidad! ¡Se lo voy a decir a tía Alberta!

Sonrió mientras aclaraba:

—Donde estuve fue en Macy's.

—No disimule. Por los anuncios del **Times** cualquiera sabe que en Macy's hay una permanente liquidación de esas horribles cabezas, pero usted no podía adivinar que ella...

—Tenía que saberlo, porque tú me lo hiciste saber.

—¡Yo no le dije eso!

Me miró como si yo acabase de entrar volando por una ventana y me preguntó, con aire cándido:

—Entonces, ¿no es cierto que ella era una mujer capaz de comprar esas antiestéticas cabezas de ratón?

—Sí —cedí—. Era capaz de eso. Y no de comprar una, sino dos.

—Eso es interesante. ¿Por qué dos?

—Tenía dos cabezas reducidas.

—Pero eran diferentes y de distinta procedencia.

—Es cierto. Pero, ¿qué importancia tienen para usted esas imágenes plásticas de un roedor?

—Todo tiene importancia. Y eso lo tiene especialmente porque una de esas cabezas desapareció.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo oí por radio, de boca de ese capitán Murphy, quien, al parecer, solía visitar a esa muchacha.

—En verdad, no comprendo por qué un asesino escogió como souvenir una cosa que podía comprar por cuarenta y nueve centavos. En fin, ¿quiere saber algo más?

—No.

—¿No quiere saber si la besé?

—No presumas. Los besos sólo matan en las canciones.

Como no creí oportuno soltarle una mordacidad, me fui al teléfono y llamé a Información. El rubio fanático de los Yankees me dijo que la muchacha todavía estaba retenida en el hotel. Tomé el sombrero y el abrigo.

—Voy a ver si me divierto —dije—. Todavía no he hecho una sola conquista en Nueva York.

—¡Buena suerte, muchacho!

Me alegré mucho de que me deseara buena suerte.

IV. Secuestro de una muchacha

Domingo al anochecer

Con el objeto de no producir molestas interrupciones en el servicio del hotel, los interrogatorios preliminares a camareros, botones, ascensoristas y demás empleados tuvieron lugar, a lo largo de todo el domingo, en uno de los amplios salones de fumar del Waldorf. A la muchacha que yo deseaba entrevistar la retuvieron hasta las siete de la noche y apenas apareció en el fondo del lobby, una manada de periodistas, algunos de ellos agitando insultantes billetes de banco, se abalanzó para importunarla, pero yo me entretuve un rato en prodigar dolorosos codazos y oportunos traspies, aunque ella pareció no darse cuenta de que yo le dejaba el camino expedito.

En la calle, taconeaba con ritmo de rock y parecía complacida en la contumacia de mostrarme solamente su perfil derecho en el que el rasgo más distintivo era la seriedad; pero una seriedad que tenía todas las características de lo artificial, a menos que la Naturaleza hubiese logrado la casi imposibilidad de armar un rostro bellísimo sin dotarlo de ese encanto femenino que es la sonrisa. No me resultaba fácil caminar a su lado, porque en Nueva York la gente que marcha en sentido contrario a uno da la sensación de padecer miopía y está tropezando constantemente con el prójimo que se le enfrenta. Eso es lo que unos llaman cosmopolitismo y que tío denomina mala educación.

Como necesitaba establecer contacto con ella, eché mano de mi **slang** más expresivo y de mi mejor colección de requiebros, combinándolos con un poco de audacia latina para celebrarle la enormidad de los ojos, lo jugoso de los labios diminutos, lo voluntarioso del redondo mentoncillo y hasta lo barroco de las volutas de sus pequeñas orejas, pero se mantuvo insensible a

las lisonjas. Comprendí que era necesario utilizar una táctica menos realista y me dio resultado. Apenas le dije: «¡Narizona!», sonrió a la ofensa contradictoria porque en realidad su nariz era breve, graciosa y bien formada. Condescendió a mirarme. Hablamos. Hablamos del tiempo, de los estrenos de la semana, de la visita del Primer Ministro inglés...

Íbamos Fifth Avenue arriba cuando la noté pálida. Seguí la dirección de su mirada, en la que se reflejaba un asomo de miedo. Yo ya había visto al tipo cruzarse dos veces con nosotros y esta vez lo miré mejor desde el sombrero de cinta tricolor hasta los zapatos de dos tonos. Sólo había alcanzado a crecer tres octavos de pulgada por encima de los cinco pies. Si mi tío lo hubiera visto, sin duda le habría prescrito un plan para engordar, aunque el hombrecito lo que necesitaba con urgencia era una operación de cirugía facial, ya que era un ostensible atentado al ornato público el andar por Fifth Avenue con semejante cara de mico tonto. Cuando volvió a pasar, volteando el sombrero a lo James Cagney, me agarré del brazo de la muchacha para simular arreglarme el cordón de un zapato. Al reanudar la marcha, yo sabía que él nos seguía. Ella tampoco lo ignoraba, porque su manita temblaba bajo mi brazo. Al disponernos a cruzar Fifty-seven Street, el enano apoyó algo en mi espalda y dijo, con voz de pandillero cinematográfico:

—Doblen a la izquierda.

Doblamos en dirección a Sixth Avenue. Miré por encima del hombro. El tipo tenía la pistola dentro de un bolsillo del abrigo de piel de camello. Caminamos unos metros. De repente, empujé a la muchacha en dirección a un zaguán oscuro y me volví para tomar al hombrecito por el cuello y meterlo también en el estrecho pasillo. Intentó defenderse, pero no pasó de ahí, porque le hundí el puño derecho en el vientre. Esperé que se doblara hacia adelante con el premeditado objetivo de que su cara tropezase con mi rodilla. Sentí el chasquido de su nariz, al mismo tiempo que mis manos anudadas le golpeaban la nuca. La muchacha me miraba con cara de admiradora de Humphrey Bogart. Fui a cerrar la puerta del zaguán justo en el momento en que pasaba lentamente un buick negro con muchos accesorios cromados. El ciudadano que iba al lado del chofer tenía cara de no entender cómo nosotros y su socio habíamos desaparecido. Hasta miró al cielo, acaso para

convencerse de que el asunto no tenía nada que ver con una escoba de bruja. Cerré la puerta. El tipejo comenzaba a reaccionar de los efectos del sismo y no me costó mucho trabajo hacerle comprender que su único camino era hablar claro. Confesó ser uno de los hombres de Mugsie Gang Calabrio, aunque no lo manifestó asustado, sino con cierto orgullo y en tono de amenaza. Era penoso hacerlo; pero tenía que salir de allí con mi manojo de nervios femeninos en plena tensión, y le di un golpe en la barbilla que lo hizo caer entre unos bidones de basura. Le confisqué la pistola, abrí, salimos, cerré y nos alejamos con rumbo al Hudson. Un tipo de mi misma estatura, con un abrigo azul y una nariz rara, evidentemente nos seguía desde la acera de enfrente.

—¿A dónde podría llevarte? —dije.

Ella, aferrada a mi brazo, se tomó un poco de tiempo para cerrar la boca; pero todavía tenía los ojos brillantes de asombro cuándo me dijo:

—Vivo cerca.

—Tu casa no sirve, nena. Sería mejor la de una amiga, en el otro extremo de la ciudad.

—Tengo un tío en el Bronx. Es policía.

—Tampoco es bueno eso.

—Pero...

—Es urgente, chiquilla. ¿Conoces a alguien en Brooklyn?

—Sí. pero...

Llamé a un taxi que pasaba y la empujé dentro. El hombre del gabán azul se detuvo, sorprendido. No había más taxis por allí. Di al chofer una dirección de Harlem, pero lo hice detenerse en Mount Morris Park. Bajamos. Anduvimos dos cuadras hacia el este y una cuadra hacia el norte. Tomamos otro taxi. Le dije al conductor que deseábamos pasear despacio para admirar el río desde el West Side Highway. El hombre encogió los hombros, arrancó y torció hacia el oeste. Al llegar a Battlery Place le indiqué que tomase por South Street. Cambiamos de taxi en Fulton Market. El nuevo chofer no quería cruzar el East River; pero cuando le enseñé un par de dólares enderezó el rumbo hacia el puente de Brooklyn y comenzó a silbar no recuerdo qué aire de Irving Berlín.

La amiga —una pelirroja con la carita moteada de pecas— se llamaba Nordia. Nos recibió con alegría, a pesar de que parecía dispuesta a irse a la cama.

—¿Qué te trae por aquí, Tessie? —preguntó.

Como en aquel momento Tessie Howard no era capaz de decir siquiera que Eisenhower era el presidente de la Nación, yo expliqué:

—Si usted aprecia a Tessie, prepárese a tenerla en conserva durante unos días. Hay más de cuatro que quieren causarle molestias.

—¿Y usted quién es?

—El amigo más reciente de ella. Acabo de conocerla.

Tessie logró decir algo:

—El me ha salvado la vida, Nordia.

—No le dé importancia —dije a la pelirroja—. Lo que ocurre es que tengo hiperdesarrollado el instinto de conservación de la especie. ¿Tiene algo fuerte en la alacena?

Se fue al interior de la casita. Afuera, voceaba un vendedor de periódicos. Salí y bajé la escalerita independiente. Eran ediciones especiales de dos de los periódicos más amarillos de la ciudad. Les eché un vistazo y regresé al pisito.

—Esto es eficiencia técnica —dije a Tessie—. Apenas has terminado de hablar con la policía y ya están aquí tu foto y tus declaraciones.

Nordia regresó cargada de objetos de cristal. Tessie, que no cesaba de mirarme, se atrevió a insinuar una pregunta:

—¿Cómo sabía usted que...?

—Estudié intuición por correspondencia, nena. ¿Conoces al tipejo aquel?

—Sí. Estuvo en mi casa por la madrugada. Venía con otros. Los vi por la mirilla de la puerta. Querían que yo los acompañara no sé a dónde.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—Serían las dos.

—Por supuesto, no abriste la puerta.

—No. Les dije que si no se retiraban llamaría a la policía.

—¿No la llamaste?

—No. Desde detrás de la puerta, sentí que sus pasos se alejaban. Entonces me sentí segura. Pero esta noche, al ver a ese hombre cuando salí del hotel, sí

sentí miedo. ¡Todo esto ha sido muy terrible!

Serví tres dosis del ron que Nordia había puesto sobre la mesa y le ofrecí una a Tessie.

—Tómalo —le dije.

Nordia tomó otra copa. Bebimos. Ella hizo una mueca y en seguida sus ojos se llenaron de lágrimas. Nordia, después de apurar su trago, tosió fuertemente. Yo no hice ni una cosa ni la otra, pero ganas no me faltaron de hacer las dos.

—¿A qué hora llegó la policía a tu casa? —le pregunté.

—Poco después de que se marcharon aquellos hombres. Serían las dos y quince. La casa se llenó de policías y de periodistas. Desde entonces no he tenido un momento de tranquilidad.

—Me lo imagino. ¿Y a esa hora te llevaron al hotel?

—Sí.

—¿A la suite?

Se cubrió la cara con las manos y dijo:

—Sí. ¡Pobre señorita?

Comenzó a llorar, pero ahora no por los efectos del ron. Nordia le echó un brazo por encima, a manera de consuelo. De pronto, Tessie me preguntó:

—Pero, ¿por qué ese hombre quiere hacerme daño?

—Porque te franqueaste demasiado con los periodistas, nena. Sin duda, esos matones fueron a verte por la madrugada para evitar que hablaras. A Mugsie Gang Calabrio no le conviene que se divulguen sus actividades privadas. Y aunque todavía no han trascendido mucho sus nombres, de manera directa, a Morgan-Mellow y a Struckle tampoco les interesa que la gente conozca sus relaciones con Amorihna. Otro tanto puede decirse de los otros implicados.

—Yo sólo dije la verdad.

—Eso es lo peor, nenita. Algunos de ellos están deseando intentar convencerte de que cambies algún detalle de tus declaraciones. O quizás te busquen para que no se te ocurra recordar algo que no hayas dicho a la policía y a la prensa.

—No lo entiendo.

—Mi tío y yo sabemos que los interrogatorios de la policía y de los reporteros suelen alterar los nervios de los interrogados. Y eso impide a los testigos recordar hechos, detalles, palabras... Pero, cálmate —me volví hacia la pecosita—. Y tú también, Nordia. Tu casa es pequeñita, pero me gusta. ¿Por qué no la dedicas a la cría de muñecas?

Las dos rieron.

—¿Eres de Nueva York? —pregunté a Tessie.

—Soy de Pittsburgh.

—Demasiado cerca. Te sugiero un viajecito a Portland. Pero no ahora. Es posible que haya mucha gente vigilando los aeropuertos y las estaciones de ómnibus y trenes. Mejor será dentro de una semana, aunque es probable que para entonces no sea necesario. Todo depende de mi tío. Y de que ustedes se porten bien.

Me miró. La miré, es decir, me solacé un ratito admirando su carita encantadoramente inocente. Al fin, bajó los ojos y dijo:

—¿Qué quiere usted de mí?

—Soy muy curioso. Hay algunas cosas que me gustaría saber. Por ejemplo, según este periódico, durante toda la tarde de ayer sábado tuvo lugar en la suite un verdadero desfile de hombres. ¿Era ésa una costumbre de la casa?

—No, no —se apresuró a responder—. Muy rara vez ella recibía antes de la hora del cocktail.

—¿Cuál era la hora del cocktail?

—Las cinco y treinta de la tarde.

—¿Por qué entonces aquel **men's parade**?

Su respuesta me sorprendió bastante:

—Ella los había citado.

—Eso no lo dijiste a la policía ni a la prensa.

—No me lo preguntaron. Usted tiene razón. Yo estaba muy nerviosa y... Pero, ¿hice mal?

—No tiene importancia. De todos modos, ya ves, los reporteros arman un escándalo con cualquier cosa que se les diga. En cuanto a la policía, no sabe qué hacer con nada de lo que se le diga.

Desenrosqué la tapa de mi estilográfica y saqué del bolsillo un librito de notas.

—Ahora, nenita —dije, sentándome en el sofá, entre ella y Nordia—, vamos a ver si recuerdas el orden de llegada de aquella cola de pantalones.

—¿Cómo no voy a recordarlo, si todo estaba previsto?

Di un saltito en el sofá.

—¿Quieres decir que todo estaba previamente organizado?

—Sí. Cada uno debía venir a una hora fija.

Aquello sonaba tan raro que eché el brazo por encima de su hombro y le dije:

—¿Tú has leído muchas novelas de espías y detectives, verdad? ¿O prefieres las de aventuras? Si tuviera tiempo, te contaría la historia de unos señores que se reunían en una cueva; pero antes de entrar tenían que decir con voz profunda: «¡Sésamo, ábrete!»

Nordia y ella iniciaron un dúo de carcajadas bastante bien afinado. Serví ron en las tres copitas y levanté la mía:

—¡Por los cuarenta ladrones! —brindé.

—¡Por Alí Babá! —gritó la pelirroja.

Volvimos a beber. Esta vez comprendí que no era ron, sino jugo de esmeril o algo semejante. Tessie, luego de muequear un poco, se enserió repentinamente y me dijo:

—Aunque usted no lo crea, es cierto. Ella era buena y generosa, pero un tanto excéntrica.

—¿Puedes decirme algunas de sus excentricidades?

—Ella tenía joyas valiosas. Sin embargo, le gustaba usar un collar de cuentas de café. Solía andar por la suite sólo con aquel adorno sobre el cuerpo. Un día me dijo que deseaba ser enterrada así, desnuda y con aquel collar silvestre.

—¿Alguna otra excentricidad?

Lo pensó un segundo, pero consiguió asombrarme otra vez:

—Ella impuso a cada uno de sus amigos una manera distinta de tocar el timbre de la puerta. Le divertía eso y...

—¡Espera, espera! —interrumpí—. ¿Quieres decir que, por ejemplo, el millonario tocaba de una manera y el poeta de otra?

—Así era.

—¡Linda manera de divertirse! En fin, dime ahora, despacio, el orden y las horas de llegada de los visitantes, lo que se habló en cada entrevista y, para que mi tío se divierta un rato, la forma en que tocaba el timbre cada uno.

En resumen, de lo que ella me contó —auxiliada a ratos por preguntas mías— anoté los siguientes datos, de los cuales subrayo aquellos que ella no había mencionado en los interrogatorios:

1. Mugsie Gang Calabrio. **Un timbrazo largo y dos cortos.** 1:30 a 1:50 p.m. Ella lo citó con el fin de aceptar un viaje de placer a Europa que él le había propuesto meses antes. Se fijó la fecha de salida para una semana después. **Calabrio le exigió que rompiera antes con Barelli y los otros. Ella se lo prometió. Calabrio le entregó diez billetes de a mil dólares, para los primeros gastos.** Él parecía sentirse feliz. Ella saltaba de gozo. **Se besaron apasionadamente al despedirse.**
2. Senador Harry M. Struckle. **Uno corto y uno largo.** 2:00 a 2:20 p.m. Ella lo citó para despedirse de él, con motivo del proyectado viaje. Struckle expresó su desagrado **violentamente.** Trató de disuadirla. La despedida fue fría, cortante.
3. Cornelius Morgan-Mellow. **Dos largos y dos cortos.** 2:30 a 2:50 p.m. También fue citado por ella para despedirse. El millonario no puso reparos y le prometió que, al regresar del viaje, le tendría dispuesto el libreto de una comedia musical, de la que ella sería protagonista. Amorihna expresó su alegría con apasionada efusión.
4. William Smithson. **Dos largos y uno corto.** 3:05 a 3:20 p.m. Tessie no recordaba el motivo de la cita. Hablaron de cosas «sin importancia». La mayor parte del tiempo conversaron en voz muy baja, inaudible. La despedida fue afectuosa.
5. Aaron Levsky. **Uno corto y tres largos.** 3:30 a 3:50 p.m. Fue citado para tratar sobre la compra-venta de la esmeralda, bajo la condición, impuesta por Amorihna, de que Barelli no se enterase de la operación. Levsky le dijo que esa mañana, Tiffany había rebajado diez mil dólares de su primera oferta, alegando que la casa reinante europea, antes interesada, ya no deseaba la joya. Amorihna, visiblemente disgustada, dijo que aceptaría una rebaja de cinco mil dólares; pero que necesitaba una respuesta urgente, pues se marchaba a Europa con

Calabrio y tenía intenciones de quedarse a vivir en Italia. Suplicó a Levsky que no dijese nada a Barelli. Ante el estupor de Tessie, se besaron furiosamente al despedirse.

6. Américo Ortigão. **Tres largos.** 4:00 a 4:15 p.m. Motivo de la cita: suplicarle una vez más que accediese a divorciarse. Le habló del viaje. Ortigão puso como condición la entrega de la esmeralda. **Amorihna le mostró los diez mil pesos de Calabrio, y se los ofreció a cambio del divorcio.** Riñeron con las peores palabras. Ella se encerró en el baño y el portugués se marchó. Profirió terribles amenazas.
7. Homer Horace Virgil. **Tres cortos.** 4:20 a 4:55 p.m. Citado para despedirse de él «para siempre». El muchacho lloró. Ella lo consoló con besos y caricias y le pidió que le recitase versos. Amorihna suplicó a Tessie que bajara a comprarle un libro de Whitman. La muchacha comprendió que deseaban estar solos y tardó en volver quince o veinte minutos. Demoraron en abrir la puerta. Amorihna «danzaba con frenesí». «Estaba transfigurada.» Besos muy apasionados en la despedida.
8. Joseph Barelli. Tenía llave de la puerta principal. Por tanto, no tenía clave para tocar el timbre. Si la puerta estaba cerrada por dentro, la golpeaba con los puños. Cuando sufría crisis de melancolía ella no abría la puerta ni contestaba al teléfono. El sábado del desfile de pantalones, Barelli llegó poco después de las cinco. Ya estaba enterado del proyectado viaje a Europa y la amenazó con matarla si no abandonaba esa idea. Ella le expresó su decisión irrevocable de romper con él para siempre. Riñeron. Él le pegó una bofetada. Amorihna cayó sobre la cama. Jadeaba. Desde el recibidor —que había sido su observatorio durante toda la tarde— Tessie vio cómo Barelli se tendía sobre Amorihna «con evidentes intenciones de hacer el amor».
9. A las cinco y quince sonó el timbre de la puerta, de modo convencional. Tessie corrió a abrir. Era el capitán Murphy. No estaba en la lista de invitados, pero era posible que fuera citado por Amorihna. Desde la cama, la brasileña le pidió protección. Murphy quiso llevarse detenido a Barelli, pero ella intervino, diciendo que quería evitar un escándalo. Joseph Barelli salió «furioso y amenazante». A las cinco y treinta, luego de tomar un cocktail con

Amorihna, Murphy se marchó.

10. A las cinco y treinta y cinco, Amorihna despidió a Tessie Howard. En el momento de salir la muchacha, apareció en la puerta Grace Crawford. Estaba visiblemente alterada, nerviosa. A pesar de que Amorihna y la Crawford mantenían «relaciones sociales» y de que la brasileña de cuando en cuando ayudaba económicamente a la ex corista, ésta, en medio de «furiosas crisis», reprochaba a su amiga, tanto que monopolizara el amor de Barelli, como que era culpable de su fracaso como artista. Tessie bajó al lobby. Allí vio al millonario. A las cinco y cuarenta y cinco, Grace Crawford salió del ascensor y se dirigió al vestíbulo principal, donde habló con Morgan-Mellow. Luego ambos se dirigieron hacia el interior del hotel, «presumiblemente con rumbo al Oasis». Tessie, estimulada por la preocupación que sentía, llamó por teléfono a la suite y, al escuchar la voz de Amorihna, colgó y se marchó a su casa. Eran las cinco y cincuenta de la tarde.

Cuando cerré mi librito de notas y tapé mi estilográfica, Nordia me preguntó:

—¿Eres de la policía?

—No.

—¿Y por qué te interesan tanto esos detalles? ¡Ah, ya sé! Eres uno de esos detectives privados, como Sam Spade y Boston Blackie.

—Tampoco puedo decir que soy uno de éstos, rosa roja. Además, Boston Blackie no es un detective, sino un ladrón. Simpático, pero ladrón. Solamente soy abogado, pero en Cuba.

Fue entonces que Tessie se decidió a tutearme:

—¿Eres cubano?

—Sí.

—Dicen que allí el clima es maravilloso y el cielo muy azul y la gente muy hospitalaria.

Di un saltito de alegría. Estaba acostumbrado a que me hablaran de Cuba como si se refirieran a Sodoma y Gomorra. La miré a los ojos, agradecido, y la vi sonrojarse.

—Sí —le dije—. El clima físico es maravilloso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nordia.

—No hagas caso.

Nordia se dirigió a Tessie para decirme, indirectamente:

—¿Has visto que no quiere decir por qué se interesa tanto en ese lío?

Me volví hacia la nariz pecosita para responderle, pero sonó la voz grata de Tessie:

—No me importa quién sea. Sólo sé que no quiere hacerme daño.

—Ni quiero que te lo hagan los demás, preciosa. Ahora, por favor, dime cómo hizo ella todas aquellas citas.

—El día anterior, o sea el viernes, me dictó la lista de los nombres y las horas y yo me encargué de citarlos a todos por teléfono, excepto a Virgil y Barelli.

—¿Ellos no tienen teléfono?

—No.

—¿Y cómo los citaste?

—Tomé un taxi. Primero vi a Virgil —se golpeó una mano con la otra y agregó, emocionada—: ¡Eres fantástico! ¡Ahora he recordado otra cosa! La señorita me encargó algo: quería que Virgil llevara los instrumentos.

—¿Qué instrumentos?

—No sé

—Piensa despacio. ¿Qué instrumentos llevó Virgil el sábado?

—No vi que llevara ninguno. Es decir, sólo trajo un pequeño estuche negro.

—¿Cómo era?

Separó las manos unas diez pulgadas.

—Más o menos así. Y la mitad más estrecho. Era negro y aplastado... Tenía un cierre metálico...

—¿Lo abrió mientras estuviste allí?

—No. Estuvo todo el tiempo sobre la mesa de centro.

—¿Y cuando regresaste, después de comprar el libro?

Se tomó unos segundos para pensar y, al cabo, dijo, contenta:

—Ya recuerdo. Mientras ella danzaba, él tenía la cajita negra entre las manos.

—Entonces, ¿se la llevó?

—Sí. Estoy segura. ¿Es importante eso?

Estaba tan exultada que le dije:

—Cálmate, niña. Puede que eso le interese a mi tío.

Se recostó en el respaldo del sofá y entrecerró los ojos.

—¿Y quién es tu tío? —preguntó Nordia.

—Uno que es tan curioso como yo. Y, contestando a tu pregunta de antes, te diré que a él le fascinan estos problemas. Y a mí también. Somos aficionados, ¿comprendes?

—Ahora comprendo menos —dijo la pelirroja, riendo limpiamente.

—En fin —dije a Tessie—, citaste a Virgil. ¿Y a Barelli?

—No estaba en su apartamento de Brooklyn, en Flatbush Avenue, muy cerca de aquí, en la esquina de Sands Street. Le dejé recado, con el dueño de un bar que hay en los bajos. El Dodgers.

—¿Recibió el recado?

—No lo sé. ¿También es importante eso?

—Vamos a verlo de otro modo: ¿él iba todos los días a la suite?

—Sí.

—¿A cualquier hora?

—Regularmente, después de las cinco de la tarde.

—Ahora yo me pregunto: ¿por qué entonces mandarle recado para que fuera a la suite ayer, justamente a esa hora?

—¡Es cierto! —hizo una pausa—. Pero a mí me dio la impresión de que ella no quería que él faltara a esa cita.

—¿Y dices que él estaba muy furioso cuando discutieron lo del viaje a Europa?

—Sí. Pero eso era muy natural. Él vivía de ella. Ella lo mantenía.

—A propósito: ¿y ella de quién vivía? ¿Quién la mantenía?

—Morgan-Mellow pagaba sus cuentas del hotel y, además, le pasaba una mesada. Y el senador le traía un cheque cada mes.

—¿Un cheque a nombre de ella, firmado por él?

—El cheque venía a nombre de ella, es decir, a nombre de María A. de Ortigão, que es el que figura en su pasaporte. Pero era un cheque oficial.

—¿Oficial?

—Sí, de la pagaduría del Senado. Aunque te parezca extraño, como siempre me lo pareció a mí, la señorita aparecía como secretaria oficial del

senador...

—No me extraña eso, nena. A principios de siglo, pasó por Cuba un tal Magoon, que fue especialista en esas cosas. Y entre paréntesis: un periodicucho ha dado a entender, en una nota insidiosa, que Amorihna y el senador hicieron un viaje a Brasil. ¿Qué sabes de eso?

—Es cierto. Fue el verano pasado, pero fue un viaje secreto...

—¿Dijiste **secreto**?

—Sí. Ella, de acuerdo con un psiquiatra, fingió un tratamiento con incomunicación absoluta en una clínica de Los Ángeles.

—¿Y por qué esa comedia?

—No quería que se enteraran Barelli y el señor Calabrio.

—Comprendo. ¿Y Calabrio? ¿No contribuía a los gastos de ella?

—¡Cómo no! ¡Era muy espléndido! Pagaba muchas de sus cuentas. Le entregaba dinero en efectivo con frecuencia. Yo siempre pensé que estaba verdaderamente enamorado de la señorita.

—¿Y ella de él?

Se le trabó la ilación, pero, al mirarme, recuperó el hilo:

—No lo creo... Ella parecía no tener una idea definida sobre el amor. A veces se sentía todopoderosa e irresistible y me hablaba de los muchos hombres que se humillaron a sus pies. Sin embargo, en ocasiones se refugiaba en mi regazo para contarme, entre lágrimas, sus ilusiones fallidas, sus frustradas ansias de encontrar un verdadero amor. Pero se sentía fatalmente atraída por ese canalla...

—¿Te refieres a Barelli?

—Sí.

—¿Qué quieres decir con «fatalmente atraída».

Se puso roja, bajó los ojos y respondió, con visible turbación:

—No sé cómo explicarlo. En el fondo, lo odiaba; pero sentía... Era como... como una inevitable atracción sexual...

—Comprendo —interrumpí—. Era un caso como para el doctor Kinsey.

—¿Sabías eso?

—¿Qué?

—Ella se sentía orgullosa de haberse entrevistado con el doctor Kinsey, quien la calificó de mujer «diabólicamente sensual».

—No lo sabía, pero me parece muy natural. Y aunque dices que solía entristecerse, muchos aseguran que era regocijada y procaz.

—No me has entendido. Todos solemos ponernos tristes de cuando en cuando. La señorita también. Una vez la escuché pronunciar muy tiernamente la palabra «mamá» —se llevó una mano a la boca—. ¡Santo Dios! —exclamó—. ¡Hay otra cosa que no declararé!

—¿Quieres decírmela a mí?

—No sé si tendrá importancia, pero no hablé de las medicinas.

—¿Qué medicinas, Tessie?

—Las que ella me ordenó comprar para mandarlas a su madre.

—¿Qué clase de medicinas?

—No las recuerdo, pero en mi portafolios debe estar la factura de la farmacia.

—¿Dónde está tu portafolios?

No podía responder porque tenía las dos manos apretadas contra la boca. Comprendí de qué se trataba y le pregunte:

—¿No te dije que uno siempre olvida decir cosas en esos interrogatorios? ¿De qué te acordaste ahora?

—De que Amorihna me dio un sobre para que lo destruyese antes de marcharse a Europa.

—¿Dónde está ese sobre, nenita? —pregunté, sin disimular la ansiedad.

—En mi portafolios.

—¿Qué contiene el sobre?

—No sé. Me lo entregó lacrado.

—¿Cuándo te lo entregó?

—El viernes.

—¿El día que citaste a toda esa gente?

—Sí.

—¿Y por qué no lo destruiste?

—No sé. No volví a verlo. Lo olvidé.

—¿Dónde está ese portafolios, nenita linda? —inquirí en un tono amablemente inquisitorial.

—¡No sé, no sé! ¡Voy a volverme loca!

—¡Espera! —exclamó la pelirroja— ¿Es tu portafolios verde?

—Sí.

—¡Está aquí!

Estoy seguro de que hasta mi tío hubiera saltado de haber escuchado aquello, y es por eso que no me avergüenza confesar que me puse en pie de un salto. Entretanto Nordia iba a la habitación, Tessie refrescó lo ocurrido: después de citar a Barelli, aprovechó que estaba en Brooklyn para visitar a su amiga y allí dejó olvidado el portafolios.

Era un elegante maletín flexible de cuero verde, cómodo de cargar y muy práctico para acarrear papeles. Dentro de él estaba la factura de las medicinas: quince dólares con treinta centavos de esos específicos que gastan millones en publicidad y que se pueden comprar libremente en todos los drugstores. Y también estaba el sobre, un sobre de papel manila amarillo, de tamaño mediano, muy bien lacrado. Lo abrí, extraje a medias parte de su contenido, eché un vistazo, devolví todo al fondo y miré a los ojos de Tessie Howard.

—¿No sabes lo que contiene este sobre?

Sostuvo mi mirada maligna con su mirada limpia y dijo:

—No. ¿Por qué?

—Por nada, nena. Olvídalo...

La pecosita bostezó largamente. Dijo que necesitaba descansar. Yo fui hasta el pequeño balcón que miraba a la calle para ver un pedazo de la noche invernal. Cuando volví a la sala, Tessie estaba sola. Me senté frente a ella y le dije:

—Amorihna tenía una linda colección de cabezas.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú hablaste de ellas al reportero del **Herald**. ¿Por qué las coleccionaba?

—Un día me contó que tenía muchas en su casa de Río. Pasaba horas contemplando las que tenía en la suite. Como le gustaban tanto, un día le regalé una...

—¿Cómo? —dije, temiendo que algo se me derrumbara por dentro—. ¿Tú le regalaste una de esas cabezas de Mickey Mouse?

Suspiré aliviado cuando ella replicó, sonriendo: —¡Oh, no! Ésa se la regaló Tommy.

—¿El botones?

—Sí. Fue muy cómico aquello, porque el mismo día ella había comprado otra igual.

—¿Y cuál le obsequiaste tú?

—La cabeza de una japonesa, llena de alfileres.

Me moví, inquieto. Yo recordaba muy bien aquella cabeza erizada de largos alfileres, pero me faltaba un detalle que escapó a mi observación el día que estuve en la suite.

—¿Cuántos alfileres tenía? —pregunté.

—Trece.

—¿Estás segura?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque uno de esos periódicos que acabo de comprar publica una foto de esa japonesa y sólo se ven doce alfileres.

—Pero ayer, cuando me despedí de Amorihna, estaban los trece... ¿En qué piensas?

—En que ese periódico dice que esos alfileres eran de varios colores, pero no los menciona. ¿Tú los recuerdas?

—¡Cómo no! Verdes, azules, amarillos y morados. Tres de cada color, pero los de cada color en distintos tonos. ¿Comprendes?

—Por supuesto, pero, ¿y el decimotercero?

—Es rojo. Rojo brillante —se dio un golpecito en la frente—. Ése es el que falta. Noté que faltaba cuando esos bárbaros me llevaron al hotel esta madrugada. Y también faltaba una de las cabezas de Mickey. Si la mataron para robarle, se explica la desaparición de las joyas y del dinero; pero, ¿por qué robar una vulgar cabeza de plástico?

—Eso mismo me pregunto yo. ¿Y las medicinas? ¿Estaban allí las medicinas?

—Las medicinas ella las envió por correo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabes?

—La señorita tenía una caja preparada y al mediodía mandó a Tommy a comprar un pliego de papel de fantasía. Por la tarde, cuando me despedí, ella se disponía a hacer el paquete, que Tommy recogería a las seis y media para llevarlo al correo.

—Menos mal —dije—. Me pareció insólito que un ladrón de esmeraldas cargara con unos frascos de poción para la tos y de pastillas para engordar.

—¿Y la cabeza de Mickey?

—Como era hueca —razoné al vuelo—, quizás el ladrón la usó para embalar las joyas. Pero dejemos ese misterio a mi tío y pasemos a otra cosa, Tessie: antes de retirarte ayer, a las cinco y treinta y cinco, ¿viste las joyas?

—No las vi, pero supongo que estarían en la pequeña caja de acero donde ella las guardaba.

Yo había visto una caja de ese material en la suite, pero era necesario verificar bien el detalle y le pregunté:

—¿Era una de esas cajas empotradas en la pared?

—No. Era una caja pequeña, manuable, con un asa para trasladarla...

—¿Y por qué supones que las joyas estaban allí?

—Porque cuando Ortigão se marchó, ella guardó los diez mil dólares en esa caja.

—Diez mil dólares que también desaparecieron de la suite.

—Sí. La caja apareció vacía.

Una de mis neuronas hizo «¡Tilín!» para obligarme a preguntar:

—¿El contrato con la compañía de seguros no la obligaba a guardar la esmeralda y otras joyas valiosas en la caja de seguridad de un banco?

—Sí. Pero el lunes pasado ella las extrajo del banco bajo su responsabilidad. Una cláusula del contrato la autorizaba a hacerlo.

—¿Quiénes sabían eso, nenita?

—No sé. ¡Espera! El sábado, cuando riñeron, ella le dijo a Barelli que tenía las joyas en la caja. Él le pidió la llave y ella se negó. Por eso la abofeteó. Después...

—Ya sé, ya sé. Él quiso hacer el amor y llegó Murphy... ¿Cuándo viste las joyas por última vez?

—En los dos años que llevaba a su servicio, sólo pude verlas tres o cuatro veces. La última fue en noviembre. Ella iba a la inauguración de la temporada en el Metropolitan y yo la ayudé a vestirse. Era un vestido especialmente diseñado para que la esmeralda se destacase sobre su pecho desnudo. ¿Y sabes una cosa? Nunca sabré si aquel día ella me abrochó al cuello una esmeralda verdadera o una falsa.

Me vi obligado a pensar con celeridad para evitar hacer una pregunta que pudiera avergonzarme de ser sobrino de mi tío.

—Las joyas célebres —dije— como los artistas de cine famosos, tienen su doble. Pero, ¿ella no te dijo nunca si la que te colgó al cuello era legítima o no?

—No. En aquel momento llegó Barelli, y Amorihna me la quitó para guardarla en seguida. De todos modos, fuese una o la otra, las dos eran exactamente iguales.

—Claro. Las duplicadas suelen confundirse con los originales. Sólo un experto puede distinguirlos. En fin, como dijiste, esa caja de acero apareció vacía; pero no estaba violentada. Lo comprobó el cerrajero de la policía que la abrió. Sin embargo, la llave no ha aparecido. ¿Dónde solía guardarla Amorihna?

—En eso también era una maniática. Le divertía buscarle escondites. Era una llave pequeña.

—¿Recuerdas algunos de esos escondites?

—Eran tantos... Un día la pegó con goma de mascar en el fondo del asiento de una butaca. Lo mismo la ocultaba dentro de un bote de **cold cream** que en el estuche de la máquina de escribir. Ayer, antes de yo salir, la colocó debajo de una de las cabezas reducidas.

—Precaución inútil. Nada más fácil para un ladrón que cargar con la caja sin preocuparse de la llave.

Tessie Howard me miró como si admirase al mismísimo Sherlock Holmes y dijo:

—¡Es cierto! —quedó pensativa unos segundos—. Voy a decírselo a mi tía. Ella también tiene una de esas cajas de acero.

—¿Y guarda en ella alguna esmeralda famosa?

—Guarda sus ahorros, qué nunca son muchos.

Consulté el reloj y me puse de pie.

—Escucha, Tessie —le dije—: es tarde y necesito descansar. Esta casa es segura, porque es independiente, sin vecinos inmediatos, y porque tiene enfrente esa fachada ciega de una factoría; pero tienes que prometerme que no vas a salir de aquí y ni siquiera asomarte a ese balcón. Tampoco debes responder al teléfono. Dile a Nordia que no te traiga periódicos ni noticias de

la calle. Todo lo que van a decir los diarios es que has desaparecido misteriosamente y alguno que otro echará a rodar la especulación de que lo has hecho porque eres culpable. La policía te buscará; pero ella no es lo más temible. No tienen ni nunca tendrán pruebas contra ti. A quienes hay que temer es a los otros. En este país cada día desaparece o muere trágicamente el testigo de algún hecho. Ten confianza en mí. Y en mi tío, que jamás ha demorado más de una semana en resolver problemas más difíciles.

Saqué la estilográfica y la libretita y pregunté a la alelada muchacha el teléfono de la casa de muñecas y las direcciones de algunos de los implicados en el hecho.

—Yo vendré a visitarte —insistí—, o llamaré por teléfono. Recuerda: deja que sea Nordia quien atienda a las llamadas.

Le tomé una mano y le pregunté:

—¿Tienes confianza en mí?

Sus hermosos ojos verdes brillaron que sí.

Salí a enfrentarme con la fría madrugada. Un cierzo ligero dispersaba finos hilos de llovizna helada. La calle estaba desierta. En el hueco de un zaguán, una mujer negra acurrucaba en su regazo a una criatura gimiente. Doblé a la izquierda en Sands Street. Hacía varios años que no andaba por allí, pero todo seguía siéndome tan familiar como El Vedado. El atávico deseo humano de repasar viejos caminos me impulsó a cruzar andando el puente de Brooklyn.

Por entre las cuerdas de acero trenzado, vi cómo Manhattan simulaba dormir la ilusa serenidad de una tarjeta postal. La gigantesca botella-de-champán del Empire, recostada al cielo plomizo, dominaba la masa informe de altas moles. A un lado, el monumento a la eficiencia explotadora de los Rockefeller junto a la olla donde se cuecen **Time** y **Life**. Al otro lado, la altiva estructura del mausoleo erigido a la presunta concordia universal de las naciones. Por todas partes, insolentes perpetuaciones en concreto y acero de nombres caros a la sociedad de consumo: General Electric, Chrysler, Woolworth, Metropolitan Life Insurance, RCA, Bank of Manhattan y New York Stock Exchange —corazón de piedra de Wall Street. Recuerdo que aquella mañana pensé en que Nueva York es una ciudad sincera. En todas las

latitudes, lo que predomina en la silueta de las grandes ciudades son las agujas orgullosas de las catedrales. En Manhattan, aunque no escasean las iglesias fastuosas e imponentes, sus torres —alzadas a las tres virtudes teologales— están ahogadas por el desmesurado crecimiento de los rascacielos erigidos a los siete pecados capitales, entre ellos, el Waldorf-Astoria, símbolo antonomástico donde alientan y bullen la soberbia, la ira, la gula, la lujuria, la codicia, la envidia, la pereza... Más abajo, pero no menos arrogantes, los viejos palacios majestuosos de los príncipes del dólar: Morgan, Carnegie, Roosevelt, Shepard, Goelet... Y como salpicaduras de mármol y bronce en ese abigarrado conjunto, la desquiciada muestra de conmemoratividad, donde alternan estatuas y **memorials** de próceres verdaderos y de héroes falsos: Garibaldi, Sherman, Lincoln, Pershing, Washington, Monroe, Hudson, Jefferson, Juana de Arco, Quincy Adams, Bolívar, Vanderbilt..., entre mil bustos y relieves de grandes artistas y de notorios reaccionarios, de sabios, amantes del progreso y de célebres colonialistas y genocidas. Aún más abajo, yace el submundo donde conviven el juego, la prostitución, las drogas y el crimen. Y en medio de todo, mezclado al fausto y a la grandiosidad del emporio, en concomitancia directa con el Manhattan de las lujosas **tourist's guides**, el contraste violento de los barrios tristes y chatos donde malmedran centenares de miles de seres que jamás han subido al observatorio del Empire State Building, que nunca han masticado un **broiled steak** ni siquiera en una de las cuarenta sucursales de Schrafft's y que ignoran lo que es bailar una noche a los acordes de una orquesta en el Queen Elizabeth Room del hotel Park Lane; pobre gente que desconoce el democrático ademán de parar un taxi o la inocente embriaguez de un anochecer en Coney Island.

Ya las primeras ediciones de los principales diarios estaban en la calle. Compré algunos ejemplares y tomé un bus repleto de madrugadores.

Tío dormía plácidamente. Encendí una discreta lámpara en el recibidor y escruté el sorprendente contenido del sobre de papel manila. También dediqué un buen rato a los diarios. A las cinco, coloqué el sobre bajo mi almohada y me acosté.

La mañana estaba muy avanzada cuando desperté. Un sol tímido y pálido amarilleaba las ventanas. Tío se acercó con una sonrisa en los labios y una taza de café entre los dedos.

—Le traje los periódicos —dije.

—Ya los vi.

—¿Leyó lo de la llave desaparecida?

—Sí.

—Como esa llave le es completamente inútil, sin duda el asesino volverá para robarse el cofre. ¿No lo cree así?

—No.

Como cuando se pone monosilábico no hay quien lo saque de ahí, cambié el tema:

—Hablé con la muchacha. Usted tenía razón: era un libro inédito. Además, es inteligente. Ella también le da importancia a la desaparición de la cabeza del ratón Miguelito.

—¿Quieres resumirme lo que hablaste con ella?

Le mostré las notas de mi libretita y le conté todo lo demás. Al terminar, pregunté:

—¿No le llama la atención que Calabrio supiera del crimen antes de las dos de la madrugada?

—No. Con retazos de informaciones de los diarios puede justificarse eso. A las once de la noche, como el ruido del radio de esa muchacha molestaba a los vecinos, uno de ellos se quejó. Subió un manager, tocó el timbre de la suite, y al no obtener respuesta, llamó a la policía, que decidió forzar la puerta a las doce y quince. La noticia se filtró en seguida y la radio la difundió. Calabrio pudo enterarse por ese medio o por alguien del hotel que conocía sus relaciones con la difunta. Naturalmente, en seguida movilizó a sus matones e intentó sobornar a Tessie Howard para evitar que ella involucrara su nombre.

No tenía nada que objetar y dije:

—Otra cosa: sin duda, Levsky, después de salir de su visita programada, habló con Barelli y le dijo lo del proyectado viaje de la pareja italo-brasileña a Europa, pero no le habló de la repentina decisión de Amorihna de vender la

esmeralda. ¿Eso no significa que Levsky pensaba aprovecharse él solo de la joya?

—Naturalmente... Pero eso sólo sirve para dar una idea de cómo suelen ser las relaciones entre canallas.

—A propósito de canallas: ¿qué le parece ese desfile masculino tan bien organizado?

—Hum.

—¿Ya tiene idea de quién cerró las puertas?

—Hum.

Si son molestos sus monosílabos, sus **hums** son insufribles. Es por eso que bostecé largamente y estiré los brazos.

—Creo haberme ganado un buen desayuno —dije.

Fue al teléfono y encargó su desayuno de siempre: café con leche y pan tostado con mantequilla. Para mí, también café con leche —menos leche que café—, pan con mantequilla y un par de huevos pasados por agua que, por cierto, en aquel maravilloso templo de la gastronomía universal jamás lograron darle el apetitoso punto —mitad sólido, mitad líquido— en que es especialista mi buena tía Alberta.

Al terminar el desayuno, fui a la habitación y regresé con el sobre amarillo.

—¿Quiere usted ver —le dije— la foto de un senador desnudo con una cortesana en cueros sentada sobre sus rodillas?

—No.

—¿Y no le gustaría admirar a un multimillonario, también en traje de Adán, sirviendo de cabalgadura a una Eva brasileña?

—No.

—¡Por favor! Échele un vistazo, siquiera de reojo, a un gángster temible, no menos ligero de ropa, besando humildemente los pies de una cortesana vestida tan sólo con una esmeralda colgada al cuello.

—¡Basta de descripciones! —exclamó—. ¿Está Levsky en alguna de esas fotos?

—Espere —dije—. Está Smithson... Y el joven Virgil... Y tres desconocidos, aunque uno de ellos se parece mucho al manager del hotel que estuvo presente en la inauguración del congreso... No. Levsky no está —

como tengo el frontal de acero, no me lo lastimé con el golpe que le di—. ¿De modo que era eso? Claro, usted sabe que Levsky es aficionado a la fotografía. Eso explica el beso apasionado con que ella lo despidió. Era el sello de una entente chantajista.

—Sin duda, Amorihna do Portobelo era una meretriz previsora. Esas fotos le garantizaban dos cosas en sus planes futuros: bienestar y fidelidad, por medio de la extorsión.

—¿No cree usted que las haya usado?

—No. Eran una reserva por si venían tiempos malos.

—¿Y en qué podía beneficiar a Levsky esa reserva de un futuro ajeno?

—Si ella era tan... tan atractiva como dices, ese hombre tenía que sentirse satisfecho con uno que otro beso apasionado.

—No me ha entendido. Quise decir que esa complicidad con el judío la ponía en manos de él.

Sonrió al replicarme:

—¿Crees que a una mujer de esa clase, en caso de necesitar dinero, le hubiera importado que se diera publicidad a esas fotos? No, no, no. Además, Levsky no puede ignorar que un intento de chantaje por ese lado lo pondría frente a los pistoleros de Calabrio.

¿Qué demonios iba a hacer yo con tanta carga de razonamientos? Fui a dar un paseo alrededor de la mesa. Al completar el circuito, me volví y le dije, de improviso:

—¿Y qué pintaba Barelli en todo eso? No hay fotos de él.

—¿A quién se le ocurriría hacer a Barelli víctima de un chantaje? —colocó las fichas sobre el tablero antes de preguntar—: A propósito: ¿dónde puede haberse metido Barelli?

—¿Es una orden?

—No hay prisa, nene. Barelli puede esperar. Sin embargo, ese muchacho... ¿Cómo se llama?... ¡Ah, ya! Tommy. ¿No te gustaría saber qué hizo con el paquete rojo?

—Espere... ¿Yo le dije que el papel de fantasía era rojo?

—No. Pero de cada cien veces que mandes a un muchacho a comprar un pedazo de papel, cien veces lo comprará rojo. Aunque, desde luego, nada importaría que fuese de otro color.

—¡Muy bonito todo eso! ¡Y muy claro! Y luego usted me acusa a mí de imaginar que todo es misterioso.

—Nada he dicho que sea misterioso.

—¡Me rindo, sheriff! Agoté los proyectiles. ¿No va a leer detenidamente esas notas?

—Sólo hay un par de cosas interesantes en ellas. Pero lo más interesante es lo que les falta.

Me rasqué la cabeza, y cuando estaba a punto de sacarme sangre del cráneo, dije:

—¿Se refiere a que Tessie Howard no recordaba el motivo de la cita con Smithson?

—Sí. Y a los minutos de charla en voz baja entre ellos.

—Hice todo lo posible por hacerla recordar.

—¿Dices que la señorita Howard es... es inocente... pudorosa?

—Estoy seguro de que es honesta y diáfana.

—Por ahí anda el quid, nene. El pudor a veces sirve de freno a la sinceridad, a la manifestación de la verdad.

—No se me ocurrió eso. Cuando ella enrojeció, culpé al ron.

Sonrió para mostrarme un colmillo y apuntó:

—En esas notas hay también un lamentable vacío.

—Lo sé: el tiempo que Amorihna pasó a solas con Virgil.

—Sí. Y sólo Virgil sabe qué ocurrió en ese lapso.

—Por supuesto. Y sólo el poeta sabe qué hay en el estuche negro.

Realizó un par de jugadas y luego preguntó:

—¿Hay algo más en ese sobre?

Esperaba la pregunta y me acomodé en la butaca para saborear sus gestos de sorpresa.

—Aquí está —dije— la minuta de un testamento extendido hace sólo siete días ante un acreditado notario público.

—Por supuesto —dijo con naturalidad—, ese testamento anula otro que, según los diarios, fue suscrito hace un par de años y del que era beneficiario Joseph Barelli.

—Pero, ¿por qué no se ha hablado de esto?

—El notario, sin duda alguna, tendrá instrucciones acerca de tiempo y forma en que debe hacer públicas las nuevas disposiciones testamentarias.

—Me gustaría saber cómo probaría usted todo eso.

—Nada más fácil. Nuestro amigo Donovan podría averiguarlo.

—¿Usted supone que Barelli no sabe que fue desheredado?

—Si él lo supiera, todo se derrumbaría.

—¿Qué se derrumbaría?

—Hablaba conmigo mismo —replicó—. ¿Y quién es el beneficiario del nuevo testamento?

—¿Por qué no hace un esfuerzo por adivinarlo?

Al fin hizo un gesto de sorpresa, pero reconquistó en seguida su serenidad y dijo:

—Tessie Howard.

Como era de esperar, ahora el sorprendido fui yo.

—Cualquier día —le dije— voy a registrarlo para ver dónde oculta su talismán de brujo. Aunque no creo que entre la gente que rodeaba a esa infeliz ramera hubiera alguien que mereciera más ese legado —no pude evitar que esa idea se asociara a otra completamente contradictoria—. Oiga: todo eso puede traer un problema a Tessie Howard. Si eso se hace público, sería la sospechosa ideal para la policía.

—No especules con suposiciones. ¿Qué más hay en ese sobre?

—Cheques pagados por el banco. La mayoría extendidos a favor de ese chulo. Hay muchos, no menos de uno por mes, todos fechados en los dos últimos años. Y todos de quinientos pesos o más. También hay algunos a nombre de Virgil, pero más modestos.

—¿No hay datos de una cuenta bancaria?

—Sí. Parece que la prostitución es un negocio muy rentable. Sus depósitos mensuales eran siempre superiores a las extracciones.

—¿Y cuál es el saldo?

—El viernes, víspera del crimen, era de trescientos veinte mil setecientos quince dólares con treinta y nueve centavos.

Al fin le escuché expeler un ligero resoplido, que era su manera más característica de expresar asombro o incredulidad.

—La muchacha —continuó—, según la lista que hay aquí, era práctica. Poseía un manojo de acciones de diversas compañías, cuyos nombres coinciden con otras tantas de las que Morgan-Mellow es accionista mayoritario. Además, tenía fe en la guerra nuclear, porque invirtió un capitalito en la Dynamics. Y confiaba asimismo en la libre empresa: aquí están las escrituras de propiedad de un bar en Greenwich Village, de un almacén en East Drive y de un **beauty parlor** en Lexington Avenue.

—Eso sólo significa que era ambiciosa. ¿Queda algo?

—Sí. Un contrato muy raro. Aunque no parece estar protocolizado, tiene todas las características legales de un contrato privado.

—¿Y qué tiene de raro? ¿Los suscriptores?

—Oiga, tío, un día me va a provocar un colapso con una de sus adivinaciones.

—No seas tonto. Lo que ocurre es que tus eufemismos y tus rodeos verbales resultan extremadamente claros para mí. Me basta con volverlos al revés y mirarlos al trasluz. En fin, ¿quiénes son los suscriptores de ese contrato?

—De una parte, Amorihna do Portobelo, y de la otra, Barelli, Smithson, Levsky y ¡Morgan-Mellow!

—Extraña amalgama, muchacho —comentó.

—Increíble, diría yo, porque el contrato obligaba a la cortesana a protagonizar una película.

Volví a darme el gusto de escucharle otro resoplido, un tantito más largo y sonoro que el anterior. Meditó unos segundos y preguntó:

—¿Qué fecha tiene ese contrato?

—Septiembre de mil novecientos cincuenta y seis.

—¿Cuánto suele demorar la filmación de una película?

—Depende.... **Lo que el viento se llevó** tiene que haber demorado años, quizás siglos. Pero esas de Juan Orol o de Sara García se filman en menos de seis semanas.

Creí que iba a agradecerme la información, pero sólo dijo:

—¿Algo más?

—Sí. Algo curioso: un certificado del bautismo de una tal Amorihna do Portobelo, natural de Sao Paulo, vecina de Nueva York y de veintiséis años

de edad, celebrado en la iglesia de San Bartolomé.

—¿Ésa que está a un costado del Waldorf?

—Sí. Es de la secta protestante episcopal. ¿No leyó el **Herald**? Calabrio pertenece a esa pacífica congregación. Un hermano de él es pastor de esa iglesia y se dice que el piadoso Mugsie Gang lo visita todos los sábados. Almuerzan juntos ese día. Por supuesto, no tengo que decirle quién ofició de padrino en tal bautismo.

—Todavía soy capaz de suponer simplezas como esa.

Si otro cualquiera me hubiera dicho eso, ni seis cirujanos habrían bastado para recomponerle las narices, pero él es mi tío. Lo que hice fue estirar un par de dedos para intentar mover una ficha negra y, como esperaba, me soltó un papirotazo en el dorso de la mano. Eso bastaba siempre para que los dos sonriéramos, lo que equivalía a un tratado de paz.

—Se vació el sobre —le informé—. ¿Le gustó el contenido?

—Muy interesante.

—¿Tiene idea de por qué ella mandó destruir todo eso?

—Ando cerca de la verdad. Apenas falta coordinar algunos detalles, verificar otros...

—No sabe usted cuánto le envidio esa facultad de responder con vaguedades.

—No te enojés, muchacho. Sabes muy bien que es mejor que tú quedes libre de construir tus propias hipótesis en tanto yo elaboro mis soluciones. Eso te permite más espontaneidad, más dinamismo. Pero no olvides que jamás subestimo tu colaboración. En rigor, gracias a tu talento, a tu humor juvenil y a tu impetuosidad, es que siempre logramos arribar a la verdad.

Tales palabras las pronunció en ese tono paternal que tan grato es a mis oídos y a mi corazón. Me levanté, rodeé el tablero de damas y puse mis manos sobre sus hombros y apreté los músculos nervudos y elásticos que cubren sus clavículas.

—En fin —dije—, veamos si Tommy anda por ahí.

—Tendrás que pedirle audiencia. El muchacho goza de celebridad. Los periodistas lo asedian.

Fui a la habitación a vestirme y hasta allá llegó su voz:

—Dicen que en Nueva York venden todo lo imaginable, pero dudo que pueda comprarse algo que sea capaz de vencer el pudor de una muchacha honesta y diáfana.

—No se preocupe —le dije—. Podemos buscar por otro lado.
Cuando me disponía a salir, sonó el timbre de la puerta.

V. La dama de incógnito

Lunes por la mañana

Al abrir la puerta, me enfrenté a una anciana de aspecto distinguido enfundada en un elegante traje negro, debajo del cual se adivinaba un corsé finisecular. Recuerdo que al verla sentí la impresión de que su rostro me era vagamente conocido. La mujer, después de mirar a ambos lados del corredor, me dijo, con voz muy baja y acento británico:

—Buenos días. ¿Me permite pasar, joven?

—Con mucho gusto —dije.

Entró y se enfrentó a mi tío, al que clavó una mirada de esas que yo llamo exploradoras, al tiempo que le decía:

—¿No he visto su cara en otra parte? Quiero decir, no en el corredor ni en el ascensor. ¡Ya! Fue en el **Medical News**. Hacen un comentario muy elogioso de su tesis sobre... sobre el cinabrio.

Tío sonrió, acorde con el más estricto protocolo, y dijo:

—¿No quiere sentarse?

—Muchas gracias —dijo ella, y tomó posesión de la butaca gris, pero no posesión absoluta, porque apenas usó un par de pulgadas del filo del asiento.

Como tío se había sentado ante el tablero, comprendí que me obsequiaba la visita. Me senté en el sofá angular y dije:

—¿En qué podemos servirla, señora?

—Ustedes perdonen. También soy huésped de este piso. Mi suite es la más próxima a los ascensores, en esta ala del corredor, en este mismo lado. Estamos de vacaciones. Mi esposo ha venido conmigo. Todo iba muy bien. Los museos son muy interesantes, aunque muy... muy nuevos, diría yo. En Europa los museos tienen más... más... —dejó la frase en el aire y también

la mano con que buscaba en el espacio la palabra adecuada y luego formó un aparatito de señalar con los dedos delicados y transparentes y lo dirigió a mi tío, al tiempo que me preguntaba, excitada—: ¿Qué hace él?

—No se preocupe —respondí en voz baja—. Anda buscando la fórmula de las tablas perpetuas o algo así.

—¡Ah, ah! —observó la siguiente jugada de tío y me dijo—: Pues como le decía, todo iba bien hasta que ocurrió ese horrible crimen. Desde entonces, no puedo dormir. Max, mi esposo, no quiere que me mezcle en esto, pero no puedo evitarlo. Siento la necesidad de hablar con alguien de lo que he visto y oído. Pero, ¿no les estoy ocasionando una molestia?

—¡Oh, no! —me apresuré a decir—. Hasta la hora de almorzar tenemos el tiempo libre.

—¿Almuerzan ustedes en el hotel?

—A veces.

—No se come mal aquí. Pero en Nueva York los restaurantes son muy... muy bulliciosos. ¿No lo cree usted así?

—No tengo muchos puntos de referencia para comparar, pero puedo decirle que en La Habana también suele comerse entre ruidos y voces.

—Para eso no hay como Europa: Londres, París, Amberes... Mientras come, puede usted oír el vuelo de una mosca.

—En el Waldorf no he visto una sola mosca —comenté.

Se movió un poco, sorprendida de mi frase, pero al cabo sonrió y dijo:

—Veo que tiene usted **humour sense**. ¿Me dijo que es cubano? Me gustaría visitar su isla. Me han dicho que es una tierra muy... muy sensual. Sin duda, el clima... ¿A cuántos grados de latitud está La Habana?

—Cerca de los veintitrés grados de latitud sur. Muy próxima al Trópico de Cáncer.

—Entonces, es eso —sentenció gravemente.

Parecía más calmada. Mientras se arrellanaba en la butaca, lancé una sonda:

—¿Decía usted que había visto y oído algo?

—Sí. Le repito que mi marido no quiere que hable de esto. Viajo, es decir, viajamos de incógnito. Max opina que ése es un asunto que sólo

concierno a la policía de Nueva York. ¿Usted cree que la policía de esta ciudad es verdaderamente eficiente?

Me eché hacia adelante y susurré:

—Si me promete guardar el secreto, le diría que tengo mis dudas.

—Tengo un amigo en Europa que piensa lo mismo. Y una amiga. Lamento que estén tan lejos. Mi marido, en cambio, cree que la policía niuyorkina es capaz de desentrañar este misterio. ¡Pobre muchacha! ¿Vio usted las fotos? ¿No es verdad que parece un lirio... un lirio mustio?

Tío emitió un gruñido y, aunque fue breve y apagado, la anciana le dirigió una mirada de reproche.

—No haga caso —murmuré casi al oído de la dama—. Siempre gruñe a las malas jugadas. ¿Y decía usted que...?

—Le decía que no creo en la eficiencia de la policía. Puedo decir a usted que en este caso, al menos en este caso, no lo demuestra. Por ejemplo, los periódicos han hablado mucho de las personas que visitaron a esa desgraciada muchacha entre la una y treinta y las cinco y treinta y cinco de la tarde, pero no han dicho una palabra de los que vinieron después de las siete.

No pude evitar el removerme en el sofá para mirar a mi tío, pero él, impasible, movió una pieza negra. Yo, que no soy de madera, pregunté a la dama:

—¿Dijo usted después de las siete?

—Sí. A esa hora llegué de la calle. ¿Sabe usted que cansa mucho comprar en esta ciudad?

—Lo sé. Me duele todo el cuerpo de andar de tienda en tienda. Pero...

—Como le decía, a las siete, al salir del ascensor vi a dos personas al fondo del corredor, delante de la puerta de esa muchacha. ¿Y sabe quién era una de ellas? Ese señor Mugsie Calabrio. Lo conocí inmediatamente porque he visto su fotografía en los periódicos.

—¿Y el otro?

—Sin duda, era uno de sus matones. Llevaba un sombrero con una horrible cinta tricolor. Y unos zapatos no menos horribles. También tenía un esparadrupo en la nariz.

—¿Entraron ellos en la suite?

—No puedo decírselo. Vi al gordo apretar el timbre. Entonces, por pura educación, entré en mi suite.

—¿Y oyó usted algo después de cerrar la puerta?

Ella sonrió de un modo que me pareció sardónico.

—No cerré la puerta —dijo.

—¿Ah, no?

Se corrió hacia adelante y me dijo, susurrante y maliciosa:

—¿Me guardará el secreto, verdad?

Cuando asentí con un gesto de complicidad, se franqueó:

—He descubierto que, dejando mi puerta entreabierta y colocando una butaca de cierta manera en mi recibidor puedo ver, reflejados en un espejo, a los que pasan por el corredor, sin que ellos sospechen que los miro. Cuando alguien pasa desde los ascensores hasta el fondo del pasillo, lo veo de espaldas, pero puedo verle la cara cuando viene en sentido contrario. ¿Qué le parece?

No hice caso del gruñido de mi tío y respondí:

—Me parece una diversión inocente.

—Que en este caso resultó ser muy importante. ¿Sabe usted, que ellos demoraron varios minutos en regresar a los ascensores? ¿No tuvieron tiempo para matar a esa niña?.

—Por supuesto...

—Pero eso no es todo. Unos minutos después de haber bajado esos dos, subió otro. Sentí la puerta del ascensor y lo vi pasar. De espaldas, no lo reconocí; pero cinco minutos después, porque entonces sí miré el reloj, lo vi de frente. ¿Sabe quién era?

—¿Quién? —pregunté, con falsa serenidad.

—El tal Willy, el de las novelas pornográficas.

Abrí los ojos a mi pesar y ella pareció saborear mi expresión de asombro. Pero la buena señora tenía más sorpresas.

—Poco después de marcharse Willy, apareció otro. Demoró, entre ir y venir, tres minutos treinta y cinco segundos.

—¿Lo reconoció usted? —pregunté, ahora con bastante impaciencia.

—¡Cómo no! Una vez vista la fotografía de una persona, la reconocería, veinte años después, entre la multitud de un día de Coronación. Y de ese

pícaro se han publicado muchas fotos.

—¡Era Barelli! —exclamé, dándomelas de adivino.

—No. Barelli llegó después. Éste era el judío.

—¿Levsky?

—Sí, el que anda detrás de esa esmeralda maldita. Por cierto que, a pesar de la distancia y de que el radio escandalizaba mucho, lo oí hablar.

—¿Qué decía?

—Suplicaba a la muchacha que le abriera. Pero hubo algo más.

Como es fácil suponer, mi tensión iba en aumento.

—¿Qué?

El señor Levsky, al regresar, iba enrollando entre los dedos un gran trozo de cordel rojo.

El gruñido que emitió mi tío la hizo volverse hacia él para preguntarle, condolida y solícita:

—¿Otra mala jugada, doctor? Creo que en mi biblioteca tengo un buen libro sobre ese juego. Puedo enviárselo.

Aquella era la peor ofensa que podía inferírsele y lo miré. En efecto, estaba furioso; pero ella no llegó a saberlo, porque él, en ciertas ocasiones, sólo se enfurece con los ojos. Se levantó, murmuró una fórmula de cortesía y se fue a encerrar a la habitación. La anciana lo siguió con la vista y luego me dijo:

—No me lo explico. Juega consigo mismo, y se enfada.

—Es un caso de doble personalidad —dije—. ¿Y dijo usted que, después del judío, subió Barelli?

—Sí. A ése lo conocí de espaldas. Es lamentable que un muchacho tan buen mozo sea tan... tan malvado. Pero, ¿sabe qué hizo? Golpeó la puerta con los puños y gritó, en un tono muy colérico: «¡Ábreme, prostituta, o derribo la puerta!»

—¿Sabe si ella le abrió? —pregunté, involuntariamente excitado.

—No lo sé. Ni siquiera puedo decirle cuánto tiempo demoró en regresar a los ascensores.

—¿Por qué?

Hizo un gracioso mohín de resignación y dijo:

—Entró mi marido. Sospechó que yo estaba... En fin, cerró la puerta. Se lo conté todo a Max; pero no le dio importancia. En verdad, entonces no la tenía más que desde el punto de vista moral. Ahora, después del crimen, me ha prohibido que yo cuente todo eso a la policía. Yo estoy de... quiero decir, estamos de incógnito, como le dije. Mañana regresamos a Londres. Eso traería complicaciones. ¿No lo cree usted así?

—Su esposo tiene razón —me apresuré a decirle—. Y, después de todo, aunque la policía, en general, no es muy eficiente, siempre hay algún detective de Homicidios que se destaca del montón.

—¡Ojalá! Pero, ¿qué opina usted de todo lo que le he dicho?

Me rasqué una sien, porque me picaba allí, pero ella interpretó mi ademán de otra manera y preguntó:

—¿No le gustan los enigmas?

—¡Claro que me gustan! —dije—. Lo malo es que no puedo descifrarlos.

—No vaya usted a creer que este misterio es fácil de descifrar.

—¿Ah, no?

—No, jovencito, no. Observe que cualquiera de esos hombres que subieron a este piso después de las siete, pudo haber asesinado a esa pobre mariposa. Todos ellos tuvieron oportunidad y tiempo para hacerlo. Y, claro, todos tenían su móvil propio.

—Espere —observé—: ¿no dice usted que Barelli habló con ella?

—Joven, yo no he dicho que habló con ella en el sentido de un diálogo.

—Comprendo. Usted quiere decir que no oyó que ella respondiera. ¿Y el judío?

—Tampoco oí la voz de ella respondiendo a Levsky. Max dice que tengo muy buen oído; pero considere usted la distancia y el ruido del radio que, aunque me permitían escuchar la voz de alguien que estuviera en el corredor, me impedían percibir la voz de ella emitida detrás de la puerta. ¿Usted me comprende?-

—Perfectamente, señora.

—Tome también en consideración que yo no podía ver si ella abría o no la puerta. Visto todo eso, puede deducirse que si habló con Barelli o le abrió la puerta, quedan exonerados todos los visitantes anteriores.

—Muy lógico.

—Y si no atendió a Barelli, pero sí abrió a Levsky o habló con él, quedan libres de sospecha Smithson y Calabrio.

—Y así sucesivamente, en el orden contrario al de llegada.

—Exacto. Por tanto, cualquiera de ellos pudo cometer el crimen.

Sólo por oír su opinión, observé:

—¿Se imagina usted a dos gángsters introduciendo un puñalito, o lo que fuese, en el corazón de una... de una mariposa?

—En tiempos de Capone o Dillinger no lo hubiera creído. Pero ahora... ¿No ha leído todo lo que se ha escrito sobre la Cosa Nostra? La mafia se ha civilizado, amigo mío. Pero sigamos el hilo de las hipótesis a la inversa: si suponemos que ella no le abrió a esos pandilleros, tendríamos como candidato a Willy. ¿Quiere saber algo?

—Usted dirá...

—Me inclino a creer que fue él.

—¿Por qué?

—Porque, pese a su inclinación hacia la pornografía, es un intelectual. Recuerde que las puertas estaban cerradas por dentro. Eso es típico de intelectuales.

—¿Lo cree usted? Las novelitas de detectives han puesto al alcance de todo el mundo distintos procedimientos para cerrar puertas y...

La maravillosa anciana pareció enojada al interrumpirme:

—¿Por qué dice usted **novelitas** en ese tono despectivo?

Como la supuse fervorosa lectora de ese género literario, di marcha atrás inmediatamente:

—No me refería al contenido de esos libros, sino a su forma. La mayoría de ellos se imprimen en ediciones **pocket books**.

Aceptó la disculpa con un gesto ambiguo.

—Prosigamos —dijo—. ¿Y si no fue Smithson?

—En ese caso, tuvo que ser uno de los otros dos.

—Eso es una frivolidad, jovencito. Es posible que no hayan sido Levsky ni Barelli.

Hizo una pausa, sin duda para observar el efecto que me hacía su deducción; pero como no se me ocurrió decir nada, se creyó obligada a soltar su enésima inferencia:

—Recuerde que yo llegué a las siete y que mi marido cerró la puerta al llegar. Luego, aparte de los que pudieron haber llegado antes de yo ver a los gánsters, ¿quién le asegura a usted que después que Barelli se fuera no haya subido un quinto personaje, digamos, el señor Morgan-Mellow, o un sexto, que muy bien pudiera haber sido el senador Struckle, o viceversa?

Ya puesto sin querer en ese plano demasiado inclinado, me desboqué y dije, con mucho entusiasmo:

—¿Y por qué no un séptimo, señora? Virgil, por ejemplo.

—¡No, no, por favor! —dijo ella, con un bellissimo ademán de repudio a mi herética idea—. ¡Ese muchacho es un poeta! Y los poetas no matan a las mujeres que aman, sino que dan la vida por ellas.

Emitió un largo, profundo y musical suspiro.

—Falta un presunto visitante —dije.

—Sí. El marido, que tenía más de un móvil. ¡Oh! —exclamó al mirar su diminuto reloj salpicado de chispitas brillantes—, Max está al llegar. Hoy queremos recorrer la parte sur de Manhattan. ¿La conoce usted?

—Sí, señora. Es la parte más antigua. Le sugiero Battery Place. Allí fue donde sus antepasados comenzaron a erigir Nueva York.

—Pero los holandeses... —comenzó a decir con graciosa modestia.

—Los holandeses, estimada señora, siempre han sido técnicos en pantanos. Bien poco hubieran podido hacer sobre el rocoso suelo de esta isla. En cambio, los ingleses...

El **british pride** coloreó de rosado sus mejillas y me dijo, con los ojitos muy chispeantes:

—Hablaré de usted a mis amigos de Inglaterra. Ahora me siento tranquila. ¿Sabe qué se me ocurre? Lo autorizo a que, cuando nosotros nos marchemos, cuente todo eso a la policía. ¿Lo hará?

—No puedo prometérselo, sin consultarlo antes con mi tío.

—En fin, haga lo que crea mejor. Me ha agradado mucho conocerlos —dijo, poniéndose de pie con mucha distinción.

—Y nosotros nos sentimos encantados de su visita.

Ya tenía la puerta abierta cuando me dijo:

—Despídame de su encantador tío.

—Así lo haré.

Cerró la puerta. De pronto, quedé paralizado, porque recordé haber visto la cara de aquella anciana en una portada a todo color del **París Match**. Cuando salí del estupor, corrí a la habitación y grité:

—¡Tío!

—¿Qué? —dijo él, sin mirarme apenas.

—¡Esa señora es nada menos que Agatha Christie!

—¡Bah! —hizo él.

VI. Un pacto de no agresión

Lunes a mediodía

Merodeé un buen rato por el vestíbulo. Cerca de la entrada principal, dos detectives del hotel, auxiliados por algunos miembros del Departamento de Homicidios, retenían en un rincón, casi a viva fuerza, a un par de docenas de fotógrafos y reporteros. Uno de éstos, al verme, rompió el cerco y se me apareó.

—¿Usted es vecino de la portuguesa asesinada? —me preguntó.

—Perdóneme, señor, no hablo inglés —le dije en español.

Se rascaba la cabeza cuando un detective lo agarró y lo devolvió al redil. En la puerta principal, cuatro policías uniformados pugnaban por mantener alejada a una multitud que se apretaba en la ancha acera. Muchos de aquellos curiosos agitaban en las manos libros de autógrafos.

Detrás del mostrador de la carpeta se movían con nerviosa eficiencia varias mujeres y un hombre. Lamenté que no estuviese allí el fanático de los Yankees, pero desde el sofá circular seleccioné a la muchacha de los ojos grandes, la nariz alargada y el moño en la nuca. Me dirigí a ella y le dije:

—¿Usted es de Kansas City, verdad?

—No, señor.

—¡Qué contrariedad! Mi tía, cuando se enteró de que iba a hospedarme en el Waldorf, me encargó que saludara a una amiga que trabaja aquí.

—¿Cómo se llama esa amiga?

—No he podido encontrar el papel donde anoté su nombre. Sólo recuerdo que tía dijo que ella tenía los ojos muy lindos y expresivos...

Ella iba a poner la cara dura y agria, pero agregué;

—...y el rostro dulce y atractivo, como usted.

Como eso sólo falla una vez en ciento, el instinto de ella no quiso ser la excepción y la obligó a sonreír y a llevarse las manos a la cabeza para recomponerse el moño con natural coquetería.

—Una nunca sabe cuándo los hombres hablan en serio —dijo.

—Eso es fácil de comprobar —riposté—. Cuando le digan algo y usted tenga duda, mírele a la nariz. Si le crece, miente.

Se rió de buen talante. En ese momento, un hombre cargado de cámaras fotográficas discutía airadamente con un guardia agresivo.

—¿Qué pasa hoy aquí? —dije a la muchacha—. Nunca he visto tan tos fotógrafos juntos.

—Es por Tommy.

—¿Tommy? ¡Ah, vamos! El muchacho ese de que hablan los periódicos... ¡Pobre niño!

—Yo no diría eso. Se ha hecho famoso.

—Sé lo que digo, señorita. Le hacen un daño que puede ser irreparable.

—¿Usted cree eso?

—Soy psiquiatra. Precisamente estoy en Nueva York para participar en una convención. Presentaré una tesis sobre los trastornos anímicos en la niñez y la adolescencia.

—¡Oh! —hizo, maravillosamente admirada.

—Esa publicidad excesiva puede causar al niño un trauma en la personalidad que lo convierta en un ser animado por el egoísmo y la ambición. Si yo pudiera hablar con él y con sus padres...

Visiblemente interesada, me interrumpió poniendo su mano sobre mi mano. Luego de mirar a un lado y a otro, volcó el abundante seno sobre el mostrador para decirme, confidencial:

—¿De veras hablaría usted con él?

—Me gustaría hacer algo por salvarlo.

—Espere. Lo llamaré y...

—No, no. Nuestro encuentro debe ser casual. ¿Él está de servicio ahora?

—Sí —consultó su reloj—. Su turno termina dentro de diez minutos.

—¿Podríamos conseguir que él salga por una puerta donde no haya reporteros?

—Es posible. En Forty-nine Street hay una puerta que sólo se usa para descarga.

—Está bien. Dígale que salga por esa puerta, que doble por Lexington Avenue, que siga hasta Fifty-seven Street y que de allí se dirija al Central Park.

—Tendría que explicarle...

—Dígale que hay muchos curiosos esperándolo y que la gerencia cree necesario evitar disturbios cerca del hotel.

Chasqueó dos dedos, me miró con gula y dijo:

—¡Buena idea, doctor!

Con un andar cachondo se fue hasta un teléfono e hizo un par de llamadas mientras me miraba con picardía. Conversó unos minutos con voz inaudible y volvió al mostrador con cara feliz.

—Ya Tommy va a salir. Me llamo Mary, ¿sabe?

—Has hecho una buena obra, Mary... Me voy a esperarlo en el camino. Ya te contaré.

Lo vi salir del hotel, doblar por Lexington Avenue, jugar a lo largo de un par de cuadras a no pisar raya, patear durante un buen rato un cilindro de cartón, torcer a la izquierda en Fifty-seven Street, sortear el tránsito a la coxcojita, salvar a saltos Madison Avenue y filtrarse luego por entre la espesa muchedumbre que llenaba la amplia acera de Fifth Avenue. A la altura de Fifty-eight Street esquivó con envidiable agilidad la apretada circulación de vehículos hasta el Pulitzer Memorial en la Grand Army Plaza. Allí recogió del suelo un cartucho de helado vacío, hizo con él una pelotita y se la lanzó a la nariz de bronce del general Sherman. Se detuvo un momento para admirarse de su buena puntería y se adentró en el Central Park, con rumbo a la **ménagerie**, no sin antes caminar en torno a la figura con que Karl Bitter quiso representar a la Abundancia. Cuando se detuvo junto a las colorinescas sombrillas de la cafetería del Zoo, me le acerqué y le golpeé suavemente el hombro.

—¡Hola, Tommy! —le dije, familiarmente.

En ese momento, por el East Drive, rumbo a The Mall, pasaba lentamente un buick negro repleto de adornos cromados. El sombrero de uno de sus ocupantes me era bien familiar. Esperé que el carro se alejara para decir al muchacho:

—¿Quieres algodón de azúcar?

Hizo un alegre gesto afirmativo. Y luego, a cambio del gran copo empalado, me ofreció una amplia y amigable sonrisa.

—¿Me conoces? —le pregunté cuando echamos a andar.

—Sí. Usted es huésped del hotel.

—¿A dónde vas?

—A casa.

—¿Dónde vives?

—Cerca de Triborough Bridge.

Como eso está setenta calles al norte, en medio de los Harlems, le pregunté:

—¿Qué ómnibus tomas?

—Para venir, tomo el metro. Cuando voy a casa, no.

—¿Te gusta caminar?

Mordió un trozo de algodón, elevó la mirada y respondió:

—No me gusta llegar a casa.

A muy pocos habitantes de Harlem les gusta llegar a casa. Por eso hay tanto girovagante al sur de Central Park. La gente huye de la sordidez y la desidia que caracterizan a las sucias calles donde se alberga la miseria, para mezclarse en el frívolo y civilizado ambiente de las grandes avenidas bordeadas de tiendas lujosas, de bares exclusivos y de hoteles fastuosos. Es una cándida y poco costosa manera de soñar despierto.

—¿Estudias?

—Sí. De noche.

—¿En qué trabajan tus padres?

—Mi madre está ingresada en el hospital. Mi padre es sereno en Dead End.

—¿Cuánto ganas en el Waldorf?

Me miró receloso, pero al ver que yo mordía, con golosos modales, mi copo de algodón, respondió:

—Veinticinco dólares semanales.

—Eso es lo que te pagan en la caja.

Volvió a mirarme, pero esta vez se mantuvo desconfiado.

—No es que me importe, nene —dije, sonriendo—; pero supongo que algunos huéspedes sean generosos. Por ejemplo: ¿no era generosa la señorita Do Portobelo?

La cara se le contrajo para formar una mueca de tristeza.

—Sí —respondió.

Una barredora de nieve pasó junto a nosotros volteando sobre los bordillos la nieve acumulada en el camino. Nos sentamos en un banco de piedra a saborear el algodón. Limpios ya los finos palillos, llamé a una vendedora de **toasted peanuts** y le compré dos paquetes. Entregué uno a Tommy. Al tomarlo, se le disolvió la tristeza del rostro para dar paso a una sonrisa cautivadoramente candorosa. Cuando lo vi masticar con deleite el primer puñado de maní, le dije:

—El día... el día que ella murió, ¿no te hizo un regalo?

—Sí.

—¿Te dio un **quarter**, verdad?

Me miró como si yo fuese un estúpido que suponía a la señorita Do Portobelo capaz de manchar sus manos con dinero menudo.

—No —dijo, en exaltada defensa **post mortem** de la munificencia de Amorihna—. Me regaló cincuenta dólares.

La sorpresa se me escapó en forma de silbido prolongado.

—¿Cincuenta dólares? Eso es lo que yo llamo filantropía, Tommy.- ¿Y por qué te los dio?

Se levantó con evidente intención de marcharse, pero lo retuve delicadamente.

—¿Es un secreto? —le dije en voz muy baja.

—Sí —declaró.

Se desasíó de mi mano y echó a andar. Lo seguí. Se detuvo para observar a un canario prodigiosamente amarillo que, saliendo de su jaula abierta sobre una tarima, daba unos graciosos saltitos antes de tomar con el pico un pequeño papel rosado que el viejecito sentado al pie del atril tomó entre sus dedos temblorosos para entregárselo a una muchacha envuelta en un abrigo

de visión imitado. Entregué un **dime** al anciano, quien me miró con sus ojillos bordeados de arrugas antes de decir a un hermoso canario rojo:

—Señor Flautín, escoja al caballero su buenaventura.

El animalito torció la cabeza como para observarme bien, estiró las alas, echó un paseíto lento por la plataforma, dio un cómico salto para encaramarse en el borde de una diminuta caja y extrajo un papel verde que yo mismo tomé de su pico breve. Tommy me miraba alelado. Entregué otra moneda al hombre y le dije:

—Veamos el futuro de este jovencito.

Tommy extendió la boca en una linda sonrisa y se puso a observar los orgullosos movimientos que ejecutaba un hermoso periquito para extraer de otra cajita un papel azulado. Lo tomó, lo desdobló y lo leyó con avidez. Le puse una mano en la espalda y reanudamos la marcha.

—¿Qué dice su buenaventura? —me preguntó.

—Que me voy a casar con Bette Davis. Enarcó las cejas para preguntarme:

—¿Ella no es demasiado vieja para usted?

—Creo que sí, pero ese canario rojo no lo sabe.

Se rió con sana risa de niño.

—¿Y tu papelito qué dice? —pregunté—. ¿Que vas a ser presidente de Estados Unidos?

—Eso me decía mi madre cuando yo era pequeño —dijo, en tono ternísimo.

Volvió los ojos para ver pasar una **limousine** tan charolada que daba la impresión de un insulto rodante y en la que viajaban un chofer estiradísimo dentro de su uniforme verde gris y tres ancianas, blancas y arrugadas como fantasmas. En seguida pasó el buick negro y cromado y esta vez el tipo de la cinta tricolor me miró con ostensible descaro. Cincuenta metros detrás, rodaba lentamente un taxi amarillo cargado con un pasajero joven, de nariz torcida, metido dentro de una gruesa chaqueta de paño gris con grandes cuadros magenta. Mi memoria, que no es deficiente, lo asoció inmediatamente con el tipo del abrigo azul que la noche anterior siguiera las huellas mías y las de Tessie Howard. Cuando el taxi se perdió en una de las curvas del camino, volví a la carga:

—¿A dónde llevaste el paquete que ella te dio, Tommy?

Violentemente, se separó tres pasos y me dijo, desafiante:

—¡Ella no me entregó ningún paquete!

Gané los tres pasos perdidos y eché mi brazo sobre sus hombros.

—¿Recuerdas la historia de George Washington y el cerezo de su papá?

—Sí.

—¿Y ese papelito azul no dice que los niños no deben mentir?

Se detuvo para mirarme con aire suplicante y respondió:

—Sí.

De pronto, su cara se animó para preguntar:

—¿Cómo lo sabe usted?

—Yo también tengo en casa un periquito sabio, Tommy.

Volvió a sonreír, como a mí me gusta que sonrían los niños.

—¿No somos amigos? —le pregunté.

—Sí.

—Y si somos amigos, ¿por qué enfadarnos? ¿Conoces a mi tío?

—Sí, señor.

—Pues él dice que te vio aquella tarde con un paquete gris.

El muchacho se volvió vivamente para decir:

—¡No era gris! ¡Era rojo! Yo mismo compré el papel.

Hice un segundo de silencio admirativo en homenaje a mi tío y dije al niño:

—Sin duda, él confundió el color. Pero, ¿ves como no hay secreto alguno? Creías saberlo tú nada más y ahora ha resultado que somos tres los que lo conocemos. Sin embargo, no importa, porque somos amigos —hice una pausa para darle tiempo a razonar—. ¿Ella te dijo que no se lo dijese a nadie?

—Sí —respondió, con la barbilla hundida en el pecho.

—¿Sabes que era mi amiga?

Su rápida respuesta fue tremendamente sorprendente:

—Ella no era su amiga.

—¿Cómo dices? ¿Ella te dijo que no lo era?

—No. Pero días antes me preguntó que quién era usted. Yo le di su nombre y le dije que era un abogado cubano —se mordió el labio inferior—.

¿Hice mal?

—No, Tommy, no tiene importancia. Verdaderamente, nos hicimos amigos un par de días antes de que... antes de ella morir. ¿Comprendes? Es por eso que yo quiero saber quién... quién hizo eso.

—¿Qué le haría usted?

Imité los más aterradoros gestos y ademanes de Drácula y dije:

—Lo... lo... En fin, no sé qué le haría.

Me miró como si yo fuese Dick Tracy, me palpó los bíceps y me dijo, con legítima inocencia:

—Yo lo encerraría con diez serpientes hambrientas.

—No estaría mal —acepté.

Arrugó el paquete de **peanuts** vacío y lo lanzó sobre la helada superficie del lago. Cuando anduvimos un poco, le dije:

—Como era un secreto entre tú y ella, no hablaste a la policía del paquete, ¿verdad? —me miró con ojos asustados—. No temas. Hiciste bien. Hay que saber guardar los secretos, nene —chasqueé dos dedos—. Oye, ¿a qué hora le llevaste el papel rojo?

—Poco antes de la una de la tarde.

—¿Y a esa hora ella te habló del paquete?

—Sí. Me dijo que volviera a las seis y treinta a recogerlo.

—Y, claro, fuiste puntual.

—Sí. A las seis y treinta toqué el timbre.

—¿Había alguien con ella?

—No sé. No entré. Ella estaba... estaba...

—¿Desnuda?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo el periquito sabio. Pero, a pesar de que ella estaba desnuda, ¿puedes asegurar que no había nadie más allí?

Se tomó unos segundos para meditar y respondió, enfático:

—No. No puedo asegurarlo. Ella no abrió del todo la puerta y no pude mirar al interior. ¿Sabe una cosa? Ahora recuerdo que el radio estaba conectado con el volumen muy alto.

—¿Escuchaba música?

—Sí. A Elvis Presley que cantaba **Don't be cruel**.

—¡Buena memoria, Tommy! —dije, con legítimo entusiasmo—. ¿Qué pasó exactamente cuando ella te abrió la puerta?

—Me dijo que esperara un momento para entregarme el paquete de medicinas que quería enviar a su madre enferma. Pero me advirtió que no hablara con nadie de eso.

—¿Te hizo esperar mucho para entregarte el paquete?

—¡Oh, no! Apenas unos segundos —el muchacho pareció conmovido por el recuerdo—. Cuando me entregó la caja y los cincuenta dólares, sonrió. Luego cerró la puerta.

—¿A dónde llevaste el paquete?

Volvió a mirarme, esta vez dubitativo, antes de decir:

—¿Usted no va a decírselo a nadie?

Levanté una mano con mucha solemnidad:

—¡Juro!

Le hizo gracia el ademán y, luego de sonreír, informó:

—Lo llevé a la estación Ge, en Fifty-second West Street

Entonces formulé una pregunta que consideraba fundamental:

—¿A quién iba dirigido?

Pero la respuesta no pudo ser más desalentadora:

—No sé.

Como era un niño, reprimí el enojo. Puse mis manos sobre sus hombros y le dije, en tono paternal:

—¿Cómo es posible, Tommy? ¿No leíste las señas?

—Sí las leí. Estaban escritas en una etiqueta blanca. Pero no les presté atención. No las recuerdo. ¿Es muy importante eso?

—Por supuesto, nene.

Cuando uno tiene que hablar de esas cosas con niños, debe estar siempre dispuesto a escuchar, en cualquier momento, alguna frase aplastante, definitiva e irreplicable. En aquella ocasión, Tommy Vincenzo usó una de ellas:

—¿Y cómo yo podía saber que aquello **iba a ser importante**?

—Es cierto —respondí, desalentado—, no podías saberlo.

A pesar de mi desánimo, decidí obtener más información sobre el paquete y pregunté:

—¿Ella no te dijo que certificaras el envío?

—No. Me dijo que lo colocara sobre un buzón de correo aéreo.

—¿Y tenía muchas estampillas?

—Sí, muchas. Unas seis o siete... Quizás ocho.

Nos habíamos detenido junto a un quiosco de frozen.

—¿Te gusta el chocolate? —le pregunté.

—Mucho —dijo con tono de nene goloso.

Compré un par de barquillos y nos sentamos sobre unas rocas.

—Gracias, señor —dijo él, ¡pero en español!

Casi me atraganto con el helado. Cuando reaccioné, luego de toser un ratito, le pregunté:

—¿Sabes español?

—Lo estudio con un maestro amigo de mi padre. En el hotel me exigieron que estudiara ese idioma —tenía la cara radiante de ingenua altanería y agregó, en un castellano inteligible, aunque un tanto heterodoxo en cuanto a prosodia—: Buenos días, señor. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, amigo Tommy —repliqué en mi idioma.

—Me siento feliz, señor. El día está muy hermoso.

No estaba fea la tarde, en efecto. Aunque el termómetro marcaba algunos grados bajo cero, no soplaban ese viento borrascoso que torna en casi intransitables las calles en enero. Las torres de los rascacielos cercanos estaban pintadas de un sol tenue que también hacía brillar el gris del cielo. A nuestro alrededor, los senderos que bordean el lago de The Ramble, comenzaban a verse invadidos por señoras que empujaban cochecitos de niños. Más allá, un grupo de muchachos jugaba al béisbol callejero.

Al cabo de un rato de silencio, pregunté a Tommy:

—¿Además de sonreírte, ella no te besó?

Bajó la mirada, volvió a levantarla y confesó:

—Sí. ¿Cómo lo sabe usted?

—¿Olvidaste que tengo un periquito sabio?

Reímos, muy regocijados, y comenzamos a desandar el East Drive. Inesperadamente, me dijo:

—Hay otra cosa que no dije a la policía.

—¿Porque la habías olvidado?

—Sí. Ahora recuerdo mejor las cosas. Esos hombres lo confunden todo. No dejan que uno piense.

—¿Y qué recordaste ahora?

—Que cuando yo bajé con el paquete, el señor Ortigão esperaba para subir.

—¿Cómo sabes que iba a subir al piso de ella?

—Porque me preguntó que si ella estaba arriba. Le dije que sí. Parecía muy disgustado. Llevaba en la mano una maleta.

—¿Una maleta? ¿No era un maletín?

Fue un error decirle eso. Aquel muchacho tenía razones para saber mucho de maletas y maletines. Es por eso que se le subió el orgullo profesional y me dijo:

—Era una maleta de viaje **leather hard médium**, marca Boast.

—Muy bien, nene —le dije, admirado—. Perdóname. Debí adivinar que eres un experto. Sin embargo, no entendí bien eso de **leather hard médium**.

—Es que usted no sabe que hay maletas de piel legítima y de material sintético. También las hay duras y las hay flexibles, como existen varios tamaños: pequeño, mediano, grande y **king size**.

Me rasqué la cabeza antes de decir:

—Todo eso quiere decir que la maleta del señor Ortigão era dura, mediana y de piel legítima. ¿No es así?

—Así es.

—¿A qué hora viste al señor Ortigão?

—Eran las seis y treinta y seis.

—¿Cómo sabes que era esa hora?

—Cuando salgo a la calle con algún recado, debo informar a la oficina.

—¿Sabes, Tommy? Tengo curiosidad por saber algo: si no has dicho a los policías y a los periodistas nada sobre el paquete, ¿de qué has hablado con ellos?

—Contesté a lo que me preguntaban sobre las costumbres de la señorita: a qué hora yo le subía el desayuno, si salía mucho, si celebraba fiestas, cuántos hombres la visitaban...

—¿Dijiste que la visitaba el señor Calabrio?

—Sí.

—¿Y sabes alguna cosa en particular sobre él?

—¿Qué quiere decir?

—Que sí, por ejemplo, el señor Calabrio era celoso...

—Sí, pero eso no lo dije a la policía. ¿Hice mal?

—Al contrario, nene.... Pero, ¿era muy celoso?

—Sí. De cuando en cuando me daba cinco dólares para que yo le dijera cuándo subían hombres a verla y cuánto demoraban arriba. Pero, ¿usted no le va a decir eso a nadie, verdad?

—¡Claro que no, Tommy!

De pronto, de manera vertiginosa, me abalancé sobre el muchacho, lo alcé en vilo y lo tiré fuera del camino. Yo mismo tuve que tirarme rápidamente sobre la nieve acumulada en el bordillo. Levanté la cabeza y vi cómo se alejaba, a toda velocidad, el buick negro de cromos relucientes.

—Casi nos mata ese imbécil —dijo Tommy mientras se sacudía la nieve.

—No creas que es tan imbécil —dije, sin poder reprimir la ira—. Ven —agregué, en el idioma de Cervantes—. ¡Hijos de la gran puta!

Le eché un brazo protector por encima y salimos a Central Park West. Allí tomamos un ómnibus que nos dejó junto a la boca del Triborough Bridge. Tommy señaló un edificio de aspecto sucio y deteriorado.

—Allí vivimos, señor. ¿Quiere subir a mi casa?

—Sí —respondí.

Cruzamos la calle y entramos en el **drug-store**. Una muchacha rojiza y bien formada acudió solícita a enseñarme los incisivos, los caninos y buena parte de los molares cuando me entregó el directorio telefónico que le solicité, sombrero en mano. Recorrí de un vistazo la primera columna de la sección de abogados y encontré, por partida triple, el apellido que había mencionado días antes el **News: Acconti, Acconti, Bombini and Acconti**. Coloqué al niño delante de mí y disqué el número en el teléfono de pared. Una voz monótona respondió desde Madison Avenue:

—Aló.

—Deseo hablar con el señor Acconti.

—¿Cuál señor Acconti?

—Uno de ellos...

—¿Tiene conferencia solicitada?

—No, preciosa. Soy un tipo muy desprendido y se me ocurrió hacer un favor a esa firma. ¿Es cliente de ustedes el señor Enrico Calabrio, más conocido por **Mugsie Gang**?

—No podemos dar informes sobre nuestros clientes, señor.

Dulcifiqué el tono cuanto pude:

—¿Y usted cree que los señores Acconti y el señor Bombini rehusarían prestar un inapreciable servicio al señor Calabrio?

—Yo no puedo opinar... yo...

La interrumpí sin aflojar la dulzura:

—¿Puede decirme quién es el encargado de las relaciones humanas en esa firma?

—El señor Pietro Acconti, señor.

—Pues tenga la bondad de comunicarme con él o iré allá y tendrá usted que pagar el taxi.

—Espere, por favor.

Esperé hasta que una voz dura me dijo al oído:

—Habla Acconti. ¿Qué desea?

—Escuche, señor Acconti: si quiere prestar un valioso servicio al señor Enrico Calabrio, busque una secretaria, una máquina de escribir, un amigo de confianza y un taxi y venga a reunírseme en Second Avenue, frente a la boca del puente. Es un edificio gris, lleno de ratas y rodeado de chiquillos harapientos. La entrada está junto al **drug-store**. Es en el segundo piso. Pregunte por Vincenzo. Al subir, tenga cuidado con los botines, porque los dos primeros peldaños de la escalera están deshechos.

—¿Quién es usted?

—De nada valdría decirle mi nombre. Pero escuche: tengo delante el directorio telefónico abierto por la sección de abogados. Estoy dispuesto a escoger al azar otra firma.

—¿Y asegura usted que se trata de prestar un servicio al señor Calabrio?

—Sí, señor. Y le doy tres segundos para decidirse.

—Espéreme —dijo el hombre con voz resuelta.

Colgué. Compré el **Times** y el **Sun** y dos paquetes grandes de caramelos. Para emular con ella, mostré a la carirroja todo mi aparato de masticar. Al salir del **drug-store** y antes de entrar en el zaguán, miré a todas partes. Ni

señales del buick negro; pero detrás de un panel de reparto de leche, asomaba una chaqueta gris de cuadros magenta.

Mientras subíamos la escalera, mostré al niño los periódicos y le hablé despacio. Por sus miradas y las respuestas a mis preguntas, supe que me comprendía muy bien. En el segundo piso, al fondo de un pasillo oscuro, una puerta apenas sujeta por una bisagra enmohecida daba acceso al tugurio, formado por dos piezas sombrías, en las que mal jugaban varios niños famélicos, todos hermanos de Tommy. Una enorme rata cruzó en sentido diagonal la pieza que hacía de sala.

—Papá —dijo el muchacho—, el señor es huésped del hotel. Es mi amigo.

—Pase usted. Perdone todo esto —dijo el hombre magro y melancólico.

Todo esto era la miseria que rodeaba la destrozada butaca en que estaba encajado. Entregué los caramelos a una niña, en tanto el hombre decía:

—Si es usted amigo de Tommy, considéreme un servidor, señor. Él es muy bueno. Todo lo que gana lo trae a casa. ¡Ay, pobre señorita do Portobelo, señor! Ayudaba mucho al niño. Mucho. El día que la mataron, ¡maldito sea el asesino!, le había regalado cincuenta dólares. Y ya antes, hace tres meses, le dio quinientos.

Miré a Tommy, pero él estaba de espaldas, con una de sus hermanitas entre los brazos.

—Mi esposa está en el hospital. Y ya sabe usted cuánto cuesta eso en esta maldita ciudad.

Hizo una pausa y luego dijo, con bochornosa humildad:

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Soy yo quien desea prestar a usted un servicio, señor Vincenzo. A usted y a Tommy. Hace un momento estuvimos a punto de ser atropellados por un automóvil y tengo razones para creer que el hecho no fue casual.

El hombre se levantó rápidamente. En su rostro triste apareció la violencia al decir:

—¿Qué quiere decir? ¿Quién pretende hacerle daño a Tommy?

—Cálmese, señor Vincenzo. No tengo mucho tiempo para explicaciones; pero le aseguro que pronto todo el peligro pasará.

En pocas palabras lo puse al corriente de algunas cosas y de los detalles de mi plan. La violencia volvió a ceder el paso a la pesadumbre. Todo fue muy a tiempo, porque en ese momento apareció en la puerta un hombre esbelto y emperifollado, de tez oscura y labios gruesos, sobre los que cabalgaba un bigotito negro muy cuidadosamente recortado. En la corbata roja resaltaba una perla pequeña que, a juzgar por el continente del hombre, parecía destinada a crecer. Detrás de él, cómo escoltándolo, una rubia alta y delgada, de ojos azules, casi transparentes, y una boca roja a fuerza de lápiz labial, y un señor maduro, achaparrado, elegante y desenvuelto, que cargaba con una máquina de escribir.

—¿Fue usted la persona que habló conmigo? —me preguntó el del bigotito.

—Sí, señor Acconti. Pasen ustedes. Éste es el señor Vincenzo, y éstos son sus siete hijos.

Entraron. Mostré a la taquimeca un tareco que fuera butaca en otros tiempos, coloqué ante ella un cajón de embalaje y la invité a sentarse. El achaparrado colocó la máquina de escribir sobre la improvisada mesa y se quedó mirándome. Me volví al otro.

—Señor Acconti —le dije—, éste niño está dispuesto a negar ante testigos ciertas declaraciones que hizo a la policía y a la prensa en relación con el asesinato de la señorita Amorihna do Portobelo. Pero, siéntese, por favor.

El abogado se acomodó, como mejor pudo y supo, entre la paja suelta de lo que fuera asiento de una silla, miró a Tommy, luego al señor Vincenzo y, al fin, se volvió hacia mí.

—¿Qué desea declarar el niño? —dijo, poniendo énfasis en la palabra **desea**.

—Por ejemplo —dije—, si usted le mostrara una fotografía del señor Calabrio, como lo he hecho yo, él **desearía** declarar que no conoce a ese señor.

El señor Acconti fijó otra mirada en Tommy, que permanecía con la vista fija en un agujero de ratas. De pronto, el abogado me preguntó:

—¿Qué foto le mostró usted?

Desplegué el **Times** y el **Sun** y le señalé las fotografías del señor Calabrio que publicaban. El señor Acconti tomó los diarios, consideró las fotos desde distintos ángulos e hizo una seña a la rubia. La muchacha, con ejemplar eficiencia, abrió el estuche de la máquina, extrajo papeles de un portafolios y los colocó con brillante profesionalismo en el rodillo. Muy desenvuelto, completamente dueño de la situación, el señor Acconti me preguntó con voz oficiosa:

—¿Desea usted testificar?

—Con mucho gusto —respondí, tendiendo a la muchacha mi pasaporte.

—¿Desea usted testificar, señor Harris? —preguntó a su acompañante.

—Sí, señor.

El abogado estiró una de sus pulidas manos y tomó con dos dedos la barbilla de Tommy

—¿Cómo te llamas, niño?

—Tommy Vincenzo, señor.

Sin más preámbulo, mostró al muchacho las fotos.

—Observa esta fotografía. Y esta otra —le dijo.

Esperó un rato y luego preguntó, casi maternalmente:

—¿Las has visto bien?

—Sí, señor.

—¿Conoces a ese hombre?

Tommy intentó volverse hacia mí, pero desistió y dijo con firmeza de adulto:

—No, señor.

—¿Tú trabajas en el hotel Waldorf-Astoria?

—Sí.

—Específicamente en el piso donde vivía la señora Amorihna do Portobelo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y nunca viste a este hombre de las fotos en aquel lugar?

—No.

Acconti me miró. Lo estimulé con una mirada y un gesto.

—¿Tú habías declarado que lo conocías? —preguntó al niño.

—Sí.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Estaba nervioso. No sabía lo que decía —recitó—. Esos hombres no me dejaban pensar.

El señor Pietro Acconti, representante de Acconti, Acconti, Bombini and Acconti, sonrió, muy agradecido, al tiempo que expresaba con voz profunda:

—¿Usted ha oído y comprendido, señor Harris?

—Perfectamente —respondió el acólito.

Acconti me miró sonriente y me preguntó:

—¿Y usted ha oído y comprendido?

—Sí, señor.

El abogado se levantó con alegre energía, dio un paseo a lo ancho de la oscura pieza y dijo, sonoramente:

—Escriba, señorita Smith.

Con un dominio perfecto de la escena, paseándose de un lado a otro con un desenvuelto sortear de objetos, chiquillos y ratas, dictó tres cuartillas de prosa forense muy eficiente, sin más interrupciones que las necesarias para formular algunas preguntas.

Al terminar su jefe, la rubia ordenó las cuartillas y destapó una estilográfica dorada, entretanto yo decía un par de frases al oído del abogado, quien, sin pestañear siquiera, extrajo de un bolsillo su chequera de piel de antílope, destapó una pluma de oro y escribió unas palabras y una cifra en una hojita azulada. Me entregó el cheque con un ademán muy caballeroso y yo lo trasladé al asombradísimo señor Vincenzo.

—Acepte esto —le dije— en nombre del señor Acconti y de sus asociados como retribución por las molestias que le han causado.

El hombre magro tomó el rectángulo de papel para mirarlo, pero dudo que pudiera leerlo bien a través de las lágrimas que llenaban sus Ojos.

Primero firmó Tommy, luego el señor Vincenzo, inmediatamente el señor Harris y, por último, yo. Devolví la pluma a la rubia y dije al abogado:

—Señor Acconti, hace aproximadamente dos horas, un pajarito dijo a este niño que llegaría a ser un hombre de provecho; pero yo creo que eso depende mucho de la rapidez con que esa declaración llegue al conocimiento del señor Calabrio.

Acconti olvidó su severo ministerio y rió ruidosamente; pero en seguida cortó su expansión, visiblemente embarazado. Casi rojo de vergüenza, se volvió hacia Vincenzo y le entregó una tarjeta.

—La policía va a venir. Llámeme en seguida. Y que el niño no hable con ellos hasta que yo llegue.

Miró a Tommy y le dijo con tono enérgico:

—Recuerda, niño: no conoces a ese hombre.

Tomó el abrigo y el sombrero y me dio la gran sorpresa:

—Descuide usted, colega. El señor Calabrio me espera abajo, en su auto.

Ya bajo el maltrecho dintel de la puerta, soltó una bomba:

—Esperamos que la señorita Howard goce de buena salud.

Apenas salió el trío, corrí al destartalado balcón y miré a la calle. Abajo, merodeado por un enjambre de chiquillos, estaba aparcado un lincoln majestuoso. Y un poco más allá, se veía un buick negro con cromados estridentes. En la acera, jugando con un llavero, el hombre del sombrero tricoloreado. Miró hacia arriba. A su mirada de matón enfurruñado respondí con una sonrisa sardónica. Al fin, él cedió. Guardó el llavero y se metió en el buick dando un portazo. El trío apareció en la calle. Acconti despidió a Harris y, echando a la rubia por delante, entró al confortable interior rojo del lincoln blindado, que no tardó en partir velozmente, seguido muy de cerca por el auto de los guardaespaldas.

Al final de la calle estaba parado el hombre de la nariz torcida y el abrigo de cuadros magenta. Entré y dije algo a Tommy. El muchacho me escuchó alborozado y bajó a la calle. Yo volví al balcón y vi al botones conversar con varios amigos. De pronto, todos los muchachos se fueron al final de la calle para hacer una ruidosa e impenetrable rueda en torno al hombre del abrigo de cuadros. Riendo de buena gana, bajé y me alejé calle abajo.

Tío parecía absorto en la contemplación de un enigmático problema en su tablero; pero como a mí no podía engañarme con tal triquiñuela, le dije:

—Si no aprueba lo que hice, puedo ver al señor Acconti y pedirle que me entregue esos papeles.

Inclinó la cabeza para mirarme y replicó:

—Actuaste inspirado por tu asombrosa intuición, y acertaste; aunque, dado tu sistema de razonar, no podías haber hecho otra cosa.

—¡Usted es formidable! —repliqué—. Ha inventado la manera de elogiar y censurar al mismo tiempo.

—Entre nosotros, nene —dijo, sentenciosamente—, todo elogio puede ser censurable y toda censura merece ser elogiada.

—¿Todo eso es para esculpir?

—Todo eso es para que modifiques tu modo de razonar.

Con un par de saltos de una ficha negra, tomó dos piezas blancas.

—¿No comprendes —me dijo— que hay algo que no encaja?

—No, señor. No lo comprendo.

—Sin embargo, es muy sencillo: a pesar de que Calabrio hizo todo lo posible por evitar que el hecho trascendiera, la radio ha dicho mil veces que él estuvo en la suite aquella tarde, citado por su amante. También es del dominio público que, después de la visita de Calabrio, muchas personas vieron viva a nuestra vecina. No obstante, según tu parecer, esta tarde atentaron contra la vida de Tommy. ¿Es así?

—Sí.

—¡Y los expertos fallaron!

—¿Qué quiere decir?

Con su más implacable tono irónico me respondió:

—Que no puedo explicarme cómo a esos pandilleros pudieron encasquillárseles las ametralladoras...

Me puse de pie para decirle no sé qué, pero me calmó con un gesto, al tiempo que decía:

—Veamos el asunto desde otro punto: ¿no se te ha ocurrido preguntarte por cuál silencio pagó él señor Acconti?

Me rasqué la frente a fin de provocar chispazos. Cuando me pareció haberlo logrado, dije, con tono cauteloso:

—¿Usted quiere decir que no atentaron contra el niño?

—Ni contra el niño ni contra ti.

Aprovechó mi involuntaria mudez, para agregar:

—Tú tienes el extraordinario defecto de lanzarte a la lucha sin medir la capacidad del enemigo. Ese mismo defecto te impide comprender que el

enemigo puede tener la habilidad de reconocer tu inteligencia.

Volví a rascarme la frente y logré producir otro chispazo:

—Me rindo —dije—. Reconozco que el intento de atropello con el auto fue sólo una advertencia.

—Sí. Una advertencia, pero en el sentido de llamar tu atención sobre algo. Y es que ellos han reconocido tu astucia y comprendido tu modo de actuar. Estoy seguro de que ahora mismo se sienten muy satisfechos de tu reacción conciliatoria, que es lo que esperaban.

—Sin embargo, no me agrada que me consideren un superhombre.

—Eso es otro error de apreciación. La historia de la mafia demuestra que esa organización no cree en la existencia del superhombre. Cada pandillero lleva siempre consigo la idea fatalista de la vulnerabilidad.

—En resumen: esa gente me cree su aliado.

—Yo diría que te considera un colaborador útil.

—Y me seguirán considerando como tal mientras yo controle el silencio de Tommy.

En algún lugar debe estar escrito que siempre he de quedarme corto al hablar con él. Prueba de ello es que me replicó:

—El silencio del niño, el tuyo propio y, especialmente, el de Tessie Howard.

—¡Ahora caigo! —reconocí, dándome un puñetazo en la frente.

—Mira el asunto desde este ángulo: Calabrio no desea en estos momentos otra cosa que vengar la muerte de la mujer que amaba. Y su obsesión no le va a permitir distinguir entre los que él crea culpables directos y los que imagine indirectos.

—Menos mal —dije—. Al fin condesciende usted a ser indiscreto. Y nada menos que para exonerar a Calabrio. ¿Quiere que se lo comunique por teléfono al señor Acconti?

Mi ironía le resbaló por la piel y replicó con una profecía:

—No me sorprendería que en cualquier momento ese abogado te llamara para proponerte algo.

Aproveché esa buena oportunidad para decirle:

—O quizás me llame para preguntarme si yo vi por este piso, el sábado, a las siete de la tarde, al señor Calabrio.

—¿Por qué insistes en comentar lo que te dijo esa señora?

—Porque quisiera poder explicarme la razón que tuvo cada uno de esos tipos para volver a la suite.

—Olvido de algo... Presunto derecho a conversar un rato más... Intención de confirmar algún, negocio... Son muchas las razones que impelen a un hombre a visitar y visitar a una mujer como ésa.

—Otra de ellas puede ser el deseo de matarla.

—No lo niego. Y asimismo reconozco que ella pasó toda su vida sembrando móviles contra sí misma. Anota: poseía joyas valiosas, humillaba a sus amantes, les mentía, explotaba a unos para mantener a otros, desataba pasiones, alentaba esperanzas, provocaba celos y rivalidades...

—¿Y no ha sacado una consecuencia de todo eso?

—Los móviles, por sí mismos, carecen de valor, nene. Lo que cuenta es el crimen que determinado móvil engendra. Tú sabes que es bien fácil comprobar un móvil, pero muy difícil verificar un hecho. ¿Tienes tú una sola prueba de que alguno de esos visitantes y revisitantes haya cometido un crimen?

Ésos son los momentos en que mi tozudez se pone a hervir.

—Es usted quien debe responder a esa pregunta —le dije.

Volvió a inclinar, la cabeza para mirarme y decirme, con voz pausada y suave:

—Yo tampoco tengo una sola prueba contra nadie.

Me removí en la butaca y desplegué un periódico mientras él continuaba su partida. Al cabo de cinco minutos, me dijo:

—No olvides que te llamó el tal John.

Le miré a los ojos por encima del **Sun**, pero no vi nada sospechoso en ellos. Tomé el abrigo y el sombrero y salí.

VII. Pasan las hadas buenas

Lunes por la noche

John —es decir, Amiel— le dijo al hombre calvo:

—Le pagaremos en Miami contra entrega de la mercancía a bordo. Estaré hospedado en esta dirección —le tendió un papel—. Lo esperaré el domingo, a las diez de la noche. Y recuerde que sólo trataremos con usted.

El calvo se tocó el sombrero con la punta de los dedos y estiró una mano. Amiel se la estrechó primero, yo después. Cuando el hombre se alejó, dije:

—¿Está decidido que partamos el domingo?

—Sí. Apenas embarquemos la mercancía...

—¿Tomamos otro café?

No. Voy a casa de mi hermano. ¿Me acompañas?

—Lo siento. Tengo que hacer una visita de cumplido. Dile a Paco que en estos días jugaremos una partida de dominó.

Amiel tomó por Liberty Street y cuando lo vi doblar a la vera del edificio florentino del Federal Reserve Bank, tomé un ómnibus para acudir a mi visita de cumplido.

Frente al **funeral home** se agolpaba una multitud enardecida por la histeria. Pero había algo peor. En las aceras, sobre tableros improvisados, se exhibían inverosímiles souvenirs: collares formados por cuentas de café crudo; burdas imitaciones de la famosa esmeralda; manojillos de cabellos platinados atados con cintas rojas; fotos de Amorihna do Portobelo, en algunas de las cuales aparecía desnuda, gracias a expertos montajes de su verdadera cara sobre cuerpos ajenos; retazos de supuestas batas de casa ¡manchados de sangre!...

Más, lo que rebotó mi indignación fue escuchar los pregones, pronunciados en tono de mercado árabes:

—¡Cabellos legítimos de la meretriz asesinada!

—¡Copia fiel de la esmeralda maldita!

—¡Fotos autografiadas de Amoriha en cueros!

Al acercarme, un tipo de aspecto repugnante me puso ante los ojos un pedazo de trapo, al tiempo que me gritaba:

—¡Llévese por un dólar este souvenir: un pedazo de la bata ensangrentada!

Lo aparté violentamente y entré.

Los floristas de Sixth Avenue frustraron mi vaticinio. Pero aunque ellos no enviaron ninguna ofrenda con carácter institucional, no faltaban flores allí. Había decenas de cestas y jarras desbordantes de las más bellas y exóticas flores, entre ellas, una tichela de porcelana repleta de lirios hermosísimos. Me acerqué a leer la tarjeta colocada junto al recipiente y, en efecto, decía: «A la señora de Ortigão, de una visitante extranjera.»

Me dirigí a la capilla ardiente. El ataúd —una severísima caja enchapada de bronce cincelado que relucía fantásticamente a la luz de cien cirios— estaba cerrado. Regresé al recibidor y me enfrenté a un hombre con cara de funerario de sainete.

—¿Por qué no puedo ver el cadáver, señor? —susurré a su oído con marcado acento portugués—. Sin duda, ella siempre deseó que la viesen cuando muriera. Eh nuestro país ésa es una costumbre milenaria impuesta por el mandato de la raza.

El hombre palideció e intentó explicarme:

—Señor, lo siento; pero... Es que...

—¿Qué? —pregunté con energía impresionante.

—Que está desnuda. Ella lo quiso así y...

—¡Pero eso es absurdo, señor mío! ¿Cómo es posible que si ella lo dispuso así, no se cumpla su última voluntad?

—¿Es usted familiar de ella?

—Sí, señor. He realizado un penoso viaje desde Río para verla, y ahora ustedes la tienen encerrada en un féretro.

La sangre volvió a huir de la cara del hombre, pero le alcanzó la voluntad para decir:

—En ese caso, señor, y si ésa es la costumbre de la raza, se puede hacer una excepción. Venga, por favor.

Hizo salir de la capilla a los curiosos, cerró la puerta, me precedió hasta el magnificente túmulo y, haciendo un fatigoso esfuerzo, levantó la pesada tapa. Dentro, reposando en un espeso acolchado de seda negra, estaba el albo cuerpo desnudo de Amorihna do Portobelo. Debajo del seno izquierdo, hacia el centro del pecho, pese al maquillaje utilizado para embellecerla, se veía la pequeña herida mortal. En todo el cuerpo, desde los hombros hasta los tobillos, también podían verse huellas de diminutas picaduras. Ceñido a su cuello modiglianesco, el humildísimo collar de granos verdiamarillos, en el que noté la falta de tres o cuatro semillas.

—¡Basta! —exclamé— ¡**Requiscat in pace!**

El hombre cerró el ataúd con mano temblorosa, abrió la puerta y salió del salón andando en puntillas. En ese momento, alguien se aferró a mi brazo. Era Tommy. El niño tenía los ojos llenos de lágrimas. Tres pasos detrás, de rodillas y con un traje nuevo, estaba el señor Vincenzo, que parecía rezar con devota aflicción. Pasé la mano por la cabeza del muchacho, con ánimo de consolarlo.

—Vinieron otros empleados del hotel —me dijo.

Miré hacia donde señalaban sus ojos y vi a Mary, la chica del moño, y al fanático de los Yankees que transportaban una cesta de bellas rosas. Todavía creo que aquél fue el más sincero homenaje que se rindió a la infeliz pecadora.

Me despedí de Tommy. Rumbo a la puerta, me crucé con Homer Horace Virgil. Era una de las personas que yo tenía anotada en mi libretita, pero aquel hombre deshecho en lágrimas no hubiera sido capaz de responderme ni las buenas noches.

En la calle, el aire frío tardó un buen rato en sacarme de la pituitaria el denso aroma de tanta flor. Cuando emprendí la marcha rumbo a Stuyvesant Square, vi, a cincuenta metros de distancia, a un hombre alto que caminaba en sentido contrario. Llevaba un abrigo a cuadros magenta. Por supuesto, no era cosa de echarse a correr y seguí mi camino. El hombre avanzaba sin dejar

de mirarme. Cuando cruzó por la zona iluminada de una tienda, pude ver en su cara la satisfacción que le producía aquel inminente encuentro por el que tanto tenaz esfuerzo venía realizando desde el día anterior. No sé qué él vería en mi rostro, pero puedo asegurar que no fue temor. En verdad, me sentía contento, porque sabía que un día u otro tendríamos que tropezar. Estábamos separados apenas por diez metros de distancia y delante de mí marchaban algunos transeúntes, entre ellos una mujer gorda que pastoreaba a dos niñas igualmente redondas, aunque a escala menor, claro está.

¡De pronto, se hicieron las tinieblas! (*)

Instintivamente miré a todas partes, incluso hacia arriba. En todas partes lo mismo: oscuridad total, negrura absoluta. Y gritos. Tropecé con algo voluminoso y blando que emitió un chillido largo y estridente. Era la señora gorda. Después de una breve lucha con sus abundantes masas, perdí el sentido de la orientación. No sé qué se hizo de Nariz Torcida, porque cuando pasaron algunos automóviles no lo vi a la luz de los faros. Pensé que él habría pensado lo mismo que yo; es decir, que nuestro encuentro no era posible en tales circunstancias. Pasaron dos ómnibus y pude ver a un hombre patear el escaparate de una tienda. Después del estrépito de los cristales, comenzó el saqueo. La señora gorda quedó llena de estupor ante la ruidosa lluvia de vidrios rotos; pero no tardó en reaccionar, y se sumó a los que ya se entregaban al desesperado quehacer de vaciar el lujoso escaparate.

—¡Betty! ¡Lucy! —gritaba a las niñas—. ¡Tomen cuanto puedan! ¡Nena, agarra este abrigo! ¡Cuidado no les roben nada!

Seguí hasta la esquina de Broadway, donde se me acercó un hombre que se colocó una linterna debajo de la barbilla y me dijo, con los ojos desorbitados:

—¿Vamos a quemar el Rockefeller Center?

Al escuchar mi carcajada, se apartó de mi camino. Fue entonces que llegó a mis oídos aquel inolvidable bramido que venía desde el norte. A la alocada intermitencia de linternas, faroles y luces de autos, vi llegar, procedente de los Harlems, una incontenible avalancha humana que pronto cerró la circulación de vehículos. A mi derecha, algo explotó con estruendo infernal. A mi izquierda, surgió el pavor dantesco de un incendio. Poco después, en la zona más comercial de la ciudad, al sur de Central Park, se desató lo que la

United Press International calificaría al día siguiente de «noche de saqueo desenfrenado».

Millares y millares de fantasmas ululantes se movían en las tinieblas para arrasarlo todo. Una turba —formada por figuras espectrales que parecían ejecutar una danza salvaje a contraluz de las llamas de un incendio— tomó por asalto una concesionaria de automóviles, de donde a poco salían decenas de carros de los últimos modelos. Dondequiera se movían siluetas que cargaban televisores, radios, alfombras, ventiladores, abrigos, maletas, cajas de licores... Una mujer, seguida por media docena de muchachos, chillaba, enronquecida y enloquecida:

—¡No carguen porquerías! ¡Vamos a buscar víveres y carne al supermercado!

El ulular de las sirenas de los carros patrulleros y el campanear de los carros extinguidores de incendios servían de música de fondo a la algarabía de la gente. Un hombre que se había atado una linterna sobre cada oreja, se acercó a decirme, confidencial:

—Ven conmigo, muchacho. Sé dónde hay muchas joyas y dinero.

Lo aparté y seguí andando. Recorrí decenas de calles por entre las ordalías del pillaje. En Fifth Avenue, dos policías apaleaban furiosamente a un hombre que se negaba a desprenderse de un blando edredón.

—¡No, no! —gritaba el infeliz—. ¡Lo quiero para mi madre, que se muere de frío!

Una cuadra más allá, a la luz de fragorosas llamas, un hombre destrozaba a cabillazos todos los escaparates de una de las tiendas más exclusivas de Nueva York.

—¡Sírvanse, señoras y señores! —gritaba en tono de feria—. ¡Pasen y sírvanse gratis en la mayor liquidación de la temporada!

En seguida, cientos de hombres y mujeres se lanzaron al abordaje. Una viejecita se acercó para implorarme:

—¡Hijito!, ¿por qué no me consigues un abrigo?

Usando mil malas artes, me abrí paso. Salté a la vidriera más cercana y despojé a un maniquí de un vistoso abrigo de pelo suave y lustroso. Cuando lo coloqué sobre sus hombros, la anciana me besó las manos y deseó que Dios me pagara la buena acción. Me alejé con rumbo a Park Avenue. Un

hombre, con un radio portátil pegado a la oreja, se me apareó. Mientras escuchaba, me brindaba información:

—Arriba, en Harlem, es mucho peor. En Brooklyn y en el Bronx se cuentan los incendios por centenares. Hay doscientos policías y veinte bomberos heridos. Miles de guardias no se han presentado al llamado de emergencia. Hay más de dos mil saqueadores detenidos. Los llevan a Las Tumbas. El alcalde ha declarado que ésta es «la noche del terror»(*).

Recordé al hombre del edredón y a la viejecita del abrigo y dije:

—El alcalde está equivocado. Ésta es la noche de las hadas buenas. Es la noche en que los pobres frotaron la lámpara de Aladino.

VIII. Fuga en la tarde

Martes a mediodía

Después de encargarse de café al camarero, Donovan dijo:

—Al fondo, en una mesa, está nada menos que Allan Dulles, el jerarca supremo de la Central Intelligence Agency. Sin duda, explica a sus invitados que ha puesto en práctica diferentes proyectos destinados a investigar la forma de controlar la mente humana^(*). Es un excelente tema para desarrollarlo mientras fuman un par de cigarrillos. Estudiantes pobres y presos comunes son los conejillos de esos experimentos que comprenden el uso de la hipnosis, de shocks eléctricos, de nuevas drogas... Se dice que hasta han recurrido a la complicidad de presuntos adivinos del porvenir.

Poco después, el abogado pasó la servilleta por los labios y nos informó:

—Dos mesas más allá, a la derecha, hay una reunión más interesante. Están allí, codo a codo, Samuel Cohen, de la Rand Corporation^(*); Lawrence Livermore, ejecutivo de los laboratorios atómicos de California^(*); Edward Teller, padre amantísimo de la bomba Hache^(*); y Lewis Straus, presidente de la Comisión de Energía Atómica^(*).

—Vámonos —dije—. Quizás esa gente está planeando hacer una prueba nuclear en este comedor.

No tuvo buen éxito el chiste. Tío me lanzó una mirada desintegradora y el rostro de Donovan se ensombreció al decir:

—Ese Cohen es un ente diabólico. Como físico de la Rand, visitó los laboratorios de Livermore, donde en esos momentos se experimentaba la fabricación de armas de baja radiación atómica y mayor poder expansivo y calórico. ¿Y saben qué se le ocurrió? Invertir el proceso, es decir, lograr mayor radiación con menos calor y expansión, utilizando una bomba de

hidrógeno como elemento de fusión y una bomba de fisión como detonador. De esta manera, y he ahí lo diabólico, se conseguirá matar, a los seres vivos, digamos, de una ciudad, sin destruir los edificios y otras instalaciones. A esto es a lo que ya se está llamando «la bomba de neutrones»(*).

—Comprendo —comenté—. Ese hombre lo que quiere es encerrar en un mismo artefacto los sueños de Thomas Malthus y de Adam Smith.

—Ni más ni menos —dijo el abogado.

—¿Habrá algo infame de lo que **ellos** no sean capaces? —comentó tío.

Tras un largo silencio, Donovan me informó:

—En una mesa próxima, a tu izquierda, hay alguien que te observa a hurtadillas de cuando en cuando.

—¿Es un joven alto, de nariz algo torcida?

—Sí.

—Desde el domingo quiere saber qué marca de tacones uso en los zapatos.

—¿Eso está relacionado con el asunto de la brasileña?

—Sin duda alguna —dije.

Donovan miró a tío y le preguntó:

—¿Ya tienes alguna opinión sobre ese asunto?

Alerté los oídos porque supuse que a su grande y viejo amigo no le iba a responder con una anfibología; pero supuse mal, porque se limitó a responder:

—Humm.

Mi gesto de hombre frustrado hizo reír a Donovan. La risa de Donovan hizo reír a tío. Y la risa de tío es contagiosa. Total: reímos los tres. Aproveché el momento de buen humor para soltar una pregunta que hacía rato me molestaba en la glotis:

—¿Ya consiguió comunicarse con Dickson, el notario?

—Sí —respondió el abogado—. Esta mañana lo llamé a Londres, a donde fue para asesorar a un cliente. Según me dijo, gracias a una cláusula dictada por Amorihna do Portobelo, su última disposición testamentaria no puede hacerse pública, bajo ninguna circunstancia, hasta pasado un año de su muerte.

Miré a tío, pero tenía puesta la cara neutra. Me levanté y dije:

—Vamos. No quiero hacer esperar más a ese joven. Quiero ver si es capaz de corretear después de almuerzo.

En la acera, junto a la entrada del restaurante, dije:

—Nariz Torcida está detrás de un árbol. Permítanme tomar el primer taxi. Y apresúrense a tomar el segundo. Digan a su chofer que coopere un poco a mi fuga.

Mientras rodábamos por Riverside Drive miré hacia atrás. Nadie nos seguía. En la esquina de Eighty-nine Street, frente al monumento a los soldados y marinos, un semáforo nos detuvo. Como el tal monumento siempre me recuerda a México, a Panamá, a Santo Domingo, a Haití, a Nicaragua, a Guatemala y a Cuba, siempre que he pasado por allí he vuelto la cara al otro lado. Eso hice esta vez y casi me salgo del taxi. En Eighty-nine Street el semáforo había detenido también a un taxi amarillo y junto al chofer estaba el hombre que yo creí haber despistado. Me hundí un poco en el asiento, desplegué un diario y atisé con el rabillo del ojo. Por el gesto que hizo Nariz Torcida, caí en la cuenta de que él también se había sorprendido ante la casualidad que nos volvía a enfrentar.

La luz verde dio vía libre a la calle transversal y el carro amarillo dobló a la izquierda para tomar Riverside Drive. Como yo pensé que haría, se detuvo treinta metros más allá de la esquina. Pude haberme apeado, cruzar la calle y caminar aprisa para mezclarme entre la gente de Broadway, pero no me pareció caballeroso hacerlo. Le di un dólar al chofer y le dije:

—Aquel taxi amarillo se propone seguirnos. ¿Sería usted capaz de hacerse el tonto y despistarlos?

El hombre se ladeó la gorra y me devolvió el dólar.

—Si lo duda, apéese. Nadie puede insultar a Speedy Hardy.

Sonreí, le apreté una mano y puse el dólar en uno de sus bolsillos. Me guiñó un ojo, se acomodó detrás del timón, lanzó un silbidito y cuando tuvo la vía abierta avanzó a velocidad moderada. Pasó junto al **yellow taxi** con la cabeza vuelta hacia la izquierda, en tanto yo fingía leer el editorial del **Times**. El de la chaqueta de cuadros sin duda había obsequiado otro dólar a su chofer, porque éste mantuvo astutamente la distancia al sortear con pericia los

carros que mi cómplice iba dejando detrás para colocarlos delante de su rival. De pronto, un brusco frenazo me hizo cabecear.

—¿Qué va a hacer? —pregunté a Speedy Hardy.

No respondió. Se bajó, dio media vuelta por delante del carro, se agachó a examinar el neumático delantero de la derecha e hizo un gesto de contrariedad. Sorprendido por la maniobra, el otro no pudo hacer más que adelantarse, pero Speedy volvió a ocupar su puesto y no tardó en colocarse de nuevo delante del otro.

—Eso les va a dar confianza —dijo.

Poco a poco, la distancia que nos separaba se fue haciendo mayor. A la altura de Seventy-second Street, torcimos velozmente a la derecha para alcanzar la West Side Highway con rumbo al sur. Pese a nuestra ventaja, el amarillo no perdía la huella. Cuando a la izquierda aparecieron las calles retorcidas de Greenwich Village, Speedy se recompuso la gorra con aire orgulloso y dijo:

—¿Tiene bien abrochado el cinturón?

Imprimió velocidad al carro y lo situó en la despejada senda de la derecha. Por el retrovisor pude ver que el **yellow**, otra vez sorprendido, se esforzaba por no perdernos de vista. Entretanto, Hardy lanzó el carro por la rampa de Canal Street.

—Aminore la velocidad —le dije—. Voy a bajarme aprisa en la salida del Holland Tunnel. ¿Conoce Vestry Street?

—Cuando niño rompí varios faroles en ese barrio, señor.

—¿Todavía hay buena cerveza en el Dirty?

—¡Cómo no!

—Allí lo espero.

—Dígale a Dirty que Speedy va a saludarlo en seguida.

Me bajé con el carro en marcha, metí el sombrero bajo el abrigo, me encorvé un poco, enlacé las manos en la espalda, me dirigí a una mujer que estaba acodada a una ventana y le dije, justo en el momento en que el **yellow cab** pasaba a toda velocidad:

—¿Hoy es lunes o viernes, señorita?

La mujer, indignada, me tiró la ventana a las narices. Me puse el sombrero, doblé el cuchillo de la esquina y, ya en Vestry Street, entré en el

bar y pedí una cerveza. Cuando terminé de beberla, silbé a Dirty y levanté un dedo; pero agregué otro dedo a la seña al ver que Speedy entraba con la cara llena de vanidad.

—Se perdió usted lo mejor —me dijo—. ¿Recuerda que me bajé a revisar un neumático?

—Sí.

—Pues, al fin, reventó. Yo lo sabía.

Tragué un trozo grande y cuadrado de aire y le clavé una mirada homicida.

—¿Usted lo sabía? —pregunté.

—Sí, señor. Pero comprenda que estaba por medio mi orgullo profesional.

Cerró con picardía el ojo derecho y comenzó a libar cerveza.

—¿Y el carro amarillo? —le pregunté.

—Me alcanzó justamente en el momento de la explosión. ¡Buen tipo el colega! Detuvo el carro y me preguntó si necesitaba ayuda.

—¿Y el hombre del gabán?

—Eso fue lo mejor de la función, señor. Se apeó y, con muchísimo disimulo, echó una ojeada general dentro del carro —rió con alegre sonoridad—. Cuando se convenció de que usted no estaba escondido en la guantera, me preguntó: «¿Y el pasajero que usted traía?» Y yo le respondí: «¡Caramba, y es verdad! ¿Dónde se me habrá caído ese muchacho?»

Si es cierto que reír es saludable, ese tal Speedy va a vivir más de cien años.

IX. Aparece otro cadáver

Martes por la tarde

En rigor, habíamos subestimado a Nariz Torcida. Y debo reconocer que fue Speedy el primero en saberlo. Después de colocar el neumático de repuesto, enfilamos hacia el norte por la calle de los teatros judíos, íbamos a velocidad muy moderada. Speedy me miró y dijo, torciendo la boca:

—¿Por qué no me dijo que lleva usted encima esa esmeralda gorda que robaron en el Waldorf?

—Guárdeme el secreto —repliqué— o su vida corre peligro. A propósito: pare donde vea tres bolas colgadas. Necesito empeñar esta maldita piedra para pagarle lo que marque ese taxímetro ladrón.

Sonrió. Y como parecía muy afanado en no quitar los ojos del retrovisor y, al mismo tiempo, preocupado por adelantar a los carros que encontraba en el camino, me decidí a mirar hacia atrás. Comprendí y le pregunté:

—¿Es el amarillo que viene detrás del chevrolet rojo?

—Sí. Ese hombre parece ser bastante terco. ¿Quiere que me acerque al Hudson para que arroje al agua esa piedra verde?

—Buena idea. Si me devuelve el dólar, la arrojo envuelta.

Soltó otra de sus saludables carcajadas antes de decirme:

—No se preocupe. Ellos no saben que yo gané medalla de oro en una competencia de testarudos. Escuche: voy a tomar por Fourteen Street hasta Union Square. Cuando crucemos Broadway, le dejaré junto a un edificio ocre. Allí hay una arcada que tiene salida a Fifteen Street. Va a tener tiempo suficiente. Conozco al segundo la frecuencia de cambios de todos los semáforos de la ciudad. Pasaremos nosotros y ellos quedarán de este lado.

Maniobró de tal manera que, en efecto, cruzamos Broadway en el instante del cambio de luz verde a luz roja.

—¡Allá quedaron! —dijo el vanidoso Speedy Hardy.

Un par de cuadras más allá, detuvo el carro. Al pagarle y agregarle una propina, me dio una tarjeta.

—Cuando se robe la Estatua de la Libertad, avíseme. Yo lo dejaré en lugar seguro.

Apreté su cálida mano y bajé.

A ambos lados de la amplia arcada se abrían tiendas, fuentes de soda, **souvenirs shops** y librerías. Entré en una tienda de regalos y conseguí que una jovencita de trenzas rubias trabajase diez minutos vendiéndome un regalo para tía Alberta. Salí a Fifteen Street compré un diario escandaloso y doblé a la izquierda. En Sixth Avenue tomé un ómnibus. Bajo negros titulares, el periódico fustigaba acremente «la violenta ola de registros inútiles practicados por la policía en los hogares humildes y honestos de Tessie Howard y Thomas Vincenzo, padre del inocente niño Tommy». También se hablaba de «búsquedas frustradas de indicios» en las respectivas casas de Barelli, Smithson y Virgil. Después, la insidiosa coletilla: «Esperamos que en las próximas horas se proceda al registro de otros hogares menos humildes y, si se quiere, menos honestos.»

Bajé del ómnibus en medio del Italian Harlem. Frente a mí, colgaba verticalmente desde lo alto de un edificio la palabra Continental y me pregunté: «¿Por qué no aprovechar para hacer una visita?»

Todo indicaba que era un hotel de tercera o cuarta categoría. No me fue difícil evadir al portero. En el vestíbulo hice un rodeo por detrás de unas descuidadas arecas para dirigirme a los ascensores, pero tuve que ocultarme al amparo de una columna a fin de no tropezar con él. A pesar de que iba encorvado, sin duda para disimular la estatura, y de que llevaba peluca rubia y espejuelos negros y reflectivos, reconocí, bajo el sombrero encajado hasta los ojos, el rostro de muñeca de Joseph Barelli. Mucha gente hubiese querido encontrarlo y yo mismo estaba ansioso por charlar con él, pero el momento ni el lugar eran oportunos. También pensé en seguirlo, pero medí la posibilidad de que alguien anduviera vigilándolo, y no quise correr el riesgo.

Era la hora de cambio de turno y dos ascensoristas esperaban junto a las puertas. El ascensor de la derecha llegó primero y me colé en él mientras el relevante y el relevado hablaban.

—Piso ocho —dije al hombre cuando estuvo listo.

Desde el octavo piso bajé por las escaleras hasta el quinto. La habitación 510 estaba al final del pasillo y tenía la puerta entornada. La empujé con la rodilla, entré y cerré. Apenas di los primeros pasos, vi la pistola en el suelo. La cogí con el pañuelo extendido. Era una colt treinta y ocho con cachas de plata mexicana en la que estaban grabados sendos monogramas formados por las letras HMS. Cuidadosamente envuelta, la guardé en un bolsillo de mi abrigo. Cuando me volví, lo vi. Caído de bruces sobre un sofá, con un magnífico balazo en la frente, estaba el señor Américo Ortigão. Eché un vistazo alrededor. Todo andaba vuelto al revés. Me pareció como si un loco hubiera estado buscando allí una pulga perdida y en su desesperación por encontrarla hubiese echado a volar pañuelos, corbatas, adornos, libros, monedas, billetes de a dólar ¡y café!. El reguero de café verdiamarillo cubría toda la habitación; pero la mayor parte se hallaba concentrada cerca de una maleta **leather hard médium** de la marca Boast, que aparecía abierta sobre una mesita y junto a tres o cuatro docenas de esas pequeñas bolsas de yute fino que usan los vendedores de café al por mayor para llevar sus muestras. Naturalmente, el loco de la pulga los había vaciado todos. Mecánicamente —lo recordaría después—, tomé un puñado de granos, los hice saltar sobre la palma de la mano y los eché en un bolsillo.

Como quiera que, a pesar de Allan Kardec y de Conan Doyle, no es posible conversar con un cadáver, tomé otro pañuelo, levanté el receptor del teléfono directo y marqué el número que aparecía junto a la palabra «Policía» en una tarjeta colocada debajo del cristal de la mesita. Cuando escuché el aflautado «Hello», respondí, con voz de barítono acatarrado:

—En la habitación quinientos diez del hotel Continental hay un cadáver todavía fresco.

Colgué, eché un último vistazo al difunto y salí rápidamente al pasillo sin molestarme en dejar mis huellas dactilares en la puerta. Bajé a buena marcha por las escaleras hasta el **mezzanine**. Tropecé con un tipo alto, flaco y con olor a policía. Me disculpé y entré en el **barber shop**. Un italiano de aspecto

saludable corrió a mi encuentro. Me senté en el sillón que me ofrecía y le dije:

—Aféiteme, por favor. Tengo mucha prisa.

A velocidad de barbero italiano en Nueva York, volteó el sillón, me colocó un paño que olía a limpio y comenzó a enjabonarme la cara. En ese momento se escucharon las sirenas de los carros policíacos. Por la ventana que daba a la calle, los vi. Eran dos. Ambos de la sección de Homicidios del Police Headquarters. El tipo alto, flaco y con olor a policía, se unió a los que bajaron de los carros.

—¿Qué pasaría? —pregunté con aire de ranchero recién llegado de Arizona.

—Algún ladrón —dijo el figaro con delicioso acento napolitano—. O Un asesino. Nueva York es así, señor. Desde que estoy en este hotel se han cometido nueve crímenes en los alrededores.

—¿Y cuánto tiempo lleva usted en el hotel?

—Diez semanas, señor.

—Eso no es mucho. Sólo nueve décimas de crimen semanales.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Acabo de leer en **Coronet** que en Nueva York ocurre un crimen grave cada minuto, lo cual prueba que por ahí debe haber lugares más peligrosos.

El napolitano soltó una carcajada operática y se volvió a un colega para decirle:

—¿Has oído, Vitorio? El señor afirma que estamos en un lugar muy seguro.

—No he dicho eso —aclaré.

—Proporcionalmente lo es, señor —respondió con viveza de voz y de manos—. De acuerdo con sus datos, ésta es una zona de silencio.

Volvió a reír con las mandíbulas muy separadas; pero le tronchó la alegría la presencia de un elefante vestido de policía que, parado en la puerta, echaba una ojeada al salón. Sentí que su mirada resbalaba por mi cara enjabonada y le escuché decir:

—¿No han visto por aquí a un tipo alto, moreno y con cara de vedette?

Como aquél era un retrato verbal de Joseph Barelli, pude haber dicho que sí; pero no lo hice, naturalmente. Diez minutos después, bajé al lobby. Y

como no soy ni muy alto, ni moreno, ni tengo cara de vedette, el policía que estaba en la puerta se fechó a un lado para dejarme salir.

Cuando terminé de contarle los detalles de aquella aventura, tío movió una pieza blanca, apartó del tablero una negra y dijo:

—¡Estúpido!

—Tío, yo pensé que...

—Me interrumpió con uno de sus célebres ademanes cortantes.

—No lo digo por ti. Déjame ver esa pistola.

Al mostrársela, le dije en tono irónico:

—No la toque. Sin duda, tiene huellas dactilares.

—¡Bah! —hizo.

Pero no la tocó. Sólo la miró un ratito antes de decir:

—No podía creer en eso de las iniciales en las cachas. Después de ésta, ya pocas cosas cursis me quedan por ver. Guárdala.

—La pondré en su closet. Pero, ¿no sería mejor devolvérsela a su dueño, el senador Struckle?

—No creo que él la necesite. Prueba a dársela a alguien que la necesite más.

—¿A Joseph Barelli, por ejemplo?

—¿Crees que alguien la necesite más que él?

—No se haga el listo, tío. Ya se sabe que ese muchacho tiene detrás de sí a toda la policía del estado, a un batallón de pandilleros y quizás hasta a algún mercenario profesional y que él no va a dejarse agarrar mansamente para que lo asen en la Silla. Sin duda, anda con una ametralladora debajo del abrigo.

Acaso atraído por un peón blanco que se hallaba en peligro, dedicó su atención al tablero. Al fin, hizo una de esas jugadas que lo han convertido en invencible. Aplaudí y aproveché para decirle:

—¿Qué móvil tendría Struckle para matar al portugués?

—Eso no encaja, nene.

—Eso no encajará; pero lo que sí encaja es la posibilidad de que Barelli haya matado a Ortigão con esa pistola. Cuando llegué al hotel, él bajaba. Y

cuando subí, el cadáver todavía estaba caliente. Además...

—Esa hipótesis tampoco ensambla.

—¿Cambió la palabrita para confundirme? Pero ya sé lo que quiere decir: que nadie va a creer que el senador haya dejado allí su pistola autografiada después de darle un tiro en la frente al portugués sin motivo alguno. Resumen: si algún otro mató a Ortigão con esa cosa cursi y la dejó allí para inculpar al senador, es un estúpido.

Me miró, se sonrió y me dijo definitivo:

—¿Y no fue eso lo que yo dije al principio?

—No se ría. Ni se envanezca. Reconozca que llegué a la misma conclusión que usted tomándome el tiempo que justifica la diferencia que existe entre sus neuronas electrónicas y las mías, que usted mismo ha calificado de normales.

Volvió a sonreír mientras me decía:

—¿Sabes que tienes la difícil habilidad de hablar pausado y tranquilo cuando estás enfurecido?

—No estoy colérico. Simplemente, me impacienta que usted no admita la posibilidad de que Barelli sea culpable.

—No puedes llevarme a la alternativa de que te diga si lo creo culpable o no. Y mucho menos sin tener pruebas siquiera de que Ortigão fue asesinado con esa pistola.

—¿No considera esa posibilidad?

—Las posibilidades, muchacho, son impalpables e imponderables. Lo que pesa y puede tocarse es la evidencia.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Entregar esa pistola al capitán Murphy y ordenarle que nos haga un informe balístico y dactiloscópico?

—¿No sería mejor averiguar si el señor Struckle perdió esa pistola o si se la robaron?

Fui hasta la percha a tomar el sombrero y el abrigo.

—Extrema las precauciones —me dijo—. Estamos en el centro de una vorágine de inmunidades e impunidades.

—¿No sería mejor hacer las maletas y marcharnos a La Habana? —le dije, sonriendo.

—Antes vamos a saber qué pasó en la suite de al lado, pero no te dejes ganar la salida. Recuerda que tienes otra misión que cumplir.

Lo miré, pero tenía la cara vuelta hacia la ventana. Le busqué los ojos, pero rehuyó mi mirada.

Abrí la puerta silenciosamente y salí.

X. Bojeo de un senador

Martes al caer la tarde

Despedí al taxi a la sombra del Empire State Building, apreté contra la piel el bigote postizo, coloqué sobre las orejas las gafas oscuras y me dirigí a la sección de ascensores de la derecha. Entré a duras penas en uno de los rápidos y desembarqué, también a fuerza de codazos, en el piso ochenta y dos. Enfilé un largo pasillo, torcí a la izquierda al final y entré por la puerta abierta de una oficina. Media docena de personas parecía esperar. Me dirigí a una rubia estupenda que se recomponía el cabello detrás de una mesita llena de teléfonos y le entregué una de las tarjetas que había mandado hacer en una imprentita al minuto de Lenox Avenue. Dos tipos se acercaron a husmear. Me fue fácil advertir que apestaban a guardaespaldas. Uno de ellos, el completamente desnarizado, miró por encima del hombro de la rubia fenomenal y dijo algo al oído del otro, el de las orejas enormes.

—Tendrá que esperar, señor Dickson —me dijo la muchacha con una vocecita empalagosa.

—Esperé pacientemente. Al cabo de veinte minutos, me correspondió el turno y entré en el privado.

Debo decir aquí que hay ciertas palabras que no dan una idea cabal por sí mismas, ya que, o no llegan a representar su significado, por pálidas e inexpresivas o son tan grandilocuentes y rimbombantes que no hay nada que sirva para hacerles una representación justa. No sé si me explico bien. A mí me ocurre, por ejemplos, con los adjetivos **esplendente** y **atildado**. Hasta aquella tarde jamás había llegado a ver cosa alguna que, a mi juicio, esplendiera verdaderamente o, al menos, que tuviese la cualidad de esplendor como yo imaginaba que debiera hacerlo. Otro tanto puedo decir de lo

atildado. Había conocido a más de una persona pulcra y elegante, pero nunca las asocié a gusto con la especial idea que tenía del atildamiento. Sin embargo, cuando vi al senador Struckle delante de mí y detrás de su enorme buró de ejecutivo, inmediatamente tuve la percepción clarísima de que en él se hallaban reunidas y muy considerablemente aumentadas las cualidades que yo exijo a lo atildado y a lo esplendente. Brillaba tanto, era tan aséptico, que al verlo pensé en seguida: «He aquí, dentro de una campana neumática invisible, un hombre que esplende hasta cegar a quien lo mire.» El par de minutos que él demoró en firmar unos papeles lo dediqué a convencerme de que la piel de sus manos y de su rostro era sintética y totalmente purificada y de que toda su ropa, incluso la que no se veía, era maravillosamente inarrugable. Por otra parte, llegué a la conclusión de que el nudo de su corbata no podía ser obra humana y de que su peinado nada tenía que ver con los peines, fijadores y cepillos que usamos los mortales normales.

Al fin, el señor senador se dignó alzar los ojos.

—¿De qué distrito es usted elector? —me preguntó.

Como yo me había propuesto divertirme, respondí.

—De El Vedado.

—Eso no está en Nueva York.

—No, señor. Está en La Habana,

Miró la tarjetita que le llevara la rubia y dijo:

—¿No se llama usted Donald Dickson?

—No, señor. Ése es un seudónimo.

—¿Viene usted a verme por asuntos electorales?

—Sí y no.

—No lo comprendo.

—Es raro. Usted goza fama de inteligente.

Aflojó la severidad con que me miraba para sustituirla con una sonrisa de polietileno. Remiró la tarjetita y me dijo:

—Quiero entender, señor Dickson, que usted es... Que usted se dedica a...

Lo ayudé a salir del agujero:

—Sí, Señor. Soy biógrafo profesional.

Nadie me lo creerá, bien lo sé; pero puedo jurar que aquel senador por el civilizado estado de Nueva York me preguntó, literalmente:

—¿Algo así como Emil Zweig?

Si alguien creyó lo anterior, espero creerá también que yo respondí con muchísima seriedad:

—Atendiendo a mi estilo, yo diría más bien que como Stephan Ludwig.

Movió la cabeza en señal de culta comprensión y preguntó:

—En fin, señor Dickson, ¿en qué puedo servirle?

—Soy yo el que desea servir a usted, señor Struckle. A nuestra casa matriz, radicada en Londres, le interesan las vidas de hombres notables.

Volvió a sonreír, con modestia sintética esta vez, y dijo:

—No creo que en mi vida haya algo interesante. Es cierto que me hice a mí mismo y que he llegado a ser alguien, pero...

Era hora de entrar en materia y le corté:

—Su historia, senador, está vinculada a otras vidas y el conjunto es publicable. Por supuesto, usted deseará que algunos hechos permanezcan ignorados.

Como yo esperaba, se recompuso en la butaca giratoria y me miró. Su gesto era desafiante, pero no alteraba en lo absoluto su atildamiento y su esplendencia. Antes de que pudiera hablar, agregué:

—El editor responsable de nuestra colección Parejas Humanas opina que las relaciones de usted con la señorita Amorihna do Portobelo son tan apasionantes que, contadas con cierta técnica, pudieran ayudarle a escalar la presidencia de la República. Un senador norteamericano relacionado íntimamente con una bella muchacha brasileña es una prueba vital de la política de acercamiento de este poderoso país con la América subdesarrollada.

Al fin el hombre pudo mover la boca para, decirme:

—¡Usted está loco, señor Dickson! ¡Y yo no tengo tiempo que perder!

Como casi me señaló la puerta con las narices, repliqué:

—¿Ni siquiera un minuto para mirar esta fotografía?

Tiré la cartulina sobre la mesa. Él la tomó inmediatamente y no tardó un segundo en dejar de esplender. Con el rostro opaco por la ira contenida, preguntó:

—¿Esto es un chantaje?

—No use palabras feas, senador. En realidad, he venido a obsequiarle esa foto y a decirle dónde puede encontrar el negativo.

—¿Cómo la obtuvo usted?

—Comprenderá que no sería ético revelarle eso. Pero me parece justo informarle que, además, de biógrafo, soy abogado y que, en cierto modo, represento los intereses del señor Joseph Barelli.

—¿Usted conoce a ese asesino?

—Nadie ha presentado una sola prueba contra él, señor Struckle.

Dio un saltito hacia adelante, apoyando una mano sobre la mesa, en tanto la otra se deslizaba lentamente por el borde en busca de algo. Lo encontré, y supe, por los casi imperceptibles movimientos de la mano, que apretó tres veces un timbre oculto. No le di importancia a eso y le dije, muy tranquilo:

—Permítame explicarle, para que pueda usted conciliar ambas cosas: nuestra editora se interesó en principio por la biografía de la señorita do Portobelo. Eso me hizo conocer al señor Barelli, quien se brindó para ayudarme a convencer a su novia de que aceptase nuestra oferta. Ahora esa pobre muchacha está muerta y el joven Barelli está en dificultades y no encuentra quien se haga cargo de su defensa.

Hice una pausa para que dijese algo sensato, pero todo lo que se le ocurrió fue exclamar:

—¡Todo esto es insólito, señor! ¡E ilegal!

Dediqué una sonrisa a su puerilidad y repliqué:

—No sé cómo puede usted llamar ilegal a una simple conversación amistosa. Recuerde que le he dado esa foto, sin pedirle nada a cambio. Lo de insólito también lo rechazo, porque lo verdaderamente inaudito es que personas que pasan por decentes y honorables en la vida pública, tengan una vida privada borrascosa y libertina.

El color rosado, pulcro y brillante de su piel se tornó rojo, rugoso y opaco.

—¿A dónde quiere usted ir a parar? —preguntó con voz endeble— ¿Qué quiere usted de mí?

Era necesario ablandarlo un poco más, pero di un rodeo:

—Sólo deseo conocer algunos detalles relacionados con usted. Y no para publicarlos, sino para saber si Barelli tiene alguna posibilidad de salvar la piel.

Sacó un pulquérrimo pañuelo, se lo pasó por el rostro sudoroso y preguntó:

—¿Qué quiere saber?

—¿Usted posee una pistola con cachas de plata mexicana y con sus iniciales grabadas? —le pregunté, silabeando a mi manera las palabras.

Hizo efecto. Una súbita palidez le atacó el rostro y titubeó al decir:

—Sí... Pero yo olvidé esa pistola en casa de... de ella.

—¿Cuándo?

—Hace más de una semana.

—¿Y sabe si alguien se la apropió?

—No. Luego olvidé preguntar por el arma...

—Es decir, usted no puede afirmar que Barelli se haya apropiado de esa pistola.

—No, no... Aunque pudo haberlo hecho, no puedo asegurarlo. Pero, ¿a qué viene todo esto?

—Verá usted, senador: alguien encontró esa pistola junto al cadáver de Américo Ortigão.

Dio un salto sobre su silla giratoria.

—¿Qué dice usted?

—Que hace aproximadamente dos horas el señor Ortigão apareció muerto de un balazo en su habitación del hotel Continental.

—¿Y está usted seguro de que allí estaba mi pistola?

—Sí, señor.

—¡Increíble! —murmuró; pero, cayendo al fin, agregó con tono deliberado—: Sin embargo, hace dos horas yo estaba aquí.

La trampa había funcionado. Me eché hacia adelante, lo miré fijamente y le dije:

—Yo le informé que hace dos horas apareció el cadáver. Eso no quiere decir que haya sido asesinado hace dos horas.

Hice una pausa para que terminara de congelarse y luego sonreí amistosamente al decirle:

—No tema usted nada. Ni siquiera se moleste en buscar una coartada.

—¿Por qué dice eso? —preguntó con ansiedad.

—Porque la policía no ocupó esa pistola.

Para demostrarme que era estúpido graduado, me dijo:

—No lo comprendo, señor Dickson.

—Seré más explícito, señor Struckle: alguien asesinó a ese hombre y dejó allí la pistola para hacer recaer las sospechas sobre usted. Pero otra persona llegó antes que la policía y se llevó el arma.

—¿Todo eso no es demasiado complicado?

Solté una breve risa y, como el momento era oportuno para entrar en materia, le dije:

—Casi todas estas cosas son complicadas, senador. Por ejemplo: una revista publicó una nota muy breve, pero muy venenosa, en la que deja entrever que usted y la señorita do Portobelo hicieron un viaje de incógnito al Brasil hace algunos meses. No se moleste en negarlo. Barelli lo sabe.

Abrió los brazos, los mantuvo alzados durante unos segundos y luego los dejó caer ruidosamente sobre los muslos. Sin embargo, parece que el ademán le inspiró consuelo.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con el crimen?

—Ahí está lo complicado. Aparentemente, nada tiene que ver. Pero el veneno siempre hace daño. Y si usted a esa insidia añade la ponzoña de su pistola abandonada junto a un cadáver... No obstante, no es eso lo que me importa. Como representante de Barelli me interesa otra cosa. Ese muchacho asegura ser el heredero universal de la difunta; pero yo he pensado que acaso ella, que parecía pecar de inconstante, hubiera hecho, durante ese viaje a Brasil, un nuevo testamento.

—No lo creo —dijo, enfáticamente.

—Eso es muy ambiguo —dije— ¿Qué familiares visitó ella en Brasil?

—No tenía familiares en Brasil.

—¿No los tenía o no los visitó?

La pregunta pareció sorprenderlo y meditó un ratito antes de explicar:

—Hasta donde yo sé, ella era hija de un minero que murió devorado por las pirañas en el Amazonas... Por otra parte, estuvimos en Río de Janeiro,

Sao Paulo y Pernambuco. Visitamos muchos lugares, pero nunca me habló de familiar alguno.

—¿No sería que ella se sentía avergonzada de la situación miserable de alguno de los suyos?

—No lo creo. El viaje a Pernambuco obedeció casi únicamente al deseo de ella de visitar a una pobre mujer que conoció en su niñez. Era una anciana que vivía en una favela miserable. Si no recuerdo mal, se llamaba Andrea. Amorihna le regaló doscientos dólares.

—¿No cabe la posibilidad de que aquella mujer fuese la madre?

Volvió a meditar antes de decir:

—No puedo asegurarlo, aunque ella no me dijo que lo fuera. Pero hay algo trágico en todo eso.

—¿Qué?

—Al día siguiente de la visita, cuando nos disponíamos a regresar a Río, vi en un periódico el retrato de la anciana, a la cual habían asesinado para robarle.

—¿Amorihna llegó a saberlo?

—No. Yo, piadosamente, se lo oculté.

Comencé a pensar con rapidez vertiginosa, pero no llegué a conclusión alguna. De todos modos, el asunto era más apropiado para un cerebro como el de tío. Me puse de pie y dije:

—Muchas gracias por sus gentilezas, senador. Y en cumplimiento de mi promesa, debo decirle que el negativo de esa foto está en poder del señor Aaron Levsky.

—¿Y la pistola? —preguntó, visiblemente preocupado.

—Despreocúpese —le dije—. Le aseguro que nadie va a usarla como evidencia contra usted.

Aunque tenía la boca abierta y reseca por el miedo, volvió a pulsar un par de veces el timbre oculto.

—Buenas tardes —dije al abandonar el despacho.

Después de dedicar una flor verbal a la rubia estupenda, salí al corredor. Al fondo, en el recodo, doblaban a toda prisa el desnarizado y el orejudo. Recorrí el camino hacia los ascensores sin darme prisa.

Abajo, en la arcada comercial, casualmente poco concurrida, los dos tipos me salieron al paso. El sin nariz me preguntó:

—¿Tiene un fósforo, señor?

En lugar de sacar los fósforos del bolsillo, saqué desde la cintura un swing y le puse un ojo en muy mal estado. Cayó de rodillas. El de las orejas de elefante quiso probar también y cometió el disparate de sacar una pistola del sobaco. Le tomé la muñeca, me incliné hacia adelante y, al abalanzarme hacia atrás, lo solté.

Fue a caer dentro de una vidriera de souvenirs. Él mismo parecía un souvenir. Me quité el bigote y se lo coloqué bajo la nariz. Al volverme, ya el ñato estaba de pie y le hice puré el otro ojo. Cuando cayó, me dio tanta lástima verlo tan falto de visión que le colgué en las orejas las gafas negras. Miré con cara de Dillinger a los curiosos que veían la película, me abrí paso, evadí a un tipo pequeño y flaco que trató de interponerse y me alejé a toda prisa. Al salir de la arcada, atravesé la calle y tomé un ómnibus que estaba detenido ante un semáforo.

—Eso es todo —dije a tío, al terminar de contarle los detalles de la entrevista con el senador y de describirle, golpe por golpe, mi **star-bout** con los dos guardaespaldas.

Movió un peón negro y dijo, enigmático:

—¿Te parece poco?

—No sé. Para usted, lo escaso suele ser mucho y lo abundante, parecer insuficiente.

Me regaló una sonrisa al decirme:

—¿No te bastaría saber que estamos muy cerca de la solución? Solamente falta esperar un poco.

—¿Esperar qué?

—La verificación de alguna cosa... Alguna prueba más...

Mascullé en inglés una frase intraducible y él hizo un par de jugadas antes de decir:

—¿Puedes conseguir una guía internacional de vuelos?

—Abajo hay una muchacha con un lunar en la mejilla que está al frente de una oficina de turismo muy acreditada. ¿Necesita ese material ahora mismo?

—No corre prisa.

Colocó los codos sobre las rodillas y se dedicó a pensar en la próxima jugada. Esa actitud de abstracción absoluta siempre me pone fuera de mí y aquel día deseé que perdiera la partida, sin detenerme a considerar que él había inventado la manera de perder y ganar al mismo tiempo. Me puse la americana y dije:

—Voy a bajar un momento. ¿También le interesan los viajes al Polo Norte?

Me fui al vestíbulo, llame a un **groom**, le di medio dólar y le dije:

—¿Quieres llamar a Tommy sin armar ruido?

Guiñó un ojo y se alejó. Tomé papel de un recadero y dediqué un poco de tiempo a escribir dos columnas de nombres propios. Cuando Tommy apareció, muy apuesto dentro de su uniforme, le mostré el papel, donde decía:

Pernambuco	Asunción
Río de Janeiro	Andrea
Belo Horizonte	Rosarina
Sao Paulo	Lourença
Rio Grande do Sul	Carmen
Bahía	Manuela
Minas Gerais	María

—Tommy —le dije—, ¿quieres ver si en este papel hay algunas palabras que te recuerden las que viste en el paquete?

El muchacho, entusiasmado con el juego, tomó el papel, miró a todas partes, se alejó un poco y se puso a mirar con detenimiento las dos listas. Al cabo de varios minutos regresó a mi lado.

—No recuerdo ninguna de ellas —dijo.

—¿No las recuerdas o estás seguro de que ninguna de ellas estaba en la etiqueta blanca?

La involuntaria presión de mis palabras lo asustó un poco.

—Señor —me dijo—, no puedo asegurar si estaban o no. Lo único que recuerdo es que allí estaba escrito «New York». Encima, donde decía «Remitentes».

—¿Estaba allí el nombre de ella?

Se rascó la frente, me miró consternado y me dijo:

—No recuerdo, no recuerdo...

Cómo siempre he sido leal con él, al subir le mostré el papel y le dije:

—El niño no recuerda ninguna de esas palabras.

—No puede recordarlas. Un muchacho que tiene cincuenta dólares en el bolsillo no anda fijándose en palabras, escritas en un paquete.

—Sólo recuerda que en la parte del remitente decía «New York».

—Era de esperarse —dijo— ¿Trajiste la guía?

—Sí. La muchacha del lunar en la mejilla le envía tres de las más completas.

Le entregué los tres voluminosos folletos, él los colocó en un bolsillo de su bata de casa y recobró su posición normal, es decir, los codos sobre las rodillas, la quijada entre las manos y la vista fija en el tablero. Sin embargo, no podía engañarme esta vez. Yo sabía que no pensaba en la próxima jugada de la partida que tenía ante sí. Y, en verdad, me alegré mucho de que estuviera dedicando un poco de tiempo a meditar en la solución de aquel maldito asunto.

XI. La caída de un ídolo

Martes por la noche

Encargué por teléfono que nos subiesen la comida, dejé abierta la puerta del corredor y fui a darme una ducha tibia. Al salir del baño, escuché dos tímidos golpes en la puerta y miré. Allí estaba un hombre ligeramente encorvado, algo más que maduro, de aire inteligente y con los ojos vivaces como escondidos detrás de unos espejuelos de cristales muy gruesos. Me acerqué a él.

—¿Qué desea? —le pregunté.

—¡Oh, nada, joven! Pasaba por el corredor y vi al señor delante del tablero de damas...

—¿Es usted aficionado a ese juego?

—Me gusta, sí. Pero, en realidad, me detuve porque recordé un caso criminal en el que una de las víctimas era un gran jugador de damas.

—Pase, pase usted.

Se quitó el sombrero y atravesó el recibidor para ir a colocarse frente al tablero. Tío se dignó levantar los ojos y hasta fue capaz de decir:

—¿No desea sentarse?

El hombre se sentó justamente delante de él, al tiempo que decía:

—Soy Ellery Queen, para servirles.

Cuando me repuse del asombro, pregunté, emocionado:

—¿Usted es Queen? ¿Y el caso a que se refiere, es el de **La cruz egipcia**?

—Sí.

—Entonces, ¿está usted interesado en el asesinato de Amorihna do Portobelo?

—No, no. Ya estoy retirado de esas andanzas. Para eso hace falta dinamismo, agitación, energía.

Como quiera que cuando tío está en esas andanzas suele ser una perezosa personificación de la inercia, lo miré por observar su reacción; pero se limitó a mirar de reojo al visitante. Luego, con la calma habitual, comenzó a colocar las fichas en sus escaques correspondientes. Al terminar, el señor Queen, instintivamente, movió la pieza blanca del cuadro once al cuadro quince. Aquélla era una osadía que tío solía castigar con una mirada dura y un gesto desdeñoso. Sin embargo, en esta ocasión se limitó a guiñar un ojo, a sonreír irónicamente y a replicar con una jugada de las negras. Hacía mucho que yo, malignamente, esperaba que alguien le diera una paliza y presté atención a la partida. Por aquellos tiempos, Ellery Queen, cuyos libros había devorado en mi adolescencia, ocupaba un buen lugar en mi **ranking** de personas inteligentes y lamenté no tener a mano alguien con quién apostar siquiera un níquel a su favor. No tardé en alegrarme de ser el único espectador, porque, en efecto, diecisiete jugadas después, el señor Queen hizo un gesto de resignación y acercó su cabeza a la cara de mi tío como si deseara llevarse grabada para siempre la imagen de aquel monstruo. Para descargar la tensión subsiguiente —y quizás también impulsado por mi obstinada tendencia a romper la terca y silenciosa discreción de tío— pregunté al visitante:

—¿De veras no se ha formado una opinión sobre el caso?

—Le diré... Nunca fui un metódico a la manera de Holmes, ni un científico a lo Vance, ni un violento a lo Hammer. Regularmente, he sido un repentista, un intuitivo impulsado por una inspiración súbita. Por eso los casos criminales en que intervine siempre me provocaron ociosos ratos de éxtasis o excitadas crisis de delirio, uno y otros subseguidos o acompañados de terribles cefalalgias. En este caso, donde hay un increíble número de sospechosos, todos aptos para matar, mi intuición se resiste a manifestarse. A veces me lleva hacia Barelli, a ratos me inclina hacia Calabrio y en más de una ocasión me ha inclinado hacia Viral.

—¿Y los móviles?

—Un mismo móvil para los tres: el amor —dijo, acaso tomado ya por el éxtasis—. Por supuesto, el amor visto por cada uno de ellos: Barelli la amaba con despreciable interés pecuniario; Virgil con sumisa devoción romántica;

Calabrio con violento egoísmo siciliano. Observe que las tres variantes son capaces de generar celos, es decir, el impulso más letal que puede albergar el alma humana.

—¿No se tratará —dije— de un crimen colectivo como el de **El expreso de Oriente** de la señora Christie?

Mi admirado señor Queen me obsequió una terrible mirada.

—¡No estoy bromeando, jovencito! —dijo.

—Perdone. No lo dije en broma. Lo que ocurre es que yo también soy intuitivo. Pero, ¿cómo saber cuál de sus tres sospechosos es el criminal?

El ilustre visitante pareció caer entonces en una de sus crisis de delirio. Se removió inquieto en el asiento y dijo, al estilo de sir Lawrence Olivier:

—**To know or not to know! That is the question!**

Me miró con fijeza y agregó, en tono confidencial:

—Como usted es un neófito en estas cuestiones, seguramente se sorprenderá con lo que voy a decirle: en vista de que esos tres hombres tienen el mismo móvil y tuvieron similares oportunidades para matar, he llegado a considerar, colocado en el ápice de la más pura abstracción, que este apasionante y enigmático caso, tal vez pudiera resolverse con una moneda.

—¿Cómo? —dije, verdaderamente sorprendido.

—Tirándola al aire —respondió, muy apaciblemente, el señor Queen—. Si cae cara, Barelli. Si cruz, Virgil.

—¡Pero eso excluye a Calabrio! —exclamé, ya consternado.

—¡Oh, no! Calabrio sería **mi** culpable si la moneda cayera de canto.

Lo miré fijamente, pero no. El hombre no presentaba ningún síntoma externo de enajenación mental. Al notar que tío permanecía inmutable, decidí seguir mi juego y dije a Queen:

—¿Qué piensa usted de esas puertas cerradas?

—Yo tuve un caso parecido —respondió.

—¿Se refiere a **El misterio de la naranja de china**?

—Sí.

Tío enarcó las cejas y batió un índice ante los gruesos espejuelos del visitante, en tanto le decía:

—Ese caso no es parecido a éste, señor Queen. En aquel asesinato todo era absurdo y su autor puede ser considerado como un malabarista

enloquecido.

El famoso detective niuyorquino se quitó los lentes, limpió los cristales con un pañuelo finísimo y dijo:

—¿Puede usted explicarme eso?

—Con mucho, gusto —aceptó tío—. En primer lugar, según usted mismo ha narrado en su leído libro, la víctima de aquel hecho, después de hablar con la encargada del piso, entró al despacho del señor Osborne a las diecisiete horas y cuarenta y cinco minutos, en los momentos en que estaba allí una enfermera solterona y tonta. Yo he calculado, muy conservadoramente, que en la conversación sostenida por los dos hombres, en la retirada de la enfermera y en el traslado del recién llegado al salón de espera anexo, con el diálogo consiguiente entre él y el señor Osborne, sumado al tiempo invertido por el visitante en mondar y comerse una cosa tan difícil como una naranja, se hayan consumido no menos de nueve minutos, es decir, que a las diecisiete y cincuenta y cuatro el infeliz que luego resultara cadáver estaba perfectamente vivo. Como quiera que a las dieciocho horas y veinticinco minutos llegó otro visitante, el señor McGowen, tenemos que el asesino solamente contó con treinta y un minutos para realizar las siguientes absurdidades, homogeneizadas indudablemente por la locura: **a**: asestar un mortal tizonazo en el cráneo del desdichado visitante; **be**: quitarle toda la ropa, excepto la camisa y el cuello romano; **ce**: volver a vestirlo, pero con cada pieza al revés; **de**: descolgar de una panoplia dos lanzas africanas para colocárselas a la víctima entre la piel y la ropa, desde los pies, a fin de que sobresalieran por encima de la cabeza y detrás de la nuca, operación difícilísima, por cierto; **e**: cambiar la posición de varios libreros cargados de volúmenes; **efe**: desviar la posición de algunas butacas; **ge**: voltear una fuente de frutas; **hache**: poner patas arriba y en equilibrio tres lámparas de pie; **i**: mover dos o tres metros el pesado cadáver; **jota**: enjugar, nadie sabe con qué aperos de limpieza, una mancha de sangre que, dado el tizonazo, tenía que ser enorme; **ka**: hacer desaparecer los susodichos aperos; **ele**: poner al muerto de pie y, según la confesión del asesino, después de haber recommenzado varias veces la operación, conseguir, valiéndose de un cordel, de las dos lanzas, de los muebles y del propio cadáver, que el cerrojo de la puerta se corriese para incomunicar el salón de espera del despacho. ¡Y todo eso sin estar

absolutamente seguro de si el diabólico mecanismo había funcionado o no!
¡Peor aún, sin haberse manchado con una sola gota de sangre!

Ellery Queen, que había escuchado el sarcástico discurso con la mandíbula inferior caída, encontró la manera de decir:

—¡Todo ello es perfectamente lógico!

—Teóricamente, sí; pero irrealizable en la práctica por las razones de tiempo que he apuntado y aunque el criminal hubiera sido el mejor y más rápido malabarista del mundo. Pero aun aceptando eso, queda lo absurdo del propósito que se quería alcanzar con el crimen, porque si usted mata a alguien para apoderarse de una estampilla de correos, única en el mundo, a los efectos de darle seguridad en la vejez a una dama, ¿cómo demonios puede convertirla en dinero sin demostrar la legitimidad de la procedencia y de la posesión, especialmente cuando usted mismo asegura que los señores filatelistas son muy honorables y que los comerciantes en sellos son honestos hasta más allá de lo normal? No, señor Queen. No hay una pulgarada de lógica. Por otra parte, no me explico cómo usted, una persona inteligente y entrenada, haya demorado tanto en encontrar la solución. En rigor, todo estaba muy claro desde el principio.

El señor Queen levantó dos dedos.

—Permítame... —comenzó a decir.

—Espere —interrumpió tío—. En verdad, lo primero que usted debió hacer era eliminar a todas las mujeres implicadas en el drama, ninguna de las cuales hubiera podido mover los libreros y trasladar el cadáver de un lugar a otro. También era obvio descontar de la lista de sospechosos al doctor Kirk, un inválido que necesitaba una silla de ruedas para moverse. El señor McGowen, por su parte, era demasiado rico para asesinar a alguien sólo por robarle una estampilla.

—Pudo existir otro móvil —se defendió Queen.

—No, señor. Desde el primer momento se sabía que aquel pobre diablo de calva sonrosada, voz meliflua y rostro bondadoso no podía ir a la oficina de un filatelista y editor a otra cosa que a vender un sello, pues de haber ido a proponer un libro, hubiera llevado el original y se sabe que el hombre no llevaba consigo ni un cigarrillo. Además, lo que llamó su atención al llegar al despacho fue un cuaderno de estampillas. Pero sigamos eliminando

sospechosos: por ejemplo, al señor Kirl, hijo, que llegó con usted, señor Queen, a las dieciocho y cuarenta y cinco, es decir, veinte minutos después de la hora tope. Lo mismo puede decirse del señor Berne, que apareció más tarde. Y, desde luego, no era posible echar sobre el mayordomo la menor sospecha porque ése es un recurso que sólo se utiliza en los folletines baratos. En fin, que sólo quedaba el señor Osborne, único posible culpable, por dos razones: por la necesidad de dinero para asegurarle cierto bienestar a la enfermera y porque él sólo tuvo la oportunidad de cerrar la puerta de comunicación entre el despacho y el salón de espera.

Ellery Queen, uno de los ídolos de mi adolescencia, luego de haberse encogido hasta el punto de darme la impresión de que iba a desaparecer, se puso de pie como enloquecido, hizo un par de giros en distintas direcciones, se caló el sombrero y, al fin, echó una carrerita hasta la puerta, desde la cual dijo, en un postrer y emocionante rasgo de caballerosidad:

—Muy buenas noches, señores.

Al volverse, volcó el elegante y funcional carrito en que un camarero traía nuestra comida y él mismo cayó al suelo, boca abajo y con los brazos extendidos. Por encima del estruendo armado por fuentes, tapacetes, platos, copas y cubiertos, se escuchó el alarido de mi héroe, seguido de su desapacible carrera con rumbo a los ascensores, lamentablemente empapado de **consommé** y de salsa **bordelaise**.

Yo, que había pensado incriminar a tío por el descortés trato brindado al señor Queen, tuve que tomar el camino de lanzar una sonorísima carcajada.

XII. Un capitán de tantos

Miércoles por la mañana

Sonó el timbre y, apenas abrí la puerta, el esbirro pequeño y flaco, cuya cara me pareció conocida, trató de empujarme para entrar, pero le tomé un brazo, se lo torcí un poco y repeliéndolo de cierta manera que yo sé, lo lancé contra el jenízaro gordo y alto, al que reconocí como el mismo que entró en la barbería cuando lo del asunto de Ortigão. Apenas repuestos, los dos se lanzaron a la carga desde el centro del corredor. Avanzaban de un modo que me facilitaba la maniobra de estirar las manos para hacer que sus cabezas chocaran una contra la otra, pero la voz de tío me paralizó el entusiasmo:

—Déjalos entrar.

Me eché a un lado. Pasaron. Y el pequeñín chilló:

—¿Cómo se atreve a recibir así a la policía?

—¿Usted me dijo que eran policías? —repliqué.

Se rascó la cabeza, me miró con las cejas fruncidas y me mostró la placa. El otro, con un gesto provocativo, lo imitó. En ese momento entró un tercer tipo. Su cara andaba en los periódicos por aquellos días.

Jonathan Murphy era capitán de la policía. En realidad, nunca tuvo otro grado. La mano generosa de un alcalde frívolo lo extrajo de un billar de Hell's Kitchen y lo llevó, sin transición, a la jefatura de un precinto de Harlem. Su primera hazaña fue el asesinato de dos negros, crimen que quedara impune a pesar de que cien testigos lo habían visto extraer su pistola y disparar a boca tocante, sobre sus víctimas, que jugaban a las damas en la escalera exterior de una humilde casa de vecindad de The Market. A nadie importó mucho saber que la edad de los dos negros apenas sumaba veinte años, y fueron muy pocos los que llegaron a saber que solamente habían

cometido el crimen de ser hijos de un hombre honrado que, en los momentos en que la pistola resonaba junto a los tiernos cráneos, piqueteaba frente a los muelles en protesta contra la mafia controladora del sindicato de braceros. El capitán se autoexoneró al colocar sobre los cadáveres un perjurio epitafio verbal: «Eran dos negros facinerosos.» Apenas coagulada la sangre de los inocentes niños, Murphy se vio estimulado por mil felicitaciones, entre ellas las de sus buenos amigos Cornelius Morgan-Mellow y Mugsie Gang Calabrio. Alentado por su primera hazaña, se lanzó impetuosamente a la conquista de Nueva York. Y lo hizo de tal modo que a la vuelta de unos pocos años llegó a poseer un ejército propio compuesto por una docena de policías técnicos en **tercer grado**, expertos en extorsión y especialistas en tiro de gracia, amén de ser propietario de veinte prostíbulos diseminados a todo lo largo y ancho de Manhattan. Naturalmente, nada de eso fue publicado por los días del caso del Waldorf, y acaso aquel discreto silencio se debió al hecho de que un año antes apareciera, completamente destrozado dentro de un tonel de basura, el cadáver de cierto periodista que publicara una nota que rezaba textualmente: «J. M., el capitán de nuestra honorable policía, no es capaz siquiera de aclarar los crímenes que él mismo comete.»

El capitán Jonathan Murphy —gordo, lento, fofo cabezón y feo— preguntó al entrar:

—¿Qué diablos ha pasado aquí?

—Este joven parece un poco nervioso, capitán —respondió el polizonte alto.

—Y usted parece desconocer los derechos del ciudadano y sus propios deberes —riposté.

—¿Quiere usted hacerse el abogado? —dijo Murphy.

—Soy abogado.

—¿Ah, sí? Déjeme ver sus papeles —se volvió hacia mi tío, que jugaba tranquilamente a las damas—, Y usted también, viejo.

Mientras yo tendía un carné del Centro de Dependientes del Comercio de La Habana, tío emitió el gruñido que suele soltar cuando alguien, peyorativamente, le dice viejo.

—Eso no sirve —dijo el capitán, refiriéndose a mi identificación—. Denme los pasaportes. ¿Usted no ha oído, viejo?

Al escuchar el otro gruñido, intervine:

—Mi tío no habla inglés. Yo se los buscaré.

Mientras buscaba los documentos, vi que el enano murmuraba algo al oído del jefe. Cuando le entregué los pasaportes al capitán, los examinó y dijo, como si estuviera cayendo desde cinco mil pies de altura y el paracaídas se negara a abrirse:

—¿Cómo? ¿Son cubanos? ¿Y qué hacen ustedes aquí, en el Waldorf-Astoria?

—Somos invitados del senador Cornelius Morgan-Mellow —le informé.

Se acarició la cabeza por debajo del sombrero, torció el mentón y dijo:

—Es extraño eso. ¿Son ustedes exportadores de caña de azúcar? —no esperó respuesta y ordenó a sus satélites—: Registren bien.

Mi tío es un hombre tan correcto y comedido que es capaz de pasar diez años sin pronunciar una mala palabra; pero parece que en aquel momento se cumplían dos lustros de haber dicho la última, porque dijo, en castizo español:

—¿Qué carajo viene a buscar aquí este hijo de puta?

—¿Qué dice? —preguntó Murphy.

Traduje, por el sistema Ollendorf:

—Que están ustedes en su casa.

Entretanto, los dos esbirros lo ponían todo al revés. Cuando terminaron de voltear lo poco volteable que teníamos, el pequeñín dijo:

—Nada, capitán.

Murphy se embutió en una butaca y desde el fondo preguntó:

—¿Por qué dice usted que son invitados de Morgan-Mellow?

—Porque él es presidente honorario y protector, o algo así, de The Clinic and Surgery International Council, organización que patrocina un congreso en el que mi tío habló sobre el cinabrio.

—¿Y eso qué es?

—Un microbio que ataca a los termómetros.

El capitán pareció no oír mi respuesta. Estaba muy entretenido con los periódicos amontonados sobre la mesa de centro. Después de hojear algunos,

comentó:

—Parece que les interesa el crimen de ahí al lado.

—Figúrese —le dije—. Ella era brasileña. Nosotros somos cubanos. Formamos parte de una gran familia.

—¿Y usted cree que eso lo autoriza a meterse en lo que no le importa?

—No lo comprendo.

—No se haga el torpe. Usted ha interrogado en estos días a dos testigos: Tommy Vincenzo y Tessie Howard. ¿No es cierto?

—No los he interrogado; simplemente, he hablado con ellos.

—A propósito: ¿sabe usted dónde está esa muchacha?

Por el tono de su pregunta comprendí que andaba despistado y le dije:

—No, señor. ¿Es que acaso se sospecha de ella?

—Eso no es asunto suyo. Otra cuestión: ayer atacó usted a dos personas en una arcada del Empire.

—Sin duda, le informaron mal. Esas dos personas me atacaron a mí. Yo solamente me defendí.

Tío se levantó y se dirigió al teléfono, pero el canallita alto y gordo le quitó el auricular de la mano. Tío le echó encima una mirada deshidratadora y me dijo, en español:

—Dile a ese estúpido que quiero llamar a Donovan.

—Mi tío —traduje— quiere hablar con su abogado.

El paracaídas seguía sin abrirse, porque preguntó:

—¿Su abogado? ¿Aquí, en Nueva York?

—Sí. Es James Donovan.

—¿El comunista? —dijo, con música de MacCarthy.

—No conocemos su filiación política. Él es amigo personal de mi tío. ¿Puede llamarlo?

Murphy volvió a rascarse la cabeza sin quitarse el sombrero. Al cabo de lo que pareció laboriosa reflexión, dijo:

—Diga a su tío que no es necesario. Sólo quiero hacerle unas preguntas a usted.

Volví a usar el sistema Ollendorf:

—Tío, este comemierda anda bastante despistado.

—Ya lo he notado —replicó, también en español—. Trata de saber si tiene cartas escondidas.

Me volví hacia Murphy para decirle:

—Mi tío accede a que usted haga preguntas que no envuelvan sospechas.

Me miró con aire de fiscal y comenzó su interrogatorio:

—¿Tenía usted intimidación con la señora do Portobelo?

Pensé que ella pudo haberle dicho que yo estuve en la suite y respondí, para ganar tiempo:

—Depende de lo que usted entienda por intimidación.

—¿Conoce usted a Joseph Barelli?

Decidí que no me importaba que supiese o no supiera de mi visita y le puse la verdad al alcance de la mano:

—Lo encontré una vez ahí al lado, pero sólo supe que se llamaba así cuando vi su fotografía en los periódicos.

—Entonces, es cierto que tenía usted intimidación con ella:

—Si usted insiste en ese aspecto de la cuestión, seré yo quien desee hablar con Donovan. Necesito que él me explique qué entiende por intimidación un capitán de policía.

Esta vez sí levantó el sombrero para rascarse todo el cráneo, incluidos los parietales y el frontal, y, al fin, dijo:

—Intimidación quiere decir...: intimidación.

Los dos satélites se rieron muy irrespetuosamente. El capitán los regañó con una mirada hosca y ensayó otro camino:

—Quiero decir que si usted era visitante asiduo, si existía entre usted y ella algún... algún...

Como no encontraba la palabra adecuada, traté de ayudarle un poco:

—¡Ah, vamos! Usted trata de saber si entre esa pobre muchacha y yo existía algún **algún**. ¿No es cierto? Si es así, puedo decirle, bajo juramento si lo desea, que no. Sólo estuve en su suite una tarde, es decir, unos minutos de una tarde. Hice un favor a la señora y ella me invitó a pasar.

—¿Qué favor le hizo usted?

—Abrirle la puerta.

—¿Es usted cerrajero?

—La cerradura no presentaba dificultades. Era la señora quien las tenía. No atinaba a meter la llave. Yo lo hice por ella.

El capitano se rascó toda la nariz antes de decir, de pronto:

—¿Y qué papel desempeñó Barelli en todo eso?

—Cuando yo me retiraba, entró él. Como usted sabrá, él era el único que tenía llave de la casa.

Después de meditar un ratito, se echó súbitamente hacia adelante para soltarme casi en las narices:

—¿Dónde está Barelli?

Me levanté, alcé las manos y dije:

—Puede registrarme.

No se enojó, sino que se limitó a decir:

—No se haga el gracioso. Se lo pregunto porque anda usted metiendo las narices por todas partes —resopló un poco antes de soltar otra tontería—: ¿Qué sabe usted de la esmeralda?

—Absolutamente nada. En primer lugar, no soy codicioso. En segundo lugar: aunque lo fuese, de nada me valdría, porque no sé distinguir entre una esmeralda y un casco de botella.

—¿No vio usted la joya el día que estuvo en la suite?

Caí en la cuenta de que el pobre capitán andaba completamente a ciegas y decidí divertirme lo más posible.

—No, señor. Pero, ¿es que ella le mostraba la piedra a todos sus visitantes? ¿Usted la vio alguna vez, capitán?

No respondió. Se puso de pie, echó un vistazo alrededor, se detuvo ante mi tío, que meditaba una jugada, e hizo lo que yo nunca me atrevería a hacer: mover una pieza. La mirada que le clavó mi tío era tan elocuente, que el señor capitán, enrojecido, regresó el peón a su posición anterior, se caló el sombrero hasta las orejas y me dijo, todavía embarazado:

—¿Y qué hace usted en La Habana. ¿Corta caña o tuerce habanos?

No sé por qué se me ocurrió decirle:

—Hago versos de la charada.

Me observó como si yo tuviera tres narices y dijo, con las cejas muy levantadas:

—¿Un cubano poeta?

Pedí, **in mente**, a Martí, a Casal, a Guillén, a Pedroso, a Ballagas y a Augier que perdonaran su imbecilidad y le repliqué con tono humilde:

—Sí, señor. Poeta. Aunque no tan bueno como Homer Horace Virgil.

—¡Pobre muchacho! —dijo Murphy al reacomodarse en la butaca—. ¡Amaba apasionadamente a esa muchacha!

—¿Y ella no lo amaba a él?

—¡Oh, no! Ella era una mecenas. ¿Sabe lo que es eso?

—No, señor —respondí con acentuada humildad y agregué, para estimular su cretinismo—: Recuerde que soy sólo un latinoamericano.

—Es cierto —dijo, bondadosamente, y accedió a ilustrarme—: Mecenas era una diosa grecorromana.

—¿Como la lucha? —pregunté al mostrarle mi mejor cara de morón mental.

—Exactamente. La tal Mecenas era... ¿Cómo le diré para que me entienda?... Era una diosa protectora de las artes. Y entre las artes está la poesía. ¿Me comprende? Dígame: ¿está traducido al español **El cuervo**, de Allan Poe?

—Todavía estamos muy subdesarrollados para eso, capitán.

—Pues no sabe lo que se ha perdido, amigo. Aunque yo, de Allan Poe prefiero el asunto ese de la calle de... ¿Cómo se llama esa calle, Johnson?

El polizante alto y gordo dijo, muy dolido de su ignorancia:

—No sé, capitán. Recuerde que llevo muy poco tiempo en Nueva York.

—En fin —dijo Murphy, al parecer cansado de tanto derroche cultural—, Amorihna protegía a Virgil y el muchacho le retribuía esa protección dedicándole versos. Al registrar su casa encontramos más de veinte papeles llenos de tonterías sobre la luna, el viento, los árboles, las ovejas y las camelias...

—Entonces, capitán —aventuré—, ese muchacho no pudo haber matado a su diosa protectora. ¿Qué iba a ganar con eso?

—Eso digo yo.

—No obstante, estuvo detenido.

—Solamente unas horas. Y es que había un detalle que lo hacía muy sospechoso.

—¿Ah, sí?

—Sí. Días antes del crimen, en una tertulia en la suite, Virgil puso sobre el tapete el asunto del **cuarto cerrado**.

—¿De veras?

—Como usted lo ha oído. Y cada uno de los presentes dio su opinión sobre cómo cerrar un cuarto desde fuera después de cometer un crimen.

—Ahí tienes tu tema preferido —dijo tío, en español, al tiempo que movía una dama agresiva

—¿Qué dijo? —preguntó el capitán.

—No haga caso —respondí—. Suele regañar a las piezas. ¿Y dice usted que todos opinaron sobre el tema?

—Sí. Cada uno expuso una teoría.

—¿Barelli también?

—También. La culpa de eso la tienen los **pocket books** policíacos. No hay autor que no tenga un caso de esos en que la víctima aparece en un cuarto cerrado por dentro.

—¿Y usted qué opina de eso, capitán? —le pregunté.

Hizo un gestito vanidoso a la manera de Poirot y dijo:

—Que es posible hacerlo. Hoy mismo probamos ahí al lado y lo logramos con un alambre tenso y con la punta en forma de gancho.

—¿Y con eso cerraron, desde fuera, la puerta principal de la suite?

—No, no. Cerramos la puerta del bar que da al pasillo lateral, desde la pequeña ventana enrejada del propio bar.

—¿No está demasiado alta esa ventana?

—Sí. Y ahí está el quid. Eso tuvo que hacerlo un hombre excesivamente alto.

—¿Como Barelli, por ejemplo? —apunté, al considerar los seis pies y otras tantas pulgadas del gigoló.

—Un poco más. Pero Barelli pudo haber llevado algo en qué encaramarse.

—¡Imbécil! —gruñó tío.

El capitán volvió la cabeza, pero al ver que tío movía una pieza, dibujó con un dedo un par de círculos sobre una de sus sienes. Yo asentí con la cabeza, encogí los hombros y le pregunté:

—¿Tiene usted esperanzas de solucionar el caso?

—Naturalmente. En cuanto le eche mano a Barelli. El detective Barry, de la sección de Homicidios, tiene una idea que me parece buena. De acuerdo con ella, Barelli mató a su amante, cerró las puertas, y se quedó dentro.

—Eso ocurre en una novela que yo leí —le dije.

—De ahí seguramente sacaría Barry su teoría. Muchos novelistas toman sus temas de la vida real.

—¿Y cómo pudo escapar Barelli cuando ustedes forzaron la puerta?

—Eso es lo que él va a decirme en cuanto lo agarre.

El policía pigmeo intervino:

—Yo siempre he pensado, capitán, que él estaba escondido debajo de la cama cuando entramos. Recuerde que en los primeros momentos no registramos bien.

—Es cierto, Morton; pero estando las puertas cerradas por dentro, nadie iba a pensar que hubiera alguien allí.

—Pero —dije, verdaderamente intrigado—, ¿en qué momento pudo haber salido?

—Seguramente, después que sacamos el cadáver. Todos salimos de la suite.

—Y dejamos la puerta abierta, capitán —dijo la bestia alta.

—Es cierto —confirmó la bestiecita.

Tremendamente asombrado, pregunté:

—¿Todos ustedes se fueron con el cadáver y no dejaron custodia en la suite?

—Así fue. Todos andábamos muy nerviosos. Y muy conmovidos. Sólo una hora más tarde, cuando vino nuestro jefe a echar un vistazo, sellamos la puerta y pusimos un guardia en el corredor. En fin, fuera así o de otro modo, Barelli va a decírnoslo. Tengo gente capaz de hacer hablar a una vaca.

—Las vacas mugen —dije.

—Pero mis muchachos las hacen cantar hasta **rock** —replicó alegremente.

Y como parecía muy complacido de responder a mis preguntas, continué mi exploración:

—Usted está convencido de que fue Barelli, ¿verdad?

—¿Quién pudo ser sino él?

—Pero, ¿por qué matar a una mujer que lo mantenía?

—Muy sencillo: la mató para robarle las joyas. Y sepa usted que a ese canalla no le faltan mujeres que lo mantengan.

—¿Y no le parece a usted que el usar un puñalito o un punzón para matar es un procedimiento demasiado refinado que no encaja en la personalidad de ese bruto?

—¡Usted qué sabe...! Ese tipo es capaz de todo. Y puede que lo haya hecho así a propósito, para que las sospechas cayeran sobre otra persona más refinada, como dice usted.

—Es posible —acepté—. Por ejemplo, para que se sospechara del senador Struckle. O del señor Morgan-Mellow.

El capitán Murphy replicó, visiblemente enojado:

—El senador Struckle no es una persona refinada, sino todo lo contrario. ¡Es un vil gusano, un reptil venenoso! En cuanto a Morgan-Mellow, si alguien fuese capaz de inculparlo, nadie lo creería.

—Perdone, capitán, si mi cerebro latino no lo comprende bien; pero, ¿usted ha querido decir que Struckle es sospechoso?

Antes de responder, meditó un poco sobre el mejor modo de embragar la marcha atrás. Al fin, aunque contrariado, lo consiguió:

—No tome las cosas al pie de la letra. De ese señor puede esperarse cualquier... cualquier fechoría. Pero hay algo que lo salva: él no tiene talento para planear un crimen así, con puertas cerradas.

—¿Y Ortigão? Era su esposo. Sufría celos. Estaba arruinado.

—Otro detective nuestro, Crosley, tiene una hipótesis alrededor de ese salvaje portugués.

—¡No me diga!

—Sí. Pero es una tontería. Crosley supone que Ortigão la hirió y salió de la suite. Amorihna, sin saber que estaba herida de muerte, corrió el cerrojo de la puerta.

—¡Pero eso pudo haberlo hecho otro cualquiera! —exclamé—. ¿Por qué Crosley aplica esa teoría a Ortigão?

—¡Por pura intuición!

—¡Ah, vamos! ¿Y por qué él cree que ella cerró las puertas?

—Porque quería estar sola. Pero, le repito, eso es una tontería.

—Yo creo lo mismo. Además, como Ortigão está muerto, no se puede verificar, a menos que sus hombres de usted sean capaces de hacer cantar a un cadáver.

El capitán Murphy llenó la sala con el estrépito de una carcajada y me dijo, con estúpida franqueza:

—A pesar de ser latino, es usted bastante inteligente.

—Muchas gracias —le dije, mientras me imaginaba a su madre en el acto de parirlo—. Por supuesto, capitán —añadí, para seguir mi juego—, usted excluye del asunto al señor Calabrio.

—¡Naturalmente! Don Enrico daría la mano derecha por saber quién es el asesino. Él adoraba a esa muchacha.

—¡Claro! Si la adoraba, nada ganaría con matarla. ¿Y qué me dice usted del señor Smithson? ¿No pudo él utilizar algún otro truco?

—A Smithson lo soltamos hace unas horas.

—No sabía que lo hubiesen detenido...

—Le volvimos a echar mano anoche. No oficialmente, desde luego. A veces hay que proceder así. Las vías legales suelen ser muy lentas y fastidiosas. ¿Me comprende?

—Perfectamente, capitán. En Cuba es igual. ¿Y decía usted que soltó a Smithson?

—Sí. Mis muchachos lo apretaron durante diez horas.

—¿Y no cantó la vaca?

El parlanchín capitán volvió a reír.

—¿Oíste, Johnson? —dijo—. El cubano tiene chispa —luego me informó—: No. La vaca tiene una buena coartada —echó una ligerísima ojeada a sus dos perros y añadió—: Me encargué de verificarla personalmente.

—En fin, sugerí—, sólo nos queda el judío, como presunto asesino...

Murphy se apresuró a enfatizar:

—El señor Levsky está libre de sospechas.

—¿Ah, sí? —dije, francamente asombrado—. ¿Y por qué?

—Eso es asunto nuestro —replicó con acritud.

—Excuse mi curiosidad. ¿Me permite otra pregunta?

—Diga usted.

—¿Qué opina usted del caso Ortigão?

—Que Barelli es el culpable.

—¿Y por qué lo hizo?

—Porque... porque sin duda creía que el portugués tenía la esmeralda.

—Eso no encaja —le dije, mientras miraba a mi tío.

—¿Cómo que no encaja? —replicó, visiblemente enojado.

—Verá usted: yo pienso que Barelli no iba a matar a Amorihna sin apoderarse antes de la piedra y las otras joyas.

El estúpido capitán se golpeó la frente.

—No había pensado en eso. En fin, puede ser que Barelli haya tenido otro móvil para matar a Ortigão, pero en cuanto lo agarremos, él lo dirá.

Como creí agotadas las posibilidades de exploración, miré a tío, por si me insinuaba algo, pero él se limitó a lanzar al aire un discreto bostezo.

—Así las cosas, capitán —le dije en tono alentador—, todo lo que falta es echarle mano a ese chulo. Le deseo buena suerte.

—Gracias, muchacho —dijo—. Sepa que usted y su tío me han caído bien. Especialmente, usted. Habla el inglés con bastante corrección. ¿Por qué no se quedan a vivir en Estados Unidos? Cuba anda ahora muy revuelta con tantos bandidos sueltos en las montañas y en las ciudades. ¿No sabe que estuve hace un mes en La Habana?

—¿De vacaciones?

—No. En viaje oficial, invitado para asesorar al ejército y la policía. Fuimos, en comisión, un oficial del Ef Bi Ai, dos funcionarios de la CIA, un coronel del Pentágono, el jefe de la policía de Atlanta y yo, que me honré en representar a los cuerpos policíacos de Nueva York. Como verá, todos especialistas.

—¿Especialistas en qué? —pregunté en mi tono de estúpido número quince.

—En represión anticomunista. ¿No sabe usted que el Kremlin quiere apoderarse de América Latina?

Me puse una linda máscara de comebofe para preguntarle:

—¿De veras, capitán Murphy?

—¡Como usted lo oye!

Me pareció oír himplar a tío y cambié el tema:

—¿Se divirtieron mucho en La Habana?

—¡Muchísimo! Estuvimos en Tropicana y en Sans Souci. Nos llamó muchísimo la atención la libertad de que gozan allí la prostitución, el juego y el tráfico de drogas. Fue una experiencia tremenda.

—¿Y aquí no hay juego, drogas y prostitución? —pregunté con cara e ironía del bobo de Abela.

Sonrió picarescamente y me dijo, descamado:

—Aquí somos más... más discretos. Naturalmente, eso se debe a que estamos civilizados, en tanto que ustedes...

Lo interrumpió la caída estrepitosa de un tablero de damas y sus correspondientes fichas. Nos volvimos. Seguramente, sin yo darme cuenta, habían pasado otros diez años, porque tío chilló:

—¡Carajo, basta ya!

Se puso de pie y fue a encerrarse en su habitación.

El capitán, muy asombrado, preguntó:

—¿Qué pasó?

—No haga caso —dije—. Seguramente perdió una partida.

—¡Pero si él juega consigo mismo!

—Cierto. Sin embargo, ni así le gusta perder.

Los tres esbirros lanzaron una carcajada unísona. Cuando dieron el agudo final, el capitán me dijo, en tono paternal:

—Estoy seguro de que ustedes nada tienen que ver con el asesinato de esa muchacha. Sólo espero que esa amistad con el rojo Donovan nada tenga que ver con la política. Sería una lástima. Y sepa que el registro fue sólo una formalidad rutinaria.

—Lo comprendo.

—Hasta luego. ¡Vamos, muchachos!

Salieron en fila india. Cerré la puerta y fui a la habitación.

—¿Qué diría tía Alberta —dije a tío— si supiera que es usted un mal hablado?

—Déjate de bromas. No sé cómo puedes soportar tanta estupidez.

—Reconozca que, al menos, conseguí un salvoconducto oral.

—¿Y tú necesitas un salvoconducto para escabullírtele a esa gentuza?

—En verdad, creo que no. Y parece que Barelli tampoco lo necesita. Se les ha esfumado entre las manos. Aunque no creo que ello se deba a la

inteligencia de ese chulo, sino a que estos tipos son civilizadamente analfabetos. Por ejemplo: ese capitán no sabe una palabra de mi entrevista con Struckle. Es cierto que yo llevaba bigote postizo y gafas negras, pero...

—¿Tú crees que ese halcón armamentista y cazabrujas iba a rebajarse denunciando que fue víctima de una extorsión?

—¿Usted dijo extorsión?

—¿Prefieres que lo llame chantaje?

Reímos a dúo.

—No había pensado en el orgullo del senador —dije—. Pero, ¿cómo supo Murphy lo de mi lío con los guardaespaldas? —chasqueé los dedos—. Espere, espere. Va a tener que recetarme ácido glutámico. Ahora recuerdo que ese policía enano andaba por allí cuando el orejudo rompió aquella vidriera del Empire. Él trató de intervenir, pero pude evadirlo.

—Él también tardó bastante en reconocerte y pasarle el soplo al capitán. En rigor, lo más importante de esta entrevista es saber que esos tontos están dando palos de ciego.

—Cierto. Ya Smithson cogió algunos de esos palos. Pero los más fuertes van a caer sobre la cabeza de Barelli.

—Sin duda, si logran encontrarlo.

—¿Reconoce que se ha ocultado bien?

—¿Qué otra cosa puede hacer? Todos lo buscan. Y todos con idénticas intenciones. ¿No te agradecería hablar con él?

—Eso me haría muy feliz; pero, en verdad, no sabría qué pretexto usar para acercármele.

—Por ejemplo, podrías ir a devolverle la pistola.

Encolerizado por haber olvidado ese detalle, di un salto prodigioso.

—¡Oiga, oiga!: ¿cómo esos perros no encontraron la pistola en su closet?

—Porque no estaba en mi closet. Y, además, porque, como yo esperaba, no nos registraron.

Sacó la pistola de un bolsillo de su bata. Todavía estaba envuelta en el pañuelo.

—¿Dijo que usted lo esperaba? —le pregunté.

—Sí —explicó—. Ellos sólo venían buscando joyas. Y hasta ellos saben que nadie lleva en los bolsillos un montón de prendas robadas.

Lo miré, admirado. Y como sus gruñidos durante mi diálogo con Murphy fueron bastante elocuentes, no quise pedirle su opinión sobre las distintas teorías policiales. De todos modos, yo tenía formada mi propia hipótesis. Fui a reponer la pistola del senador en el closet, tomé el sombrero y el abrigo y le dije:

—Si logro burlar al de la nariz torcida y el abrigo azul, voy a dar una vuelta por el pueblo.

XIII. Intermedio musical

Miércoles por la mañana

Amiel y yo pasamos una parte de la mañana entregados a ciertas gestiones relacionadas con el verdadero motivo de mi viaje y el de él. Aunque gozábamos de una confianza mutua muy arraigada desde los días de nuestra adolescencia, nunca le había hablado del hobby que practicábamos tío y yo. Reconozco que sólo me impedía hacerlo un pueril e injustificado recelo de que él, tan serio y comedido, considerase frívolo aquel entretenimiento. Aquella mañana, al ver en la acera de enfrente al hotel, la alta figura del hombre de la nariz torcida, muy naturalmente oculta en el río de gente que iba y venía, pensé en hablarle del asunto a fin de que me ayudase a deshacerme de aquella sombra; pero deseché la idea porque suponía perder mucho tiempo en contarle antecedentes y detalles del caso. Por supuesto, tenía otro camino: cruzar la calle y abordar al tipo; pero eso también me retrasaría. Así los pensamientos, decidí valerme de mis propios medios. Cuando Amiel se despidió y comenzó a cruzar la calle, justo en el momento en que Nariz Torcida hacía lo mismo en dirección contraria, me apresuré a subir a un taxi. Miré por el cristal trasero y vi a Amiel disputándole un **yellow cab** a mi terco perseguidor. Sólo meses más tarde, en plena Sierra Maestra, mientras engrasábamos los fusiles, supe que aquella disputa por un auto de alquiler en medio de Park Avenue fue una acción premeditada por Amiel. «¿Cómo lo supiste?», le pregunté, mientras colocaba el cerrojo a mi máuser. Ajustó el cerrojo de su san Cristóbal y me respondió: «Observé que el hombre solía seguirnos, pero cuando tú y yo nos separábamos, siempre se iba detrás de ti.»

Apenas me senté en la butaquita forrada de alegre cretona, ella fue al refrigerador, sacó una lata de cerveza helada, le abrió dos agujeros, la colocó sobre un platillo floreado, tomó de no sé dónde un frasco de aceitunas y puso todo aquello al alcance de mi mano.

—Las aceitunas son sevillanas —me dijo, radiante de alegría.

Entretanto yo masticaba una oliva, volvió a la carga, esta vez con un bello carmín en las mejillas:

—¿A los cubanos les gustan las cosas españolas?

—No solamente las cosas españolas, nenita —repliqué.

Aproveché su embarazado silencio para apurar unos sorbos de cerveza. Estaba deliciosamente fresca y chasquéé la lengua

—¿No te aburres aquí? —le pregunté.

—No. Tengo un tocadiscos. Y libros —cruzo las manos sobre una de sus redondas rodillas—. ¿Sabes una cosa? Me alegra mucho que hayas venido.

—También a mí me gusta estar aquí —le dije con sinceridad—; pero no se trata de una visita de cumplido.

—¿Ah, no?

—No. Quiero hacerte unas preguntas.

Se recompuso en el sofá y dijo con aire festivo:

—Usted dirá, míster Holmes.

Sonreí. Sonrió.

—El senador Struckle —dije, con naturalidad— asegura que dejó olvidada una pistola en la suite.

Se alborozó, dio una palmada y declaró:

—Es cierto. Eso fue varios días antes de... de morir la señorita... Pero...

Se detuvo tan imprevistamente que tuve que animarla:

—¿Pero qué?

—Barelli se apropió de esa pistola. Recuerdo que tenía cachas plateadas en las que estaban grabadas unas letras.

—¿Cuando dices que Barelli se apropió de la pistola, quieres decir que se la llevó consigo?

—Sí.

Aquello era tan inesperado como importante y me alegré de poder llevar aquel regalo a tío, pues, a mi entender de entonces, era la solución al caso

Ortigão. Pero como me habían llevado allí otros propósitos, me dirigí a ellos:

—Otro asunto, nenita: ¿se consumían drogas allí?

Me alegré de que me respondiera sin vacilación:

—Nunca vi que lo hicieran, ni oí hablar de eso. Pero yo sólo estaba allí desde las once de la mañana hasta las cinco o seis de la tarde.

—Claro —razoné—, la noche es mejor para esos extravíos.

Pareció reflexionar antes de preguntarme:

—¿Estás seguro de que ella era drogadicta?

—El que parece estar seguro es mi tío. Volvamos la hoja: ¿me dijiste el domingo que tú escribías sus cartas?

—Sí. En inglés y en portugués.

—¿También en portugués?

—Sí. Precisamente por conocer ese idioma, el hotel me puso al servicio de la señorita.

—¿Mantén ella mucha correspondencia?

—No. Apenas unas cartas al banco o a su agente de Bolsa. De cuando en cuando, una esquila de condolencia a los familiares de algún brasileño fallecido o unas líneas acompañadas de un cheque para aliviar la miseria de algún compatriota. No eran pocos los que le escribían, sin conocerla, solicitándole una ayuda.

—¿No tenía amigas?

—No. Ella rehuía lo que llamaba «hipocresía social».

—¿Y Grace Crawford?

—No creo que hubiera entre ellas una amistad verdadera. Para mí, Amorihna sentía lástima por Grace, debido a considerarse culpable involuntaria del fracaso de esa muchacha. Sin embargo, su natural veleidoso, la llevaba a veces a burlarse de la desgracia de la corista.

Volví a tomar el hilo de la cuestión.

—¿Escribió alguna vez a alguien en Brasil?

—No por mi intermedio.

—¿Qué sabes de sus padres?

—Nunca me habló de ellos, salvo el día que me ordenó comprar las medicinas para su madre.

—¿Te habló alguna vez de una tal Andrea?

—Nunca.

Agotados los atajos, decidí entrar en el camino difícil, pero antes mordí un par de aceitunas y apuré el resto de la cerveza. Aún esperé que ella fuera a la cocina y regresara con otra lata y que volviera a acomodarse en el sofá.

—¿Sabes que mi tío está de acuerdo contigo en eso de que Amorihna era incapaz de amar? Por supuesto, él es médico y mira el caso desde un punto de vista profesional. Asegura que ella era una enferma mental o algo así. ¿Qué crees tú?

—Hace varios meses ella se entregó a la manía de visitar a los mejores psiquiatras de la ciudad, pero no creía en ellos. Se burlaba de sus métodos y hasta remedaba irónicamente sus interrogatorios.

—Ésos son los peores casos de psicopatía —tragué en seco antes de decidirme a decir—: Pero, estuviese enferma o no, el caso es que, según se dice, aquella suite era poco menos que un burdel.

Ocultó el rostro entre las manos, sin duda para cubrir el rubor que le tiñó el cutis. Me incliné hacia adelante, le puse las manos sobre los hombros y le dije:

—Perdóname el lenguaje, pero hay un asesino suelto. Y quiero que sepas que no creo que estuvieras mezclada en tales desenfrenos.

Sin separar las manos del rostro, dijo:

—¿De veras?

—¿Por qué voy a engañarte?

Bajó las manos hasta el regazo y me dijo:

—Ellos, al principio de entrar yo al servicio de la señorita, solían asediarme; pero ella les exigió que me respetaran.

—¿Y cesaron los asedios?

—Sí.

—¿También el asedio de Barelli?

—También, aunque había sido el más persistente. Llegó hasta la persecución en la calle. Al fin, parece que comprendió que yo lo detestaba. Es un tipo insolente. Un día me dijo: «Yo duermo mientras tú trabajas y me divierto mientras tú duermes.»

—Es una frase muy propia de esa variedad de reptiles.

Cuando me vio apurar la lata de cerveza, preguntó:

—¿Quieres más?

—No —dije, ya resuelto a profundizar—. Lo que quiero es que me digas de qué hablaron el sábado por la tarde el señor Smithson y Amorihna.

Me miró con ojos medrosos y se echó hacia atrás.

—¡No te lo diré! —gritó, evidentemente fuera de sí.

Volvió a llevarse las manos a la cara, apoyó cara y manos en el respaldo del sofá y comenzó a llorar. Otras veces me he visto en situaciones parecidas y he sabido salir de ellas más o menos airoso. Sin embargo, en aquella ocasión no supe qué hacer ni cómo hacer algo. En rigor, sus lágrimas fluidas y silenciosas me impidieron razonar y me convencieron de que debería averiguar de otra manera aquello de lo cual ella no quería hablar. Pasé una mano por su cabello negro y brillante y le dije, dulcemente:

—¿Quieres traerme otra cerveza?

Descubrió su bello rostro sin levantar la cabeza y me miró a través de las lágrimas con unos ojos en los que había tanta tristeza como candor. Tomé una aceituna y se la coloqué entre los labios. Fue un remedio eficaz. Como no le era posible llorar y, al mismo tiempo, mantener la oliva en tal posición, no le quedó otra alternativa que calmarse. Dejó que el verde y jugoso fruto entrase en su boca y permitió que los labios se distendieran para formar una sonrisa fascinante. Entonces, sin decir una palabra, se levantó y fue a abrir dos latas de cerveza.

Y aún tuyo que abrir una tercera, porque llegó Nordia, alocada y sedienta. Después de beber con avidez, la pecosita dijo:

—Me alegro de que hayas venido, cubanito. Traigo una sorpresa para ti.

Abrió un sobre grande y extrajo de él un **long-playing** de buena música cubana interpretada por Esther Borja y lo colocó en el tocadiscos.

Un par de horas después, frustrado mi propósito, pero purificado y optimista, salí de la casita de muñecas.

Sin embargo, mientras esperaba un ómnibus que me devolviese a Manhattan, acudieron a mi mente —dispersas, impetuosas y repentinas— muchas ideas. Recuerdo muy bien que me pregunté: «¿Habrás resistido ella, verdaderamente, el asedio de Barelli? ¿Acaso calla para proteger a Smithson?» «¿Es posible que pudiera escapar indemne de aquel ambiente depravador?» ¿Sabía ella que era la heredera universal de Amorihna do

Portobelo? Y si lo sabía, ¿no era ése un buen móvil para matar, por sí misma o con la complicidad de algún otro?»

Tomé un ómnibus y me apeé no recuerdo en qué esquina de Greenwich Village.

XIV. Encuentro con un poeta

Miércoles a mediodía

Recorrí todos los rincones y bares de la zona comprendida entre Gansevort Street y Washington Square y al fin lo vi sentado en la escalera de acceso a un viejo edificio próximo a la que fuera morada de Mark Twain. La barba, mal recortada, pegajosa y sucia, cubría su rostro pálido. La melena, larga y lacia, caía sobre sus hombros derrumbados. La camisa rojiverde y el caqui azul ceñido a los muslos estaban desteñidos y ajados. La nariz, delicada y transparente, cabalgaba sobre el bigote ralo y rubio. Los ojos claros y enmarcados por profundas ojeras color púrpura parecían mirar algo que flotaba en el espacio, muy por encima de los edificios circundantes. Sostenía entre sus manos un estuche negro, largo y plano, como esos que suelen contener compases y tiralíneas. No estaba totalmente borracho y calculé que apenas le fallaría media docena de tragos para quedar fuera de combate. Bajó los ojos de su dirigible imaginario y los posó en mí.

—¿Busca algo, forastero? —me preguntó.

Le respondí en un inglés mezclado con acento portugués:

—Lo buscaba a usted, señor Virgil.

Sin duda fue el tono lusitano lo que le hizo ponerse de pie con relativa agilidad.

—¿Usted es brasileño? —preguntó con angustiosa ansiedad.

—Soy lisboeta, pero tengo intereses en Río, Pernambuco y Minas Gerais.

—¿Es... es... ?

—Sí, señor. Soy primo carnal de Amorihna.

De pronto, transformó su interés en desconfianza. Permaneció un ratito mirándome a los ojos y seguidamente se volvió para alejarse. No estaba entre

mis planes el de dejarlo escapar, porque —aparte de algunas dudas propias que yo necesitaba deshacer— mi tío parecía precisar un par de lo que él llamaba «pormenores para darle forma definitiva a la verdad».

Lo dejé andar unos pasos delante de mí antes de darle alcance junto a la entrada de una taberna. Puse una mano sobre su hombro. Se detuvo a mirarme, esta vez menos desconfiado, aunque muy entristecido.

—¿La quería usted mucho? —le dije.

No dijo una palabra, pero sus ojos eran elocuentes.

—¿Un oporto? —pregunté.

Encogió los hombros y se dejó llevar hasta el interior de la sombría taberna. Nos sentamos ante una mesa. Colocó encima su estuche y se quedó mirándolo, silencioso y afligido.

—Yo deseo un oporto, señor —dije al viejo que se acercó.

—¿Y el gran poeta qué desea? —preguntó el tipo con mucha familiaridad.

—¡Oporto, Ducky, oporto! —declamó Virgil—. ¡Oporto seco!

Como me convenía pecar de conocedor, dije:

—Por favor, Ducky, bátame la copa.

Cuando el hombre abrió tres pulgadas de boca, le expliqué:

—Es una costumbre portuguesa. Eche en la copa un puñado de hielo frappé. Sacúdala. Vierta el hielo. Entonces, sirva el vino.

—En seguida, señor.

Permanecimos en silencio hasta que el viejo colocó las copas sobre la mesa. Alcé la mía y dije, con aire ausente:

—¡Horacio!

—Diga —dijo Virgil.

—¡Oh, no es por usted, señor! Siempre que bebo oporto, evoco a Quinto Horacio Flaco, el ínclito autor de **Arte poética**. Él conocía muy bien las excelencias de los vinos lusitanos.

Llevé la copa a los labios, sorbí un poco, degusté y, aunque aquello era una infame falsificación, puse cara de inglés conocedor al tragarlo.

—¿Sabe usted —dije— que el oporto tiene innumerables citas en la Historia? He visto una carta del siglo doce en la cual un caballero de

Gueraldes, camino de Tierra Santa, pondera a su amante, una burgalesa de Lyon, la voluptuosa delicia de este vino sagrado.

El muchacho me miraba alorado. Volví a alzar la copa y dije, en tono patético:

—¡Brindemos, señor Virgil! ¡Brindemos por el eterno descanso del alma de Amorihna!

Sus ojos se iluminaron místicamente al levantar su copa. Apuró el insípido brebaje con fruición reverente en tanto que yo lo bebía haciendo esfuerzos por no maguear. No creí necesario decirle que el oportu no se apura, sino que es preciso paladearlo a sorbos lentos, porque, claro, esa regla sólo debe aplicarse al oportu legítimo. Chisté al camarero.

—Otros dos oportos —le dije.

Virgil sonrió melancólicamente.

—¿No es cierto que ella era la más hermosa de todas las mujeres? —dijo, al cabo de unos segundos.

—Lo era —respondí—. Lo era. Amorihna, señor, era digna de haber sido cantada por Camoens.

—¡**Los Lusíadas!** —exclamó, delirante.

—¡Y las **Rimas!** —dije—. ¿Conoce usted los inmortales sonetos del tuerto apasionado y aventurero?

Movió la cabeza, avergonzado.

—Eran otros tiempos para la poesía —declamé—. Por eso admiro a los buenos poetas de hoy. No es lo mismo cantar a la Naturaleza en medio del antiguo Portugal caballeresco que hacer lirismo en esta vorágine de **smog** y megatones.

Sonrió y me pareció que en su sonrisa había un poco de agradecimiento a mi discurso, lo cual era un presunto síntoma de buen éxito a mis propósitos. Por eso creí oportuno ensayar un prefacio al tema y le pregunté:

—¿La vio usted un poco antes de morir, verdad?

—Sí, muy poco antes —respondió con aire abatido.

Esperé que el viejo Ducky colocara las copas y se alejara.

—Señor Virgil —dije, con voz marcadamente lenta—, voy a hacerle una pregunta, con permiso de su dolor. Es una pregunta que acaso sólo un poeta pueda responder.

El muchacho, que parecía comenzar a ausentarse, volvió a la realidad repentinamente.

—Cuando habló usted con ella —dije, piano—, ¿notó si presentía su muerte? No sé si me comprende. En el Brasil, los que no tenemos mestizaje en la sangre, hemos heredado de Portugal lo que llamamos **saudade**. **Saudade** es una honda tristeza del alma. Y tanto puede ser tristeza por lo que ha pasado como tristeza por lo que presentimos que pueda ocurrir. Sé muy bien que mi prima carnal llevaba dentro del alma todo el atavismo misterioso y trágico de la vieja Lusitania. Por la línea materna su ascendencia llegaba hasta una reina que murió de amor. Por favor, dígame, ¿ella estaba melancólica aquella tarde?

Otro síntoma: dos lágrimas se desprendieron de los ojos de Virgil y corrieron mejillas abajo.

—Sí —dijo con patetismo casi teatral—. Ella estaba muy triste, señor... señor...

—Portobelo —dije—. Pinho do Portobelo.

—Sí. Estaba muy triste, señor do Portobelo —repitió sin mirarme, porque el rabillo del ojo apuntaba hacia Ducky.

—¿Prefiere ahora un **rye**? —le pregunté.

Asintió con la cabeza y ordené:

—Dos **ryes straights**.

Aguardamos callados a que el viejo trajera los dos tragos duros, y cuando se alejó, Virgil apresó el grueso vaso entre los dedos trémulos y acercó su cabeza por encima de la mesa para confiarme:

—Yo diría que sí, que ella presentía su muerte.

—Amorihna lo había citado a usted, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Por alguna razón especial? —pregunté; y en seguida añadí—: Quiero decir, ¿ella le hizo alguna confidencia?

Instintivamente se puso en guardia. Yo fingía mirar las botellas alineadas detrás del lejano mostrador, pero al soslayo vi cómo se aflojaba la tensión de su rostro. Tomó el vaso y echó el líquido garganta abajo. Lo imité, aunque evité hacer la mueca de repugnancia que él hizo al tragar aquella variedad de napalm embotellado. Esperé pacientemente. Al fin, me dijo:

—Ella quería escuchar unos versos míos, señor. Y también me pidió un favor.

—¿Un favor?

—Sí, señor do Portobelo. Y ahora que usted me habla de eso, pienso que ella presentía que iban a matarla y quería salvar su... su...

Lo ayudé a salir del agujero:

—¿Su honra?

—Eso es, sí. Quería salvar su nombre de la deshonra póstuma.

Volvió a mirar al camarero. Pedí otros dos **ryes**, pero lo hice con voz apagada y trágica. Con la cabeza entre las manos esperé que el viejo trajera las copas y se marchara.

—¿Deshonrada mi pobre prima? —pregunté con son emocionante—. ¿Es que acaso algún canalla...?

El muchacho colocó su mano fría y suave sobre el puño que yo había dejado caer violentamente sobre la mesa.

—¡Cálmese, señor do Portobelo! —dijo con voz trémula.

Me calmé, después de expeler un profundísimo suspiro impregnado de fatalista resignación.

—¿Cumplió usted su última voluntad, señor Virgil? —inquirí anhelante—. Usted perdone, pero eso es muy importante para nosotros. En Portugal, la última voluntad de los muertos es sacratísima. ¿Usted me comprende?

—Lo comprendo, pero...

Al verlo vacilar, me eché hacia adelante para decirle, con los dientes apretados:

—¿Se cumplió o no se cumplió su última voluntad?

Asustado, volvió a poner su mano sobre mi puño.

—¡Cálmese, señor, por favor!

—Escuche, señor Virgil: la calma no concuerda con nuestro temperamento. Es una característica del ancestro lusitano, agravado en mi caso por el bochornoso clima brasileño. ¿Es que usted no me ha comprendido? ¿Cómo va a descansar un alma atormentada? ¿Es que en este país mecanizado la insensibilidad ha llegado hasta el punto de no respetarse la última voluntad de los muertos?

El muchacho estaba atemorizado, pero creí necesario llegar un poco más lejos.

—Señor Virgil —le dije, en mi mejor tono echegarayesco—, si usted no se siente capaz de dar paz eterna a una muertecita, dígame qué es necesario hacer. ¡Se lo suplico en nombre de mis antepasados!

La cosa produjo efecto, porque el muchacho se echó a llorar. Le concedí un buen rato para que deshidratara su sentimentalismo y luego le apreté una de sus delicadas muñecas en plan consolador. Levantó la cabeza y habló.

Al cabo de los años llegué a la conclusión de que la entrevista con aquel pobre diablo, celebrada en una sucia taberna de Greenwich Village, fue lo que decidió mi toma de posición —definitiva, irreversible— frente a la podredumbre de la llamada sociedad de consumo.

La historia tenía una primera parte lenta y socorrida. Era una especie de prólogo resumido de su encuentro con Amorihna do Portobelo en el corazón de Greenwich Village, durante un recorrido que ella hiciera, recién llegada a la ciudad, por el turístico barrio niuyorkino. Atraída por el espejismo de intelectualidad que daba fama a los alrededores de Washington Square, la bella brasileña, vestida a lo bohemio con una boina escarlata y un descote que permitía admirar su bien formado ombligo y buena cantidad de sus hermosas espaldas, iba en plan de entablar relaciones con poetas, pintores y novelistas. Por supuesto, ella murió sin saber que los verdaderos artistas repelen instintivamente la curiosidad turística y, por otra parte, no sabía que las diez de la mañana no es una hora apropiada para encontrar muchos intelectuales tirados en la acera del Salmagundi Club. Sin embargo, aquella mañana, frente a la Universidad y a la sombra de la estatua de Garibaldi, Homer Horace Virgil escribía un poema. Ella le tomó una instantánea con su rollei y se acomodó a su lado para admirarle en plena actividad creadora. Cuando el aedo levantó la cabeza, de alguna parte surgió una flecha que traspasó a los dos. Virgil aseguró que fue un amor a primera vista. Yo no dudo que así fuera por parte de él. En fin, almorzaron juntos en Barney Gallant, echaron la tarde, tomados por los meñiques, en un alado recorrido por la vecindad y terminaron el romántico capítulo en un discreto motel de Nassau City.

La segunda parte del cuento era íntima y lírica. Se refería a los sentimientos que ella había despertado en él. Desdichadamente, duró poco

aquella etapa bucólica —a ella le encantaban los espacios verdes, cuajados de florecillas silvestres— y, a juzgar por los lugares que el muchacho mencionó, todos fuera de la City, el gasto en taxis de aquellos días debió haber sido considerable. El pastoral idilio terminó al día que ella, con las manos de él junto a sus labios, le confesó que no era una estudiante de artes en plan de becaria, sino una desdichada mujer rica hospedada en el Waldorf-Astoria. El primer impulso del poeta fue de repulsa al engaño; pero ella lo retuvo con una mirada suplicante y húmeda.

Antes de entrar en la tercera parte de su historia, Virgil apuró con ansiedad un **rye** doble e hizo una pausa larga, como si esperase una explosión dentro de su organismo. Cuando pareció comprender que era capaz de asimilar sin consecuencias graves aquella dosis de dinamita líquida, comenzó a narrar su tragedia: Amorihna lo engañaba. Y no con un hombre, sino con muchos. Y no sólo con los habituales asistentes a la suite, sino con cuantos se le cruzaban eventualmente en sus clandestinas trotacallejerías por Brownville, Hell's Kitchen o Greenpoint. Sin embargo, Virgil no podía hacer otra cosa que esperar, desesperado, que ella accediera a recibirlo para echarse a sus pies en la suite del Waldorf. Sabía que allí todos se burlaban de él, «especialmente Calabrio»; pero siempre estuvo dispuesto a no abandonar su papel de falderillo doméstico. Así la situación, Virgil, al mismo tiempo que amaba de modo poético a su ama, comenzó a odiar, profunda y silenciosamente a cuantos la rodeaban. Frases sueltas de su historia me permitieron hacer un diagrama mental de aquel odio múltiple. Odiaba, casi en ese orden de calidades, al «inculto y sanguinario Mugsie Gang», al «archirreaccionario senador», al «detestable explotador Joseph Barelli», al «repugnante Smithson», al «nauseabundo Levisky» y al «inoloro Morgan-Mellow», aunque para este último reservó algunas frases de reconocimiento por «su interés en el bienestar de los creadores»; lo que me hizo deducir que el muchacho recibía del millonario algo así como un subsidio eventual en efectivo.

Pero, además de las partes señaladas, la historia tenía un epílogo. Para ese final, brutal e inesperado, nunca he encontrado un calificativo justo, es decir, que dé una idea, con una sola palabra, de su categoría. Sin embargo, si se me obligase a hacerlo, diría, sencillamente, que aquello era asqueroso. De las

frases balbuceantes y alcoholizadas de Homer Horace Virgil llegué a entender que, al calor de unas palabras pronunciadas en la suite por Willy Smithson, había surgido algo así como una empresa cinematográfica clandestina. El poeta aseguró que la frase había sido premeditada con la complicidad de Barelli y Levsky, pues ambos aplaudieron rabiosamente cuando el editor, levantando una copa de champán, exclamara: «A nuestra civilización le falta el documento gráfico de la bella Amorihna en el acto sublime de la entrega total al amor delirante.» Virgil quedó atónito, en tanto que el celoso Ortigão intentó abalanzarse sobre el proponente, aunque sus pies no pudieron sostenerlo y cayó en forma pesada al suelo. Por su parte, Morgan-Mellow, «diabólicamente divertido», se ofreció para financiar la empresa, poniendo como única condición que Calabrio y Struckle no se enterasen. Entretanto, Amorihna reía, «reía con todos los síntomas de la locura». Barelli se la llevó a la habitación y allí, como ella confesara a Virgil, «se vio forzada a aceptar».

Al llegar a este punto, el poeta se creyó obligado a justificar a su adorada.

—Ella —me dijo en tono angustioso— se sentía atraída fatalmente por aquella bestia. Nunca fue capaz de rebelarse. Lo deseaba instintivamente, salvajemente.

Lo asqueroso quedó concertado, previas dos condiciones impuestas por Amorihna: ella aparecería en la película con antifaz y no se mezclaría a Tessie Howard en el asunto.

—¿Por qué ese interés en excluir a la muchacha? —pregunté.

—Solía decir que Tessie era pura y que debía conservarse así.

—¿Y usted, señor Virgil? ¿Aceptó aquel concierto inmundo?

Encogió los hombros al decir:

—Ella me ordenó que lo hiciera, señor... Además...

—¿Qué?

—Mi negativa no podía impedir que el proyecto se realizara. En Nueva York hay miles y miles que hubiesen hecho mi parte.

Hice una pausa para deglutir el asco. Virgil se levantó para trastabillar con rumbo al baño. Por supuesto, aproveché la ocasión y abrí el estuche. No eran compases ni tiralíneas: ¡eran agujas! Tres o cuatro docenas de agujas más o menos largas y de diferentes calibres. Recuerdo que, automáticamente,

coloqué a Virgil en un lugar muy destacado de mi **ranking** de sospechosos. A su regreso, le dije:

—Escuche, Virgil: no tema responder a lo que voy a preguntarle. Pero antes déjeme decirle que en Portugal, y éste es un secreto que le suplico guarde celosamente, el oscurantismo de la Inquisición dejó arraigado un esotérico hábito de sadismo.

—¿De veras? —preguntó con candoroso interés intelectual.

—Se lo juro, señor. Y yo tengo sospechas de que Ortigão y Amorihna se entregaban a prácticas sexuales de ese tipo. ¿Usted sabe algo de eso?

El pobre ratoncito cayó en la olla.

—¡Sí! —dijo, exaltadísimo—. Sí. Ella tenía tendencia a eso. Ahora comprendo que era un atavismo. Verá usted, señor do Portobelo: cuando yo estuve en Tokio con el ejército de ocupación en mil novecientos cuarenta y cinco aprendí los secretos de la acupuntura. Un día, Amorihna se quejó de dolores en la espalda y me ofrecí para aliviarla... Y... Usted perdone... No quiero ofender la memoria de la muerta...

—Hable, hable —dije con aire resignado—. Haré decir misas para redimir su alma.

Me miró sombríamente y se decidió a decir:

—Ella le tomó el gusto a que yo la... la pinchase...

—¿La... la pinchaba usted mucho?

—Mucho, sí, señor, mucho.

—¿Profundamente?

—Sí. sí. Le gustaba, sentía placer.

—¿La pinchó usted el sábado, el día de la despedida?

—Sí. Ella me citó para eso, para que la pinchase. «¡Pincha profundo!», me decía...

—¡El ancestro! —exclamé—. ¡Maldito ancestro! —golpeé la mesa con furia y grité al viejo—: ¡Otros dos **ryes**! ¡Dobles!

Al llegar las dos copas, abordé otro tema:

—¿Es cierto que mi adorada prima organizaba tertulias literarias en su suite?

—Sí, señor —respondió, satisfecho del cambio de materia—. A pesar de... ¡de todo!, ella amaba las artes.

Uní las manos en ademán devoto y musité, piadoso:

—¡Divina criatura! Desde niña siempre estuvo ansiosa de saber, de hacerse culta.

—El muchacho, acaso contagiado con mi éxtasis, me miraba con aire místico. Sorbí un trago de cicuta comercial y pregunte:

—¿Y qué temas se trataban allí?

—¡Todos, todos! ¡A ella, como a Terencio, nada humano le era ajeno, señor.

Aproveché la ocasión para introducir mi curiosidad:

—Acaso eso explique que usted un día propusiera el tema de los crímenes cometidos en cuartos cerrados.

Manoteó nerviosamente al replicar:

—¡No es cierto que fuera yo, señor! El capitán Murphy me ha acusado de eso injustamente. En rigor, siempre era Amorihna quien escogía el asunto: ora la religión, ora la vida de Cleopatra, ora el proceso digestivo... ¡Todo! Recuerdo que aquella noche, ella, que había leído una novelita policial, propuso aquel tema.

—¿Barelli estaba allí?

—Sí...

—¿Y todos los presentes opinaron?

—No sé. No recuerdo...

—¿Usted dio su opinión?

—¡Oh, no, señor do Portobelo! —exclamó con aire de ofendido—. ¡Que ella, desde la Gloria me perdone, pero estimo que ése es un tema detestable!

—Entre nosotros, señor Virgil —dije, consolador—, yo opino lo mismo... Pero, en fin, ¿qué soluciones ofrecieron los demás?

—Las trilladas, las que se ven en las películas, algunas con variantes absurdas. Pero fue Ortigão el que logró mejor éxito.

—¿Por qué?

—Porque, valiéndose de una cuerda y la argolla de una cortina, logró cerrar desde fuera la puerta del bar, la que da al pasillo lateral de la suite.

—¡Pero para ello tuvo que trepar a una ventana demasiado alta para su estatura!

—¡Claro! Pero se valió de su inseparable maleta. ’

¡El júbilo me incitó a saltar, pero la prudencia me ordenó que permaneciera inmutable! Por disimular la emoción, sorbí otro trago antes de preguntarle:

—¿Usted le dijo eso al capitán Murphy?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque no me creo obligado a colaborar con una bestia.

—Me parece muy bien —dije—. Y, a propósito de Ortigão: ¿qué papel desempeñaba él en el negocio de la película?

Apuré la mitad del corrosivo y dijo:

—¿No sabe usted que el portugués estaba arruinado?

Encogí los hombros para fingir indiferencia.

—Así era —informó el muchacho—. Vino a Nueva York con el pretexto de vender café; pero en realidad lo hizo para negociar el divorcio con Amorihna. Aquella noche, después de reponerse de la borrachera, fue fácil sacarlo de su furia. Morgan-Mellow le ofreció un préstamo y Smithson le propuso que aceptara ser el representante de la compañía de películas en América Latina.

—¿Calculaban ellos que ése era un buen negocio?

—Por supuesto. Willy tiene experiencia. La burguesía latinoamericana está ansiosa por ese material. Pagan hasta mil pesos por una copia de un corto de varios minutos. Ahora se trataba de una producción en colores y pantalla panorámica. Además, existe una red de exhibidores que buscan afanosamente nuevas películas.

—¿Y dice usted que Ortigão aceptó?

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

—No sé. Cuando él aceptó yo pensé que lo hacía por tener una evidencia que le permitiera chantajear a su esposa.

De repente sentí ese chispazo que suele producirse de cuando en cuando en mi cerebro y me aventuré a decir:

—¿Sabe usted, señor Virgil, que yo estuve en el hotel Continental poco después de asesinado Ortigão?

Levantó la cabeza y abrió los ojos y la boca. Y como estaba muy claro lo que leí en su gesto, le dije, índice adelante:

—¿Por qué lo mató usted?

Dio resultado. Me tomó el índice con una mano helada y dijo, tembloroso:

—Yo... yo no lo maté, señor. Cuando llegué, estaba muerto.

Esta situación se adaptaba tan bien a mi estilo un tanto ecléctico que decidí sacarle provecho.

—¿A qué fue usted allí? —pregunté con tono de fiscal.

—Ortigão tenía una copia de la película. Fui a que me la entregara.

—¿No vio una pistola junto al cadáver?

—Sí. Era la pistola de Struckle, pero Barelli la había hurtado en la suite de Amorihna.

—¿No la tocó?

—No.

—¿Estaba la puerta abierta cuando usted llegó?

—Sí.

—¿Encontró la copia de la película?

—Sí. La tomé y salí.

—¿Cerró la puerta al salir?

—No. Temí hacer ruido.

—¿Dónde está esa copia?

—En mi casa.

—¿Ha hablado de todo eso con alguien?

Meditó un ratito antes de decir:

—Sí.

—¿Con la policía?

—No.

—¿Con algún periodista?

—No.

—¿Y con quién entonces, señor mío?

Intentó vacilar, pero mi mirada lo obligó a responder:

—Con Nero Wolfe, un detective privado.

—¿Le habló a él de la película?

—No. De eso no he hablado con nadie. Se trata de la honra de ella y...
Hice un ademán cortante al decirle:
—¿Qué quería saber ese detective?
—El paradero de Tessie Howard
—¿Usted sabe dónde está ella?
—No. ¡Ojalá lo supiera!
—¿Por qué dice eso?
—Porque temo por su vida.
—¿A qué obedece su temor?
—A que todos se interesan por ella.
—¿Quiénes son **todos**?
—La policía, muchos detectives, Struckle, Calabrio, Morgan-Mellow...
—¿Qué otra cosa quería saber Wolfe?
—Todo. Hizo muchas preguntas. ¡Ah! Tiene mucho interés en saber dónde está la pistola de Struckle.
—¿Usted le dijo que la había visto en el Continental?
—Sí. Pero la pistola no fue encontrada allí.
—¿Cuándo habló, usted con Nero Wolfe?
—Ayer, señor —se volvió hacia el mostrador—. ¡Ducky! —gritó.
—¡Basta ya! —dije—. Y para mejor honrar la memoria de mi pobre prima, le sugiero que olvide... Finja amnesia, hágase el loco; pero no hable con nadie de este endiablado embrollo... Vamos. Lo acompañaré a su casa.
Salimos. El muchacho se tambaleaba y le eché un brazo por encima. Al cruzar una calle, me miró con los ojos opacos y me dijo con son apocalíptico:
—¿Sabe una cosa, señor do Portobelo? Voy a matarles a todos. A Calabrio, a Barelli, a todos...

Cuando terminé la historia, tío, después de colocar las piezas en el tablero, me dijo:

—De manera que la última voluntad de la muertecita era que Virgil recogiera las copias de esa película.
—Sí, señor. Ahí tengo dos. La de Ortigão y una que tenía Virgil.
—¿Y tú viste esa película?

La pregunta era peor que sorpresiva. Y como yo no podía ocultarle la verdad, le respondí, muy a mi pesar:

—Sí. Acompañé a Virgil a su casa. Es una especie de cuchitril oscuro en el ático de una vieja casa de South Seven Avenue. Lo acosté en su camastro y eché una ojeada. Había un arsenal de agujas de todos tamaños, una buena cantidad de libros dispersos y un proyector. Le juro que no pude resistir la tentación de utilizarlo. Tampoco podré resistir que usted me obligue a que le cuente el argumento de aquella **cosa**.

Se desentendió del tablero para mirarme y vi en sus ojos la misma repugnancia que yo sentía. Al fin, noté que hizo un supremo esfuerzo para decirme:

—Omite los detalles.

Le conté el argumento, omitiendo los detalles:

—La acción se desarrolla en un imperio imaginario, donde un tipo hercúleo, vestido sólo con unas botas romanas de color escarlata, vive maritalmente con la sacerdotisa de cierta diosa del amor. Ella también anda desnuda por el templo. Sólo lleva un antifaz verde que le cubre la frente y las mejillas, de tal modo que únicamente pueden verse sus ojos y su boca. Por supuesto, realizan diversas prácticas eróticas, algunas muy sofisticadas, y...

—¿Dónde se filmó eso? —interrumpió—. ¿Ahí al lado?

—Buena parte se filmó en la suite. Colgaron unas cortinas persas muy bien imitadas, pero reconocí el lugar porque la película comienza con un **panning**, en **close-up**, de la colección de cabezas. El camarógrafo se recreó en ellas, especialmente en las reducciones. El hombre no fotografía mal, pero...

—¿Quiénes más intervinieron en esa película?

Aquél fue para mí el peor momento de todo el caso. Estimo obvio declarar que mi tío no es un pazguato pudibundo, pero creo justo decir aquí que es un ser delicado, muy sensible a ser impresionado hasta la pesadumbre, no por esos hechos comunes que transgreden las normales reglas morales, sino por todo cuanto afecte intrínsecamente a la dignidad humana, es decir, que viole el mínimo de pudor que él estima imprescindible para hacer soportables hasta las más simples formas de convivencia. Sabido esto, se comprenderá mi turbada vacilación al enfrentar su pregunta, pues no sabía

qué palabras escoger para decirle que la sacerdotisa y el gigante iniciaban en un lujurioso culto a toda una familia, incluidos dos niños. La mujer era Grace Crawford, el hombre era Virgil y el niño varón era Tommy Vincenzo. La niña, de apenas doce años, no pude identificarla. Al fin, encontré decisión y valor y se lo dije. Y él desprendió sus manos de las sienes para gritar;

—¡Canallas!

Por primera vez en nuestra larga vida en común pude ver odio en su mirada limpia y eso me causó mucho pesar. Verdaderamente, no lo creí merecedor de entrar en conocimiento de hechos tan repulsivos y de los cuales jamás hemos vuelto a hablar.

—Si usted quiere —le dije, por aliviar su angustia—, puedo descerrajar la puerta de un viejo almacén de East Drive, aunque sospecho que allí sólo encontraré algunos **rushes** desechados. También pudiera dedicar unos días a buscar los negativos y las copias que faltan. Son ocho.

Me miró con ojos ausentes, dejó caer las manos sobre los muslos, desparramó las piezas y me dijo:

—Nada lograrás con eso, nene. El negocio de la pornografía infantil ha echado a andar y ya no habrá modo de detenerlo. La podredumbre suele avanzar sin obstáculos. ¡Van a hacer falta muchos fusiles para acabar con todo eso, hijo!

Lo miré escrutadoramente. Sus ojos claros me miraban con ternura.

—Tío —le dije—, usted sabe que mi deber es ser discreto.

—No temas. No has cometido ninguna indiscreción. Lo que ocurre es que soy algo más que tu tío. Y por ese lado sí me funciona la intuición. Sigue adelante. No seré yo quien intente disuadirte de tus concepciones. ¡Sí! ¡Hay que hacer algo! Y hacerlo con el fusil en la mano. A propósito: volvió a llamar John; pero la voz me pareció la de Amiel.

—Es Amiel.

—Va a esperarte esta noche en el lugar convenido.

Los dos estábamos tan conmovidos que él se volvió hacia su tablero y yo hice un giro lento hacia la ventana. La tarde caía sobre Nueva York y el cielo estaba plomizo, oscuro; pero los ojos se me humedecieron como si estuviese brillando un sol alegre, antillano.

XV. Mano a mano con un impúdico

Miércoles antes de caer la tarde

Con mi brazo izquierdo enyesado y en cabestrillo, me fui a ver al señor William Smithson, alias, Willy. Me recibió muy amablemente en su bien montado despacho de Madison Avenue. Era un hombre alto, huesudo, de cara alargada, en la que apenas se notaba la línea incolora de la boca sobre la nariz apurruñada que daba la sensación de estar haciendo un fatigoso esfuerzo por sostener los enormes espejuelos de sólida armadura tras los que se destacaba la viveza de unos ojos verdes extrañamente rayados de marrón. Sobre las cejas, en los pómulos y en la barbilla podían verse huellas de los porrazos sufridos a manos de los **profesores de canto** del capitán Murphy.

—Siéntese, por favor —me dijo con cortés deferencia—. ¿Qué tiene en su brazo?

—Una fractura doble. Mi pobre tío está peor. Fue la policía, ¿sabe usted? Vivimos en el Waldorf, en el mismo piso de Amorihna. Yo era amigo de ella y el capitán Murphy sospechaba que teníamos la esmeralda. Nos hizo un registro y, al no encontrar la joya, se enfureció y... Ya ve usted.

Mi tono le inspiró toda la simpatía que yo esperaba; pero no se franqueó en seguida, por lo que le pregunté:

—¿Y qué tiene usted en la cara?

Hizo un gesto ambiguo, encogió los hombros y me confió:

—Son golpes del mismo origen. Yo también era amigo de la señora Ortigão. Me llevaron al precinto y...

—Comprendo —dije, con tono solidario.

Le entregué una tarjeta de utilería en que podía leerse: «Pedro Pizarro del Pradoameno» y dije, en tono de hombre de negocios:

—Soy distribuidor y exhibidor de películas en Cuba.

Me echó una mirada recelosa al decirme:

—¿Y por qué viene a verme?

Sonreí al replicarle:

—No tema usted nada, señor Smithson. Estuve en negociaciones con Barelli y Ortigão, y como ahora uno está muerto y el otro desaparecido, decidí venir a verlo personalmente.

Miró la tarjetita, volvió a auscultarme con la mirada, y esta vez pareció más satisfecho, porque dijo:

—No es éste el método que utilizo para este negocio, señor don Pedro. Sin embargo, ya está usted aquí. ¿Dice que viene de Cuba?

—Sí, señor. De La Habana.

—¡Oh, La Habana! —declamó en son de opereta.

—¿Ha estado usted allá?

—¡Oh, sí, señor don Pizarro! —exclamó con aire de remembranza grata—. ¡Ver Tropicana y después reventar! —parodió antes de expeler el consabido lugar común—: Le confieso que estoy enamorado de la linda ciudad pecadora del Trópico.

—Agradezco sus halagadoras palabras —le dije—. Espero que algún día sea usted mi huésped. Tengo un hermoso palacete en Tumadrecabrón, un delicioso lugar de veraneo a diez minutos del Capitolio.

—Estimaré esa oferta —dijo con ojos golosos.

Abrió una gaveta y extrajo una botella de **blended** con etiqueta cara y dos vasitos color ámbar con filos dorados.

—¿Quiere probar este scotch?

—Es mi preferido —mentí cortésmente.

Sirvió los tragos y bebimos. Después de chasquear la lengua, me dijo, Willy interesado:

—La Habana puede ser un buen mercado.

—No lo dude —corroboré—. Y no solamente La Habana. Cuba tiene otras ciudades importantes: Santiago de Cuba, El Cotorro, Camagüey, Llegay-pon...

—¡Estupendo! —tomó aire de vendedor estrella—. Nuestras producciones le harán ganar mucho dinero señor don Pizarro. Nuestra mercancía no es la convencional. Nada de cosas chatas en blanco y negro y de pocos minutos de duración. Tenemos en proyecto un largometraje inspirado en el Decamerón.

—Eso es lo que hace falta. La gente está cansada de esas películas silentes realizadas con técnica prehistórica.

El señor Smithson me mostró toda su dentadura.

—Llegaremos a un acuerdo —dijo—. ¿Cuándo puede ver una exhibición?

—Ya he visto esa película —dije con tono indolente.

—¿Dónde la vio usted? —preguntó, sorprendido.

Era el momento de deslumbrarlo y respondí:

—En la propia suite de Amorihna. Como le dije, ella y yo éramos... ¡éramos buenos amigos! —engulé la voz para recitar—: ¡Oh, aquellas deliciosas vacaciones que Amory pasó en mi típica y pintoresca cabaña de Carajo Beach! —y al ver a Willy al borde del colapso emocional, regresé a mis propósitos—: Sí. Vi la película. Ortigão había llevado el proyector. ¡Es formidable! —hice una pausita diabólica—. Por cierto, señor Smithson, lo vimos subir a usted cuando nosotros bajábamos. Fue el sábado... —puse cara de pariente de la difunta, suspiré y proseguí— el día de la desgracia... poco después de las siete.

Lo inesperado de mis palabras no le permitió reaccionar adecuadamente y se le escapó la confesión:

—Yo no los vi a ustedes.

Su intención de dar marcha atrás fue muy fugaz. Al comprender que ya no le era posible rectificar, aprovechó para salir de una duda:

—¿Amorihna los recibió a ustedes?

—¿No le he dicho que vimos la película?

Metió los labios entre los dientes, los masticó un poco y dijo:

—Es raro.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que ella los recibió a ustedes. Sin embargo, a mí no me abrió la puerta. Me eché hacia adelante y le dije, sonriendo:

—No pensará usted que el señor Ortigão y yo matamos a esa muchacha. Al verlo sonreír con aire de duda, le lancé un sondeo:

—Cuando usted bajó, ¿no vio al señor Levsky?

—No, no, señor.

—Se lo pregunto porque, después que hice unas llamadas en el lobby, vi al judío cerca de los ascensores y pensé que estaría esperándolo a usted.

—No. No. Pero, ¿conoce usted a Levsky?

—Sí, señor. Él me vendió unas copias de escenas macabras tomadas en Dachau. Tengo clientes que se sienten felices al ver películas de tormentos, torturas y cosas similares.

—No sabía que el judío tuviera este material.

—En ese caso, guárdeme el secreto, por favor. ¿Y dice usted que Amorihna no le abrió la puerta?

—No, señor.

—¿Habló con ella desde fuera?

—Tampoco. Ella no contestó a mi llamada —se replegó un poco, entrecerró los ojos y preguntó, amoscado—: Pero, ¿por qué se interesa usted en eso?

Por supuesto, me apresuré a responder:

—No me interesa en lo absoluto, señor Smithson. Pero pensé que si la policía llegara a saber que usted estuvo en el Waldorf un momento después de nosotros haber visto viva a esa mujer... —dejé que paladeara la insinuación y añadí—: Naturalmente, ya Ortigão no puede hablar y a mí, le repito, no me interesa eso. En verdad, no me conviene que la policía ande hurgando en mi vida. ¿Comprende?

Asintió con la cabeza y sirvió más scotch en los vasos.

—Lo cierto —dije— es que todo eso es muy emocionante. Si se filmara, seriar un gran éxito. Por ejemplo: eso de la puerta cerrada es muy fascinante. Y se presta a la especulación. A propósito: he pensado en la posibilidad de que el asesino utilizara una cuerda para cerrar la puerta del bar.

—Es posible —dijo con fingida indiferencia.

Miré el enorme maletín que estaba sobre un mueble y dije:

—Naturalmente, un hombre de estatura regular, para alcanzar la ventana del pasillo, necesitaría algo sobre qué encaramarse. Por ejemplo: un

portafolios como el suyo. Bastaría que estuviera lleno de cosas poco flexibles, digamos: rollos de películas pornográficas.

Aunque no de muy buen talante, pagó mi tono bromista con una sonrisa. Sin embargo, luego se enserió y dijo, con énfasis que me sonó sincero:

—Señor don Pizarro, yo necesitaba viva a esa mujer. Muerta no me produce ningún beneficio.

—Eso me pregunto yo desde hace días: ¿a quién interesaba la muerte de esa muchacha?

—Recuerde que había por medio una esmeralda que valía una fortuna. Barelli y Levsky ambicionaban poseerla.

Su tono venenoso traslucía el íntimo deseo de hundir a sus socios. Para profundizar más en el asunto, comenté:

—Levsky, no sé; pero creo que Barelli no iba a matar a su gallina de los huevos de oro.

Willy soltó un breve jejeje antes de replicar:

—Precisamente, esa idea formaba parte de una coartada que él había premeditado.

—No lo entiendo —dije con franqueza y sinceridad.

Apuré el trago y yo hice lo mismo. Aún sirvió nuevas dosis, se echó hacia atrás en su cómoda silla balancín y explicó:

—Joseph mismo me lo dijo. Una noche, después de filmar algunas escenas, nos fuimos a El Morocco. Allí me confió su temor de que Amorihna decidiera algún día marcharse al extranjero con otro.

—¿Con quién?

—No me lo dijo, aunque me pareció que sólo era una presunción de él.

—Sin embargo, se dice que ella estaba en vísperas de hacer un viaje con Calabrio.

—No creo que ella tuviera fuerza de voluntad suficiente para abandonar a Barelli. ¿No vio usted las escenas de la película en que ellos toman parte?

—Sí —apoyé sin reservas—. Me parecieron muy... muy realistas.

—Yo puedo asegurarle que, por parte de Amorihna, no había nada fingido en esas escenas de entrega total, absoluta —se metió dos dedos entre el cabello y suspiró—. Sí. Quienquiera que haya matado a esa mujer me privó de una estrella que me hubiera producido millones.

—¿Ella no le hubiera producido también buenas utilidades a Barelli en su calidad de coprotagonista?

El hombre se revolvió, como cogido en una trampa.

—Sí, claro —dijo—. Pero aquello parecía ser una idea fija en él. En El Morocco me habló muy seriamente de su intención de matar a Amorihna en caso de que ella pretendiese abandonarlo. Joseph padecía un complejo de prepotencia. Y confiaba mucho en que no le faltarían mujeres.

—¿Mujeres ricas, como la do Portobelo?

—Sí, señor. Y también más ricas que ella. Aquella noche, una millonaria francesa se le echó encima para besarlo. ¿Y la mujer de Morgan-Mellow?

—¿La señora Rockedupont?

—También ella, sí, señor. He visto una carta donde le ofrece la luna a Barelli. Por cierto, Joseph me convenció de que podíamos utilizarla en un film donde ella apareciera también con el rostro cubierto.

—¿No es demasiado vieja esa señora?

—Tiene cuarenta años, es verdad; pero he visto una foto donde aparece desnuda y le aseguro que posee un cuerpo que puede calificarse de satisfactorio. Por otra parte, eso sería un buen excitante para cierto público. ¿Cuántas mujeres de esa edad no comprarían copias de esa película, que sería como un himno a la erótica sensualidad de las damas maduras?

—Cierto —dije—, cierto. En La Habana, más de una burguesa compraría su copia. Pero, ¿Morgan-Mellow sabe todo eso?

—No lo dudo. Tiene usted que saber que Cornelius es uno los más entusiastas fanáticos de esas fiestas donde los asistentes intercambian esposas y maridos^(*) —Willy rió alegremente—. Naturalmente, él, que no es tonto del todo, sólo invita a esas encerronas a los funcionarios de sus empresas que tienen esposas jóvenes y bellas.

Apuré mi scotch, crucé las piernas y comenté:

—No me crea un puritano, señor Smithson, pero a veces me pregunto: ¿hasta dónde iremos a parar por ese camino?

—No se preocupe, don Pizarro —replicó—. Estoy muy lejos de ser un comunista; pero, creo ciertamente que estamos viviendo la plena decadencia de una sociedad que necesita, en medio de sus estertores, el estímulo del vicio y la depravación moral para mejor sobrellevar la angustia que le provoca la

sensación del inminente hundimiento. Hoy se vive más aprisa, porque se teme vivir menos tiempo, y cada quien anhela agotar los goces del presente sin pensar en el futuro, un futuro con irritante sabor a megatones. Y usted y yo no somos culpables de esa situación. Somos meras piecillas en el complejo mecanismo que provee la incesante demanda de placeres equívocos y mercancías excitantes. Anote: como editor de libros clásicos apenas si logro hacer costeables mis ediciones de **luxe**. Como editor de libros pornográficos, he logrado sobrevivir...

—Y ahora, esas películas con niños... dejé caer.

—Confieso que es una maligna buena idea; pero yo no la inventé. Todo lo que he hecho es recoger en mi película algunos retazos de la vida real. En San Francisco, en Chicago, en Nueva York, suman miles los niños que ejercen la prostitución en lenocinios especializados(*). Esta mañana, un comerciante me confesó que paga hasta doscientos dólares por cada hora de espectáculo en que participan parejas de niños ejecutando las más sofisticadas prácticas obscenas(*). Ahí tengo la carta con membrete de un agente de publicidad que me ofrece la historia, ilustrada con fotos, de una niña de doce años que, luego de ser dopada, fue puesta a disposición de docenas de hombres y mujeres para que realizaran un verdadero maratón de libidinosidades. Y no dude usted de que todo esto llegue a legalizarse. En rigor, todo comenzó cuando, hace veinte años, la Corte Federal emitió su célebre fallo sobre el **Ulises**. Por cierto, las leyes ofrecen a veces graciosas contradicciones, como la de esa jovencita, intérprete de una película atrevida, que no pudo entrar al cinematógrafo a verse a sí misma por el hecho de que el film está prohibido para menores de dieciséis años(*)

Willy rió, vertió scotch en los vasitos, echó una miradita a mi tarjeta y me consoló:

—Le repito, señor don Pedro Pizarro del Pradoameno, que no debe preocuparle a dónde iremos a parar.

Asqueado de tan insólita vindicación de lo abyecto, decidí a transar para volver al tema que me interesaba.

—Tiene usted razón, Smithson. En fin, sigo sin entender lo de la coartada de Barelli.

—¡Ah, ya! Joseph aseguraba que si lograba matar a su amante sin dejar huellas, nadie podría ser capaz de pensar que él cometería la estupidez de atentar contra la mujer que lo mantenía.

—Sin embargo, ha ocurrido todo lo contrario. Toda la policía lo busca. Calabrio daría una mano por cortarle la cabeza...

El editor soltó otro poco de veneno:

—Salvo él o Levsky, ¿quién otro pudiera haberlo hecho? Ambos deseaban apoderarse de la joya.

—¿Y usted no cree en los celos como motivo?

—Es posible, sí —cedió—. Ahí encaja Virgil...

—¿No encaja Calabrio?

—No. Él es siciliano. Esa gente no mata mujeres.

—¡Ah! ¿Y Morgan-Mellow? ¿No es celoso?

—¡Nada de eso! Cornelius es demasiado civilizado...

—¿Y el senador? ¿No tendría también su móvil?

—Struckle —dijo sonriente— lo pensaría dos veces antes de asesinar a una votante de éste estado... Aunque...

El aunque fue una reticencia perfecta, tanto por el tono grave que dio a la palabra como por el gesto dubitativo que empleó para subrayarla. Esperé. Al cabo, terminó la idea con palabras silbantes:

—...aunque, en este caso, todo es posible, señor Pizarro. Struckle se barniza de moralismo para encubrir sus oscuros pecados. Y por salvar su prestigio político sería capaz de matar a su madre.

Puse cara de no entender y él condescendió a explicarme:

—¿No sabe usted que era amante de Amorphna?

—Eso he oído decir...

—¡Lo era! —enfaticó—. ¡Amorphna poseía el don de la irresistibilidad! ¡Y sabía manejarlo! —paladeó un poco del **blended** antes de reforzar lo dicho—. Ella era una computadora programada para calcular emociones, conveniencias, sentimientos... Sabía marcar los naipes para jugar... Y en su juego, el senador era una carta oculta que le aseguraba impunidad e inmunidad. Y la manejaba bien. Pero...

Volví a esperar. Al fin, soltó el chorrito de cianuro:

—...pero si Struckle llegó a descubrir la maniobra, bien pudo ser el asesino.

Chasqueé dos dedos y dije:

—¡Espere! Me gustan los negocios solamente cuando no tienen complicaciones comprometedoras.

Al hombre se le salió la cara de idiota al preguntar:

—¿Qué quiere decir?

—¿Conocía Struckle la existencia de esa película?

—¡No, no!

—¿Está seguro, señor Smithson?

—¡Por supuesto! Si lo llega a saber, pobre de nosotros, señor Pizarro. Ya ha armado varios escándalos en torno a la pornografía. Eso para él sería el desiderátum que lo impulsaría a pedir la resurrección oficializada de la Santa Inquisición.

—¡Oiga! —exclamé— ¿Y usted corrió ese riesgo?

Willy se desnudó:

—Es que mi más vivo y constante deseo es llegar a tener en el banco una cifra seguida de seis ceros.

—Comprendo —acepté—. Pero, ¿no había otros riesgos peores? Según se dice, Calabrio amaba de veras a esa muchacha. ¿Cómo se comportaría él ante semejante película?

Willy sonrió compasivo al decirme:

—Mugsie Gang ama, más que a las mujeres por sí mismas, la notoriedad de ellas, su fama. Y esa película estaba destinada a dar celebridad a Amoriha, aunque, por expresa condición impuesta por ella, no es fácil reconocerla. Pero hay más: ella se complacía en jugar con la idea de hablarle a Calabrio del asunto, aunque Barelli se oponía a ello furiosamente.

Escancié scotch en los vasos antes de plantear:

—Perdone mi insaciable curiosidad, querido Smithson, pero no puedo entender por qué un multimillonario con un enorme capital bien colocado, invirtió dinero en un negocio tan... tan riesgoso.

Se quitó las gafas y las esgrimió de modo profesoral.

—Para entender eso, tendría usted que conocer a fondo las complejidades del alma humana, señor don Pizarro. Cornelius cazó en Río a esa mujer con

el objeto de disfrutarla a solas, pero pronto ella mostró los síntomas de su incurable ninfomanía. Fue entonces cuando Morgan-Mellow se propuso, con astuta sutileza, envilecerla, degradarla. Costeaba sus gastos de estupefacientes, organizaba bacanales...

—¡Basta! —dije—. Ya comprendo... En fin, amigo Smithson —agregué, en son de broma—, ¿y qué le parece usted mismo como sospechoso?

Soltó una risita antes de replicar:

—Aparte de que, como le he dicho, no me convenía matarla, mi religión prohíbe el asesinato. Soy católico. El Génesis lo dice muy claramente: «No matarás.»

—¿Y no dice: «No filmarás»?

Cuando se hartó de reír, dijo:

—Sepa usted que aquella tarde Amorihna y yo habíamos convenido en que ella protagonizaría la película proyectada.

—Lo que no entiendo, y usted perdone, es por qué, si ya la había visto antes, usted regresó a la suite al anochecer.

—Verá usted: Amorihna era una mujer voluble. A pesar de que habíamos convenido verbalmente lo que le he dicho, corrí a ver a mi abogado, lo hice redactar un contrato y regresé para que ella lo firmara.

Volvió a mirarme con mucha atención y; como asaltado vaya usted a saber por qué idea, se levantó, describió una pequeña reproducción de **La maja desnuda** y sacó unos papeles de la caja de seguridad empotrada en la pared.

—Antes de cerrar cualquier convenio, señor don Pizarro, quiero que usted tenga la seguridad de que no está tratando con el señor Landrú. Vea.

Tomé los papeles que me tendía. Constituían un contrato en regla, por medio del cual Amorihna do Portobelo se hubiera comprometido, sólo con firmarlo, a ser la protagonista de un film intitolado **Decamerón contemporáneo**. Tenía fecha del sábado fatal y eso, hasta cierto punto, exoneraba de culpa a Smithson, ya que, en verdad, el documento firmado le habría representado una fortunita.

—Si tenía usted esta prueba —le dije—, no comprendo por qué se dejó golpear por los esbirros de Murphy.

—Por suerte, Murphy no sabe una palabra de este negocio. Y no seré yo quien le hable de eso.

—Comprendo. ¿Y cómo pudo salir de sus garras?

—Él anda en busca de un culpable a toda costa, aunque no desprecia el negociar. Liquidé cuanto tenía negociable y entregué a Murphy siete mil dólares —sonrió tristemente—. Y fue tan generoso que me fabricó una coartada por medio de la cual puedo **probar** que permanecí en uno de sus lenocinios desde las cuatro de la tarde del sábado hasta la madrugada del domingo.

—Lo cual quiere decir —dije, riendo— que yo no lo vi a usted en el Waldorf alrededor de las siete de la noche.

—Así es. A menos que usted se atreva a demostrar a Murphy que él es un mentiroso.

Volvió a escanciar **blended** y aproveché para regresar a mis temas preferidos por otro camino:

—¡**Decamerón contemporáneo!** —dije en tonillo intelectual—. Bonito título. ¿Sabe usted, señor Smithson, que en la Biblia hay muchos temas interesantes? Adán, Eva y el pecado original. Noé y sus hijas. El casto José. Y hasta la concepción sin pecado de la virgen María.

El señor Smithson me hizo abrir la boca, porque, con mucha prisa soltó el vaso, se persignó tres veces y me miró con ojos atónitos.

—¡Eso es una herejía, señor! —exclamó.

—Para un católico, sí.

—¿Usted no es católico?

—No, señor —respondí con mucha seriedad—. Soy persinduabacúa.

El hombre se echó hacia atrás todo lo que le permitía su silla giratoria y dijo, algo asustado:

—¿Persinduabacúa?

—Sí, señor. Es una multiseular religión secreta. Tiene raíces persas, hindúes y africanas. Uno de mis antepasados fue Gran Tembandumba de las Quimbambas, de la venerable secta Tururí Ñam Ñam.

—¡Muy interesante! ¿Y esa religión tiene ritos sexuales?

Debí haber esperado tal pregunta de un tipo tan podrido. Reprimí los deseos de reír y respondí, con voz susurrante:

—Tiene ritos sexuales que sobrepasan a toda imaginación. Los orígenes de uno de ellos, el **fellatio**, se remonta a la lejanísima era del matriarcado. Le enviaré un libro que describe nuestras fiestas misticorgiásticas.

—No vaya a olvidarlo, por favor —dijo, mientras en sus ojos brillaba la lujuria.

Como mi imaginación lo había madurado bastante, decidí regresar a la realidad:

—En fin, querido Willy, hablemos de negocios. Quiero hacerle un primer pedido por veinte copias.

Hizo un mohín de disgusto y dijo:

—Por el momento sólo puedo ofrecerle ocho.

—Bien. ¿Cuándo puede entregármelas?

Smithson puso cara de no saber qué decir.

—No sé —titubeó—. La persona que las tiene en depósito no está en Nueva York.

—Yo regreso el sábado a La Habana. Estoy dispuesto a pagar cinco mil dólares por copia.

Willy se secó el sudor que bañaba su frente, mientras, sin duda, multiplicaba cinco mil por ocho.

—¡Madre mía! —murmuró, poniendo cara de cuarenta mil dólares.

Como me pareció comprender lo que pensaba, le dije:

—Seamos francos, Willy. ¿Barelli tiene esas copias?

Como estaba demasiado maduro, no pudo reflexionar. Sus hombros bajaron de nivel varias pulgadas y se aflojaron los músculos de su rostro al admitir en tono de derrota:

—Sí. Las copias, los negativos, todo... Y no sé dónde está él.

—Eso complica las cosas —dije, no tanto a él como a mí mismo; y agregué—: Pero, ¿no sabe dónde encontrar a Grace Crawford? Quizás ella sepa...

—Lo sabe, lo sabe —masticó—. Pero no quiere decírmelo. Espere. Puedo ofrecerle la copia que reservé para mí.

Antes de aquella tarde, nunca había yo sentido tanta lástima por la imbecilidad ajena. Encogí los hombros y dije:

—Del lobo, un pelo. Téngala a mano el sábado a primera hora. Vendré a buscarla. Sin embargo trate de insistir con Grace. Interésela en el negocio. En fin... —dije al ponerme de pie—. Buenas tardes.

Se derrumbó en la silla y me miró con ojos de difunto.

Ya en la calle, ante los ojos desorbitados de una pareja de ancianos, saqué el brazo del tubo de yeso, lo envolví en la venda que me servía de cabestrillo y tiré todo en el fondo de un colector de basuras.

XVI. Visita a un monstruo

Jueves por la mañana

Al salir del hotel, el hombre me salió al paso y me dijo:

—Buenos días, señor. Lo buscó a usted.

Era un tipo musculoso y de mi misma estatura que llevaba en el rostro simpático y ancho unos ojos vivaces e inteligentes y una nariz no tan torcida como yo había supuesto, sino un tanto aplastada y ligeramente vuelta hacia arriba.

—¿Es usted? —dije, sonriendo—. ¿Ya se curó de su timidez?

—Sí —replicó, también sonriente—. Pero me costó gastar en taxis casi tanto como usted ha gastado para aliviarse de su complejo de persecución.

—En fin, ¿en qué puedo servirle?

—No es a mí a quien puede prestar un servicio, que acaso pueda reportarle una buena ganancia.

—Veamos si es posible.

—Soy el secretario de un cultivador de orquídeas. Tiene las más raras especies conocidas; pero se interesa en adquirir algunos bulbos que existen en Cuba, en un lugar llamado Soroa. He visto fotografías de aquel sitio. Me gustaría pasar allí unas vacaciones.

Su referencia a las orquídeas me había puesto en guardia, pero le dije, con mucha cortesía:

—Nada más fácil. El propietario del lugar no vacilaría en darle hospitalidad si usted muestra algún interés científico o siquiera poético por esas flores silvestres.

El muchacho cayó en la trampa, creyendo, sin duda, que era yo el que caía, y aclaró:

—El entendido en eso es mi jefe. Precisamente tengo el encargo de invitarle a usted a su casa.

No quise ceder tan pronto y sólo por medir sus facultades, le dije:

—Pero es el caso que yo no entiendo una palabra de orquídeas.

Como yo esperaba, insistió:

—No creo necesario que sea usted un especialista ni mucho menos. En rigor, el jefe sólo quiere hacerle una oferta.

Pude haberme negado, desde luego, y él hubiera tenido que cambiar de táctica; pero la curiosidad me incitaba y repliqué:

—¿No se tratará de robar bulbos de orquídeas en Soroa?

Sonrió, pero sólo con los labios, porque sus ojos me miraron con escrutadora seriedad. No obstante, dijo, muy amablemente:

—Ya sabía que los cubanos tienen un excelente sentido del humor. En fin, ¿sería usted tan amable que me acompañara?

Resistí un poco más:

—¿Y por qué su jefe no viene a vernos? Quizás mi tío, que sabe un poco de casi todo, pudiera serle más útil.

Con un simpático aire jocosos, ripostó:

—Si conociera usted a mi jefe, no diría eso. Más aún: aunque no llegaran ustedes a un acuerdo, valdría la pena que usted fuera. No puede perderse esta oportunidad única de ver a un gigantesco hipopótamo que habla y piensa. Es tan incapaz de moverse en su pantano, como yo de permanecer con las manos quietas delante de Miss Universo.

Me reí a gusto y repliqué:

—Lo comprendo. Mi tío, a pesar de que apenas rebasa los sesenta kilos, tampoco es muy amigo de andar fuera de casa.

—¿Acepta usted? —dijo, muy esperanzado.

—¿Qué ocurriría si me niego? —dije con jocosos son de reto.

—En tal caso —replicó en el mismo tono—, sólo me quedarían dos caminos: buscar otro empleo o llevarlo a usted a viva fuerza; pero, en verdad, no me gustaría hacer ni una cosa ni la otra.

Alcé los hombros y dije:

—Sea.

Nos habíamos movido lentamente hacia el bordillo. El hombre levantó una mano y, como por arte de magia, apareció junto a nosotros un taxi amarillo. El chofer, al verme, soltó un resoplido, no sé si de agrado o si de enojo. Subimos.

—A casa —dijo Nariz Empinada.

El auto arrancó velozmente y pronto torció hacia el West Side.

Después de abrir con su llave, me hizo pasar a una pieza, encendió una luz y me dijo:

—Perdóneme un minuto o dos —bajó la voz—. Debo ver si nuestro hipopótamo está dispuesto a moverse —volvió a hablar con naturalidad—. Ahí tiene usted auténtico ron cubano y habanos legítimos.

—Gracias, señor Godwin —le dije.

El hombre se detuvo en seco y me miró. Sus ojos echaban chispas rojas y su boca formó una mueca de irritación.

—¿Me conoce usted?

—Es usted famoso —halagué.

Él, sin considerar el encomio, replicó, huraño:

—Tanto mejor si nos conoce. Eso facilitará las cosas.

Cuando salió, examiné la botella y la caja que estaban sobre la mesa. En efecto, él ron era tan falsificado como los puros. Me recliné en la butaca y me dispuse a esperar.

Mi viejo vicio de leer casos policiales me puso en contacto con Nero Wolfe y fui en cierto modo su admirador hasta que supe que en ocasiones trabajaba para el Pentágono y que, por lo menos en una de sus aventuras, estuvo mezclado en la turbiedad escandalosa de la cacería de brujas macarthista. De todos modos, sentía curiosidad por conocerlo. En verdad, su principal característica como detective particular era que jamás se movía de su casa, donde practicaba hábitos fijos, tremendamente invariables. De cierta manera, en eso se parecía a mi tío, quien, como se sabe, en sus incursiones al campo de la investigación de hechos criminales también practica la inmovilidad en

el hogar, como si el aire de la calle le impidiera razonar. Archie Godwin, por su parte, era a Wolfe lo que yo era a tío, es decir, una especie de operativo callejero, aunque entre los dos existía una notable diferencia, ya que Wolfe apenas confiaba en las facultades de su auxiliar y lo obligaba a que le llevase a la vieja casa de West Side a las personas que necesitaba entrevistar, en tanto que tío descansaba en mí para esas entrevistas, a las que calificaba de rutinarias y enojosas.

Ahora tenía ante mí a Nero Wolfe, una enorme masa fofa y envejecida que me miraba desde detrás del amplio buró con los ojillos semicerrados, en tanto la inmensa mano levantaba fatigosamente una lata de cerveza y él tragaba el líquido con un espasmódico batir de su increíble quintuple papada.

—Siéntese, por favor —me dijo.

Godwin se apresuró a poner contra mis corvas el célebre butacón de cuero rojo y luego fue a sentarse frente a su mesita, donde tenía dispuestos un block y un par de bolígrafos. Wolfe volteó la lata en el aire y pareció enfadado al comprobar que no quedaba una gota de cerveza. Abrió un ojo para mirarme, mientras decía:

—El señor Godwin me ha dicho que usted ha oído hablar de él, lo que quiere decir que ha oído hablar de mí. Por tanto, eso nos ahorrará preámbulos, aunque quiero pedirle perdón, en nombre de mi ayudante, por el método que utilizó para atraerlo a esta casa. Debe usted saber que conozco el orquideario de Soroa y que mantengo correspondencia e intercambio con su amable propietario. Justamente hace una semana recibí media docena de bulbos de una variedad muy rara que espero reproducir en mi invernadero. Ahora bien: el hecho de que haya aceptado el embuste del señor Godwin me hace creer que usted tenía interés en venir acá. ¿Me equivoco?

—No, señor Wolfe, no se equivoca —respondí—. Pero antes de otra cosa, déjeme decirle que es usted injusto con Godwin. No sé cuánto le paga usted por sus servicios, pero créame que la misión de él no es nada fácil. Según sé, usted de cuando en cuando necesita interrogar a alguien y simplemente se limita a ordenar a su auxiliar que se lo traiga aquí. Eso supone enfrentarse a

mucha gente terca, lo que le obliga a vulnerar ciertos derechos constitucionales y a violar determinadas leyes.

No sé cómo pudo hacerlo, pero casi logró levantar un brazo para hacer una señal de que me callase, antes de decir, con voz lejana y cansada:

—¿Es usted abogado, verdad?

No me sorprendió y miré a Godwin, que parecía divertido.

—Usted no dedujo eso —dije al gordo—. Nada más fácil para Archie que sobornar con un piropo a una telefonista del hotel a fin de averiguar si yo era abogado o veterinario.

Wolfe pareció sumirse en un letargo profundo. De repente, entreabrió los ojos.

—No deseo polemizar con usted —dijo, con desgano—, ni mucho menos intercambiar ironías. Ahora quiero hacerle una pregunta: ¿está usted autorizado para realizar investigaciones privadas en Nueva York?

Me preparaba para responderle; pero levantó una mano dos o tres centímetros y aclaró:

—Dicho de otro modo: ¿tiene licencia para sustraer personas a la acción de la justicia de esta ciudad?

—Si se refiere usted a esa muchacha —repliqué—, no creo que pudiera hacerse nada mejor que sustraerla, pero no a la acción de la inepta policía niuyorkina, sino a las balas de algunos pistoleros alquilados.

—¡Pamplinas! —rezongó—. Esa joven no está en peligro de muerte.

Aunque han pasado varios años, todavía, cuando cuento los detalles de aquel divertido lance, siento deseos de evitar decir, por temor a que no se me crea, que aquel mastodonte de doscientos y tantos kilogramos fue capaz de dar un salto en su butaca reforzada cuando le dije:

—¡Usted qué sabe, gordinflón!

Claro que no fue un salto de maromero circense; pero puedo jurar que llegó a levantarse dos o tres pulgadas. Cuando cayó pesadamente, me miró por entre las pestañas apretadas y por debajo de las cejas fruncidas y dijo, en tono de incrédulo:

—¿Tú has oído, Archie?

Godwin, paladeando la ironía, respondió:

—Perdónelo, señor. Él es extranjero. Y no todo el mundo está obligado a saber que usted es un genio. La verdad es que esa muchacha...

—¡Cállate! —rugió el gordo; luego levantó un par de pestañas para decirme, en tono que quería ser conciliador—: Le ruego, señor letrado, que se haga digno de mi hospitalidad —movió un milímetro la cabeza y dijo a su ayudante—: Archie, cuenta a este joven lo que sabemos de él.

Godwin hizo un poco de ruido con la silla, cruzó las largas piernas, carraspeó un poco y contó:

—El domingo, al anochecer, salió usted del Waldorf-Astoria tras los pasos de una encantadora muchacha, a la cual se apareó a la altura de Fifth Avenue. No lo niegue, porque yo llevaba el mismo propósito e iba siguiéndoles los talones, casi junto a un tipejo de sombrero de cinta tricolor y zapatos de dos tonos. La muchacha...

—Elimina los detalles —ordenó Wolfe en el mismo tono que utiliza mi tío para decir lo mismo.

—Bien sabe usted que mi estilo me obliga a ser descriptivo. Como le decía, estimado visitante, la muchacha vestía un lindo...

—¡Cállate! —volvió a chillar el elefante—. El caso es, señor abogado, que usted, luego de deshacerse violentamente del tipejo a que se refirió el señor Godwin, logró escabullírsele a éste y hacer desaparecer a la señorita Howard. ¿No es cierto?

—Es cierto —reconocí—. Pero no la hice desaparecer. Le aseguro que ella goza de excelente salud.

Emitió un ruido sordo con los labios antes de replicar:

—Detesto las ambigüedades. Necesito saber dónde está la señorita Tessie Howard. ¿Quiere hacer el favor de decírmelo?

Por pura diversión le dije:

—Yo no tendría inconveniente, señor Wolfe, pero debo consultar con mi tío.

—¿Su tío?

—Sí, señor. Mi tío también es un genio. Lo que lo diferencia de usted es que él no lucra con sus deducciones.

El gordinflón tamborileó tres o cuatro veces sobre la mesa con un par de sus descomunales dedos.

—¿Tú entiendes, Archie? —preguntó.

Godwin que, a juzgar por el tono de su voz, se sentía alborozado, dijo:

—Creo haber entendido que tiene usted un rival. Y yo, otro...

—Resumamos —dijo Wolfe, evidentemente enfadado—: Usted declara que su tío es detective privado.

—No, señor. Al menos, no un detective profesional como usted. Es un simple **amateur**, en el sentido más puro. Usted cobra honorarios, él no...

—¿Por qué él se interesa en el caso del Waldorf?

—Somos vecinos inmediatos de la suite donde ocurrió el hecho. La señora de Ortigão y yo comenzábamos a estimarnos. ¿No le parece natural que nos interese en el asunto de su asesinato?

—Usted, como abogado, debe saber que la práctica ilegal de la investigación privada está prevista y penada por las leyes.

—No lo ignoro. Sin embargo, no sé cómo puede probarse la supuesta ilegalidad a que usted se refiere.

—Eso es un tecnicismo. Pero volvamos al tema desde un punto de vista más personal. Tengo un cliente interesado en aclarar el asesinato de esa señora. La intromisión de usted me impide interrogar a una testigo que considero muy importante. Por eso, vuelvo a rogarle que me haga saber dónde está Tessie Howard.

—¿Y qué va a pasar si mi tío considera no darle esa información a usted?

Por primera vez abrió del todo los dos ojos, en los que vi un brillo verde y furioso.

—¡En tal caso —amenazó—, llamaré a alguien que conozco en la Sección de Homicidios!

El hecho de haber leído muchos de sus casos me permitió ser categórico:

—¿Se refiere usted al inspector Cramer?

—Ya he supuesto que está usted al tanto de mi biografía, señor. Y le respondo que al inspector Cramer le agradecerá saber que un par de extranjeros invitados por una respetable institución científica está interfiriendo el libre curso de la justicia.

Ése era su estilo y yo utilicé el mío para replicarle:

—Usted no hará eso, señor Wolfe. Usted sólo cuenta con el testimonio del señor Godwin. Y todo lo que él puede saber, en el caso de que tomara la

placa del carro y luego interrogara al chofer, es que el domingo, en Fifty-seven Street, tomé un taxi con esa muchacha y que nos bajamos en Mount Morris Park. Por tanto, yo diría al inspector Cramer que después tomé otro taxi y dejé a la muchacha en la esquina de su casa.

Godwin intervino:

Y yo puedo declarar que cinco minutos después de haber tomado usted aquel taxi en Fifty-seven Street; llegué a casa de la muchacha y que ella no estaba allí, ni llegó después. En rigor, no ha llegado todavía.

Volví las espaldas al jefe para preguntar al subalterno:

—¿Quiere usted decir que esa pobre joven se perdió en el camino desde la esquina hasta su casa, situada apenas a veinte metros?

Godwin se echó a reír con plausible franqueza. Wolfe resoplaba su gordo furor. Cuando se vació un poco de él, sacó otra carta de la ancha manga de su bata de casa:

—Pasemos a otra cosa: además del cadáver, ¿qué vio usted en la habitación de Ortigão?

La pregunta no podía ser más explosiva. Miró a Godwin y lo vi divertidísimo con mi sorpresa.

—Sí, querido colega —me dijo—. Parece que estoy perdiendo el instinto de la velocidad. Llegué al hotel Continental justamente cuando arribaban los carros policíacos al son de las sirenas y poco después vi que usted bajaba del **mezzanine** muy recién afeitado. Ahora bien, parece que el señor Wolfe quiere saber si usted vio cerca del difunto Ortigão algo que llamara su atención.

Confieso que tuve que pensar a toda velocidad, pero hallé una fórmula:

—Comprendo. Ustedes interrogaron a Virgil y él les dijo que vio a Barelli apoderarse de la pistola de Struckle en la suite de Amorihna.

Mientras Wolfe gruñía, Archie Godwin sonrió profesionalmente y me respondió:

—Sí. Y también nos dijo que vio a Barelli merodeando por el hotel Continental.

Virgil no me había hablado de eso, pero el hecho carecía de importancia para mí. De todos modos, como inferí que ellos estaban suponiendo que

Barelli había subido antes que Virgil, cuando, sin duda alguna, subió después de bajar el poeta, decidí, sacar partido al equívoco:

—Y naturalmente, al verme usted a mí y al no encontrar la policía la pistola que viera Virgil y que, presumiblemente, dejara allí Barelli después de matar al portugués, ustedes han deducido que yo la sustraje —chasquéé dos dedos—. Esperen, esperen: ¿es Struckle el que ha supuesto que yo me apropié de esa pistola en el escenario del crimen?

El proboscidio parecía profundamente dormido y me propuse despertarlo.

—Le advierto, señor Wolfe —dije con sorna—, que mi tío no parece admitir la hipótesis de que Barelli sea culpable.

Tampoco nadie me lo creerá, porque esas cosas impresionantes no suelen repetirse; pero juro que volvió a saltar y esta vez con los ojos muy abiertos y las cejas muy alzadas. Sin embargo, al caer, comprendió que un genio no puede permitirse la flaqueza del asombro e hizo todo lo posible por disimularlo. Cuando se recompuso, preguntó, virulento:

—¿Y qué demonio cree su tío?

Ya en plan de entretenimiento, respondí:

—He leído que el amigo Archie sufre mucho cuando usted se empecina en no anticiparle el producto de sus deducciones. A mí me ocurre lo mismo con mi tío.

—¡No será tanto! —dijo Godwin, muy regocijado.

—¡Basta! —gritó -el hipogordo.

—No grite así, que su corazón no está para alterarse, jefe. Y usted, colega, perdónelo —intervino el auxiliar.

—Archie, yo sé cuándo debo excusarme.

—No tiene usted que hacerlo, señor Wolfe —dije—. Comprendo que se exaspere cuando no atina con una solución feliz. En eso también mi tío lo aventaja. Jamás lo he visto vociferar en callejones sin salida. Pero yo pienso como usted: Barelli se apropió de la pistola del senador, mató con ella a Ortigão y la dejó allí para hacer recaer las sospechas sobre Struckle.

—Archie —dijo el paquidermo—, ¿dijiste a este joven importuno que yo sospechaba de Barelli en el caso Ortigão?

—No, señor. Pero el que piensa como él, soy yo. Y no dudo que usted piense, igual que el tío de nuestro invitado. Es una cuestión de coincidencia

de categorías.

Detrás del gordo se abrió una puerta por la que entró al despacho un hombre de cabeza teutona tocada con un alto gorro de cocinero. Traía una lata de cerveza que colocó delante del hiperpanzudo y en seguida se retiró en silencio. Wolfe, señalándome con uno de sus descomunales índices, y en un tono totalmente despojado de orgullo, dijo:

—Le propongo una transacción y, por favor, no vuelva a mencionar a su señor tío. Comprenda que este negocio es mi único medio de vida, ya que no puedo ni sé hacer otra cosa. Tengo un cliente interesado en atrapar al asesino de la señora do Portobelo y he pensado que puedo llegar a la solución del problema cuando hable con la señorita Howard. No me interrumpa, por favor. He creído entender que usted no la retiene por entorpecer a la justicia, sino, por protegerla físicamente. ¿No es así?

—No del todo así. Aparte de la posibilidad de que alguno de los señores poderosos que fueron amantes de esa señora puedan temer una indiscreción de esa señorita y, por tanto, intentar silenciarla, hemos creído que vale la pena sustraer a una muchacha honesta de todo contacto con el enrarecido ambiente que rodea este caso y en medio del cual bracean cien periodistas áridos de escándalo y cien policías ansiosos de botín.

Wolfe entreabrió los párpados, movió la cabeza una milésima de milímetro hacia adelante y preguntó con decidido tono macarthista:

—¿Que filiación política tienen ustedes?

Como ése es también un siempre esperable lugar común en Norteamérica, me fue fácil replicarle en seguida:

—¿Su cliente es el señor Allan Dulles?

Retrocedió la cabezota, golpeó tres veces la mesa con el puño y, sin duda agotado por el esfuerzo, quedó un ratito desmadejado, laxo. Al cabo, preguntó:

—¿En Cuba, el ambiente no está enrarecido?

—Sí, lo está. Allí respiramos el mismo **smog** moral que nos lleva el aire desde aquí.

—¿No cree usted que algún precio tenemos que pagar a cambio de preservar la civilización que disfrutamos?

—¿Y usted piensa que todos disfrutamos por igual los beneficios de la tal civilización?

Archie Godwin pareció comprender que la situación era demasiado tensa y dijo:

—Señor Wolfe, es casi la hora de subir al orquideario.

—Es cierto —dijo el enorme cerdo—. En fin, señor, yo puedo garantizarle que Archie traerá aquí a esa muchacha y que la devolverá al mismo lugar con absoluta discreción y sin que la policía intervenga. ¿Qué dice usted a eso?

—¿No sería mejor que yo le diese la dirección de Barelli?

Sus ojos centellearon por entre las pestañas.

—Usted no puede darme tal dirección, porque no sabe dónde está Barelli —hizo una pausa larga y añadió—: Pero si supiera dónde está y me lo dijera, yo le entregaría a usted un cheque por cinco mil dólares.

—¡Ya caigo! —dije—. ¿Usted cree verdaderamente que Tessie Howard sabe dónde está escondido Barelli?

El gordo se limitó a refunfuñar, pero insistió en hincarlo:

—¿Por qué no interroga usted a Levsky? ¿O a Smithson? Aunque yo le aconsejaría que celebrara una reunión con el señor Calabrio, el señor Morgan-Mellow y su cliente, el señor Struckle.

La butaca del rinoceronte crujió lastimeramente cuando la bestia hizo un movimiento de impotencia.

—¿Se ha propuesto usted medir mi paciencia, señor mío?

—Lo que me he propuesto medir es su interés en hablar con una muchacha que apenas sabe de ese crimen lo que declaró al capitán Murphy y a un periodista del **Herald**.

Alzó penosamente un índice, me lo enfiló hacia las narices y dijo, sentencioso:

—¿Y no ha pensado usted que esa muchacha muy bien puede ser la autora del hecho o, cuando menos, una cómplice?

—Lo pensé, sí, señor; pero deseché la idea, que, por otra parte, mi tío también rechaza.

En medio de un infernal crujido de hierros y maderas se escuchó la exasperada voz del rinopotamofante;

—¡Archie!

Godwin se apresuró a ir hasta detrás del buró y entonces pude presenciar el insólito espectáculo del fatigoso esfuerzo de una mole de carne abandonar penosamente una infeliz butaca.

Cuando estuvo de pie y apoyado en un hombro de su sonriente secretario, me dijo, con mucha vehemencia:

—¡Váyase al diablo!

El regordo salió del despacho y Godwin me acompañó hasta la puerta.

—Lamento el fracaso de su gestión —le dije.

—No importa. El oficio es así. Gracias por haber venido. Y no crea que me ha engañado: usted es partidario del desarme universal y se ha propuesto confiscar pistolas. Que yo sepa, ya ha confiscado tres: la del tipo de la cinta tricolor, la del senador Struckle y la del guardaespaldas orejudo.

—Por favor, guárdeme el secreto —le dije.

—Seré una tumba.

Me tendió una mano franca que apreté con simpatía. Aún me dijo, antes de cerrar la puerta:

—Con permiso. Voy a ver cómo se siente el hipopótamo después de la paliza que usted le ha dado.

XVII. Aparece un trozo de cordel

Jueves a mediodía

Desde detrás del buró de su modesto despacho, Donovan me dijo:

—Aquí está lo prometido. Son las pruebas de plana de la información que aparecerá dentro de tres semanas en la revista. Por cierto, mucho me temo que va a resultar más sensacionalista que alertadora de la opinión pública, pero éstos hechos, una vez conocidos, hay que divulgarlos, aunque no sea más que por hacer bueno el dicho: «Todo lo poco ayuda.» Un día llegará en que la gente honesta comprenda de una buena vez que vive rodeada de canallas —metió los papeles en un sobre y me los tendió—. No necesito encarecerte que uses esto con discreción.

Con el sobre en mi portafolios, salí a la calle.

Bajé del taxi en Manhattan Bridge Plaza e hice andando el camino hasta Orchard Street. Sorteé por entre miles de personas las carretillas cargadas de vegetales mustios, de ropa vieja, de piezas usadas de toda clase de aparatos y de todo un universo de cosas relativamente inservibles. Encontré el número que buscaba y entré en el zaguán húmedo y oscuro. Evité el desvencijado ascensor de jaula. Escaleras arriba, intenté planear una táctica; pero en mi mente persistían las imágenes superpuestas de Joseph Barelli en el acto de clavar un alfiler en el pecho de su amante, la de su desesperación al no encontrar las joyas en la suite y la del instante en que apoyaba la pistola de Struckle en el cráneo del portugués. Es cierto que para acusarlo del primer crimen yo no tenía pruebas categóricas; pero en relación con el segundo hecho, las declaraciones de Tessie Howard y Homer Horace Virgil, que lo

vieron hurtar la pistola, unidas a la evidencia de yo haberlo visto salir del Continental, eran pruebas concluyentes para mí, a pesar de que mi tío les restaba importancia. También pensaba en que Aaron Levsky, tan vinculado a Barelli, era un punto clave en la solución, debido a sus relaciones con el mercado clandestino de joyas. Asimismo, ya metido en la vorágine de las hipótesis, pensé en el desvergonzado Willie Smithson, uno de los misteriosos partícipes de la segunda ronda de visitantes de aquella tarde. De pronto, en el descansillo del tercer piso, me detuve cuando me asaltó la imagen de Tessie Howard urdiendo mentiras mientras ocultaba en el seno una larga aguja ensangrentada.

Busqué en el desierto pasillo el número del departamento y toqué a la puerta con los nudillos. Esperé en vano un buen rato. Examiné la cerradura. En verdad, no presentó complicaciones a mi eficiente ganchito flexible. Entré. El apartamento de tres piezas parecía un zaquizamí. Todo andaba en un desorden de esos que yo llamo consuetudinarios. Sobre una botella de whisky reposaba un calcetín rojo, mientras su pareja se veía encima de un librero donde se amontonaban en informes rimeros, tres o cuatro docenas de libros, muchos de ellos con títulos en alemán, entre los cuales, lomo con lomo, estaban **La canción del soldado** de Schiller, y el **Mein kampf** de Hitler. Vasos, copas y cucharillas aparecían dispersos por todas partes. En un rincón, cubierta de polvo y tapada a medias por una camiseta raída, una cámara cinematográfica de buena marca estaba volcada sobre una palangana de latón galvanizado. Sin método alguno y sin saber lo que buscaba, hurgué aquí y allá. En la habitación inmediata a la sala encontré, cerca de la cama revuelta, una cómoda con sus tres gavetas semiabiertas. Aquello parecía la vitrina de un coleccionista loco: varias cámaras fotográficas, todas caras; mil cajetillas de fósforos; la parte superior de una prótesis dental; decenas de clavos y tornillos de todos los tamaños, muchos de ellos mohosos y retorcidos; varios frascos de digital; incontables bolígrafos, la mayoría de ellos desarmados; un par de granos de café verde metidos en un sobrecillo; botones de los más diversos colores y formas; una cuchara con el mango roto; trozos de lápices; tapones de champán; varias armaduras de espejuelos; un pequeño rollo de cordel rojo; tres botones enchapados en oro, con las iniciales A. L. y engarzados a una cadenilla... En el baño anexo, una llave

mal cerrada goteaba lentamente. El gabinete sobre el lavamanos aparecía abierto y dentro se veían, amontonados y revueltos, frascos de loción facial, astillas de jabón de baño y de afeitar, brochas, yugos y un par de centenares de navajitas usadas.

Volví a la habitación y, con el auxilio de mi cortaplumas, abrí dos eslabones de la cadenilla para separar uno de los botones inicialados. Lo eché en un bolsillo, cerré la puerta y bajé.

En la calle, mezclado con la gente que vendía y compraba cosas en pintoresco regateo, esperé. Quince minutos después, lo vi llegar. Volví a trepar las escaleras, ya con un plan trazado.

Cuando toqué, el hombre preguntó desde dentro:

—¿Quién es?

—Un vecino —dije—. Quiero devolverle algo que se le cayó al patio.

Abrió la puerta y me miró con los ojos semicerrados y los labios apretados. Como no me estorbaba el paso, entré.

—¿Qué quiere? —preguntó.

Lo miré fijamente al decirle:

—¿No me reconoce? Estuve en Dachau. Yo era un niño y...

Lo menos que yo esperaba fue lo que hizo, es decir, se echó a reír con franco estruendo. De todos modos, aquél era mi juego y tenía que continuarlo:

—Usted también estuvo allí, pero con el otro uniforme.

Cesó la risa, aunque en su cara no apareció el menor signo de temor. Coloqué el portafolios sobre el respaldo de una butaca, descorrí el zíper y saqué del sobre las pruebas de plana de la revista **Liberation**, en las que aparecía un reportaje del periodista Charles Allen^(*), donde se denunciaba, con buen acopio de testimonios, fotos y documentos, la presencia en Nueva York y otras ciudades norteamericanas de un par de docenas de notorios criminales nazis reiteradamente reclamados por los tribunales europeos. Entre los denunciados estaba Adolph Lunger, alias Aaron Levsky. Mostré al falso judío la página en que aparecían dos fotos suyas: una, de completo uniforme de las SS, junto a las alambradas del campo de concentración de Dachau, y otra en la que se le veía ante la puerta de su establecimiento de joyas en la propia Orchard Street.

Levsky echó un ligero vistazo a los papeles y en seguida lanzó al aire la carcajada más insolente que yo había escuchado hasta entonces. No voy a negar que me turbé. Cuando, al final de la sarcástica risa, el hombre me miró de cierto modo prepotente, instintivamente afirmé los pies en el suelo y preparé el puño derecho; pero pronto comprendí que su propósito no era agresivo.

—¿Qué se propone usted? —preguntó en tono despectivo.

—Además de las pruebas que aporta la revista, tengo otras más contundentes y voy a testificar contra usted.

Volvió a reírse, esta vez en tono menor, pero con notable cinismo. Inmediatamente comprendí que algo fallaba en mi táctica, pero tenía que seguir por ese camino ya que, en tales circunstancias, un cambio siempre supone debilidad. Mientras él buscaba algo en los bolsillos, lo observé con detenimiento. Era pequeño, delgado y endeble. Los ojos, muy juntos, parecían ocultarse dentro de la nariz grande y carnosa. Los labios, limitados por dos profundas arrugas que atravesaban las mejillas de arriba abajo, tenían un rictus de insolente desenfado. Por entre el cabello ralo brillaban trozos de un cráneo terminado en meseta. La piel era gris, de un gris azuloso y mate.

Encontró lo que buscaba: un papel, que desdobló mientras me decía:

—No tengo por qué mostrarle esto; pero como lo considero a usted tan inocente como inofensivo, le permitiré que lo lea.

Tomé el papel —un impreso oficial de la CIA— y leí, con irreprimible desazón: «Rogamos encarecidamente nos disculpe por haber demorado la respuesta a su última carta. Esta demora fue motivada por la correspondencia cruzada con motivo de su status. Nos han comunicado, que, según las leyes vigentes, usted no será expulsado del país. El SIN ha ordenado suspender toda acción contra usted. Le agradecemos una vez más su paciencia y su antigua colaboración con la dirección.»(*) La firma era de cierto «coordinador para la información y los asuntos personales»(*). Al devolvérselo, el papel temblaba entre mis dedos. Y no era para menos. Estaba colérico por haber tenido en mis manos la cínica confesión oficial del colaboracionismo entre la Central Intelligence Agency y un notorio asesino nazi, especializado en la reducción de cabezas humanas y en la confección de lámparas, carteras y

hasta **doilies** de mesa, en los que se utilizaba como materia prima la piel de prisioneros asesinados.

El hombre, tomó el papel y lo devolvió a su bolsillo en tanto se complacía en observar burlescamente mi reacción. Creí llegado el momento de ensayar un contragolpe. Saqué del bolsillo el botón orificado y se lo mostré en la palma de la mano. Echó la cabeza hacia adelante y pude ver por primera vez un poco de asombro en su cara gris.

—¿De dónde sacó usted eso? —preguntó.

—No se enfurezca —dije en tono monacal—. A pesar de todo, mi deseo es establecer buenas relaciones con usted.

—¿Se imagina que voy a creerlo? Dígame: ¿de dónde sacó usted ese botón?

—Fue encontrado debajo de la cama de Amorihna do Portobelo en el Waldorf-Astoria —dije, muy tranquilamente.

El nazi ensayó el esbozo de una sonrisa; pero sólo pudo mostrarme una mueca.

—No sé qué pretende usted —me dijo—, pero la policía sabe muy bien que yo estuve aquella tarde en el Waldorf. No lo he negado y...

—¡Oh, sí! —interrumpí—. La policía sabe que usted estuvo allí de tres y treinta a tres y cincuenta. Hay testigos de eso. Lo que la policía ignora es su segunda visita a la suite, ocurrida alrededor de las siete y quince de aquella misma tarde.

El hombrecillo dio tres o cuatro pasos hacia el fondo de la sala y luego regresó por el mismo camino. Se balanceó un poco de un lado a otro, en tanto me miraba. De pronto, corrió hacia la habitación y se puso a hacer lo que yo esperaba que hiciera. Al encontrar en la gaveta la cadenita con los otros dos botones engarzados, la alzó ante sus ojos desorbitados. La tiró sobre la cómoda y regresó a la sala. Traía en la cara todos los síntomas de la incompreensión.

—Siéntese, por favor —me dijo visiblemente abatido.

Me senté en el sofá y él, apartando un calzoncillo de dudosa blancura, tomó asiento en una silla.

—Quiero que comprenda —me dijo— que es imposible que ese botón haya aparecido donde usted dice.

—¿Nunca se quitaba la camiseta cuando iba a verla?

—Debo decirle, señor...

—Thompson. Faber Thompson.

—...debo decirle, señor Thompson, que hace más de un año que no uso esa botonadura. No tengo una sola camiseta de doble ojal. Puede usted registrar la casa si lo desea.

—Desde el punto de vista legal, eso es una puerilidad, señor Lunger...

—Por favor, llámeme Levsky.

—En fin, señor Levsky, debo advertirle que yo no pertenezco a la policía.

—Sin embargo, tiene usted esa... esos documentos. Y tiene ese maldito botón. Y también sabe usted que yo estuve el sábado en... —se echó hacia adelante—. Pero nada de eso puede ser usado contra mí.

Lo vi tan maduro que decidí comenzar a pelarlo.

—¿Alude usted a ese salvoconducto de la CIA? Eso puede librarlo a usted de investigaciones políticas; pero no lo autoriza a matar para apoderarse de una joya valiosa.

Se puso de pie, pero el impulso sólo le duró unos segundos, al cabo de los cuales se derrumbó sobre una butaca. Pasó una mano de dedos afilados por el rostro opaco y dijo, muy lentamente:

—Yo no he matado a nadie, señor Thompson.

—¿Usted quiere decir que no ha matado a nadie en Nueva York?

La alusión a su pasado le hizo daño esta vez. Intentó mirarme fijamente, pero apenas soportó dos segundos mi mirada. Acarició con una mano la meseta del cráneo y parece que encontró algo que decir entre las escasas pelusas:

—Oiga: ¿usted trabaja de acuerdo con Barelli?

Me tocaba reír a mí y me reí.

—No —le dije—. Trabajo por cuenta propia.

Se apretó las sienes antes de decir:

—Estoy seguro de no haber perdido ese botón en la suite. Sin embargo, usted lo tiene. Y solamente Barelli pudo haberlo tomado de aquella cómoda. ¿Me comprende?

—Nada ganaría usted si le dijese que lo comprendo. Quien tendría que comprender eso es el detective de Homicidios encargado del caso.

Parece que vio un puntito claro en las tinieblas y dijo:

—A eso quería llegar, señor Thompson. Si usted muestra ese botón a la policía, lo único que conseguiría es causarme una enojosa molestia.

—Ahora sí lo comprendo, señor Levsky —dije con voz amigable—. Comprendo que cuando aparezca esa información sobre su pasado, con el consiguiente alboroto entre la gente honesta, a usted no le convendría una publicidad simultánea relacionada con el asesinato de una muchacha brasileña y un hombre portugués. Comprendo también que sería muy enojoso para usted, por ejemplo, que el señor Calabrio se enterase de que alguien anduvo regando botones íntimos debajo de la cama de Amorihna do Portobelo. Espere, por favor. Comprendo asimismo que los señores Morgan-Mellow, Struckle y el propio Calabrio se sorprenderían muchísimo si supieran que usted practicaba el hobby de tomarles fotografías en situaciones verdaderamente sicalípticas. ¿Con qué las tomó usted? ¿Con una minicámara oculta en un lapicero o se ocultaba en el bar para tomarlas?

Dio resultado. El hombrecito metió la cara entre las manos temblorosas y colocó los codos sobre los muslos. Así permaneció un ratito. Al recobrar lentamente la postura normal, dijo, haciendo un ademán de resignación con manos y hombros:

—En fin, señor Thompson: ¿qué quiere usted de mí?

Me acomodé, crucé las piernas y fui derecho a ejecutar el plan que había trazado sobre la marcha:

—Señor Levsky, soy inspector de una compañía de seguros y deseo vivamente conocer detalles acerca de cierta piedra verde. No se inquiete. Le aseguro que no sospechamos de usted. Lo que necesitamos es que nos ayude. Tengo en mi portafolios un cheque por dos mil dólares extendido al portador y yo no me opongo a que usted sea el beneficiario.

Los ojillos del hombre brillaron con ese brillo inconfundible de la codicia insatisfecha. Pese a eso, dijo en tono modesto:

—Francamente, no sé cómo puedo ayudarle.

—En primer lugar, deseamos una información confidencial sobre la esmeralda. La señora de Ortigão, atendiendo a una cláusula del contrato suscrito con nosotros, nos informó que usted estaba interesado en comprar la joya.

—Es cierto —dijo—. Claro está que no podía comprarla por mi cuenta. Soy un joyero modesto que a veces hago las veces de corredor. Siempre actúo legalmente.

—Todo eso lo hemos leído en los periódicos, señor Levsky. Le repito que soy inspector de una de las más importantes compañías de seguros. Eso significa que no me pagan para andar en tranvía de un lado a otro. Tenemos muy claras referencias de todos los que se dedican legal y honradamente al negocio de joyas y usted, hasta el momento, está incluido entre ellos. Sabemos asimismo que una casa reinante europea estaba interesada en la esmeralda; pero comprenderá que un príncipe difícilmente condescendería a tratar ese asunto con un humilde joyero de Orchard Street. Eso nos lleva directamente a Tiffany.

—Claro, claro —apoyó.

—Y nosotros nos preguntamos: ¿por qué Tiffany no trató directamente con la señora de Ortigão?

—Eso es fácil de explicar, señor Thompson —se apresuró a decir—. Tiffany le hizo una oferta y ella la rechazó.

—¿Y entonces Tiffany trató con usted?

—No, no. Fuimos nosotros, es decir, fui yo quien le ofrecí mis servicios de corredor legal.

Era una buena ocasión para poner en práctica una de mis especialidades: la de silabear frases esenciales. Y, por supuesto, lo hice:

—Señor Levsky: ¿cuando usted dijo nosotros, pensaba en Barelli?

Me miró con toda la admiración que yo esperaba.

—Sí, sí. Barelli. Barelli...

—Barelli tenía mucha ascendencia moral sobre esa mujer. ¿Es lo que quiere usted decir?

—Eso es. Él me aseguró que convencería a Amoriha.

—¿Ve usted? Eso aclara satisfactoriamente nuestras dudas, señor Levsky.

Esperé a que se recostara cómodamente en la butaca y aún esperé a que encendiera un cigarrillo y lanzara la primera bocanada por entre los labios sonrientes. Entonces le lancé el brulote que tío me había encargado le tirara a la cabeza:

—¿Quién le hizo a ustedes la imitación?

El efecto fue instantáneo. El gris azulado de su piel fue decolorándose hasta tornarse amarillo pálido. La sonrisa fue transformándose en una mueca de indecible asombro. Su cuerpo se laxó. Cuando la metamorfosis quedó completada, dije:

—Es inútil negarlo. Y escuche esto: nosotros sabemos dónde está la piedra original.

Como su salto estaba previsto por tío, no me interrumpí al verlo saltar:

—Eso quiere decir que no entra en nuestros planes ejercer presión policial contra usted ni contra otras personas. Conocido el paradero de la joya, cesa nuestro interés pecuniario en el asunto. Sin embargo, necesitamos archivar experiencia.

También estaba previsto que esa parrafada iba a estimularle valentía y le permití que intentara escabullirse.

—Me alegro de que la joya haya aparecido. Eso me exonera —hizo una pausa y añadió—: Pero, ¿dónde apareció?

—Yo no le he dicho que apareciera.

—¿No? —exclamó, dando un saltito hacia adelante.

—No, señor. Dije que sabemos dónde está. Sólo nos falta decírselo a la policía para recuperarla.

Como quería salirse de la jaula, se atrevió a decir:

—Me alegro, porque ahí termina todo para ustedes.

Aproveché la ocasión para hacerme el ofendido:

—Señor Levsky, ¿se imagina usted que soy tan tonto? ¿Acaso cree que he reunido un montón de evidencias contra usted sólo para venir a decirle que sé dónde está la esmeralda y que, en vista de ello, queda usted libre de sospechas?

Se encogió tanto, que me dio lástima.

—Perdone, señor Thompson, pero yo...

—Ya le dije —interrumpí— que en este negocio es necesario acumular experiencias. Me refiero a métodos, argucias, técnicas, trucos... Su licencia lo acredita como contribuyente del fisco y le ofrece patente para comerciar; pero, no dice una palabra de sus habilidades. Y nos consta que es usted muy hábil.

Volvió a dejarse caer contra el respaldo de la butaca.

—Hay que vivir, señor Thompson, hay que vivir...

—No le niego el derecho a que vivía. Inclusive, a que viva a su manera. Una compañía de seguros, como tal, no está obligada a cooperar con la policía, especialmente cuando sus intereses no han sido afectados. Pero nuestro sistema económico está asentado sobre la base de la libre competencia y eso obliga a perfeccionar los métodos para competir con ventaja. Sus técnicas de usted, es decir, las argucias más o menos legales que utiliza para comerciar pueden ser preciosas para nosotros. Y las necesitamos con exclusividad y de manera confidencial. ¿Me comprende?

Poco a poco, durante mi perorata, el color gris original fue tornando a su piel y asimismo, lentamente, la sonrisa ocupó el lugar de la mueca.

—Lo comprendo —respondió—. Pero, ¿qué gano yo con eso?

—Usted también va a ganar experiencia —hizo un involuntario gesto de rechazo—. Quiero decir, experiencia positiva, si accede a cooperar con nosotros. Si se niega, ganará experiencia negativa... —hice tres segundos de silencio táctico— ...porque de aquí saldré a comunicar al capitán Murphy lo siguiente: «Nuestra compañía sospecha que el señor Aaron Levsky, alias **Adolph Lunger**, en complicidad con el señor Joseph Barelli, asesinó a la señora Amorihna do Portobelo después de intentar cambiar la joya verdadera por una imitación», y, desde luego, acompañaremos el botón de camiseta para probar que usted estuvo en posición de amigo íntimo de la occisa, información que podemos hacer extensiva al señor Enrico Calabrio para lo que él estime oportuno.

Volvió a demostrar sus propiedades miméticas, cambiando otra vez el color gris por el amarillo. Sin darle tiempo a reponerse, agregué:

—Bien sabe usted que la policía de Nueva York no se caracteriza por su espíritu deductivo; pero cuando tiene una cuerda de qué agarrarse, tira de ella con todas sus fuerzas. Y si el que tira de ella es el señor Murphy, el nudo al final de la cuerda aprieta hasta asfixiar. Por otra parte, le confieso que no nos conviene que la policía le aplique a usted el tercer grado y que la prensa divulgue todo la información que usted ofrezca obligado por ese sistema.

Tomé el portafolios e hice el intento de levantarme; pero no llegué a separarme dos pulgadas del asiento, porque el hombrecito se apresuró a estirar los brazos en un esfuerzo suplicante para retenerme.

—Espere —dijo—. Ahora lo he comprendido a usted. También espero que usted me comprenda. En verdad, la idea fue de Barelli. Además, sólo él podía hacer el cambio.

—¿Quién hizo la imitación?

—El Holandés.

Yo no tenía la menor idea del tal tipo, pero dije:

—¿Cómo? ¿El Holandés metido en eso?

—Sí. Vive en el Bronx. Es un gran artífice.

—Uno de los mejores —corroboré.

—Usted sin duda sabe qué él fue el tallista de la esmeralda legítima en Río de Janeiro y, al mismo tiempo, el que hizo la consiguiente imitación de la piedra.

—Ese dato consta en nuestros archivos —mentí con aplomo—. Pero, ¿ve usted cómo puede sernos útil, señor Levsky? Porque quiero confesarle que ignorábamos el actual paradero de el Holandés.

El hombrecito ya andaba rodando cuesta abajo y ni yo mismo hubiera sido capaz de detenerlo.

—Entonces, ¿no saben que él tuvo dificultades en Río?

—Nos llegaron rumores, pero no pudimos confirmarlos.

—¿No recuerda el caso de la sustitución del diamante Bofeiro?

Yo no tenía la menor idea del tal Bofeiro y de su diamante, pero estaba muy claro que tenía que decir:

—Lo recuerdo perfectamente —y agregar—: ¿De manera que el Holandés anduvo metido en eso?

—Sí, señor. Tuvo la suerte de escapar. Vino a Nueva York para, según él, estar cerca de una esmeralda famosa —el nazi soltó una risita cómica—, a la que dice querer como a una hija.

—En cierto modo, lo es —apoyé—. Y, naturalmente, al llegar a Nueva York hizo contacto con Barelli.

—Sí, señor.

Como el hombre seguía hacia abajo a toda velocidad, insinué:

—Y ahí surgió la idea del cambio.

—Exactamente, señor Thompson. El Holandés hizo la segunda imitación de la esmeralda. Aparte de que tenía el diagrama de la joya original, la

conocía de memoria. Como experto en el oficio puedo asegurarle que hizo una segunda imitación maravillosa.

Pareció saborear durante un instante la evocación. Sólo un instante, porque en seguida, cambió el rostro añorante por un gesto cariacontecido para soltarme los preliminares de una sorpresa:

—Y ahí está lo tragicómico del caso. Amorihna no era tonta, señor. ¿Recuerda que la última vez que fue al Metropolitan, los periódicos publicaron su fotografía con la esmeralda?

—Lo recuerdo —mentí—. Enviamos dos hombres para vigilar la piedra.

—¿Pues aquélla no era la esmeralda legítima!

Reprimí el asombro a duras penas para decir con algo de naturalidad:

—Habían escogido ustedes aquella noche para hacer el cambio, ¿no es así?

—Sí, señor —respondió con voz sombría—. Su compañía tiene que estar orgullosa de usted.

—Por supuesto —repliqué—. Y de mi tío también.

—¿Su tío?

—Sí. Es el jefe de inspectores. En fin, que cambiaron ustedes una imitación por otra.

—Así fue —hizo una pausa, sin duda para acopiar veneno, y agregó, en tono francamente insidioso—: Barelli, que hizo el cambio cuando ella regresó de la Ópera, se enfureció y juró que conseguiría la esmeralda legítima aunque tuviera que matar a su dueña.

—¿Usted cree que él la mató?

—Usted no lo conoce. Es capaz de cualquier cosa. Estoy seguro de que fue él quien me robó ese botón y lo dejó allí para enredarme. Él tiene llave de esta casa.

—Ahora creo sinceramente que eso es muy probable. Pero, ¿quién tiene la otra imitación?

Como estaba tan maduro que parecía casi podrido, enrojeció de tal modo que me obligó a pensar a velocidad supersónica para tratar de deducir la causa de su involuntario y súbito pudor. De repente, le dije:

—¿La tiene usted oculta en el...?

Asintió con la cabeza baja y enrojeció aún más.

—No se avergüence —consolé con voz amable—. No se lo diré a nadie. Además, ahí sólo la descubrirán cuando le hagan la autopsia.

Involuntariamente, había yo saltado de la amabilidad, a la ironía. Él me miró, confundido, pero dijo:

—Sé que hay muchos interesados en eliminarme, señor.

—Vistas las circunstancias, es muy natural. Hay muchos detalles misteriosos en este caso, y ya se sabe que el misterio engendra sospechas, dudas. Como le dije, nuestras investigaciones nos llevaron a saber que usted estuvo en el piso alrededor de las siete; pero es el caso que más o menos a esa hora estuvieron también otras personas. ¿Vio usted a alguien por allí?

Quería también deshacerse a toda costa de Barelli, porque se apresuró a decir:

—Sí. Después de bajar yo, subió Joseph.

—Eso ya lo sabemos. Pero, ¿a qué subió usted esa segunda vez?

—A decirle que Tiffany estaba dispuesto a aceptar su última oferta.

—¿Y qué le dijo Amorihna?

—No hablé con ella. Es decir, ella no me respondió. Toqué y no abrió la puerta. Tenía el radio conectado con el volumen muy alto. Insistí en tocar; pero no quiso abrirme. Ella era así, neurótica, maniática, qué sé yo...

Adolph Lunger se dio un manotazo en la frente.

—¡Ahora recuerdo algo! —dijo—. Yo me dirigí al pasillo lateral para tocar a la puerta exterior del bar. Y entonces vi, colgado de la pequeña ventana, un cordel.

Con esas palabras el falso judío se anticipaba a una pregunta que le tenía reservada y me alegré mucho.

—¿Un cordel? —pregunté, fingiendo curiosidad.

—Sí. Un cordel largo, rojo. ¡Oiga! Eso puede ser la solución del misterio de la puerta cerrada. El cordel tenía un anillo atado a una de sus puntas.

—¿No ha informado eso a la policía?

—La policía no me ha molestado.

—Y usted, naturalmente, no quiere molestar a la policía.

—Lo que no quiero es buscarme problemas, señor.

—Eso es muy razonable. Pero, ¿qué hizo usted con el cordel?

—Lo recogí.

—¿Por qué lo recogió?

—Es una manía que tengo. Todo lo que veo en la calle, en cualquier parte, lo recojo. Es un hábito que adquirí en los tiempos de escasez en Berlín, cuando la guerra. Me obsede la idea de que todo lo que encuentro, por insignificante que sea, puede serme útil algún día. Aquí tengo un montón de cosas que he encontrado tiradas...

—¿Tiene ahí ese cordel?

—Sí, señor. Espere.

Febrilmente, fue a la habitación y en pocos segundos estuvo de vuelta con el atadito de cordel rojo, fino, pero resistente. Lo examiné y dije:

—¿No dijo usted que tenía atado un anillo?

—Sí... Sí, señor.

Le clavé la peor de mis miradas y él comprendió muy bien. Sé dirigió a una lámpara de pie, desatornilló un bombillo y tomó del interior del **socket** un anillo. Me lo tendió y lo tomé. Era una alianza de oro muy gastada que tenía grabadas dos letras: J. B.

—Son las iniciales de Barelli —insinuó.

—También pueden ser las iniciales de Jacques Babinet, el inventor del goniómetro, o de Juan Belmonte, un célebre torero español.

—No bromea, señor Thompson. ¿No cree usted que eso sirvió para cerrar la puerta desde fuera?

—Es posible. Sin embargo, su declaración exoneraría a Barelli, porque, según usted mismo, él subió al bajar usted.

—Yo había pensado en eso, pero...

—No se preocupe. Hablaré con mi tío para saber qué piensa del asunto, aunque él cree que esas cosas sólo ocurren en las novelas policiales.

—¿Y todo esto no es como una novela de misterio, señor?

—Claro que sí. Ahí tiene usted esa complicación de la muerte de Ortigão.

Se me crisparon los puños cuando aquel asesino de miles de personas comentó con aire condolido:

—¡Pobre hombre! No merecía esa muerte.

De pronto, saltó otra vez su obsesión antibarelliana:

—Yo me inclino a creer que Barelli lo mató.

—Aunque quizás pudo haberlo hecho usted, yo también pienso que fue él. En fin, señor Levsky, le agradezco mucho su cooperación. Confíe en que seremos discretos. Y, en prenda de nuestra disposición hacia usted, voy a obsequiarle este botón.

Lo tomó ansiosamente.

—En cuanto al cheque —le dije—, comprenderá que los datos que me ha ofrecido tendrán que ser evaluados por mi tío. Le avisaré oportunamente la decisión que se tome. Muchas gracias y buenas tardes.

—Buenas tardes, señor Thompson.

Salí. Ya en la calle, respiré una gran bocanada de aire. Es cierto que tenía su buen por ciento de **smog**, pero no estaba tan corrompido como el que había estado respirando en el antro de aquella bestia inmunda.

Tío me hizo algunas preguntas relacionadas con las imitaciones de la esmeralda y otras acerca de la aceptación por Amorihna de la última oferta de Tiffany, pero no se dignó examinar el anillo. En cuanto al cordel rojo, apenas lo miró, a pesar de que yo lo desenrollé y fui hasta nuestro pantry, gemelo del bar de Amorihna, para verificar su medida.

—Esta cuerda —le dije— tiene el largo suficiente para que una persona, a través de la ventana del bar y valiéndose de un anillo enganchado al cerrojo, pudiera cerrar la puerta desde fuera. Luego le hubiera bastado batir un poco el cordel para que el anillo se desenganchara.

—Muy bien —accedió a decir—. Ahora te bastará encontrar el sitio donde esa persona ocultó una escalera, o un cajón, o algo semejante y que, dada la altura de la ventana, le sirviera para encaramarse a realizar tan difícil y sofisticada manera de cerrar una puerta.

Al verme con las cejas fruncidas, me lanzó otro chorro de su más ácida ironía:

—Además, puedes entretenerte en buscar una respuesta adecuada a esta pregunta: ¿por qué esa persona, luego de tomarse todo ese trabajo, dejó el cordel colgado de la ventana?

En tales situaciones yo suelo ponerme tozudo y medio.

—No tiene que decirme —alegué— que su protegido Barelli no iba a ser tan tonto que dejara su alianza colgada de una cuerda, a menos que lo hiciera por alguna circunstancia imprevista y...

Su mano cortó el aire ante mis narices.

—¡Eso es un disparate! —exclamó—. La persona que premeditase esa extraña manera de matar, no correría el riesgo de lo imprevisto.

—¿No es posible que lo hiciera —riposté— para poner una nota de misterio en el caso? No en las novelas policíacas, sino en la vida real, se han visto muchos casos de asesinos que sembraron detrás de sí detalles ingeniosos y sutiles.

—Sí. Estamos de acuerdo, muchacho. No hay duda alguna de que ésa fue una sutil ingeniosidad premeditada.

—Menos mal que acerté en algo —dije con un tantito de sarcasmo—. Y ahora, ¿por qué no me da su opinión sobre esa pistola, en el caso Ortigão? Está probado que Barelli la robó y...

—Espera. Lo único que está probado es que ese desvergonzado hurtó la pistola y que tú lo viste salir del ascensor poco antes de que descubrieras el cadáver del portugués. Todo lo demás está por probar.

Como quiera que mirándolo de ese modo, tenía razón, opté por la táctica del silencio. Tomé el último número de **Time** y me dispuse a saborear una buena dosis de veneno objetivo.

XVIII. Justicia por cuenta propia

Jueves a la caída de la tarde

Cuando el **bell boy** me tendió el paquete rojo, la sorpresa me estremeció, pero pronto reaccioné:

—¿Qué es eso? —pregunté al muchacho.

—El señor Acconti me encarga decir a usted que él lo espera dentro de media hora en el Oasis.

Tomé el paquete y él hizo la consabida reverencia electrónica, pero no se movió del lugar. Como sé que a veces se les traba el mecanismo y como yo no tenía monedas sueltas, le deposité un dólar en la mano extendida. Inmediatamente recomenzó a funcionar: hizo otra reverencia más acentuada, sonrió al decir «Muchas gracias, caballero», dio media vuelta a lo militar y se marchó, a paso de carga corredor adelante.

Cuando quité el vistoso papel rojo, apareció un estuche de luxe en el que reposaban, sobre un acolchado de algodón artificial, tres botellas del mejor whisky escocés existente en el mercado. Encima de las botellas resaltaba un sobre de carísimo papel de seda. Lo abrí y abaniqué, sin sacarlos, los cinco billetes, tersos y chirriantes, de a cien dólares. En ese momento tío salía del baño y entraba en la sala.

—Llegó Saint Claus —le dije.

Miró de soslayo el sobre que yo mantenía abierto, hizo un gesto incomprensible con los dedos y tomó una de las botellas. Después de leer todo lo que decía la etiqueta, devolvió el bello frasco al estuche y soltó uno de sus sorprendentes laconismos:

—¿Calabrio?

—¿Cómo? ¿Lo dice la etiqueta?

—¿Has hecho en esta ciudad un favor a alguien más que pueda permitirse este dispendio?

—No recuerdo —repliqué—. ¿Sabe que tengo una cita en el bar?

Emitió un gruñido, pero estoy acostumbrado a ellos.

—¿Quiere que le pregunte dónde venden ametralladoras que disparen alfileres de seis pulgadas?

—No digas tonterías. Y devuelve ese dinero.

—Oiga —le dije—, este paquete me costó un dólar. Además, los taxis tienen una tarifa muy alta en esta ciudad. ¿No cree usted que debía deducir los gastos?

Movió la cabeza de manera ambigua, dio un paseíto hasta la ventana, miró un ratito hacia abajo y regresó por el mismo camino. Aproveché la ocasión para pasarle un mensaje en clave:

—La tarde tiene cara de jueves, ¿verdad?

Desde que comenzamos unos años antes a jugar a los detectives, todos los casos en que habíamos intervenido tuvieron una peculiaridad común: la de que fueron resueltos en sólo siete días, a contar del inmediatamente posterior al de la comisión del hecho criminal cometido. Por supuesto, esta particularidad no fue premeditada, sino que, como los dos o tres primeros casos fueron solucionados por casualidad en ese plazo, fue incluida de modo tácito entre las reglas del juego, aunque debo aclarar que fue unilateralmente incluida por mí, ya que era yo quien, dados mi temperamento desasosegado y mi estilo impelente y acuciante, siempre se mostraba interesado en el estricto cumplimiento de tal norma, a la que mi tío, por su parte, consideraba «una limitación subjetiva demasiado ambiciosa para ser cumplida rigurosamente por simples seres humanos». Aquel día era jueves y Amorihna do Portobelo había aparecido muerta en su suite el sábado anterior. Por tanto, apenas faltaban cuarenta y ocho horas para cerrarse el plazo de siete días.

Tío pareció no haber escuchado mi pregunta clave. Se sentó ante su tablero y colocó las fichas en sus respectivas posiciones. Hizo la primera jugada, alzó

la cabeza, sonrió y dijo:

—Sí, es jueves. Y ya tengo, y **tú tienes también**, todos los elementos necesarios para saber el **quién-cómo-cuándo-por qué** del asunto.

Me acerqué a sus narices para decirle, índice en ristre:

—¡Usted dice que tengo todo eso, pero no me ha dicho dónde!

Avergonzado, bajé el índice cuando me dijo, con agridulce mordacidad:

—¿Qué quieres? ¿Que te enseñe el arte de reflexionar en diez lecciones?

Me fui hasta la ventana y hasta allí me llegó su voz, ahora tierna y sosegada:

—No te inquietes, nene. Sólo falta una simple verificación para que también esta vez te salgas con la tuya.

Movió un neón negro y agregó, sencillamente:

—El sábado tendrás la solución.

El exclusivo bar de **rendez-vous** decorado por Tony Sarg desbordó su alcohólico murmullo cuando empujé la puerta de vaivén. Media docena de discretos codazos y varios «**Please**» corteses me permitieron llegar hasta la mesa ubicada en un rincón, donde, a juzgar por su rostro placentero, el señor Acconti esperaba con ansiedad mi llegada. Me señaló con un elegante gesto la silla desocupada y, al tiempo que me sentaba sin mirar a la derecha, dirigí una inclinación de cabeza al señor Enrico Calabrio y devolví la sonrisa al señor Acconti. Mi silla quedaba frente a la de Mugsie Gang, entre la del abogado, situada a mi izquierda, y la del otro tipo.

—¿Conoce al señor Calabrio? —me preguntó Acconti.

—He visto su foto en los periódicos —respondí—. Además, una vez nos cruzamos en el corredor de mi piso.

Mugsie Gang entrecerró sus ojos de sapo, arrugó la voluminosa nariz, estiró los gruesos labios, pasó una mano gorda por la abombada barbilla y me dijo, con una voz triste que no encajaba en su cara redonda y concupiscente:

—¿Lamenta usted mucho la muerte de esa muchacha?

—No tanto como pueda lamentarla usted. Ella y yo sólo éramos amigos.

Dejó a un lado la tristeza y me miró fijamente, de un modo neutro, demasiado neutro. El abogado se echó hacia adelante, visiblemente alarmado.

Con el rabillo del ojo vi que el tipo sentado a mi derecha hacía un movimiento convulsivo. De pronto, el suspense desapareció, porque el señor Calabrio se echó a reír. Acconti emitió un soplido de satisfacción y dijo:

—Le agradezco que haya aceptado mi invitación. ¿Qué desea tomar? Le sugiero un alexander.

—Acepto la sugerencia —dije.

Se volvió hacia el estirado camarero para hacerle el pedido. Después me miró y dijo con exquisita cortesía:

—El señor Calabrio quiere agradecer a usted la gestión que hizo por mi intermedio. Eso le ha evitado molestias.

Ahora me tocó a mí mirar a Calabrio de un modo neutro.

—A quien verdaderamente quise evitar molestias —dije— fue a ese niño.

Por primera vez en mi vida me fue dable medir mi mirada con la de un pandillero notorio y temido. Salí bien de la prueba, porque al cabo de doce segundos, el señor Calabrio desvió sus pupilas hacia el hombre situado a su izquierda.

—Lefty desea disculparse —dijo.

Fue entonces que miré a la derecha. Lefty era el hombre del sombrero de cinta tricolor, aunque ahora llevaba la cabeza descubierta. Era una de esas cabezas de frente abultada y achatada en la cumbre, característica que él cuidaba de acentuar con un peinado de raya al medio, logrado a fuerza de una grasa gruesa y olorosa a heliotropo. Ya no tenía el esparadrapo, pero se notaba una ligera tumefacción en la barbilla. El infeliz sólo soportó mi mirada dos segundos. Me volví hacia su jefe y le dije con tono cortés, casi cordial:

—Me gustaría más que fuese usted el que se disculpara —hice una pausa premeditada antes de continuar—: Yo, a mi vez, me excusaría por meterme donde no me llamaron, aunque debo confesar que ése es casi mi único defecto, además de ser mi hobby predilecto.

Mugsie Gang soltó una carcajada tan sonora que apagó durante un momento el murmullo que llenaba el local. Acconti, un tanto avergonzado por el exabrupto de su cliente, se apresuró a decir:

—Eso... eso... Lo que más pica nuestra curiosidad es saber por qué... Por qué ha hecho usted todo eso...

El camarero llegó con los espumosos alexanders. Esperé a que los colocara sobre la mesa y se alejara y aún levanté mi copa para sorber un trago de la helada mezcla.

—Algunos de mis antepasados —dije— y, por tanto, los de mi tío, eran españoles, justamente castellanos; peor aún, eran manchegos. Es posible que de ahí nos venga el quijotismo. Por otra parte, mi tío tiene tres pasiones, que son, en este orden: mi tía Alberta, el juego de damas y los crímenes misteriosos.

—¿No tendrá usted también tres pasiones? —preguntó Calabrio?

—Si —respondí—. Las dos primeras son mi tío y mi tía, aunque no estoy seguro de si ése es el orden afectivo. La tercera es coleccionar pistolas pertenecientes a tipos que acostumbran usarlas para amedrentar a pacíficos transeúntes.

Metí la mano en el bolsillo, saqué la pistola confiscada y la coloqué delante del tal Lefty. El pandillerito estuvo a punto de volcar la mesa con el nervioso y torpe malabarismo que practicó para tomar el arma y guardarla. Mientras Mugsie Gang reía a todo trapo, el abogado se apresuró a dar otro giro a la charla:

—¿Usted considera que el asesinato de esa muchacha es un misterio?

Confieso que la pregunta me sorprendió; pero reaccioné rápidamente, utilizando uno de mis trucos favoritos: la contrapregunta:

—¿Eso significa que usted no lo considera así?

Le correspondió sorprenderse a él. Sin embargo, pareció comprender mi argucia y replicó:

—El señor Calabrio y yo siempre pensamos que el asesino fue el portugués.

Dirigí mis ojos hacia Calabrio y, en seguida, al de la cabeza engrasada. El rostro del jefe era impenetrable. El hombrecito, con la cara ladeada, tamborileaba con los dedos en el borde de un cenicero dorado. De todos modos, la declaración, pese a inesperada y sugerente, me dio ocasión para entrar en materia.

—Yo no sé qué decir —expuse—. Desde el primer momento pensé que Amorihna y Ortigão habían sido asesinados por la misma mano —tomé un sorbo con el fin de echar una mirada a los tres—. Pero si ustedes tienen

pruebas en qué basar esa interesante hipótesis, mi tío se alegraría mucho de conocerlas.

Acconti miró a Calabrio, que ya lo miraba. Me pareció que habían concordado mentalmente por lo que dijo el abogado:

—¿Acaso su tío tiene otra teoría?

—Nunca sé lo que él piensa. Suele permanecer mudo e inmutable y un día, súbitamente, me dice: «Fulano de Tal es el culpable y lo hizo en tal momento, por este motivo y de esta manera.»

—¿Y usted? ¿Qué piensa usted?

—Yo no cuento, señor Acconti. Cuando estamos enfrascados en un caso, dividimos el trabajo: él piensa y deduce, en tanto yo hago las veces de enlace operativo. Es una buena manera de no estorbarnos el uno al otro.

Primero sonrió Acconti y luego Calabrio. El otro, sin duda alguna, no entendió una palabra. Mugsie dijo, gentilmente:

—Si su tío piensa como usted opera, tiene que ser un gran pensador. ¿No lo crees así, Lefty?

El cabeza chata emitió un ruido incomprensible y alzó su copa para apurar el contenido hasta las heces.

—Sin embargo —dije—, quizás pueda aventurarme a opinar que Ortigão tuvo las mismas oportunidades que tuvieron otros para asesinar a su mujer.

Calabrio se salió de cauce.

—En primer lugar —casi gritó—, ella no era su mujer. No vivían juntos y ella lo despreciaba. En segundo lugar, puedo decirle que él tuvo la mejor oportunidad.

Sospeché que se le había escapado aquella afirmación y le pregunté rápidamente:

—¿Cuándo?

El gángster y su abogado practicaron otra intercomunicación ocular antes de que Acconti se decidiera a decir:

—Poco antes de las siete de la tarde del sábado, Ortigão estuvo en la suite de Amorihna.

Era un buen momento para medir fuerzas y di el primer golpe:

—Aproximadamente a esa misma hora, el señor Calabrio estuvo arriba. Por cierto, iba acompañado.

Hizo efecto instantáneo. Todos —Lefty incluido— se movieron inquietos, con el consiguiente triple intercambio de miradas. Calabrio fue el que habló:

—¿Cómo lo sabe usted?

—¿Ha olvidado que somos vecinos inmediatos de la suite de Amorihna?

Ése fue el momento que escogió Lefty para decir una tontería:

—¿Estaba usted espiando?

Ni siquiera lo miré. Me dirigí a Calabrio para decirle:

—¿Por qué no enseña a su enanito que no se dicen malas palabras en lugares públicos?

El muy imbécil se llevó la mano izquierda al sobaco derecho; pero su jefe lo libró de otra paliza al decirle:

—Lefty, el caballero es mi invitado.

Acconti, siempre oportuno, intervino:

—Piense usted que la visita del señor Calabrio no era clandestina.

—Como no fue clandestino el hecho de que yo los viese pasar por delante de mi puerta.

—Muy cierto —reconoció el abogado—. Pero lo importante es que Calabrio y Lefty vieron a Ortigão salir del pasillo lateral, donde hay una puerta que comunica con el bar de la suite. Y Ortigão llevaba consigo una maleta.

—El dato es muy interesante. ¿Y qué hizo el portugués al verlos?

Calabrio respondió rápidamente, apasionadamente:

—Se escabulló hacia los ascensores. Ni siquiera me miró cuando le pregunté si había visto a Amorihna.

Pensé que en ese momento, al bajar el portugués, llegaba al piso la señora Christie, a tiempo para ver a Calabrio y al otro frente a la puerta de la suite. Como el tema era excitante, quise hurgar más en él y dije al gángster:

—Ortigão estaría furioso por algo que le dijera ella.

—¿Es que no ha comprendido usted? —me dijo Acconti—. ¡Ortigão mató a la muchacha y salió por la puerta lateral!

—¿Y cómo corrió el cerrojo de la puerta?

El abogado sonrió con orgullo y respondió:

—De la ventana del bar colgaba un largo cordel. Además, la maleta que llevaba pudo servirle para alcanzar la altura de la ventana.

Fingí un poco de asombro, me rasqué la frente y dije:

—¿Usted quiere decir que, al marcharse Ortigão, el señor Calabrio tocó la puerta y que Amorihna no le abrió?

—Exactamente...

—Y, claro, de ahí pudo deducir que ella estaba muerta.

—Ahora que lo sabe, ¿usted no deduce lo mismo?

La pregunta era difícil; pero tomé un atajo para escapar:

—No pensaba en eso, señor Acconti. Me preguntaba lo siguiente: ¿por qué no denunciaron esos hechos a la policía?

Lefty dejó de tamborilear y Mugsie Gang soltó su copa con un ademán tan brusco que parte de su alexander se vertió sobre el **doily**. Por su parte, Acconti se apresuró a explicar:

—El señor Calabrio nos consultó antes de tomar una decisión en ese sentido. Mi padre, que es el criminalista de la firma, no estaba en la ciudad. Y cuando llegó, ya Ortigão estaba muerto.

—Eso explica satisfactoriamente la cuestión —dije— pues naturalmente, muerto Ortigão, era una tontería denunciar el hecho.

—Es usted una persona muy inteligente, estimado colega.

Moví la cabeza para hacer el gesto característico de mi modestia. Luego, levanté la copa. Ellos hicieron lo mismo. Fue un brindis silencioso entre los tres, pues el hombrecito tenía la copa vacía. El silencio se prolongó todo el tiempo que el camarero se tomó para colocar nuevos alexanders ante nosotros. Luego me eché hacia adelante para decir, en tono confidencial:

—¿Saben ustedes que aquella tarde, entre las siete y las siete y media, subieron al piso tres personas más?

Tres pares de ojos se me clavaron y tres cabezas se acercaron a la mía.

—¿Quiénes fueron? —preguntó Calabrio, exaltado.

—Smithson, Levsky y Barelli, en ese orden. Yo no estaba **espiando** —subrayé la palabra para que el hombrecito gruñera—; los vi ir y venir porque mi puerta estaba entrejunta —dediqué un amable pensamiento a la dama de incógnito—. Y ahora recuerdo que el señor Levsky, al regresar de la suite, iba enrollando entre los dedos un largo cordel rojo.

—Eso no aporta nada que haga variar nuestra conclusión —dijo Acconti, pero su tono no expresaba mucha convicción.

Como me complace mucho jugar a las hipótesis, le repliqué:

—No sé qué diría mi tío... Yo, que lo conozco, me imagino que razonaría así: «El hecho de que esa muchacha no le haya abierto al señor Calabrio no quiere decir necesariamente que Ortigão sea el asesino. Pudo no haber abierto, simplemente, porque deseaba estar sola. También es posible que ella estuviera muerta antes de que subiera el portugués. Eso significa que muy bien pudo haberla matado alguien que haya subido antes que Ortigão, sin despreciar la posibilidad de que fuese alguien que llegara después de marcharse el señor Calabrio.» Recuerden que la medicina legal no puede determinar con exactitud el instante de un fallecimiento y siempre concede un intervalo de varias horas para encuadrarlo. En este caso —obviamente, no me interesaba hablar del momento en que Tommy Vincenzo recibió el paquete de manos de Amorihna—, la última persona que vio viva a la señora de Ortigão, fue Grace Crawford, lo que ocurrió aproximadamente a las cinco y cuarenta y cinco, aunque Tessie Howard escuchó la voz de Amorihna un minuto después. Es decir, la muerte pudo haber ocurrido entre esa hora y las doce y quince, o sea, el momento en que la policía rompió la puerta de la suite, lo que hasta permite suponer que el capitán Murphy, el primero en entrar en la habitación, haya clavado el arma desaparecida en el pecho de ella, que muy bien pudo estar durmiendo apaciblemente en su comfortable lecho.

—¡Tiene usted una pasmosa imaginación, colega! —dijo Acconti.

—Imaginación aparte, yo creo que no haríamos mal en sospechar de alguien que hubiese estado antes que Ortigão:

El abogado se apresuró a decir:

—Eso elimina como sospechosos a Smithson, Levsky y Barelli, ya que ellos estuvieron después —sonrió al agregar—: Y exonera asimismo al señor Calabrio.

Sólo por seguir el juego de las especulaciones, riposté:

—No es así, señor Acconti. Cualquiera de sus exonerados muy bien pudo haber estado antes, es decir, entre las cinco y cuarenta y cinco y las siete...

Calabrio dio una formidable palmada sobre la mesa y exclamó:

—¡Eso acusa a Levsy! ¡Él, sin duda, había dejado el cordel y regresó a buscarlo! —se volvió hacia su satélite para decirle, silabeante—: ¿Comprendes, Lefty?

Lefty asintió con su cabeza engrasada y movió la silla, pero la mano del jefe se posó sobre su brazo y el hombrecito volvió a su posición anterior. Entretanto, Acconti dijo, en un tono un tanto apresurado:

—¿Y qué opina usted del caso Ortigão?

Le regalé una de mis sonrisas más afables y le respondí:

—¿Por qué se empeña usted en hacerme opinar? ¿Quiere que suba a buscar a mi tío?

El abogado me reciprocó con una sonrisa ancha y me halagó:

—No sea modesto. Todo cuanto usted dice y **hace** —enfaticó el **hace**— demuestra que tiene un claro talento.

—Tiene usted una manera muy agradable de obligarme a opinar. Pues bien, como ustedes me han dispensado su confianza, me creo en el deber de confiar en ustedes —me eché hacia adelante, hice una pausa para alimentarles el **suspense** y dije, en voz baja—: Yo estuve en el Continental con la intención de hablar con Ortigão. Al llegar, vi salir a Barelli. Y cuando subí, el portugués estaba muerto.

El imbécil Lefty me echó a perder el efecto escénico, porque fue ése el momento que escogió para levantarse, acomodarse la pistola bajo el sobaco y retirarse. Por su parte, Acconti me palmeó una mano y me dijo, irónico y susurrante:

—Usted no ha denunciado eso a la policía, ¿verdad?

Crucé las manos sobre el pecho y dije, fingiendo susto:

—Lo que le he dicho es absolutamente confidencial, señor Acconti.

Colocó una mano sobre mi hombro y dijo en tono de cómplice:

—Vamos, colega. Bien sabe usted que está en una reunión de amigos.

Miré la silla vacía y dije:

—Ahora sí es una reunión de amigos.

Les hizo aquello tanta gracia que su dúo de risas me causó un poco de turbación. Cuando dejaron de divertirse, les dije:

—De todos modos, la policía sospecha de Barelli y no tardará en echarle mano.

—Naturalmente —dijo Acconti.

De modo imprevisto, Mugsie Gang dijo:

—Se me ocurre que usted y su tío pueden ganar una buena recompensa si logran probar quién mató a esa muchacha.

—No trabajamos por dinero, señor Calabrio. Y, a propósito —saqué el sobre del bolsillo y lo coloqué junto a su **doily**—, deseo devolverle esto. Sólo tomé lo necesario para cubrir ciertos gastos: taxis, algodón de azúcar, **toasted peanuts**, oportito... Por otra parte, le prometo que si mi tío arriba a alguna conclusión, usted será uno de los primeros en enterarse.

Descubrí —lamentablemente un poco tarde, según sabría después— que el gángster tenía una idea fija:

—¿Usted cree que ese maldito judío es el asesino, ¿verdad?

Yo no estaba seguro de eso ni de casi nada; pero respondí tangencialmente:

—Creo que pudo haber sido. Tenía un motivo: apoderarse de la esmeralda. Tuvo una oportunidad de hacerlo. Y, además, es un técnico.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Calabrio.

—Si espera usted unas semanas, sabrá que Aaron Levsky no es judío ni se llama así. Su verdadero nombre es Adolph Lunger y fue uno de los oficiales ejecutores en el campo de concentración de Dachau.

Acconti y Calabrio se miraron y no se ocultaron para hacer gestos que demostraban un acuerdo tácito. Inmediatamente, el abogado se metió en el camino que yo esperaba:

—En nombre del señor Calabrio quiero hacerle una oferta.

Me acomodé en la silla para escucharlo. Comenzó con un largo circunloquio: Mugsie Gang, después de una visita a La Habana, «la ardiente capital del pecado», deseaba realizar allí algunas importantes inversiones. Ya estaban iniciadas las negociaciones con algunos de sus socios. En aquellos momentos, una comisión de arquitectos trabajaba en los planos de dos grandes hoteles que se erigirían en «la pecadora zona de La Rampa, junto al lujurioso Malecón». El señor Acconti no sabía usar muy bien los eufemismos, por lo que, cuando dijo **hoteles**, no me fue difícil entender que quiso decir **prostíbulos**. Se trataba de importar mujeres de todas las nacionalidades, «para ponerlas al servicio de los turistas ansiosos de

emociones». El señor Morgan-Mellow, «naturalmente», estaba asociado al proyecto. Un senador —no era Struckle—, «amigo muy íntimo del Embajador de Cuba en Washington», gestionaba con éste la franquicia de las autoridades cubanas.

Al final de tan repugnante exordio, llegó la proposición:

—El señor Calabrio tiene un puesto para usted en esa organización. Usted ha demostrado tener dos cualidades que son muy importantes en esta clase de negocios: talento y audacia. Además, es usted abogado. Por eso le proponemos la representación de los intereses del señor Calabrio en La Habana.

Hizo una pausa para sorber dos gotitas de alexander antes de disponerse a poner en juego la calidad de **audacia** que me achacaban. En un párrafo elocuente y persuasivo, expresó, muy seguro de mí, que existía un **pequeño riesgo**: una banda rival —la de Lucky Anastasis—, asociada por iguales razones con el senador Struckle, también gestionaba la conversión de La Habana en un oficializado emporio del vicio en todas sus más conspicuas y sofisticadas manifestaciones. Y, por supuesto, el señor Calabrio no estaba en trance de compartir el monopolio con el señor Anastasis. En fin, que de aceptar, en lugar de un pequeño riesgo, yo hubiera corrido dos riesgos tremendos: el de que tío me retirase su confianza y hasta sus «buenos días» y el de que tía Alberta me bajase los pantalones y me pusiera las nalgas rojas a fuerza de azotes.

En rigor, yo había escuchado la oferta desde el principio hasta el fin con una mirada ambigua y una sonrisa anfibológica que tanto hubieran podido significar: «¡Gracias, ilustres señores, por preocuparse del desarrollo de mi país!», como querer decir: «¡Me cago en el coño de la madre de todos ustedes!» Iba a responderle cuando sonó a mis espaldas una voz amanerada que decía:

—¡Cuánto me alegra verte, Mugsie! ¡Y a usted también, doctor Acconti!

—Siéntate —invitó Calabrio.

—Sólo un momento —dijo la voz.

El recién llegado ocupó la silla que dejara vacante el tipejo de la cinta tricolor. Llevaba sus cincuenta y tantos años con juvenil desenvoltura. El pelo argentado, con su atractivo brillo opalino, le caía en ondas sobre la nuca. Sus

ojos zarcos, su boca breve, su nariz volteadita, sus orejas de volutas perfectas, la redondez de la cara con sus mejillas rosadas y tersas y la barbilla gordezuela y sensual formaban un conjunto capaz de competir con ventaja en un concurso de viejas lindas. Acconti llamó al camarero, le encargó nuevos alexanders y luego hizo las presentaciones:

—Seguramente conoce usted al señor Morgan-Mellow —me dijo. Se volvió al millonario—. Cornelius, este joven va a representar en La Habana los intereses de la nueva compañía.

—Me alegra conocerle —dijo don Creso, y como el camarero llegaba con el pedido, exclamó, extático—: ¿No es cierto que el alexander es un elixir glorioso? Pero tomaré sólo éste, ¡eh! Me esperan en aquella mesa.

Volteé la cabeza cuarenta y cinco grados. Morgan-Mellow pareció fijarse en mi gesto, porque me preguntó:

—¿Conoce usted a sus ocupantes?

Miré con detenimiento y respondí:

—Creo reconocer a uno de ellos. El del traje gris. ¿No es Joseph Alsoph, el comentarista del **New York Herald Tribune**?

—Es él. Pero debió usted agregar que es uno de los más brillantes impulsores de la guerra fría(*). El que está a su lado es Frank Pace, júnior, presidente de la General Dynamics, potente puntal de nuestra floreciente industria bélica(*). El de la nariz notable es Menajen Beguin, uno de los hombres duros de Israel(*). El que está de espaldas es Edward Teller.

—¿Teller? —dije, fingiendo emoción admirativa—. ¿El que declaró ante el Senado contra el físico Oppenheimer?(*)

—Ése es. Pero su mérito mayor es el de ser padre de La Bomba —elogió, riendo, el señor Morgan-Mellow.

—Entonces —dije—, ¿van a celebrar en aquella mesa una reunión en favor del desarme universal?

La pregunta hizo reír a los tres.

—Muy ingenioso —dijo Morgan-Mellow, mirándome con ojos de puta en celo.

—¿Usted dice eso —apuntó Acconti— porque allí están también Nathan Homer Knorr, presidente de los Testigos de Jehová(*) y Bill Wilkinson, Gran Mago del Ku-Klux-Klan?(*)

—Si me prometen guardar el secreto —dijo el millonario con susurrante y fingida clandestinidad—, puedo decirles que el propósito del cónclave es reclutar a Knorr para la Causa.

La Causa, claro, era la guerra y me atreví a observar:

—Sería muy interesante ver cómo argumentan **Atalaya** y **¡Despertad!** en favor de la guerra nuclear.

—¿Usted no cree —dijo Acconti con mucha gravedad— que la explosión de varias bombas atómicas en Rusia produciría muy bien la idea del Armagedón? Las Santas Escrituras son ricas en ambigüedades.

—No es necesario apelar a la **Biblia** —dijo el millonario.

—¿Sería un pecado hacerlo? —pregunté con aire inocente.

El señor Morgan-Mellow rio con femenina sonoridad y replicó:

—La **Biblia** de Knorr, por sí misma, es un pecado —volvió a reír inmodestamente y agregó—: Pero, a los efectos de apoyar a ese justo Armagedón de que hablara Acconti, bastará con que los predicadores de la secta se olviden de la guerra. Pueden sermonear, por ejemplo, acerca de los vicios terrenales.

—Que no son pocos —anotó Acconti.

—¿Y qué cartas juega Wilkinson en ese póker? —pregunté, ahora con el deseo de auscultar sus ideas.

—Bill —respondió Vieja Linda— piensa que buena parte de las operaciones de la próxima guerra deben dedicarse a limpiar el mundo de negros, indios y mestizos.

—¡Ah, vamos! —exclamé—. ¿Y usted? ¿Qué va usted a hacer en esa reunión de especialistas?

—Voy a representar al dólar, querido amigo. En definitiva, de lo que se trata es de salvar al dólar.

—Si es así —comenté, sonriente—, guardaré los pocos que tengo para esperar el alza.

Los tres rieron y Calabrio dijo:

—¿Y qué te parece nuestra adquisición, Cornelius?

La adquisición era yo, naturalmente. El millonario echó un vistazo profesional a la mercancía antes de responder:

—Parece tener talento; pero, y usted perdone, joven, para eso hacen falta otras virtudes.

El abogado asumió inmediatamente mi defensa.

—Fue él quien puso fuera de combate a Lefty.

Morgan-Mellow me miró con cara de estar admirando a Batman y declaró:

—Ésa es una excelente referencia —se volvió hacia Calabrio para cometer una indiscreción, a juzgar por la cara que éste puso—. ¿Y ya te dijo dónde tiene escondida a la muchacha?

Acconti, también sorprendido, intervino:

—No hemos creído necesario preguntárselo. Lo primordial es que él comprenda que es bueno para todos que ella esté fuera de circulación.

Era un buen momento para comprender —si tío no me lo hubiera hecho ver antes— que aquél era el verdadero motivo de tanto agasajo. Por eso me creí en el deber de informar:

—Así lo creí desde el primer momento, señor Acconti. Y como lo que es bueno para todos, lógicamente, es bueno para la señorita Howard, lo mejor será que ella permanezca en un lugar tranquilo.

—Usted parece conocer muy bien Nueva York —dijo el indiscreto.

—En mi adolescencia pasé aquí algunos años.

Calabrio, siempre con su idea fija, anotó:

—Él cree que Levsky mató a Amorihna.

—Yo sólo dije que él tuvo oportunidad, móvil y técnica.

—Eso es muy abstracto —dijo Morgan-Mellow—. ¿Quiere decirme en qué evidencias basa su hipótesis?

Aunque me fastidiaba hacerlo, lo puse al corriente de mis especulaciones en torno a las tres visitas de Levsky a la suite y de lo referente al asunto del cordel rojo. Por supuesto, una de las tres visitas no pasaba de ser una suposición sin verificar.

—Muy interesante —comentó el creso.

Calabrio no cejaba. Se echó sobre la mesa y preguntó:

—¿Tú apoyas esa teoría, Cornelius?

—Murphy es quien debe apoyarla. A él no le costaría mucho trabajo arrancarle una confesión.

Paladeó un sorbo de alexander, me miró con picardía y me preguntó:

—A propósito, quiero preguntarle: ¿cree usted que yo tuve móvil, oportunidad y... y técnica para cometer ese asesinato?

—Si estuvo usted en el hotel después de las cinco y cuarenta y cinco del sábado, entonces usted tuvo la oportunidad. En cuanto a la técnica, no me lo imagino a usted disparando una pistola o apretando una garganta. Sin embargo, su educación y sus buenas maneras se avienen muy bien con ese delicado sistema de clavar un arma afilada en un corazón palpitante.

Morgan-Mellow rió con gracioso desenfado, Acconti sonrió con afabilidad y Calabrio gruñó sordamente.

—¿Y en cuanto al motivo? —insistió Cara de Glúteo.

Tan sólo por darme el gusto de oír gruñir otra vez al gángster, dije, en son de broma:

—La más grande razón que ha inventado el hombre para justificar el crimen es la del amor.

—Cherchez l'homme! —exclamó el abogado.

Morgan-Mellow cesó de reír y preguntó, con sorna:

—¿Cree usted que yo amaba a esa muchacha?

—¿Cómo? —le dije—. ¿Aún no se ha enterado de que goza usted de una bien ganada fama de don Juan?

—¡Oh, no! —declamó—. Si de amor, de amor verdadero se trata, ese móvil le corresponde solamente a nuestro buen amigo Mugsie.

Calabrio dio muestras inequívocas de cólera interior y Acconti intervino por enésima vez:

—Es una tontería pensar que el motivo de ese crimen pudo ser otro que el robo.

—¡Exactamente! —rugió Calabrio—. ¡Y ese maldito judío ambicionaba la esmeralda!

Por aflojar la tensión, dije:

—No desprecio la tesis del robo —miré a Calabrio y a Morgan-Mellow—, la cual los excluye a ustedes —husmeé el aire cómicamente y acerqué mi cara a la del millonario—. En cuanto a su calidad de casanova, percibo aquí, en el Oasis, un aroma raro, algo así como la mezcla del perfume que usa usted y el que prefiere la señorita Crawford.

Morgan-Mellow abrió al máximo sus ojos zarcos; pero sólo durante un par de segundos. Al cabo, sonrió y dijo:

—¿También sabe usted eso?

—Sí, señor. Y esa combinación de olores permanece aquí desde las cinco y cincuenta pasado meridiano del sábado...

Calabrio se echó hacia adelante para preguntar:

—¿De qué hablan?

Le respondió Morgan-Mellow, mientras me señalaba con una mirada picaresca:

—Nuestro nuevo asociado es muy perspicaz, Enrico. En efecto, el sábado, más o menos a esa hora, tropecé en el lobby con Grace. Ella bajaba después de haber discutido con Amorihna. Lo de siempre: sus celos, su resentimiento. Estaba histérica y la traje a beber unas copas de champán — señaló a un lugar situado a nuestras espaldas—. Nos sentamos en aquella mesa.

Me pareció buena la oportunidad para aclarar más el asunto y pregunté al buey de oro:

—¿Y después? ¿No pudo ella volver a la suite?

Pareció alegrarse mucho de mi ignorancia, porque dijo, en un tono mordaz:

—¿No lo sabe usted, míster Holmes?

—No. Había dejado de guardia a Watson; pero se durmió...

El muñecón volvió a reír y explicó:

—Grace se fue conmigo.

—Buena coartada para esa muchacha —apuntó Acconti.

—¡Y para mí! —exclamó el millonario—. ¿No lo cree usted así, joven?

—Sí —dije, muy sonriente—. Pero sólo en el caso de que hubiesen estado juntos hasta después de las doce de la noche.

—La dejé frente a su casa a la una de la madrugada del domingo — replicó.

En fingido son de broma le pregunté:

—¿Tiene testigos?

Se hinchó como un aerostato y declaró:

—Los tengo. En el camino de Trenton hay un lugar discreto, el Lover's Motel. Estuvimos allí. ¿Va usted a verificarlo?

—Su palabra es suficiente —dije.

Se volvió hacia Calabrio para decirle:

—Querido Enrico, trata de asegurarte los servicios de este muchacho. Va a sernos muy útil en La Habana —se levantó con maneras muy corteses—. Me retiro. Teller hace señas de impaciencia.

Lo vi llegar hasta la mesa próxima donde lo esperaban varios abrazos y un alegre alzar de copas. Calabrio, que también lo había seguido con la vista, murmuró, mientras sus gruesos dedos tamborileaban muy lentamente sobre la mesa:

—¡Qué raro!

Acconti y yo intercambiamos miradas interrogantes. De pronto, el pandillero me miró con ojos centelleantes, al tiempo que me decía, en tono inquisitivo:

—¿Cree usted que ellos se encontraron en el lobby **casualmente**?

Subrayó con énfasis airado el **casualmente**. Para ganar unos segundos, pregunté:

—¿Ellos?

—Sí... Esa prostituta y ese... ese maricón.

Acconti palideció de súbito. Por mi parte, advertí las razones de aquella reacción del siciliano y me apresuré a preguntar:

—¿Y qué puede importar si fue o no fue casualmente?

—¿Cómo? —dijo—. ¿No sabe usted que la policía ha determinado que la Crawford fue la última persona que vio viva a esa desdichada mujer?

Hice un ademán, pero me atajó con rapidez:

—¡No me interrumpa, joven! ¿También ignora usted que ese fantoche — volteó el pulgar hacia la mesa de los guerreristas— fue el que trajo a Amorihna a Nueva York?

Acconti intervino, en tono entre medroso y conciliador:

—Pero Cornelius asegura que esas relaciones...

—¡Cállese! —tronó el gángster—. ¡Eso dice él! ¡Y eso me decía ella! — hizo una breve pausa antes de melodramatizar—: ¡Pero yo sé muy bien que

quien la hubiera tenido una vez entre sus brazos ya no podría dejarla de amar jamás! ¡Jamás!

Como me pareció que el teatral exabrupto lo había calmado un tanto, intervine:

—¿Usted piensa, señor Calabrio, que Grace Crawford pudo haber cometido ese crimen, basado sólo en el hecho de ser ella la última persona que vio viva a Amorihna de Portobelo?

—¡Sí! ¡Y pienso, además, que ese millonario homosexual **fue** su cómplice!

Pronunció el **fue** con tan temible son de fiscal implacable que me vino a la mente la idea de que en aquel instante la vida de Morgan-Mellow apenas valía un Lincoln de cobre. Sentí entonces el interés de saber cuánto era capaz de razonar un pandillero repleto de celos y dolor. Es por eso que le dije, con aire de ignorante:

—No veo el móvil.

—¿No lo ve? —replicó—. Yo había logrado convencer a Amorihna de que viajara conmigo a Europa.

—Pero —repuse—, según la señorita Howard, Morgan-Mellow no puso reparos a ese proyecto.

—¡Pura hipocresía! —himpló.

Convencido de que no era capaz de razonar y sí de ordenar la muerte de cualquiera a quien considerara ligeramente sospechoso, me decidí a mostrarle una esquina de cierta carta escondida:

—Señor Calabrio, ¿me creería usted si yo le dijera que Grace Crawford no fue la última persona que vio viva a Amorihna do Portobelo?

Afirmó los puños sobre la mesa y se abalanzó hacia adelante para inquirir:

—¿Quién fue esa última persona?

Volteé la carta, aunque no mostré toda su figura:

—Tommy Vincenzo.

El golpe lo hizo echarse hacia atrás.

—¿Por qué subió él? —preguntó.

Guardé la carta para mentir:

—Ella había pedido que le subieran whisky. Yo he verificado el dato.

Mugsie Gang se relajó. A la ira dio paso una fugaz perplejidad que, a su vez, se deshizo para dar lugar a la calma. Recuerdo muy bien que aquellas repentinas transiciones dieron cuerda a mi intuición, esa inapreciable virtud mía, a la que mi tío llama «vicio detestable». Pensé que aquel estallido de violencia muy bien pudo ser fingido. La experiencia —pese a que mi tío la llama «saco sin fondo»— me había enseñado que algunos sujetos suelen fingirse tremendamente airados para ocultar su culpabilidad. Calabrio había tenido oportunidad al subir después de las siete, acompañado de su incondicional enanito. Y aunque él dijera que ella no le había abierto la suite, era difícil de creer que Amorihna se negara a recibir a quien unas horas antes le obsequiara diez mil dólares y le prometiera un viaje de placer. En cuanto al móvil, pese a que a la una y cincuenta pasado meridiano, él se había despedido con cara alegre y ánimo feliz, según el testimonio de Tessie Howard, no era improbable que entre esa hora y las siete hubiese llegado al conocimiento de Calabrio algún hecho relacionado con su amante que exacerbara su temperamento celoso e impulsivo hasta el punto de lanzarlo a cometer aquel crimen con la complicidad de su pequeño asesino.

Cuando yo situaba mentalmente a Calabrio como primer sospechoso, apareció el cabeza de seboruco. Tiró sobre la mesa un ejemplar de **Scandals** todavía oloroso a tinta fresca y se sentó. Acconti tomó la revista y comenzó a hojearla en forma febril. En la portada, a todo color, aparecía el rostro añinado de Joseph Barelli y debajo, en grandes letras rojas, el título: «El gigoló dispuesto a confesar.»

—¿Qué dice? —urgió Calabrio.

—El editor de esta revista —informó Acconti— asegura que Barelli lo llamó por teléfono para decirle que está dispuesto a confesar por escrito que él mató a Amorihna do Portobelo.

—¿Y a cambio de qué? —pregunté, anhelante.

—A cambio de veinte mil dólares.

Calabrio, exaltado, frenético, exclamó:

—¡Póngase en movimiento, Acconti! —se volvió hacia mí, a medias sosegado, y me preguntó—: ¿Qué opina usted de eso?

—Parece que el hombre necesita dinero para escapar.

—Yo opino lo mismo —dijo Acconti—. Está acorralado.

Calabrio entrelazó los dedos sobre el pecho

—¡De todos modos —dijo, autoritario— vamos a encontrarlo! —como viera que el abogado no entraba en acción, ordenó—: ¡Vamos! ¡Pronto!

Automáticamente, de un modo simultáneo, Acconti y Lefty se pusieron de pie. Calabrio me miró con fijeza y me dijo:

—Sepa, joven, que estoy dispuesto a ser muy generoso con cualquiera que me informe dónde se esconde ese hijo de perra.

Salieron los tres y yo dediqué cinco minutos a sorber, solitario y silencioso, la aromosa espuma del alexander.

Tío estaba colocando las fichas sobre el tablero y le mostré un ejemplar de **Scandals**, pero él se limitó a ojear la portada y a decir:

—¿Y ese muchacho es estúpido hasta el punto de no comprender que esa confesión vale muchísimo más? —hizo una jugada antes de preguntarme—: ¿Y cómo te fue en esa reunión?

Me senté frente a él y le conté todo lo ocurrido en el Oasis. Como quiera que al terminar yo, no daba señales de haber escuchado, comenté:

—En fin, parece que Lefty llegó al Continental antes que Virgil y Barelli.

—Al contrario —replicó—. Sin duda, llegó demasiado tarde. A propósito: ¿notaste si ese tal Lefty olía a pólvora cuando regresó al bar?

La pregunta era sorpresiva y media, y medité un ratito. Recuerdo que el porrazo que me di en la frente con una mano cerrada me produjo un dolor que duró tres días.

—¿Levsky? —fue todo lo que acerté a decir.

—Sí, hijo. A estas horas debe andar buscando a Hitler en el infierno. ¿Cuál es esa emisora de los **flashes** escandalosos?

Fui hasta el radio y conecté con la emisora de los **flashes** escandalosos. No tardó un minuto en llegar a nuestros oídos la repetida noticia: «Aaron Levsky, joyero implicado en el caso do Portobelo, fue acribillado a balazos en su apartamento de Orchard Street. Varios testigos afirman haber visto salir del lugar del hecho a tres individuos, uno de ellos con sombrero de cinta tricolor, ametralladora en mano, los cuales se abrieron paso hasta un buick negro con accesorios cromados.»

Encogí los hombros, desconecté el radio, di un paseo alrededor de la sala y me planté delante del tablero.

—En verdad —dije—, no pensé que ese imbécil de Calabrio tomase tan en serio mi hipótesis del cordelito y de la presunta tercera visita de Levsky a este piso.

En las pupilas de tío brilló un hilo vertical de ternura.

—Siéntate —dijo, eh tono paternal—. Ese trío de pandilleros sólo cometió el piadoso delito de eutanasia —desordenó con manos excitadas la simétrica alineación de las fichas—. Quiero confesarte una cosa: en estos días he sentido el hostigante deseo de provocar deliberadamente y en mayor escala eso que tú provocaste hoy sin querer.

En sus pupilas la ternura había dado paso al furor, un furor extrañamente sosegado. Entonces sentí esa deliciosa sensación de amor filial que suele acometerme cuando lo creo íntimamente preocupado.

—¿Sabe —le dije— que tengo muchas ganas de ver a tía Alberta?

Sonrió al decirme:

—Sólo por no defraudar la confianza excesiva que tienes en las que crees excepcionales cualidades mías, es que todavía ando metido en este asunto, donde el enemigo peor es la impunidad.

Me desagradaba la situación y quise aliviarla.

—Si usted quiere —le dije en tono alegre— puedo robar una bomba Hache al señor Teller para colocarla debajo del Empire State Building. Amiel puede facilitarme una espoleta de acción retardada. Después, nos trepamos los tres en un **jet** y nos vamos a La Habana.

—¿Y vas a dejar aquí a Tommy Vincenzo?

Chasqueé los dedos de ambas manos.

—Nada de eso —dije—. Y como el avión será de seis plazas, podemos llevar también a Tessie Howard.

—Sobra un asiento. Llama a Donovan para que nos acompañe.

Al terminar de reírnos, él recommenzó a colocar las fichas en sus escaques. Terminaba de colocar la última cuando sonó el teléfono.

Descolgué el auricular, dije «Aló» y escuché una voz que preguntaba por mi tío. Le pasé el aparato y le dije:

—Es para usted.

Aparte de que yo suelo ser discreto, él sabe hablar por teléfono con voz inaudible. Refunfuñé un par de ironías acerca de conciliábulos misteriosos y decidí jugar una partida de damas conmigo mismo. Tiempo perdido. Todo lo que pude lograr fue unas vergonzosas tablas.

XIX. Full de ases en el Waldorf

Viernes por la mañana

Al abrir la puerta me enfrenté al hombre alto, elegante, de rostro severo y aladares entonados de gris.

—¿Qué desea? —pregunté.

—Deseo hablar con usted. Soy Perry Mason.

No pude evitar la mudez. Se trataba nada menos que del famoso abogado, cuyos interesantes casos, narrados por Earle Stanley Gardner, constituían **best-sellers** en muchos idiomas. Cuando recobré la facultad de hablar, le dije:

—Tanto gusto, señor Mason. Pase usted.

Como en ese momento se sintieron pasos de varias personas en el corredor, el abogado se volvió instintivamente para mirarlas.

—¡Hola, Philo! —exclamé.

El llamado Philo —¡el célebre Philo Vance!—, un hombre ya bastante maduro, aunque todavía muy flexible, se detuvo, caló en un ojo el monóculo que colgaba del ojal de su bien cortada americana, se acercó a Mason, lo miró a través del pulido cristal y exclamó, dirigiéndose a una de sus acompañantes:

—¡Pero si es nuestro amigo Perry, querido van Dine!

—Ya lo veo —dijo el notable biógrafo de Vance—. ¿También interesado en este extraño asunto, amigo Mason?

—Sí. Pero lo hago por pura curiosidad.

—¿Quiere decir que no tiene un cliente en este caso? Mason se apresuró a decir:

—Ni lo tengo ni lo quiero. Estoy de paso por Nueva York con Della, mi secretaria. ¿Y tú, Philo?

—Sabes que estoy retirado de estas actividades, pero alguien me suplicó que echase un vistazo al asunto. ¿Tienes alguna opinión formada?

—Sólo sé lo que han publicado los periódicos. Se me ocurrió subir a conversar con algunos vecinos —me señaló con una mirada—. El joven ha accedido a recibirme.

—Me parece buena idea, Perry. Yo tengo una teoría y he venido a verificar su posibilidad. Antes de bajar, si el joven me lo permite, pasaré por aquí.

—Con mucho gusto, señor Vance —dije—. No tendrá más que entrar. Dejaré la puerta abierta.

El científico investigador del famoso caso conocido por **Los crímenes del obispo**, el escritor van Dine y el detective de Homicidios que los acompañaba, se alejaron. Mason, quitándose el sombrero, cruzó el umbral. Apenas dados dos pasos, se detuvo para observar a mi tío, que en ese momento, después de ejecutar una jugada, se levantaba de una silla colocada delante de su tablero, rodeaba éste, tomaba asiento en la silla de enfrente y colocaba los codos sobre las rodillas, sin duda para meditar en cómo las piezas negras podían salir de la difícil situación en que él mismo las había colocado.

—Tío —dije—, tenemos visita. Es el célebre criminalista Perry Mason. Se dignó volverse y mirar al visitante.

—Me alegra conocerle personalmente, señor Mason. Siéntese, por favor.

El ilustre visitante se sentó en una butaca, cruzó las piernas, encendió un cigarrillo y dijo, en tono cortés:

—Si no les molesta, señores, desearía hacerles unas preguntas en relación con el caso de la bella brasileña.

Yo iba a responder, pero tío se apresuró a decir:

—Apenas sabemos lo que los periódicos han dicho, señor Mason.

—Por los periódicos supe que ustedes habían declarado no conocer nada relacionado con el caso. Sin embargo, quizás haya algún detalle que ustedes pasaran por alto, sin duda, porque no saben valorar justamente lo que pueda estar o no estar en relación más o menos directa con un crimen.

Tío emitió un gruñido que el señor Mason pareció no escuchar, porque continuó diciendo:

—Por otra parte, la policía, la policía de todas partes y muy particularmente la de este país y, dentro de este país, y por antonomasia, la de Nueva York, nunca es capaz de solucionar otros casos que aquellos en que el criminal ha sido sorprendido poco menos que en flagrante o ha dejado el escenario del hecho lleno de evidencias obvias.

—Mi tío y yo estamos de acuerdo con esa respetable opinión suya —dije—. Pero, créame, aunque, como usted dice, no sabemos evaluar lo que pueda ser más o menos importante, nosotros no hemos visto ni oído nada.

El abogado sonrió y me pareció ver en el filo de sus dientes superiores un brillito de sarcasmo, el mismo sarcasmo en que vinieron envueltas sus palabras:

—Entonces, ¿no fue usted el que habló con Homer Virgil?

Tío levantó la cabeza a tiempo para ver mis cejas enarcadas por el asombro. El criminalista dejó que su sonrisa se expandiera un poco más antes de explicarme:

—Conozco a Virgil. Hace años estuvo en el oeste. Aunque no lo creo capaz de cometer un crimen, tengo el temor de que la policía, como hace siempre, decida echar mano a la parte más delgada de la soga, y no creo que entre los numerosos presuntos culpables haya uno más débil que ese muchacho. Por otra parte, y con esto pongo todas mis cartas sobre la mesa, en prenda de buena fe, un acólito del capitán Murphy, que hasta hace poco prestó servicios en Los Ángeles, me habló de la entrevista de ustedes con dicho oficial.

—Eso significa —dijo tío— que usted ha logrado deducir que nosotros estamos interesados en el caso.

—Exactamente. Y, según las leyes federales...

—¡Un momento! —interrumpí—. Eso que va usted a decir ya nos lo dijeron el capitán Murphy y Nero Wolfe.

—¿Wolfe? —preguntó, algo excitado—. ¿El sordo Nero Wolfe?

—Sí, señor.

—¿Está él interesado en el caso?

—Así parece.

—Entonces, él tiene un cliente.

—Eso me dijo, aunque no mencionó su nombre.

—Perry Mason se levantó y dio un par de vueltas por la sala. De pronto, se detuvo y, como si hablara consigo mismo, dijo:

—A juzgar por los honorarios que suele exigir, sólo puede ser uno de dos: Struckle o Morgan-Mellow.

—¿Y por qué no Mugsie Calabrio? —aventuré a decir.

Me registró los ojos con una mirada fría, estrictamente profesional, antes de replicar:

—Porque Calabrio nunca se pondría en manos de Wolfe. El gordinflón nunca vacila en contárselo todo a su amigo el inspector Cramer, y Mugsie detesta a los soplones.

Como todo aquello sonaba falso, pregunté, con aire inocente: -

—¿Y a quien acudiría Calabrio? ¿A usted?

El criminalista desvió de mí su mirada y la dirigió a mi tío, quien le dijo, con voz muy apacible:

—¿No va a poner esa otra carta sobre la mesa, señor Mason?

El protagonista de **El caso del canario cojo** se rió irónicamente, dio un par de pasos largos y se sentó en la butaca.

—Sí —dijo—, la pondré. El señor Calabrio me ha pedido que estudie el caso. Por cierto, tiene de ustedes la mejor opinión.

Sus palabras me incitaron a participar con más vehemencia en el juego planteado y le dije:

—Señor Mason, usted tiene el hábito invariable de defender solamente a sospechosos que sabe inocentes. De acuerdo con eso, ¿usted considera sospechoso o inocente al señor Calabrio?

—Ésa es una pregunta tonta, hijo —intervino tío—. Quizás el señor Mason sólo haya considerado en este caso la angustia que padece su cliente.

—¿Usted cree —refunfuñé— que Calabrio sea capaz de angustiarse por algo?

—Su tío tiene razón —terció Mason—. Aunque al acudir a su llamado a mí me pareció imposible, lo cierto es que ese hombre amaba intensamente a esa pobre muchacha. Por otra parte, consideré la frustración. Ellos estaban en vísperas de realizar un viaje de placer y...

Lo interrumpió una risotada que lanzó tío. El criminalista, muy amoscado, preguntó:

—¿He dicho algo gracioso?

—Perdone —dijo tío con son sincero—. Yo estoy seguro de que esa muchacha nunca hubiera hecho ese viaje.

—Ella se lo había prometido a Calabrio —alegó Mason.

—Y Tessie Howard es testigo —corroboré.

—¡Tonterías! —dijo tío—. Esa mujer nunca se hubiera movido de Nueva York sin llevar consigo a Barelli.

—Ella y Barelli riñeran aquella tarde —dijo Mason.

—Ellos reñían diariamente —replicó tío—. Esa mujer, aparte de estar tocada de la cabeza, padecía una enfermedad incurable que yo llamo idiotez sexual congénita.

—No me sería fácil probar que ella estaba harta de ese gigoló.

—Ése es uno de los síntomas inequívocos de esa enfermedad, señor Mason. Lo que usted llama hartura no es más que la cíclica aparición de un estado psicopático en que se manifiesta y actúa, por encima del implacable deseo sexual, una carga de odio engendrada en las frustraciones de los anhelos normales; pero esa aversión no tarda en generar a su vez irreprimible lascivia. Si de algo es culpable Barelli es de haberse interpuesto en el camino de esa cortesana. Ese proxeneta es, asquea el decirlo, pero repudio los eufemismos, un profesional del coito. Busque en Nueva York y encontrará algunas mujeres que pueden testificar cómo, una vez entregadas a ese canalla, han quedado esclavizadas a su voluntad.

—Yo intervine en un caso... —comenzó a decir Perry Mason.

—No me interrumpa, por favor —rogó tío—. La declaración de Tessie Howard es muy explícita. Ella riñó con Barelli; pero al final cayó rendida en sus brazos. En ese momento apareció Murphy. Barelli, persuadido de su don de dominio, reapareció más tarde, pero ella ya no estaba en condiciones de reincidir.

El célebre criminalista, que había escuchado con visible interés, dijo, con aire de inspirado:

—Muy interesante su hipótesis, que no contradice la mía. Si se produjera un juicio en que estuviera implicado mi cliente, yo lo citaría a usted como testigo para que, en su calidad de médico, expusiera esos síntomas psicopáticos de la difunta. Apoyado en eso, no me sería difícil convencer a un

jurado de que Amorihna do Portobelo, en medio de uno de esos ciclos que usted ha descrito, deseó ardientemente liberarse de su explotador y por eso aceptó sinceramente la oferta de viajar con mi representado.

—Para eso cuenta usted con el testimonio más directo de Tessie Howard —dije.

—Sí, pero no niegue que sería más espectacular apoyarse en ese interesante argumento científico. De una manera o de otra, mi interés radica en probar que el señor Calabrio no tenía motivo para matar, sino que, por el contrario, lo que más deseaba en el mundo era que esa muchacha viviera para hacerlo feliz.

El abogado miró a tío, acaso para buscar su apoyo. Yo también lo miré. Todo lo que pudimos ver fue que movía una pieza blanca y la hacía saltar por encima de tres peones negros. Mason cruzó los brazos y me dirigió una mirada en la que me pareció ver un poco de perplejidad. Yo me limité a encoger los hombros y a decirle, por animarlo:

—Hasta donde yo sé, señor Mason, no creo que mi tío considere culpable al señor Calabrio.

Masón regresó fácilmente a su arrogancia y me dijo:

—Como bien dijo usted antes, si yo lo creyera culpable, no hubiera aceptado meterme en este endiablado asunto.

—¿De veras lo considera endiablado? —pregunté.

Para responder, usó mi técnica:

—¿Qué opina usted?

—Lo mismo —dije—. Aunque es posible que por diferentes razones. Por ejemplo, ese hecho diabólico del arma desaparecida.

—Legalmente —expuso Mason—, el arma tiene una importancia relativa. Es decir, su desaparición no cambia el cuadro legal.

Aproveché la oportunidad para espolear al campeón mundial de damas:

—Sin embargo, mi tío concede mucha importancia a ese detalle. Si no le he entendido mal, apenas aparezca el arma, él tendrá la solución del asunto.

—Respeto esa opinión —concedió Mason—; pero repito que no tiene fuerza jurídica. Por otra parte, con arma o sin arma, a mí sólo me interesa dejar aclarada la situación de mi cliente.

Tío abandonó la contemplación de su amado tablero y dijo, en el tono peligrosamente pausado que suele utilizar inmediatamente antes de ponerse mordaz:

—No tiene que insistir en eso, señor Mason. Cualquiera que haya leído sus casos sabe que usted se debe exclusivamente a sus clientes y que por probar la inocencia de uno de ellos es capaz de convertir la leche en vino. No lo critico. Usted está forzado a utilizar métodos acordes con la sociedad en que se mueve. Yo, más que abogado, lo considero un gladiador que se lanza a la arena dispuesto a utilizar todas las artimañas que le permitan sobrevivir. Pero en este caso, se lo aseguro, no tendrá usted ninguna dificultad para probar la inocencia del señor Calabrio. Cuando lo consiga, se marchará usted a Los Ángeles, entregará a su secretaria Della Street el jugoso cheque de los honorarios para que lo acredite en su abultada cuenta bancaria y se desentenderá de todo lo demás.

—Espere —dijo Mason—. En cada uno de mis casos he contribuido a desenmascarar al culpable.

Contradiendo su habitual comedimiento, tío polemizó:

—En cada uno de sus casos publicados en **pocket-books** o filmados por Hollywood.

Masón abrió la boca dos pulgadas. Yo la abrí tres. El aire comenzó a oler a tensión. El abogado avanzó hacia mi tío.

—¿Cómo dice usted? —preguntó casi a frente tocante.

—Digo que, dados su estilo, sus métodos y su notoria falta de tiempo, usted, sin duda, ha tenido casos en que, probada la inocencia de sus clientes, sin necesidad de juicio público, se ha despreocupado de la solución.

Acaso para no estrangular a su oponente, el abogado cruzó los brazos sobre el pecho y exclamó:

—¡Yo no soy un idealista, señor mío! ¡A la policía y a los fiscales corresponde probar culpabilidades.

—No se altere, señor Mason —intervine—. Creo que eso mismo quiso decir mi tío. En lo que a mí concierne, me parece muy justo que actúe usted de ese modo. El tiempo, para un abogado famoso, es dinero. Lo que ocurre es que a él —señalé a tío con el mentón— parece sobrarle el tiempo. Por otra parte, usted es sajón y él es latino. Además, usted cobra altos honorarios y...

A pesar de mi tono conciliador, Mason me interrumpió:

—Hay algo que debo decirles. En Estados Unidos se cometen a diario incontables crímenes. Obviamente, yo no puedo ocuparme de todos, ni siquiera de muchos. Sin embargo, cada año pago con puntualidad los impuestos sobre mis ingresos, con lo que contribuyo a mantener la organización encargada por la sociedad para reprimir y castigar el crimen. Ahora bien: mis ingresos proceden del ejercicio de mi profesión y tengo el derecho de seleccionar el modo de incrementarlos pingüemente. Estoy obligado a vestir con elegancia. Tengo el deber de alimentarme adecuadamente. Debo pagar una generosa renta por el lugar donde vivo. Cada día necesito echar combustible en el tanque de mi automóvil. La eficiencia de mi secretaria me cuesta cara. De mí depende, en buena medida, un par de detectives especializados. Los libros que apoyan mi trabajo tienen altos precios. Todo ello me obliga a seleccionar clientes capaces de pagar honorarios adecuados a tales gastos. ¿No tengo el derecho de hacerlo así?

Me apresuré, a decir:

—Después de escuchar esa profesión de fe, o fe de profesión, yo creo que sí.

—No me opongo a su derecho —dijo tío—. Lo que usted no percibe es que forma parte de un mecanismo social absurdo, lleno de contrastes y contradicciones y en medio del cual malgasta sus energías y su talento, que muy bien pudiera poner al servicio de causas más nobles.

—¡Yo solamente soy abogado! —alegó Mason con apasionamiento.

—Yo conozco el caso de un abogado, solamente abogado, que piensa de otra manera.

—Ya sé que es usted amigo de Donovan —replicó, todavía exaltado—. Pero Donovan es un político soñador.

—Exactamente —replicó tío—. Pero, ¿usted cree vivir absolutamente al margen de la política?

Miré a Mason para observar su reacción frente a aquella ironía inculpadora y vi que una vena de su cuello comenzaba a hincharse. Y, sin duda, iba a decir no se sabe qué exabrupto, cuando se produjo la entrada triunfal de Philo Vance, seguido por su inseparable van Dine y por el detective.

—Con permiso —dijo Vance—. Perry, creo tener la solución del caso. La irritación del criminalista dio paso a la curiosidad.

—¿De veras? —dijo.

—Sí. Entre las terrazas de la suite donde se cometió el crimen y la de enfrente —explicó el héroe de **El escarabajo sagrado**— hay un espacio de cinco metros con sesenta centímetros. Mira: he trazado un plano.

Masón tomó el papel que le tendía su colega. Yo, mirando por encima del hombro del abogado, pude verlo. Desde el punto de vista técnico, el dibujo era perfecto. Vance señaló, las dos terrazas y dijo:

—Bastaría tender un puente entre las dos terrazas para ir de una suite a la otra.

—¿Con qué harías tú un puente sobre un abismo de quinientos pies de altura? —preguntó Mason con mal oculta mordacidad.

—En este piso —explicó el otro, con tono profesional—, al fondo del corredor, varios obreros trabajan en el remozamiento de una suite. Ellos usan para los andamios unas tablas lo suficientemente largas para unir las dos terrazas.

El juego era tan divertido que sentí la tentación de participar en él y dije, con mi mejor aire infantil, al tiempo que recordaba al tipo del fusil con mirilla telescópica:

—¿Eso no hace recaer la culpabilidad sobre los inquilinos de la suite situada enfrente de la de Amorihna?

—¡No, no, no! —se apresuró a decir Vance—. Allí vive un matrimonio recién llegado de Rusia. Él es Lee Harvey Oswald, invitado al hotel por la Central Intelligence Agency y, por tanto, está libre de toda sospecha. Su esposa es rusa y hace solamente unos días pisó por primera vez nuestro país(*). Es decir, no conoce a nadie aquí. Además, el día del crimen ellos habían salido. Fueron a Bedloe Island. Oswald quiso enseñar a su esposa la Estatua de la Libertad.

Masón meditó unos segundos, antes de decir:

—¿Supones que alguien entró en ausencia de ellos?

—Sin duda alguna —replicó Vance, muy enfático.

—Es una magnífica hipótesis —intervino van Dine.

—¡Estupenda! —dije yo—. Este hotel tiene dos mil y tantos empleados. Cualquiera de ellos tiene más o menos fácil acceso a las llaves maestras. Sólo falta interrogarlos a todos para encontrar al culpable.

Mientras Vance me miraba con desdén, Mason lo hacía con afinidad. El detective de Homicidios, que andaba prudentemente alejado, se acercó, se dio un golpe en la frente y dijo, muy ufano:

—Yo creo que el asesino se descolgó por medio de una cuerda hasta uno de los pisos inferiores.

—Cierto —dije—. Y luego el cadáver de Amorihna desenganchó la soga y la tiró hacia abajo.

Vance, que me miraba receloso, apartó con desprecio al alelado detective, se colocó el monóculo y se acercó a observarme con meticulosidad. Ya satisfecho de su examen profesional, me dijo:

—Las llaves no son imprescindibles, joven. ¿O no cree usted que hay otros procedimientos para abrir una puerta?

—Depende de la puerta, señor Vance —repliqué—. Cualquier cerrajero le dirá a usted que las cerraduras de este hotel fueron diseñadas para hacer imposible la acción de los ladrones.

—Por tanto —intervino tío para apuntalar mi observación—, sólo le queda a usted deducir que alguien sustrajo las llaves de ese agente de la CIA para usarlas directamente o para sacar copias. Eso significa, señor Vance, que existe un sospechoso desconocido, porque ninguno de los implicados hasta ahora pudo utilizar el procedimiento que usted supone.

—¿Por qué no?

—Porque imagino que ninguno de ellos esté apto para correr el riesgo de balancearse en una tabla sobre ese abismo de que se ha hablado. Sería mucho mejor que buscara usted un sospechoso entre los trapezistas profesionales.

Vance reflexionó unos segundos antes de replicar:

—En cierto modo, comparto su idea. Puedo asegurar, bajo juramento, que a mi entrañable amigo Cornelius Morgan-Mellow la altura le produce vértigo. Por su parte, el señor Calabrio está demasiado gordo para esas piruetas. En cuanto a Struckle, sé que carece de... de valentía para correr semejante riesgo. Sin embargo, los otros...

—Barelli, por ejemplo —dijo Mason.

—Pensaba en Barelli. Es un criminal nato y...

—Barelli tenía llave de la suite —interrumpí.

Cogido **in fraganti**, Vance titubeó al replicar:

—Cierto, pero... Quizás entró por la terraza para complicar el asunto. Peores astucias se han visto. Además, también hay que pensar en Smithson y en ese judío... ¿Cómo se llama, van Dine?

—Levsky. Aaron Levsky —dijo el escritor—. Y no olvides al poeta Virgil.

Mason descruzó los brazos y exclamó con mucha vehemencia:

—¡Un momento! ¡Puedo probar que Virgil también padece de vértigo!

Se volvió hacia mí para decirme al oído:

—¿No se lo dije? Andan buscando el lado más débil de la soga.

—No puede despreciarse ninguna posibilidad —dijo Vance—. Por ejemplo, esa muchacha, la Howard. Hay muchas mujeres equilibristas.

Tío levantó los ojos del tablero y soltó una de las suyas:

—La señorita Howard muy bien pudiera ser equilibrista, pero no levantadora de pesos. Considere que una tabla de casi seis metros de largo debe tener, para servir de puente entre esas dos terrazas, no menos de veinte centímetros de ancho y unos cinco centímetros de espesor, todo lo cual supone un peso considerable y cierta dificultad para su manejo y traslado. Por otra parte, no puedo imaginarme a la señorita Howard, ni a ninguna otra persona, cargando ese pesado tablón de aquí para allá y de allá para acá, sin que nadie la viese.

Vance volvió a colocarse el monóculo y casi corrió hasta frente a tío para preguntarle:

—¿Y usted quién es?

Tío lo miró de un modo que yo entiendo muy bien y me apresuré a intervenir:

—Es mi tío, señor Vance. Es médico. Especialista en hidrargirismo.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿participan ustedes en el congreso que se celebra en el hotel?

—Participa él. Yo soy un simple traductor.

—¿De qué idioma?

—De español. Somos Cubanos.

También el ilustre señor Philo Vance cometió una vulgar patriotería al decir, muy asombrado:

—¿Cubanos? ¿Y qué interés pueden tener ustedes para mezclarse en la investigación de un crimen cometido en Estados Unidos?

—Puro diletantismo! —respondí.

—Eso es absurdo —insistió el jingoísta—. Nunca oí hablar de un latinoamericano que se dedicara a la investigación criminal —se dirigió a Mason para preguntarle—: ¿Es eso legal?

El criminalista, que andaba abstraído, preguntó:

—¿Si es legal qué?

—Que un extranjero haga investigaciones privadas en nuestro territorio.

—No es ilegal en cuanto no interfiera la acción de la justicia o no cometa otra acción punible —me clavó una mirada que comprendí muy bien—. Por ejemplo: interrogar a testigos, fingiendo otra personalidad que la propia o utilizando argucias extorsionistas para obtener información.

Philo Vance, el siempre correcto Philo Vance, se desenfrenó:

—¡Pues yo digo que...!

No terminó la frase. Él, Mason, van Dine, el detective y yo nos lanzamos al corredor para ver de dónde procedía aquel estruendo terrible que se produjo. Al mirar hacia la derecha, pudimos ver a un hombre corpulento que chocaba furiosamente contra la puerta de la suite de Amorihna. Cuando el tipo, enloquecido, volvía a tomar impulso para una nueva arremetida, el detective gritó:

—¡Santos cielos! ¡Es Mike Hammer! ¡Sin duda, se ha vuelto loco!

Corrió hacia el lugar y llegó justo en el momento en que se producía el terrible impacto del hombre contra la puerta. Mike Hammer se agarró el bíceps derecho y expelió un sordo gemido, en tanto que el detective lo sujetaba por el brazo izquierdo y decía:

—¿Qué ocurre, Mike?

—¡Lo de siempre! —rugió Hammer—. ¡Me niegan el derecho a vivir! ¡Necesito entrar en esa suite!

—¿Pediste autorización?

—¡Ese maldito Murphy es un hijo de perra! —vociferó—. Algo estará tratando de ganar en todo esto.

—Respetar a la autoridad, Mike. Yo...

—¡Tú eres igual que todos! ¡Suéltame si no quieres perder las narices, maldito polizonte!

El detective se apresuró a soltarle, dio un paso atrás e hizo el ligerísimo intento de formar un puño con la mano derecha, pero se decidió a deglutir el insulto y a conciliar la cuestión:

—Vamos, Mike, no seas terco. Recuerda que la violencia siempre te acarrea dificultades.

—Al contrario, son las dificultades las que me provocan violencia.

—¿Tienes la licencia en regla?

—La tengo, pero, ¿de qué me vale? Quiero entrar en esa suite y no me autorizan.

—Está sellada por la fiscalía.

—¡Buenos pájaros son también los de la fiscalía!

Entretanto, Vance se había acercado al protestante y, luego de observarlo en forma detenida a través del monóculo esgrimido a manera de lupa, le preguntó:

—¿Es usted, verdaderamente, el tan mentado Mike Hammer?

—Sí. ¿Qué se imaginaba que era yo? ¿Una espiroqueta o una huella dactilar? —escupió hacia un rincón antes de agregar—: Pero, ¿y usted quién es?

—Philo Vance, señor mío. Y aprovecho la ocasión para decirle que desapruébo sus métodos violentos.

El irascible Mike Hammer bañó al señor Vance con una mirada desdeñosa y le dijo, casi a boca tocante:

—¡Y yo me paso por aquí —señaló su entrepiernas— sus deducciones científicas! Usted vive entre cacharros arqueológicos y camina sobre alfombras persas. Yo me muevo entre cachimbas de opio, pistolas de gánsters y sábanas de lenocinio. Su ambiente es el de las aristocráticas mansiones de la **Fifth Avenue**. Yo respiro el aire envenenado de Harlem y Hell's Kitchen. Usted maneja una lupa con sus dedos de señorita. Yo tengo que usar una manopla entre los nudillos de mi garra. ¡No! ¡No somos iguales, señor vejestorio!

Ante el puño amenazante de Hammer, Vance se replegó un par de pasos y, semivuelto hacia su biógrafo, dijo:

—¿Tú has oído eso, van Dine?

Van Dine encogió los hombros y frunció la nariz. Hammer paseó su mirada alrededor y la detuvo sobre mí.

—¿Es usted el cubano? —dijo, con honrosa cortesía.

—Sí —respondí.

—¡Linda faena hizo usted con Lefty, el matasiete de don Calabrio, y con los dos guardanalgas de Struckle!

—Se hace lo que se puede —dije, con aire modesto.

Se acercó más para decirme, muy sonriente:

—Por ahí se dice que es usted la única persona en Nueva York que sabe dónde está escondida esa muchacha, la linda secretaria de la difunta.

—¿De veras que se dice eso? —pregunté con mi mejor aire de inocencia.

—No se haga el tonto. Sé que usted es astuto y yo admiro la astucia. La astucia y la audacia. ¿Puedo verlo uno de estos días? Ahora tengo mucho que hacer. Ando en busca de esa cochina esmeralda.

—Me agradecería mucho conversar con usted —dije, sonriente.

—Le llamaré por teléfono.

Se abrió paso separando violentamente a Vance y a van Dine y al ver a Mason junto a mi puerta, le dijo:

—¿También tú por aquí, Perry?

—Ya lo ves —dijo el criminalista.

—Somos una manada de lobos. Saluda a la linda Della.

Siguió su camino y, al pasar junto a una señora muy compuesta, que curioseaba el espectáculo, se acercó a ella y ante sus propias narices emitió un rugido, sacó quince centímetros de lengua y le dijo:

—¡Es muy temprano para andar por los pasillos con perlas falsas, puerca burguesa!

La dama, aterrada, lanzó un aullido y se metió en su suite al compás de un sonoro portazo.

En ese momento sentí que una mano metía algo en el bolsillo de mi camisa deportiva. Eché una mirada y sonreí. Extraje con dos dedos el

flamante billete de cincuenta dólares y lo puse en el bolsillo de la americana de Mason, donde florecía un pañuelo perfumado.

—Gracias —le dije—. Mi tío me tiene prohibido aceptar propinas.

—No es una propina —replicó, con simpática franqueza—. Es un intento de soborno. De todos modos, si sabe algo de Barelli, le ruego me lo informe —me entregó una lujosa tarjetita.

Junto a la puerta de nuestra suite, Vance y van Dine hacían esfuerzos para lograr que tío aceptara la hipótesis del tablón.

—En fin —dijo Mason—, les ruego me perdonen la molestia. ¿Vienes, Philo?

—Sí —dijo el atildado Vance—. Hasta la vista, señores.

Se alejaron los tres. Tío y yo entramos. El detective estaba diciendo al auricular del teléfono:

—Sí, señor fiscal. Hammer estaba peor que furioso. Profirió insultos contra usted y contra el capitán Murphy. No, señor. No creo que haya causado daños a la puerta. Sí, sí, sí, señor.

Colgó y se volvió hacia nosotros.

—Hasta el fiscal le tiene miedo a ese loco —dijo—. Yo les quitaría la licencia y metería en la cárcel a todos los entremetidos que entorpecen la acción de la justicia.

Se acomodó el sombrero sobre su cabeza vacía y caminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió para decir:

—Eso también va con ustedes.

La máquina del tiempo hizo que, en un segundo, transcurrieran diez años. Tío aprovechó para exclamar, en sonoro español:

—¡Vaya usted al carajo!

—¿Qué dijo? —preguntó el politonto.

Me apresuré a traducir:

—Que tenga usted muy buenos días.

Salió, no muy convencido de mi versión libre. Fui a cerrar la puerta y cuando regresé a la sala, tío se disponía a realizar una jugada en su tablero.

—No soy tonto —le dije—. Cuando usted habló de que ella no estaba en condiciones de reincidir, quiso decir que ya estaba muerta al regresar Barelli. ¿No es así?

—Sí.

—Y eso quiere decir que ya tiene usted la solución.

—Sí.

—Sin embargo, no me va a anticipar nada.

—No. Ayer te dije que mañana la tendrás.

—No se moleste. Yo sé cuál es: Amorihna era una espía rusa y el vecino Oswald, agente de la CIA, le disparó un dardo con su fusil desde la terraza. El dardo, claro, era de hielo endurecido al fuego; pero, después de herir, se derritió.

Premió mi hipótesis con una buena sonrisa y dijo:

—El tal Oswald tiene todas las características de un fusilero mercenario, pero nada tiene que ver con este caso.

Hizo una jugada con una pieza blanca y lanzó una tremenda profecía:

—Es posible que algún día oigamos hablar de él.

XX. Solución al paso

Viernes a media mañana

James Donovan fue una de las víctimas de las ordalías macarthistas. Recuerdo que, después de deponer ante la tristemente célebre comisión del Congreso, ocasión en que manifestó con ardorosa valentía y con irrefutables argumentos su «entrañable amor a la paz mundial», abandonó Estados Unidos y vino a refugiarse en la modesta casa de mis tíos. Siempre me agrada recordar aquella figura alta, roja y maciza que cada mañana regaba los arriates floridos de tía Alberta y que cada tarde daba un largo y lento paseo por las soleadas calles del Vedado, muchas veces en mi compañía, y nunca olvidaré la suave presión de su mano en mi brazo y su voz cálida, oferente de consejos y enseñanzas que mucho contribuyeron a mi formación política.

Ahora ese hombre —más alto, más rojo, más macizo— estaba sentado en la sala de nuestra suite, con una taza de café entre sus manos, que eran, al mismo tiempo, suaves como pétalos de mariposa y fuertes como tenazas de herrero. Tío y yo escuchábamos con atención sus razonadas opiniones sobre la crisis general de la sociedad norteamericana.

A una pregunta mía, Donovan respondió:

—Sí. Una de las consecuencias, síntoma a la vez, de esa crisis es el asombroso crecimiento de la criminalidad. Ni los más reaccionarios personeros de esta maléfica sociedad que se apoya en el espejismo del **american way of life** son capaces de negar lo que la seca frialdad de las estadísticas afirma. Pero lo peor es que esas cifras, con ser desoladoras, ya no alarman a nadie, acaso porque la gente considera normal su crecimiento fatalmente progresivo. En rigor, estamos frente al espectáculo de una sociedad insensible que sólo parece ansiosa de batir sus propios récords de

pillaje y de violencia. Ahora mismo, una pareja de homosexuales ha confesado haber encontrado un nuevo uso para el nylon. Simplemente, esa especie de símbolo industrial de la época ha resultado eficaz para envolver cadáveres. Esos infelices lo han experimentado cuarenta veces. Y la policía, incapaz de otra cosa, ha encontrado un buen pretexto para entretenerse. «Aquí», dicen los asesinos. Y dos robustos sargentos cavan alegremente hasta encontrar a un homosexual podrido dentro de una bolsa de nylon. «Acá», y otro cadáver aflora dentro de su bolsa aséptica(*). Ya Madison Avenue tiene pretexto para crear un nuevo anuncio: «Mate y envuelva a sus víctimas en bolsas Dupont: amplias, bellas, impermeables e incorruptibles.» No bromeo. ¿No han visto ustedes esa revista, francamente llamada **Assassin**, que enseña cómo matar a un presidente y, además, pide a sus lectores que ideen sus propios métodos magnicidas?(*) No es por pura casualidad que cada segundo ocurra un asalto a mano armada ni que cada minuto se cometa un robo o se lleve a cabo un homicidio. Y todo eso se produce en medio de un crispante consenso de indiferencia.

Hizo una pausa para sorber café y continuó:

—Hoy mismo, en medio de la miseria y el hambre en que cien pueblos se debaten por causa del subdesarrollo; en tanto una docena de dictadores apalean, torturan y asesinan a quienes intentan solicitar siquiera un poco de justicia social; mientras aquí mismo, en Nueva York, rutilante escaparate de la civilización occidental, ratas voraces devoran niños en las pestilentes mazmorras de Harlem y miles y miles de hombres girovagan en torno a la delincuencia, mordidos por la trágica desesperanza del desempleo, nuestra prensa, **objetiva y civilizada**, pasa por alto esas lacras y dedica sus mejores páginas a los escandalosos detalles de la muerte de una prostituta internacional y la de su cornudo marido y se atreve a pedir, nada menos que en nombre de la justicia, que se encuentre a los culpables.

Sorbió otro buche de café, lo paladeó largamente y se echó hacia atrás en la butaca antes de preguntar a tío:

—A propósito: ¿no te has interesado en la muerte de ese portugués?

—Hasta cierto límite. Mi intervención en estos casos siempre responde al reto de alguien que parece ansioso de verme fracasar.

—Tío, yo...

Le agradecí que alzara una mano en señal de interrupción, pues yo no sabía qué responder.

—No te lo reprocho, hijo. En verdad, lo que tú deseas es que alguna vez triunfen tus propias deducciones y teorías. Lo que ha ocurrido hasta ahora es que tus hipótesis han estado subordinadas a tus pasiones y emociones. Es un problema de temperamento. Para llegar a la solución de un hecho criminal hay que situarse fuera de él a los efectos de observarlo de un modo impersonal, panorámico y lógico.

—Cierto —dijo Donovan.

—Convengo en que es un problema de temperamento —repliqué—. Usted tiene el privilegio de poder permanecer tranquilo, observando desde lejos, o desde fuera, los acontecimientos. Yo necesito, sé que lo necesito, acercarme al hecho, ver para creer, preguntar cosas a la gente... No puedo, pues, ver las cosas de un modo impersonal y panorámico.

Los dos rieron ante mis narices; pero los apreciaba demasiado para sentirme ofendido y continué, esta vez decidido a poner el dedo en el lugar sensible:

—Claro está que yo, desde dentro, no he podido ver claro en ese asunto de Amorihna do Portobelo, y que usted, desde fuera, ha encontrado la solución, pero...

—¿Cómo? —interrumpió Donovan—. ¿Ya tienes la solución del enigma?

—¡No use esa palabra! —advertí al abogado—. Tío no cree en enigmas. ¿No sabe usted que para él todo es diáfano y sencillo?

—Muy interesante —dijo Donovan.

—Sí, ¡interesantísimo! —dije, con marcada ironía—. Pero ocurre que él hace enigmas indescifrables de las cosas sencillas y diáfanas. ¡El enigma es él!

Volvieron a reír; pero tampoco me importó, porque yo quería llevar a tío a otra situación. Me reacomodé y le dije:

—A pesar de que estamos en vísperas del regreso a Cuba, repito que acepto su **teoría de esperar** en lo que se relaciona con el caso de Amorihna do Portobelo; pero, ¿qué me dice de la muerte de Ortigão?

—Ése es un asunto resuelto...

Salté desde la butaca hasta frente al tablero.

—¿Dijo resuelto? —inquirí, con ojos desorbitados.

—Sí —respondió calmosamente—. Siéntate. Esa cuestión no está al alcance de nuestras posibilidades. Para completar la solución sería necesario verificar algo.

—¿Qué? —preguntó Donovan muy interesado.

—Probar que las balas que mataron a ese hombre fueron disparadas por la pistola del senador.

—¿De Struckle?

—Sí —respondió tío—. Tenemos esa pistola.

Donovan me miró. En pocas palabras, lo puse al corriente de los hechos. Su roja cara se iluminó con luz infantil.

—Yo tengo medios —dijo muy regocijado— de hacer esa verificación. Conozco a uno de los expertos en balística y dactiloscopia de la sección de Homicidios.

Fue al teléfono y habló con alguien durante unos minutos. Al colgar, nos dijo:

—Walter está dispuesto a colaborar clandestinamente.

Ya yo tenía la pistola envuelta en el pañuelo y se la entregué

Una hora después, regresó y nos dijo:

—Ésta es la pistola. El proyectil que disparamos con ella tiene las mismas huellas que las del encontrado en el cráneo del portugués. Walter también fotografió las marcas dactilares en el arma y está verificándolas en los archivos.

—Ahí tiene usted la prueba contra Barelli —dije a tío—. Sabemos que él robó la pistola y...

—No te apresures, nene —interrumpió tío.

—¿También va a defender a Barelli en ese caso?

—Cálmate, muchacho. A veces me parece que estás poseído por el alma endemoniada de un fiscal leguleyista. En primer lugar: ¿tienes algún medio de probar que Barelli disparó contra Ortigão?

—Yo lo vi salir del Continental cuando todavía estaba caliente el cadáver.

—Eso es una coincidencia.

—Virgil y Tessie lo vieron hurtar el arma olvidada en la suite por Struckle.

—Eso sólo conforma un delito de hurto. Y recuerda que Virgil confesó haber estado también en la habitación del portugués.

—Virgil lo vio muerto y...

Hizo el clásico molinete cortante con la mano y dijo:

—Eso lo dijo él. Y ahí tienes un problema: antes de tú subir, allí estuvieron Virgil y Barelli. ¿Por qué acusar a Barelli? ¿No tuvo Virgil la misma oportunidad de hurtar el arma en la suite?

—¿Qué quiere decir? ¿Que Tessie Howard es cómplice de Virgil?

No hizo caso a mi pregunta y continuó sus razonamientos:

—Y si Virgil tenía el arma, ¿no tuvo la oportunidad de matar?

—¡La muchacha vio a Barelli robar la pistola! —insistí con airada vehemencia.

—Ya estás mirándolo todo desde dentro —dijo tío.

Donovan echó a volar una carcajada.

—¿Tú quieres decir —le preguntó a tío— que sólo cuentan con las palabras de la secretaria y del poeta en relación con el hurto de la pistola?

—Eso es —respondió tío—. Este muchacho siempre olvida que las palabras por sí mismas no constituyen pruebas. Y en este caso su olvido se agrava con la necesidad que siente de creer, a ultranza, todo cuanto le ha dicho Tessie Howard.

Me eché hacia adelante para preguntarle:

—¿Usted la cree culpable de complicidad?

—Cálmate, por favor.

Me puse de pie para ganar tiempo. En verdad, visto el asunto desde aquellos ángulos, él tenía razón. Sin embargo, eché mano a un argumento estrictamente subjetivo:

—Escuche, tío: usted sabe que tengo alguna experiencia extraída de mi trato con la gente. Por eso puedo asegurar que Tessie Howard y Homer Virgil no me mintieron respecto al hurto de la pistola.

—Aceptado ese producto genial de tu experiencia —dijo, sonriendo burlón—. Pero veamos qué responde tu experiencia a esta pregunta: ¿te mintió Virgil cuando dijo que había visto muerto a Ortigão?

—¡Eso es una trampa! —exclamé—. ¡Y no voy a caer en ella!

—La trampa la has armado tú. Para inculpar a Barelli, tendrías que razonar así: Barelli, después de matar a Ortigão, bajó al lobby, esperó a que Virgil subiera y bajara y luego volvió a subir para rezar un padrenuestro a su víctima.

—No —dije, exasperado—. Yo razono así: cuando Virgil subió, Barelli estaba dentro de la habitación y se escondió para bajar cuando el otro se fuera.

—¡Absurdo! —replicó—. Cuando uno va a matar a alguien, cierra la puerta. ¿O es que Virgil tenía llave de la habitación?

Saqué las manos de los bolsillos, crucé los brazos sobre el pecho y sentí la sensación de estar fundido al piso.

—Responde —conminó Torquemada.

—Responde —repitió Donovan, sonriendo sin piedad alguna.

—Está bien —dije, con los hombros alzados y la cabeza ladeada—. Usted gana. Virgil es el asesino.

Se puso de pie, colocó una mano donde mis brazos se cruzaban y declaró con énfasis inolvidable:

—Donovan es testigo de que yo no he afirmado eso.

Aquello era un jeroglífico y yo no soy Champollion. Me desasí de su mano y me fui a dar un paseo hasta el fondo de la sala. Es un truco que utilizo cuando quiero recobrar el equilibrio mental. Tiempo perdido. Levanté las manos y grité:

—¡No dispare más! ¡Me rindo!

La clara y grata risa de Donovan se le contagió a tío. Y, claro, a mí también.

—¿Siempre trabajan así? —preguntó Donovan.

—Sí —dijo tío—. Pero no siempre se rinde.

—En cambio, usted siempre dispara sin previo aviso.

Tío se volvió hacia el abogado, para preguntarle:

—¿No has caído, James?

—Confieso que no.

—Donovan —dije—, ¿por qué no le otorgamos la medalla al genio? —miré al genio—. ¿Quiere que llame a Murphy para que le dé a él la solución

del caso Ortigão?

Con un encantador aire de inocencia, soltó la bomba:

—¡Pero si Murphy conoce la solución, nene!

Aquello me pareció demasiado. Miré a Donovan y vi que también estaba perplejo. De pronto, el abogado se puso rojísimo de alegría y comenzó a decir:

—¡Caramba! ¿Tú quieres decir que...?

—Eso quiero decir, Donovan. Escucha, muchacho: demos por probado lo siguiente: a) Virgil subió, vio el cadáver de Ortigão, tomó la copia de la película y bajó, y b) Barelli subió después, se asomó a la puerta abierta y, al ver el cadáver, se apresuró a bajar.

—Un momento —dije.

—Espera. Luego subiste tú y curioseaste un rato. ¿No es así?

—Cierto. Tomé la pistola de Struckle y...

—Y llamaste por teléfono a la policía. Inmediatamente después, bajaste por la escalera, tropezaste con alguien, entraste en la barbería, te sentaste en un sillón y el barbero te enjabonó la cara. Total, después de tu llamada telefónica: dos minutos. ¿Estamos?

—Quizás algunos segundos menos —reconocí, porque recordé que había recorrido el pasillo y bajado las escaleras a buena velocidad.

—Mucho mejor. Apenas enjabonado, oíste las sirenas de los carros de policía. ¿No fue así?

—Así fue.

Sacó de debajo del tablero un plano de Manhattan, lo desplegó y dijo, señalando los lugares que mencionaba:

—¿Y crees tú que, en los dos minutos escasos transcurridos después de tu llamada, la policía pudo haber llegado desde la unidad más cercana, que está aquí, hasta el hotel Continental, ubicado acá, a pesar del enmarañado tránsito de la ciudad?

—Eso es más complicado —dijo Donovan—. Al denunciarse un caso de muerte, no importa al precinto donde se llame, las actuaciones corresponden a la sección de Homicidios del Headquarters, establecido aquí, mucho más al sur, en Center Street. Eso puede ampliar el tiempo de llegada de la policía

hasta quince minutos o acaso más. No olviden que a la hora de los hechos, la congestión del tránsito en Nueva York es abrumadora.

—Poco menos de quince minutos calculé yo —dijo tío.

Ésos son los momentos de nuestras relaciones que detesto, porque sé que un día me voy a romper el cráneo de un manotazo. Me endosé el consabido golpe en la frente y dije, sin el menor empacho:

—De acuerdo. Alguien avisó a la policía antes que yo.

—No lo dudes. Y apostaría a que fue el mismo individuo con quien tropezaste al entrar en la barbería y que luego viste unirse a los que llegaron en los carros.

—¿El policía alto y flaco?

—O lo que es lo mismo: uno de los asesinos.

Donovan intervino:

—Ya veo claro el asunto: uno o más policías cometieron el crimen, llamaron a la jefatura y bajaron al vestíbulo a esperar la llegada de los carros. Sin embargo, hay un detalle oscuro: ¿cómo los asesinos tenían esa pistola?

Yo podía responder, pero tío tomó la palabra:

—Desde varios días antes, Murphy andaba registrando toda Nueva York en busca de las joyas perdidas. Naturalmente, uno de los lugares allanados fue la casa de Brooklyn abandonada por Barelli. Allí encontró Murphy la pistola. Cuando el capitán fue a ver a Ortigão, éste no reveló el paradero de las joyas, por la sencilla razón de que no podía saber dónde estaban. Murphy se enfureció. Resultado: un tiro en la cabeza del cornudo. ¡Y disparando nada menos que con la pistola del senador Struckle!

—¿Tú leíste —preguntó Donovan a tío— la información sobre ese comité senatorial, presidido por Struckle, que reclama una investigación sobre la vida y milagros de la policía niuyorkina?

—Lo he leído.

Volví a zurrarme la frente. No una, sino dos veces. Yo también conocía esa información, de la cual podía deducirse que la requerida petición senatorial enfrentaba, de modo peligroso, a Murphy con Struckle, lo que, naturalmente, justificaba el uso y abandono premeditado de la pistola.

Aunque lleno de admiración por dentro, dije a tío, de dientes hacia afuera:

—No se envanezca. Usted es un genio y yo soy un pobre mortal. ¿Cómo podía yo, asociar cosas tan dispersas?

—No tan dispersas. Lo que ha ocurrido es que tú has considerado a Murphy sólo como capitán de policía y no como un aventurero entregado a la búsqueda, no de un asesino, sino de una esmeralda famosa y otras joyas de alto valor. Recuerda que el registro que nos hizo estaba encaminado a ese solo fin. Eso también vale en los casos de Virgil y Ortigão. Murphy no se interesó, por ejemplo, en las copias de una película que, por cierto, le hubieran servido para llevar a cabo un productivo chantaje.

Se sentó, echó una ojeada al tablero y dijo:

—Me hubiera gustado haber visto la cara de Murphy al saber que la pistola homicida no estaba junto al cadáver del portugués.

—¿No le parece más interesante imaginar la cara de Struckle, en el caso de que la pistola hubiera estado allí? —sugirió el abogado.

En medio de mi admiración apareció una duda y pregunté a mi tío:

—¿Usted cree que Barelli no entró en la habitación de Ortigão?

—Estoy seguro de eso. Virgil dejó la puerta abierta y a Barelli le bastó asomarse para ver el cadáver y el desorden armado con el registro policíaco. A él sólo le interesaba Ortigão vivo, ya que, al igual que Murphy, lo creía en posesión de las joyas. Por tanto, se marchó sin entrar. Pero hay otra prueba más contundente: de haber entrado, habría recogido la pistola, porque, al verla, se hubiera preguntado con recelo: ¿Qué demonios hace aquí una pistola que yo tenía escondida en mi casa? De ahí a pensar en una posible trampa, no mediaba más de un milímetro.

—¡Eres formidable! —elogió Donovan.

Sin hacer caso del piropo, continuó:

—La cuestión tiene otro aspecto sugestivo. En su búsqueda de la copia de la película, Virgil vio la pistola. ¡Y se alegró de verla, porque de ese modo podría llevar a Barelli a la silla eléctrica con su simple declaración del hurto del arma!

—En fin —dije—, a mí me agrada ver la cara que pondrá Barelli cuando le devuelva la pistola y le diga dónde la encontré. ¿O ya no quiere usted que se la devuelva?

—La pistola será un buen pretexto para que él se franquee y te saque de algunas dudas que llevas todavía por dentro. El problema será dar con él.

Por si acaso aludía a mis frustrados esfuerzos por encontrar al oculto proxeneta, le dije:

—Los perros rastreadores me han fallado. Y es porque aquí todos los bandidos compran su olor en Los **ten-cents** y cuando usted cree que han encontrado la pista de un asesino, lo llevan a casa de un salteador o de un político. Por su parte, Grace Crawford anda perdida también. Si tuviera la orden de un juez competente, iría a casa de Morgan-Mellow, le confiscaría su libretita de direcciones y...

Me interrumpió el timbre del teléfono. Como me quedaba a mano, descolgué el auricular:

—Aló —dije— ...Sí, señor. Espere —tendí el receptor a Donovan—. Es para usted.

El abogado habló un par de minutos, colgó y con la cara llena de asombro, dijo:

—Era Walter. Acaba de verificar que las huellas dactilares de la pistola corresponden a Jonathan Murphy.

—¡Eso es absurdo! —dije.

Tío reflexionó un ratito, al cabo del cual dijo:

—Eso es sólo una estupidez originada en la prepotencia. Murphy mató y tiró el arma sin pensar en las huellas. Sin duda, más tarde comprendió su fallo.

Yo iba a decirle no sé qué, pero él se fue a la habitación. A poco regresó con un número del **Herald** y me señaló una foto de un tipo alto y flaco. El pie rezaba: «El sargento Zachary Rodges, que trabaja a las órdenes directas del capitán Jonathan Murphy, fue el primero en penetrar en la habitación donde apareció el cadáver del infortunado Américo Ortigão.» Y era el mismo individuo con quien yo había tropezado el martes anterior al entrar en la barbería del Continental.

—Es él —dije.

—Está claro —dijo Donovan—. Ese hombre llevaba instrucciones de Murphy, a los fines de subir con los policías de la jefatura, hacerse el tonto y

sobreimponer sus huellas dactilares en la pistola. ¡Y lindo susto se habrá llevado al no ver el arma allí!

Debo confesar que en aquel momento me sentí orgulloso de ser sobrino de un genio y se lo dije a mi modo:

—¿Quiere hacer el favor de anticiparme quién será el próximo sheriff del condado de Death Valley, Arizona?

Donovan estuvo a punto de morir de risa.

XXI. Encuentro con una meretriz

Viernes después de almuerzo

Yo estaba en la acera de Park Avenue, a dos metros de la puerta del Waldorf, cuando ellos me rodearon. Eran más de cien. Intenté escabullirme, después de meditar un ratito. La mejor táctica era infiltrarme por una brecha, cruzar la calle diagonalmente y confundirme con el gentío de la otra acera. Todo lo que pude hacer fue pensarlo, porque en ese momento el hombre de la gorra dijo algo y todos los demás comenzaron a formar un remolino en torno a mí. Apenas podía moverme. Dos de ellos —uno a cada lado— me tomaron por los brazos. Intenté desasirme. No me fue posible, porque un tercero me empujaba las espaldas, obligándome a andar hacia adelante.

—Por ahí —ordenó el hombre de la gorra, señalando la puerta del vehículo.

Me sentí alzado en vilo e impulsado hacia el interior. Apenas toqué con los pies los tres escalones de acceso. Frente a lo irremediable, abandoné toda resistencia. Di unos pasos y me senté. Cuando él se sentó a mi lado, le dije:

—Quiero hacer constar que voy contra mi voluntad.

—No seas terco, nene —me dijo con voz dulce—. También yo creo que esto es una tontería, pero hay que hacerla.

Fue de esta manera como me vi junto a mi tío, sentado en uno de esos enormes ómnibus **seeing tour**, el cual no tardó en partir, seguido por varios más, con el fin de hacer un recorrido por la ciudad en cumplimiento de una de las actividades que fijaba el largo programa del congreso. Cuando el lujoso ómnibus —techo y ventanas de rosado plástico transparente, asientos de espuma reclinables hasta la horizontalidad, bien surtido bar al fondo...—, dobló por Fifty-second Street, ya me sentía resignado y me sumé al alboroto

de los colegas de mi tío, casi todos hombres maduros, pero simpáticos y parlanchines.

Todo fue muy bien hasta que el hombre de la gorra —una enorme gorra de plato guarnecida con estridentes galones amarillos— comenzó la inevitable perorata:

—La ciudad de Nueva York es la más grande del hemisferio occidental y la segunda en el mundo. Su población sobrepasa los diez millones y su área es de trescientas treinta y dos coma ochenta y tres millas cuadradas, solamente aventajada en área y población por la ciudad de Londres. Situada en la costa del Atlántico, en la desembocadura del río Hudson, está dividida en cinco condados: Manhattan, el Bronx, Brooklyn, Richmond y Queens. Manhattan, la ciudad original, fundada en mil seiscientos veinte y seis es una isla...

Justamente en ese punto, tío comenzó a dormitar. Le di un discreto codazo en la cadera y abrió los ojos para mirarme con inocultable deseo de licuarme. Por fortuna, su vecino en la otra fila de asientos era el doctor Walter Kingster, un renombrado psiquiatra que conquistara merecidos aplausos en el congreso al exponer una amena tesis sobre los efectos nocivos de las drogas sicodélicas, y pronto se enfrascaron en un intercambio de conocimientos con esporádicas muestras del mejor buen humor.

Que yo supiera, durante el trayecto sólo se interesó en dos lugares, es decir, en dos edificios, aunque mejor sería anotar que, en ambos casos, lo que atrajo su atención fueron las frases anotadas en sus respectivos frontispicios. Una fue la que aparece grabada en lo alto del Town Hall, el auditorium de estilo colonial georgiano ubicado cerca de Times Square, y que reza: «Tú puedes conocer la verdad y la verdad puede hacerte libre.» Al verla, me la señaló con la mirada y me dijo:

—¿Qué pasará el día que los trabajadores de este país entiendan el profundo sentido de esas palabras?

Más adelante, cuando el ómnibus se detuvo en medio de un embotellamiento del tránsito, justo frente a la oficina de Correos de Eighth Avenue, observé que él contemplaba con regusto la amplia escalera que conduce a la galería escoltada por la majestuosa hilera de columnas corintias.

—Menos mal —comentó— que no todo en esta ciudad son rascacielos.

Miró a lo alto del edificio y me hizo traducirle la frase de Herodoto esculpida en la cornisa: «Ni la nieve, ni la lluvia, ni el calor, ni la oscuridad de la noche, detienen a estos correos en la rápida prosecución de su camino.»

Cuando el ómnibus reanudó la marcha, dijo, como hablando consigo mismo:

—Ojalá que eso sea cierto.

Se volvió hacia el doctor Kingster para entregarse con él a una charla en francés de la que solamente escuché palabras sueltas: Herodoto, correos, eficiencia, antigüedad, rapidez... Aunque al principio había ofrecido resistencia para no formar parte de aquella rutinaria excursión, no tardé en alegrarme de haber participado en ella, porque a la altura de Broadway y Forty-nine Street, vi a una mujer que taconeaba rítmicamente la acera, al tiempo que contoneaba las caderas de tal modo que nueve de cada diez hombres que la veían venir, volvían la cabeza para verla ir. Del propio ómnibus, tan lleno de gente seria, salió una oleada de zumbones silbidos de lobo.

—Voy a hacer una conquista —dije alegremente a tío.

Recorrí el pasillo, pedí al chofer que me abriera la puerta y me lancé a la calle, desalado.

La vi entrar por el ancho portón que se abría junto al Joe's Bar y la seguí con discreción escaleras arriba. Cuando entró en su apartamento del segundo piso, esperé unos minutos antes de tocar el timbre. Al abrir ella la puerta, le dije:

—¿Me permites pasar, encanto?

—Sí —dijo con voz que pretendía ser musical—. Entra y siéntate, precioso.

Cerró la puerta, me quitó el sombrero de la mano, lo tiró sobre una silla; me acarició un carrillo, mullió el cojín y el respaldo de una gastada butaca marrón y me dio un leve empujón para ayudarme a tomar asiento. Sentado en el filo del mueble crucé las manos sobre las rodillas unidas. Me examinó un poco, ensayó un falso suspiro, me tomó la barbilla con un par de deditos finos y me dijo:

—¿Té envían del bar? Fue Joe, ¿verdad?

—No, no —dijo con notable acento criollo—. Me envía mi tío.

Se asombró y me dijo:

—¿Eres latino? —cuando asentí con la cabeza, preguntó—: ¿Quién es tu tío?

—No lo conoces. Le hablaron de ti y me envió para que te dijese algo —me acomodé en la butaca—. Estamos interesados en la película. Tratábamos el asunto con Ortigão, pero murió y...

Como yo esperaba, se puso en estado de alarma, pero no le permití atacar.

—Puedes registrarme, nena. No tengo chapa. Sabemos que tú protagonizas esa película y deseamos acercarnos a quien pueda vendernos una buena cantidad de copias. Queremos doblarla al español. Estamos dispuestos a pagar bien.

Sus músculos volvieron a relajarse. Se sentó en el brazo de la butaca y puso una mano sobre mi hombro. Me regaló una sonrisa blanca, pero sin sal, y preguntó, melosamente:

—¿También van a doblar al español los suspiros y... y los grititos?

—Esa clase de ruidos suena igual en todos los idiomas, nenita.

Como se rió a mandíbula suelta, le hice de segundo. Al terminársele la cuerda, preguntó:

—¿Tienes prisa?

—Sí. Pasado mañana salimos para La Habana. Por supuesto, deseamos ver la película antes de cerrar el negocio —al verla interesada, puse más carnada en el anzuelo—. Cómo comprenderás, no vamos a invertir cincuenta o sesenta mil dólares sin ver la mercancía.

Abrió los ojos de tal modo que creí se le iban a salir de la cara. Cuando se le calmó el asombro, dijo, en tono de vendedora:

—¡Te aseguro que es un **best-seller**! —hizo una transición de duda—. ¿Puede decirse eso de una película?

—Puede decirse... Y tiene que serlo. ¿A quién se le ocurrió esa brillante idea de los niños?

—A Willy, el director. Tiene en proyecto otras del mismo estilo. Me habló para la filmación de una serie. Será una especie de vuelta al mundo del amor. El amor a la española, a la francesa, a la inglesa... —soltó una risotada, pero esta vez no tuvo segundo—. ¿Te imaginas? ¡Amor a la inglesa! —era

experta en transiciones tontas e hizo otra—: ¿Es cierto que las inglesas son témpanos?

—No tengo experiencia internacional, nena.

Se inclinó para decirme, casi a boca tocante:

—No te hagas el modosito, que el brillo de tus ojos te traiciona, pícaro.

Sonreí con aire de vanidad y le dije:

—¿Willy tiene las copias?

—No, no —dijo, muy apresurada.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Grace Crawford hizo un mohín de desagrado y fue a abrir para dar paso a una mujercita arqueada por el peso de una gran maleta. Al verme, exclamó:

—¡Oh, perdón! No sabía que estabas ocupada, Grace.

—No importa —dijo la otra—. Es un amigo de confianza —se volvió hacia mí—. Ésta es Maggie Scarf^(*), querido.

—Tanto gusto, señorita. ¿Va de viaje?

—Sí. Vuelvo a mi pueblo. Ya no puedo más.

Se derrumbó en el sofá. Tenía la cara linda, pero en los ojos había una mezcla de cansancio y miedo.

—¿Qué te pasa? —se interesó Grace.

—Que quieren que vuelva a colaborar con ellos. ¡Y no puedo! ¡No puedo! ¡Tengo metida en la cabeza la cara de aquel infeliz!

Grace volvió a sentarse en el brazo de mi butaca.

—¡Es horrible! —dijo—. A Maggie la han obligado a llevar hombres a una casa de citas para experimentar con ellos.

—¿Quiénes la han obligado?

—Agentes de la CIA —dijo Maggie.

Fingí incredulidad al decir:

—Eso no puede ser, nena.

—Pues es bien cierto. Me atemorizan, amenazándome con detenerme por ejercer la prostitución.

—¿Y qué te exigían?

—Precisamente que trabajara de puta en un bar de Greenwich Village e invitara a pasar un rato en una casa de citas a los parroquianos que ellos seleccionaban. Allí les mezclaban las bebidas con Ele Ese De y otras drogas.

Entretanto, ellos observaban las reacciones desde unas mirillas ocultas en la pared.

—¿Y cuántas veces hiciste eso?

—No sé. Muchas. Pero la última vez vi cómo un hombre, un pobre dentista, muy amable y correcto, se volvía loco entre mis brazos^(*). ¡Jamás olvidaré su rostro congestionado y sus ojos terriblemente abiertos! Hoy vinieron a verme. Quieren que vaya al Waldorf-Astoria para atrapar a un punto. Es un abogado cubano.

Por supuesto, no es necesario que diga cómo un álgido corrientazo recorrió mi espina dorsal. En rigor, duró sólo un par de segundos; pero no por eso fue menos desagradable.

—¿Y tu griego? —preguntó Grace.

—Embarcó esta mañana. Me dejó cuarenta dólares. He vendido algunas cosas y con eso me iré a casa de mamá. Oye: ¿por qué no me compras un par de frascos de perfume griego que tengo aquí?

Sacó de la maleta dos cajitas pequeñas.

—Me las trajo Papadopulos. Se llama Acrópolis Appeal. Es exclusivo. No está a la venta en Nueva York. Él lo pasó de contrabando.

—No puedo gastar dinero —dijo Grace—. Sabes que Joseph está en dificultades —se volvió hacia mí y me tomó la barbilla—. ¿Por qué no me los compras, querido? Así ayudamos a Maggie.

La ocasión encajaba y saqué el rollo del bolsillo. En realidad, el rollo estaba compuesto por recortes de **Mad** y unos pocos billetes legítimos. Tomé uno de veinte dólares y se lo entregué a la mujercita, que, al igual que Grace, miraba el bulto con desbordada codicia.

—Gracias —me dijo algo turbada.

Tomé los dos frascos, entregué uno a Grace y guardé el otro.

—Éste es para mi novia de La Habana —dije.

Maggie Scarf se pasó un lápiz rojo por los labios, recompuso su peinado, besó a su amiga, me echó una lánguida mirada de despedida y salió. Grace estiró una mano para tomar el teléfono.

—Voy a localizar a un amigo.

Discó un número y esperó.

—¿Es el billar de Kepler?... ¿Está Ahmed?... ¡Qué contrariedad...! Habla Grace... Tengo un buen negocio para Jota... Son cincuenta o sesenta de los grandes... ¡Sí!... Es un amigo latino... Sí, sí... Lo llamaré más tarde.

Colgó el auricular y me miró con desaliento.

—¡No está! Kepler va a localizarlo. Pero, ¿por qué no te pones cómodo?

—¿Es Kepler, el de Brooklyn? —aventuré.

—No. Éste tiene un billar en Tenth Avenue. Pero quítate el abrigo, querido. Déjame aflojarte la corbata. Si quieres, puedes bañarte. Tengo colonia y payamas limpias. Toda la tarde es tuya. Aprovecha, que ya me queda poco tiempo en este negocio. Voy a ser una artista muy cotizada —soltó una risita loca—. Entonces seré más... más cara. Dame diez dólares para pedir una botella.

Volví a sacar el rollo, pero sólo para que lo viera, porque lo devolví al bolsillo.

—Yo mismo iré a buscarla —dije.

—¿Por qué vas a molestarte, tontín? Joe puede subirla.

—Prefiero ir yo. Si voy a echar aquí el día, tengo que poner antes un cable a La Habana. Es urgente. ¿Qué prefieres tomar?

—Ginebra. Ginebra seca. Aprovecharé para bañarme. Así estaré fresquita cuándo vuelvas.

Ahora me correspondía a mí tomarle la barbilla y lo hice, en tanto le decía, también melosillo:

—Sí, vete a bañar. Quiero verte linda. Espérame desnuda.

Me acompañó hasta la puerta y me besó la mejilla.

Eran las diez de la mañana y Amiel me esperaba a las once. Anduve hasta el Markwell, un hotel de pésima estampa, para tomar un taxi. De pronto, algo cayó desde lo alto, casi a mis pies, y produjo un ruido seco, sordo, sobre la nieve que cubría la acera. Era una niña. Se parecía muchísimo a la de la película de Willy. Como se quejaba, me agaché. Tenía cien huesos rotos. Una mujer salió del hotel a mirar.

—¡Pobre Verónica! —dijo.

—¿La conoce? —pregunté.

—Sí. Trabajo en la carpeta del hotel. Es Verónica Brunson^(*). Tiene doce años. A los once, comenzó a ejercer la prostitución. Hace un rato subió con

un hombre a una habitación del décimo piso^(*). Y mírela ahora.

La miré, mascullé no sé qué palabrota y me metí en un taxi.

Tío no estaba. Me cambié de camisa y dejé el frasco de perfume griego sobre una nota que decía: «Espero se haya divertido. Voy a Filadelfia con Amiel. Vi a la muchacha y sé cómo puedo encontrar al perdido. ¡No toque ese perfume! Es para mi tía Alberta.»

Bajé al vestíbulo y llamé a Grace Crawford.

—Nena —le dije, con voz nerviosa—, tengo dos policías siguiéndome los talones. Estoy en la estación de Pennsylvania. Saqué billete para Filadelfia, donde puedo despistarlos. Suspende las gestiones, no vaya a ser que los tipos anden detrás de la película. Regresaré mañana. ¡Ah! Encontré dos botellas de la mejor ginebra holandesa. Hasta pronto, amorcito.

XXII. La muerte se pasea alegremente...

Viernes tarde y noche

Es posible —de todo suele haber en la viña del autor— que algún lector —de esos que andan por los libros en plan de adoradores de la trama y espigando frívolamente de diálogo en diálogo— alegue que el hecho no viene al caso. Sin embargo, ¿cómo puedo yo —humilde animal político— arrancar de cuajo a esta historia la mención del momento más feliz que viví dentro de ella?

En verdad, fue muy reconfortante y esperanzador para nosotros el vernos en la sala de un viejo teatro de Filadelfia, rodeados por varios centenares de jóvenes alegres, animosos, optimistas... Aquel bullicio revolucionario, vibrante, analéptico, fue como una inesperada y grata compensación, como un refrescante remanso en medio del tormentoso aquelarre de vicio y violencia de una sociedad que mal se ocultaba tras la artificial refulgencia de un **slogan —the american way of life—** que mi tío, unos años antes, había parafraseado al mencionarlo como **the american way of death**.

Cada consigna coreada por aquellos muchachos sonaba en mis oídos como un himno de esperanza que me hacía comprender que no todo estaba perdido. Sí, aquél fue para mí —y acaso este sea el verdadero mensaje de este libro— el momento más feliz, el más digno de recordar en toda la historia de nuestra breve estancia en Estados Unidos de Norteamérica.

Después de haber constituido un comité de apoyo al Movimiento 26 de Julio, habíamos sido invitados a participar en aquel acto masivo de jóvenes estudiantes y trabajadores, convocado —a pesar de muy virulentas amenazas

reaccionarias— para promover una campaña en favor de la participación estadounidense en el VI Festival que la Federación Mundial de las Juventudes Democráticas habría de celebrar en Moscú durante la primavera de aquel año 1957.

Y dentro del gran momento feliz hubo un instante —¡chispa fugaz, pero inolvidable!— que ahitó mi orgullo. Fue cuando Amiel, espontánea y fogoso, se alzó de su asiento para decir, con la voz cargada de emocionante pasión:

—Compañeros: aunque no ostentamos en este acto la representación oficial de ninguna organización juvenil, queremos decir que nos solidarizamos con este encuentro revolucionario en nombre de los miles de jóvenes que han ofrendado su vida, desde Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena hasta Abel Santamaría y Juan Manuel Márquez, en el noble afán por liberar a la patria de sus verdugos, así como también en el nombre de la Generación del Centenario, que hace apenas unas semanas, bajo el nombre glorioso de Movimiento Veintiséis de Julio y comandada por el joven revolucionario Fidel Castro, tomó el camino de las montañas para librar una guerra a muerte contra Batista y contra el imperialismo que lo sostiene, lo alienta y lo arma. Debemos decir también que un grupo de jóvenes cubanos ya se apresta con entusiasmo, pese a la persecución de los esbirros batistianos, para concurrir a ese Sexto Festival.

De regreso a Nueva York, unas pocas millas al norte de Trenton, el viejo ford del hermano de Amiel comenzó a fallar por falta de combustible. Esa dificultad, unida a la latente necesidad de echar algo en nuestros estómagos exhaustos, me obligó a buscar sitio en la larga y discretamente iluminada pista del Lover's Motel. Cincuenta metros más allá de la cafetería, aparqué el carro entre un brillante Cadillac negro y un modesto bel air gris. Al bajar, aconsejé a Amiel:

—No dejes la nikon de Paco en la guantera. Por aquí abundan los bribones.

Al volverme, pude ver que sobre la oscura superficie del asiento delantero del Cadillac resaltaba una mancha blanca. Un tipo de gorra roja y filipina

negra comenzó a pasar un paño sucio sobre el parabrisas limpio e hizo una zalema servil cuando le entregué un **quarter**.

En la cafetería, dos choferes de rastra chachareaban mientras engullían spaghetti y una pareja de enamorados parecía esperar que se desocupara una habitación. Presumiblemente engañado por la nikon que portaba Amiel, el camarero semicalvo, al vernos, dijo al dependiente flaco:

—Ahí vienen dos chicos de la prensa. Procura cobrarles por adelantado.

Nos guiñó un ojo, sonrió con evidente simpatía, alzó sobre el hombro una bandeja plástica cargada con un vaso y un recipiente con hielo y se filtró por una puerta interior. Fue justamente en ese momento cuando se escuchó el disparo, pero nadie hizo el menor caso.

—¿De qué periódico son ustedes? —preguntó el flaco.

—Del **Kansas Star** —respondí por hacerle el juego a su error.

—¿Van a tomar cerveza?

—No. Queremos dos **hot dogs** y dos razas de ese menjunje que por acá llaman café con leche.

—¿Y qué quiere? —replicó con la cara muy risueña—. Tan cerca de Nueva York no hay sitio para criar vacas verdaderas. Además, el Brasil está demasiado lejos de Trenton.

Se disponía a sacar las salchichas del hornillo cuando entró el camarero semicalvo, con la bandeja apenas sostenida por sus manos temblorosas. Tomó aliento y anunció:

—¡Hay un muerto en el treinta y ocho!

—¡Vamos, Amiel! —apremié, impulsado por uno de mis cuarenta y nueve reflejos condicionados.

Corrimos detrás del camarero por el pasillo interior. El hombre se detuvo, pálido y agitado, señaló a una puerta abierta y dijo:

—Es ahí, periodistas.

Al entrar, seguido por Amiel, dije al hombre, con tono autoritario:

—¡Quédese aquí y no deje pasar a nadie!

La habitación —una de tantas habitaciones de moteles al paso— estaba saturada de un perfume acre, picante. Una silla volcada, la cama fuera de su lugar y varias piezas de ropa masculina dispersas, evidenciaban que había habido lucha y registro. Sobre la mesa de noche, junto al teléfono volcado, se

veían una chequera de piel y una estilográfica de las más caras. A una botella de whisky le faltaba una larga dosis. Junto a ella, dos vasos, uno de ellos con una marca roja en el borde, contenían restos de sendos tragos. En un depósito de aluminio quedaban dos o tres astillas de hielo. En un rincón, una cartera de hombre, de legítima piel de caballo, abierta y desgarrada en una esquina, demostraba que había sido registrada. Me acerqué y la tomé. Sólo contenía un par de documentos de identificación. Ni un solo dólar. Rodeé la cama. Allí estaba el hombre, completamente desnudo, tendido en el suelo sobre el costado izquierdo, con los ojos azules maravillosamente abiertos ante la nada. En la sien derecha, aún borboteante, una herida de bala. Le tomé una mano, y como estaba muerta la dejé caer, no sin escamotear algo que aprisionaba entre los dedos y que metí subrepticamente en un bolsillo. Inútil habilidad, porque, al soslayo, vi que Amiel me miraba con asombrosa curiosidad.

—Toma algunas fotos, periodista —le dije.

Fui a abrir la puerta que daba a la pista. Allí estaban, expectantes, el hombre de la gorra roja, la pareja de enamorados y los dos choferes. El bel air gris ya no estaba allí.

Me dirigí a la puerta interior y pregunté al camarero:

—¿La mujer vino con él en el Cadillac?

—Seguramente, señor. Entraron juntos.

—¿Qué pidieron al llegar?

—Una botella de whisky.

—¿Y cuántos vasos?

—Dos vasos, señor.

—¿Y quién vino en el bel air gris que estaba junto al Cadillac?

—No sé, señor. Yo trabajo por el pasillo interior. Muy pocas veces me asomo a la pista.

—¿A qué hora llegaron el hombre y la mujer?

—A las ocho y treinta.

Consulté mi reloj. Eran las nueve y diez.

—¿Conoce a la mujer que acompañaba a ese hombre?

—Nunca miramos la cara a las mujeres. Es una regla del oficio.

—Al llegar nosotros, ¿venía usted a servirlos a ellos?

—Sí.

—¿Pero usted traía un solo vaso! Y ya ellos tenían dos.

—Pidieron ese vaso después, señor. Apenas unos minutos antes de llegar ustedes. Pero...

—¡Habla!

—No era la voz... la voz del hombre del Cadillac.

—¿Era otra voz de hombre?

—Sí.

—¿Es frecuente un tercer vaso en estas habitaciones?

A pesar de su nerviosismo, sonrió picarescamente.

—Naturalmente, pero es más frecuente que pidan cuatro vasos.

—¿Él venía con frecuencia?

—Sí, señor. Le gustaba nuestra discreción y nuestro trato. Y era muy generoso.

—¿Sabe su nombre?

—No.

—¿Solía traer más de una mujer?

—A veces, más de dos.

—¿También venía con hombres?

Endureció los músculos de la cara y me miró con los ojos muy abiertos. La ocasión no era mala para agarrarle las solapas de la filipina verde y decirle, a boca tocante:

—Responda: ¿solía venir con hombres?

—Sí, a veces. Hombres. Mujeres. Hombres y mujeres. Pero, por favor, no publique eso.

Le solté la filipina, le alisé las solapas con una mano y coloqué la otra sobre su hombro.

—Cálmese —le dije, muy amigablemente.

Noté que Amiel, parado junto a mí, me miraba con ojos escrutadores, pero como ya estaba encima del caballo, me veía obligado a seguir trotando. Aunque yo sabía muy bien cómo funcionaban esos moteles, pregunté al semicalvo:

—¿Cómo se puede entrar en estas habitaciones desde la pista?

—Las habitaciones desocupadas tienen la puerta entornada. Y cuando usted entra por una de ellas, en la puerta del pasillo interior se enciende una

luz roja y suena una chicharra. Lo mismo ocurre cuando usted sale.

—Eso quiere decir que usted supo que esta habitación había sido ocupada porque oyó la chicharra y vio la luz roja en el pasillo interior. Entonces, acudió y vio al dueño del Cadillac. ¿Es así?

—Exactamente.

—Usted dijo que otra voz de hombre había pedido por teléfono otro vaso...

—Cierto.

—Y antes de que esa voz telefonara, ¿cuándo volvió a encenderse la luz y sonar la chicharra de esta habitación?

—Está equivocado, señor. Eso no ocurrió.

—¡Está usted mintiendo!

En ese momento, Amiel hizo su debut como investigador al decir:

—No creo que mienta.

—¿Qué quieres decir?

—Esas luces y esos timbres funcionan por medio de células fotoeléctricas que suelen estar situadas a un metro de altura, aproximadamente —señaló dos puntos en el marco de la puerta que daba a la pista—. Mira, aquí están.

—Ya lo sé —dije, pero de inmediato comprendí lo que él quería decir—. ¡Claro! El hombre del bel air, el del tercer vaso, se agachó al pasar por la puerta.

—¡O dio un salto de más de un metro! —bromeó.

Me volví hacia el tembloroso semicalvo:

—¿Cómo supo —le pregunté— que el disparo había ocurrido aquí?

—Al llegar a la puerta con el pedido, oí gritar a la mujer: «¿Por qué hiciste eso, cretino?» Entonces se encendió la luz roja y comenzó a sonar la chicharra y en seguida sentí que cerraban violentamente la puerta de la pista. Todo ocurrió en un instante...

—¿No se asomó usted a la pista?

—No. Abrí la puerta interior con mi llave maestra y cuando vi... cuando vi el cadáver regresé por el pasillo interior para avisarles a ustedes... Estaba... estoy muy nervioso.

Eché un último vistazo al ilustre difunto y salí a la pista. Amiel y el camarero me siguieron. El servil de la gorra roja y el paño sucio se acercó.

—¿Quién vino en el bel air gris? —le pregunté.

—Un hombre —dijo.

—¿Cuáles eran sus señas?

—No sé. Yo estaba en el otro extremo de la pista. Él no se bajó del auto en seguida.

—¿Y cuándo entró en el treinta y ocho?

—No sé. Poco después. Yo escuchaba, en el radio de un auto, un programa de **rock**. ¿Y quiere que le diga una cosa muy interesante?

—¡Hable!

—El hombre entró a gatas en la habitación.

Instintivamente, Amiel y yo intercambiamos miradas.

—¿Usted escuchó el disparo? —pregunté al aparcador.

—Sí. ¡Y en seguida ellos salieron!

—¿Quiénes?

—El hombre del bel air y la mujer que había venido con el magnate del Cadillac negro.

—Por supuesto, se fueron juntos en el bel air.

—¡Y a toda velocidad, sí, señor!

El semicalvo temblaba y pasé una mano por su hombro.

—¡Cálmese! Y avise a la policía. Pero si quiere ganarse unos dólares con poco esfuerzo, llame antes al **Herald**. Dígales que en esa habitación acaba de fallecer el señor Cornelius Morgan-Mellow.

La enamorada, que me miraba entontecida, preguntó:

—¿El multimillonario?

—Sí, señorita. ¡Vamos, fotógrafo!

A la muchacha se le doblaron las rodillas y se deslizó hasta el suelo, resbalando cómicamente entre los brazos de su atónito galán. Como el camarero había corrido hacia la cafetería, seguido por el de la gorra roja, los dos choferes entraron en la habitación a olfatear el drama por cuenta propia. Yo me acerqué al Cadillac, hice girar con el dorso de la mano la manivela de la puerta anterior, tomé el pañuelito blanco, impregnado de olor acre, picante, lo deslicé en un bolsillo del abrigo y abordé el ford al mismo tiempo que Amiel lo ponía en marcha.

Habíamos andado un par de kilómetros cuando me preguntó:

—¿Por qué hiciste esa broma?

—No es broma —dije—. El difunto es Morgan-Mellow.

—¿Tú lo conocías?

El momento era difícil, pero yo sabía que un día u otro, habría de llegar.

—Es una historia larga —dije, evasivo.

Un carro que venía en sentido contrario, cruzó a velocidad mortal.

—Ahí van los muchachos del **Herald** —comenté.

Con el rabillo del ojo advertí que Amiel esperaba una explicación; pero aún me entretuve en ajustar el vaivén del limpiaparabrisas y todavía esperé que pasara, rumbo a Trenton, el faro intermitente del aullante carro de la policía.

—Ésos son los perros de Homicidios —dije; y repetí, luego de una pausa deliberadamente larga—: Es una historia que abarca varios años, Amiel.

Entonces, comencé. Le hablé de las facultades de tío y del hobby que practicábamos. Al terminar de contarle los principales detalles de la historia de los últimos días, él, que había ido saliendo lentamente de su asombro, me preguntó con su tono más comprensivo y cordial:

—¿Por qué nunca me habías hablado de eso?

—No sé.

Sonrió, perceptivo, antes de preguntarme:

—¿Qué tenía ese hombre en la mano?

Saqué del bolsillo la arrugada cartulina, se la entregué y encendí la luz interior del carro. La observó durante unos segundos.

—¿Tú viste esa fotografía? —preguntó.

—No; pero sospecho que tengo otra copia en el hotel.

Puso la foto ante mis ojos. En efecto, era aquella en que la desnuda Amorihna cabalgaba sobre el desnudo millonario.

—¿Es ésta la brasileña asesinada?

—Sí.

Metió la foto en el bolsillo de mi abrigo, dio un resoplido, aferró el timón y se puso a pensar, sin duda alguna, en **the american way of life**. Por mi parte, yo dediqué también algunos minutos a pensar y, naturalmente, pensé en Joseph Barelli.

Ya se veía desde el Hudson Boulevard de New Jersey el fulgente resplandor de Nueva York, cuando Amiel me preguntó:

—¿Tienes idea de quién pudo haber matado a ese hombre?

—Mi candidato es Joseph Barelli. Está acorralado y necesita dinero para escapar.

—¿Y la mujer? ¿Quién será la mujer?

—Cualquiera. El señor Morgan-Mellow era poco escrupuloso en la selección de mujeres.

—Pero ella conocía al asesino. Recuerda que el camarero la oyó tutearlo y llamarlo cretino.

—Sería una prostituta. Las prostitutas tutean e insultan a todo el mundo.

—Sin embargo, ella se fue con él en el bel air.

—Él pudo haberla obligado. Fue una testigo presencial.

—¿No pudo ser una cómplice que se prestara a engatusar al millonario? Si es así, ella le abrió la puerta de la pista al asesino.

Miré a Amiel para, admirarlo, al tiempo que pensaba en Grace Crawford, y dije:

—¡Concho, si! Hay una muy capaz de haber hecho eso.

—Tienes respuesta para todo —observó Amiel.

—Para tus preguntas, sí. Veremos qué pasa cuando le cuente a tío todo eso.

Entramos a Manhattan por el George Washington Bridge y torcimos la dirección hacia el sur de la isla. A la altura de Second Street, en pleno Harlem hispano, dije:

—Aquí, al doblar, hay un español que hace el café con leche a la cubana.

Dobló la esquina, pero tuvo que detener el ford. Un centenar de personas abejeaba en torno a un carro patrullero. Media docena de fotógrafos lanzaba destellos.

—Allá está el bel air —dije a Amiel—. Toma la cámara.

Bajamos y avanzamos. Un policía se nos atravesó.

—Prensa extranjera —dije.

Se echó a un lado y nos abrimos paso por entre los curiosos. De pronto, me detuve. Dentro del bel air gris, en el asiento delantero, frente al timón, con la cabeza literalmente colgada hacia atrás, estaba el cadáver de William

Smithson. Una feroz cuchillada le cruzaba la garganta de oreja a oreja. Como el motor estaba en marcha, los sangrientos colgajos de la herida temblaban de un modo trágico. Metí la cabeza por una ventanilla y percibí el mismo tufillo acre y picante de la habitación del motel y del pañuelito blanco.

—Vamos —dije a Amiel.

Cruzamos la calle y entramos en el modesto cafetín.

—¡Hola, Loureiro! —grité.

El gallego —gallego de veras, de Monforte de Lemus—, que fuera en los días de mi niñez propietario de una lechería en El Vedado, y al que años más tarde conociera establecido en aquel rincón del Harlem hispano, arrugó los ojos y, al reconocerme, exclamó:

—¡Muchachón! ¡Si estás hecho un hombre! ¿Y la tía Alberta? ¿Y el buen tío médico?

—Está muy bien, Loureiro.

—¿Y qué haces tú aquí?

—Vine a Nueva York sólo por darme el gusto de tomar café con leche en tu casa.

—Eres el mismo de siempre —dijo, riendo—, ¿Y tu amigo qué va a tomar?

—Otro de sus famosos cafés con leche —replicó Amiel.

—Esperen, pues. Se los voy a acompañar con emparedados a la cubana.

Poco después llegaba hasta nosotros el aroma casi desconocido en Manhattan del café colado a la criolla. Unos minutos más tarde aparecieron ante nosotros dos emparedados y dos grandes tazas de café con leche, de un tono deliciosamente oscuro. Loureiro, sentado ante nosotros, contempló con ojos orgullosos el deleite con que apuré el primer sorbo.

—¿Qué ocurrió ahí enfrente? —le pregunté.

—Poca cosa, hijo. Mataron a un hombre.

—¿Ese hombre vivía ahí?

—Sí y no.

—¿Qué quieres decir?

—Ahí enfrente vive una mujer, dueña de un prostíbulo de lujo ubicado frente a Tomkins Square. Ella tiene varios amantes —hizo con los dedos la

seña de dinero—. Uno de ellos era el muerto. Se llama Willy, Willy Smithson.

—¿Y ella cómo se llama?

—Nadie sabe su nombre verdadero. Todos le dicen Bell. Es lo que se llama una mujer de pelo en pecho.

—¿El bel air era de Smithson?

—Sí.

—¿Los viste salir esta noche?

—No.

—¿Y los viste llegar?

—Tampoco. En invierno, siempre tengo la puerta cerrada y de noche apenas salgo a la calle. Como ves, a esta hora no hay clientes. Sólo los bares están llenos. ¿Sabes que ese hombre estaba complicado en el crimen del Waldorf?

—Sí. Los periódicos no hablan de otra cosa.

Como yo tenía a Barelli metido entre mis neuronas, le pregunté:

—¿Conoces a Joseph Barelli?

—En Harlem todo el mundo lo conoce.

—¿Será uno de los amantes de Bell?

Por supuesto, yo esperaba que respondiera en forma afirmativa, por eso me golpeó su respuesta:

—No, no. Hace un año riñeron en plena calle.

—¿Por qué?

—Unos dicen que por un negocio de heroína. Otros, que por la posesión de una muchacha. Ella lo hirió gravemente de un botellazo en la cabeza. Struckle, el senador, la sacó del lío.

Me removí en la silla, miré a Amiel y pregunté, ansioso:

—¿Struckle es uno de los amantes de ella?

—Ella pasa por agente electoral de él; pero todo el mundo piensa que hay algo más entre ellos...

—¿Es una mujer hermosa? —preguntó Amiel.

—Pasa de los treinta, pero se conserva bien. Posee eso que los yanquis llaman **It**. ¿Me comprenden?

—Perfectamente.

—¿Qué más puede haber entre ellos? —volvió a preguntar mi amigo—. ¿Amor o heroína?

Loureiro sonrió picarescamente y respondió:

—¿Por qué no las dos cosas? En Nueva York, joven, el amor y las drogas se complementan.

—¿Tú quieres decir —pregunté— que el senador es drogadicto?

—Ni más ni menos. Pero creo que pica más alto. La única vez que entró en este café fue para pedirme, con mucho sigilo, que le guardase un paquete en mi caja fuerte —hizo la seña descriptiva de un paquete de unas diez pulgadas cúbicas—. Ese mismo día, el capitán Murphy, un energúmeno, hizo un registro en casa de Bell. ¿No les dice algo esa coincidencia?

—¿Sabes si Smithson tenía enemigos?

—Ésa es una pregunta tonta, muchacho. En Nueva York, todos somos enemigos de todos. Aquí la muerte se pasea alegremente por las calles. Nadie está a salvo de una cuchillada, o de un disparo, o, cuando menos, de un estacazo. De todos modos, no olvides que Smithson estaba implicado en el caso de la brasileña. Por otra parte, dicen que el gángster Calabrio adoraba a esa muchacha. Quizás sea por eso que toda la mafia anda desesperada en busca de Barelli. Por tanto, yo me pregunto: ¿y si Smithson sabía dónde se ocultaba Barelli y no quiso decirlo? En fin, allá ellos. ¿Quieren otro emparedado? ¿Más café con leche?

—No, gracias, querido Loureiro.

Ya en el automóvil, rumbo al Waldorf, Amiel rompió el sólido silencio con una pregunta que yo estaba a punto de hacerle a él:

—¿Qué crees ahora?

—Nada —respondí—. Estoy a punto de refundar el pirronismo; pero con unas reglas tan severas que sus adeptos tendrán estrictamente prohibido creer hasta en la camisa que llevan puesta.

—No es para menos —concedió—. Barelli se ha salido del cuadro.

—Lo peor no es lo que ha salido del cuadro, sino lo que ha entrado. Esa Bell es un elemento totalmente inédito hasta ahora. Por otra parte, Struckle ha

subido mucho su rango de sospechoso de asesinato. O, cuando menos, de instigador...

—¿Has considerado que Smithson es el hombre del motel?

—Me parece indudable. El bel air es de él. Y esa mujer, de pelo en pecho encaja como broche a presión... El editor andaba escaso de fondos y como amigo y socio de Levsky, pudo tener acceso a esas fotos sicalípticas. Sin embargo...

—¡Eso mismo iba a decir yo! —dijo Amiel, vivamente—. Sin embargo, si Smithson mató a Morgan-Mellow, ¿quién degolló a Smithson?

Volvió a hacerse el silencio, pero más sólido que antes.

En el vestíbulo del hotel, mientras Amiel compraba una revista, me salió al paso una mujer ataviada con cierto lujo. Era bonita y escultural. Y aunque no se parecía físicamente a Maggie Scarf, noté que por dentro eran muy semejantes. Llevaba un cigarrillo entre los dedos y me hizo una seña convencional con los ojos y la nariz.

—No fumo —le dije.

Me miró como si yo fuera un tipo con dos cabezas, pero en seguida me brindó una sonrisa con acompañamiento de guiños incitantes.

—¿Me invitas a un trago? —preguntó con abundante melifluidad.

—Soy abstemio —le dije—. Y, además, soy eunuco de nacimiento.

Mostré mis espaldas a su estupor y me uní a Amiel, que había presenciado la escena con marcadísimo interés.

Cuando entramos, tío estaba sentado ante el televisor con un papel y un bolígrafo entre las manos.

—Aquí está Amiel —le dije—. Se lo he contado todo.

—Has hecho bien. Esperen un momento.

En la pantalla explotó un auto y tío trazó dos rayitas en el papel.

—¿Qué hace? —le pregunté.

—Cuento los muertos. En el día de hoy, en diferentes programas difundidos por esa televisora, han ocurrido treinta y nueve muertes violentas.

—Es un día flojo —comenté—. Según las estadísticas, la media es mucho mayor.

Arrugó la nariz y me husmeó un poco antes de decirme:

—¿A qué demonios hueles tú?

—Si no es a pólvora, tiene que ser a cuchillada.

Saqué la foto y le hice el cuento. Al terminar, como no había mirado la fotografía, se la señalé y le dije:

—Eso prueba que hubo intento de chantaje.

No respondió, pero Amiel intervino:

—Se me ocurre que el asesino dejó esa foto deliberadamente...

—Por supuesto, por supuesto —condescendió tío—. Una vez muerto ese sujeto, la foto perdía efectividad económica, pero conservaba efectividad moral. A eso puede llamarsele desprestigio **post mortem**. De manera, nene, que has librado a una familia honorable de tal deshonor.

—Lo sé —repliqué—. ¿Qué le parece pasarle a la viuda una cuenta por el servicio prestado?

Mientras emitía un gruñido, le dije:

—Está bien claro que Smithson, con la complicidad de la tal Bell, asesinó a Morgan-Mellow y...

Me cortó la frase con un ademán degollante y, preguntó:

—¿Dijiste que eso ocurrió aproximadamente a las nueve?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque Smithson estuvo aquí a esa hora.

Si me hubiese dado un porrazo en la cabeza con la antorcha de Miss Liberty, me habría dejado muchísimo menos impávido. Cuando logré reaccionar, miré a mi amigo, observé la sonrisilla maléfica de tío y le dije:

—No es posible...

—Sí lo es. Tú mismo le diste la dirección. No sabe tu verdadero nombre; pero preguntó por don Pedro Pizarro del Pradoameno. Estaba desesperado por vender las copias de la película de marras. Le habían prometido devolvérselas hoy y quería garantizarse el contacto contigo.

Volví a mirar a Amiel, pero él se limitó a encoger los hombros, aunque su cara no estaba menos perpleja que la mía. Entretanto, tío quedó un buen rato en actitud meditativa. En dos ocasiones se sentó frente ni tablero de damas;

pero no llegó a ordenar las piezas, lo cual era una señal inequívoca de que su mente estaba trabajando a toda velocidad. Al fin, se sentó en una butaca y me dijo:

—¿Dónde está ese pañuelito?

Fui a buscarlo al bolsillo del abrigo y se lo entregué. Estiró las narices, aspiró un poco e hizo un gesto de repelencia.

—Eso —dijo— huele igual que el contenido de ese frasco que **no** ibas a llevarle a tu tía.

—¡Lo compré para ella! —protesté.

—¿Y piensas que tu tía se va a poner detrás de las orejas un perfume de rameritas?

De pronto, chasqué los dedos y me di un golpe en la frente.

—¡Ese perfume no está a la venta en Nueva York! —dije—; Lo traje de Atenas un marinero griego. Yo compré dos frascos. Por tanto, es Grace Crawford la que estuvo en el motel.

—Buena deducción —dijo tío, pero no pude advertir si lo expresó con sinceridad o si con ironía.

—Y en ese caso —seguí razonando—, el asesino es Barelli.

—¡Qué barbaridad!—exclamó tío—. Éste es el tercer asesinato que le echas encima a ese chulo.

—¿Cómo? ¿No fue él?

—No seas tonto. Esa rata es incapaz en estos momentos de sacar el hocico fuera de su cueva.

—Las ratas —observé—, cuando se ven acorraladas, suelen atacar.

—Barelli no está acorralado, porque está bien escondido. Y se siente seguro porque tiene amigos. Amigos y amigas que están dispuestos a trabajar por él y para él

—Tú tío tiene razón —apoyó Amiel.

—No me queda otro recurso que unirme a la mayoría —dije, bastante malhumorado.

—Usted perdone —dijo Amiel, a tío—. Me parece entender que la Crawford utilizó a un amigo de Barelli para llevar a cabo el intento de chantaje a Morgan-Mellow.

—No. pudo haber sido de otro modo —enfaticó tío.

—El caso es —razonó mi amigo— que utilizaron el automóvil de Smithson. Pero, ¿lo hicieron con el consentimiento de éste?

—Eso es obvio, muchacho. Recuerda que Smithson me dijo esta noche que le habían prometido las copias de la película. Y, ¿quién puede haberle hecho tal promesa sino Grace Crawford? Sin duda, ella le pidió el automóvil a Smithson para ir a buscarlas, aunque podemos dejar abierta la posibilidad de que usara otro pretexto. Luego le dio el auto al asesino y se fue a cumplir su cita previa con Morgan-Mellow.

—Y ahí tenemos a un bel air siguiendo a un Cadillac por la carretera de Trenton.

—Ni más ni menos. Pero hay algo más: cuando desees degollar a una persona que está sentada en el asiento delantero de un auto, tendrás que sentarte en el asiento trasero. De ese modo, basta tomarle la frente con una mano, echarle la cabeza hacia atrás y manejar rápidamente el arma con la otra mano. Pero para eso es necesario que tu víctima tenga confianza en ti. Por consiguiente, Smithson conocía a su victimario.

—Naturalmente —dijo Amiel—. ¿Y cómo reconstruiría usted los hechos?

—Ni siquiera los testigos presenciales son capaces de reconstruir hechos, querido Amiel. Sin embargo, tenemos elementos suficientes para una reconstrucción ideal. Cometido el crimen del motel, el asesino, o su cómplice, tuvo tiempo para pensar que un bel air en la pista de un lugar tan concurrido era una huella demasiado perceptible. De ahí a decidir la eliminación de Smithson no mediaba ni una milésima de segundo de meditación. Al entregar el carro a Smithson, en tanto esa mujer quedaba sentada en el asiento delantero y el asesino tomaba asiento en el trasero, le dirían que los llevara a alguna parte, y aquí encaja que le dijeran que iban a buscar las copias para cerrar el negocio. En fin, apenas el incauto arrancó el motor, recibió la cuchillada fatal.

—Eso explica —dije— que el motor estuviera en marcha.

Amiel puso cara de querer aplaudir, mientras yo sentía que mi orgullo de sobrino crecía un poco más.

A las once de la noche, poco después de marcharse Amiel, mientras tío hacía rayitas en el papel, tomé el sombrero y el abrigo y dije:

—Voy a ver a un tal Ahmed.

Volvió la cabeza, y me dijo:

—Recuerda que hoy ese hombre ha matado a dos personas.

XXIII. Un hombre acosado

Viernes después de las once de la noche

Antes de entrar me puse las gafas oscuras, desanudé la corbata y eché el sombrero hacia atrás.

—¿Tú eres Kepler? —dije al tipo barrigudo que se me enfrentó; y, sin esperar respuesta, añadí—: Quiero ver a Ahmed.

Me midió un par de veces con una mirada ambigua, se rascó la barbilla y se perdió detrás de una sucia cortina verde. Se escuchaba claramente el ruido de los dados al batir contra la mesa de **seven-eleven** y el entrechocar de las bolas de **chicago**. Observaba un empolvado retrato de Alfredo de Oro que colgaba de la pared, cuando reapareció el barrigudo seguido de un tipo árabe-yanqui de estatura baja, pero que medía no menos de un metro entre hombro y hombro. Con una pavorosa sevillana se hurgaba el churre de las uñas,

—Éste es Ahmed —dijo Kepler.

—¿Qué quiere? —preguntó el ancho al tiempo que se encajaba hasta las orejas la gorra verde.

Me le acerqué y le dije al oído, con la boca torcida:

—Hablé con Grace al mediodía y no quiero perder más tiempo con ella. Tengo un negocio de cine sucio en La Habana y necesito varias copias de esa película nueva. Vamos a doblarlas al español y estamos dispuestos a pagar la exclusividad.

Cerró la sevillana con ademán violento, fue hasta junto a Kepler y le dijo algo inaudible al oído. Luego se volvió lentamente hacia mí para decirme:

—¿Trae el dinero?

Me palpé el bolsillo y respondí:

—Traigo cincuenta de los mayores.

Los dos me miraron con los ojos desorbitados y después intercambiaron miradas golosas. Naturalmente, estaban pensando en cómo luciría yo decapitado.

—¿Tiene carro? —preguntó Ahmed apenas le cedió la codicia.

—Tengo un taxi al doblar de la esquina.

Se abrió el **jacket** para que yo pudiera ver que llevaba una pistola bajo el sobaco y dijo, con aire de matasiete:

—Vamos.

Al torcer de la esquina, abrí la puerta trasera del taxi. El tipejo entró y yo di la vuelta para sentarme junto al chofer.

—Vamos a donde te diga el caballero, Speedy.

El medio árabe dio la dirección y el carro partió velozmente.

Para inspirarle más confianza al ancho, despedí a Speedy. Entramos en el oscuro zaguán de un viejo edificio. El ascensor, traqueteante y perezoso, nos llevó hasta el sexto piso. Recorrimos medio pasillo y Ahmed tocó a una puerta. Cuando entramos, me quité las gafas. En seguida el tipo me reconoció y dijo al medio yanqui:

—¡Eres un cretino!

—¡Trae cincuenta de los grandes, Joseph! —dijo el- ancho.

—¡Cállate! —chilló Barelli; luego se volvió hacia mí para decirme—: ¿Qué diablos quiere usted?

—Hablarle.

Fue entonces cuando el cretino cuadrado reaccionó y se le ocurrió decir, mientras metía la mano dentro del **jacket**:

—¿Hay alguna dificultad, Joseph? ¿Quieres que lo descogote?

—¿Qué vas a sacar? —le dije, al tiempo que lo miraba con el entrecejo fruncidísimo—. ¿La pistola con que mataste a Morgan-Mellow o la sevillana que usaste para degollar a Smithson?

Dio resultado. El hombre se puso blanco y flotante como una nube y percibí el involuntario castañetear de sus dientes. Por supuesto, aquello equivalía a una confesión. Por asustarlo un poco más, le dije, acercándome a sus narices:

—¿No se decide? ¡Ah, vamos! Seguramente su cuota es sólo de dos muertos diarios.

Trató de hablar, pero no pudo, aunque encontró fuerzas para mirar a Barelli con ojos aterrorizados. El gigoló se acercó para agarrarle el **jacket** y decirle:

—¿Qué ocurrió, turco maldito?

—Tuve que hacerlo, Joseph. El pez gordo no quiso soltar la mercancía. Lo del otro, fue idea de Grace...

Barelli, colérico, le soltó una bofetada de cien kilogramos y le chilló al oído.

—Lo mejor es que te pierdas de vista, ¡imbécil!

El consejo le dio impulso y salió disparado. El otro se me acercó para decirme:

—Escuche: no crea que le temo. Pero estoy en dificultades y no quiero más líos.

—Según mi tío —le repliqué calmadamente—, sus dificultades, aparte de ser producto de su temperamento machista, se agravan por el escaso desarrollo de su talento. Pero no he venido a discutir eso. Solamente deseo hacer un trueque con usted.

—Yo a usted no le daría un **quarter** a cambio del Rockefeller Center —replicó con ostensible resentimiento—. Lo más que deseo en este mundo es verlo a mil millas de mí.

—En primer lugar, señor Barelli, no siempre se alcanza lo que se desea. En segundo término, ya compré esta mañana el Rockefeller Center. Un idiota me lo vendió en diez centavos —hice una pausa para concentrar mi mirada en los músculos de su cara de bebé—. Aunque el tipo quería que le diera también una pistola con cachas de plata mexicana y con las iniciales de un senador.

Muchos de sus músculos faciales cambiaron de posición.

—¿Qué me quiere decir con eso?

—No pierda el tiempo en hacerse el tonto. Cuando usted salía del Continental, me vio en el lobby. ¿No comprendió que haber dejado el arma allí era como dejar una tarjeta de visita?

—No sé de qué me habla —dijo.

No hice caso de su descargo e insistí en mi ablandamiento:

—Pero ésa parece ser una costumbre suya —saqué de un bolsillo la alianza cifrada—. Por ejemplo: ¿este anillo no es suyo?

Lo miró, palideció y dijo, esta vez con voz insegura:

—¿Cómo lo tiene usted?

—Apareció atado a un cordel rojo que colgaba de la ventana del bar de Amorihna. Su amigo Levsky lo encontró allí.

—¡Eso es una mentira del maldito judío! Hace tiempo extravié esa alianza.

—¿Sabe dónde?

—¡Qué sé yo! Pudo haber sido en la suite, en mi casa, en cualquier parte. El judío la encontraría.

—Está bien. No se preocupe. Quédese con ese anillo. No tengo interés en hacerle daño.

Se derrumbó en un sofá, al tiempo que una voz somnolienta decía desde lejos:

—¿Quién está ahí, querido?

—Un amigo —dijo Barelli, mientras me obsequiaba una sonrisa anfibológica—. ¡Levántate y sírvenos un trago!

—El portugués no tenía la esmeralda, ¿no es cierto? —le pregunté con voz amigable.

—No lo sé.

—No trate de engañarme. Sé que el mismo móvil lo llevó a cometer dos crímenes inútiles.

—Yo no maté a esa mujer —su voz era neutra, impersonal—. Ni a Ortigão. Cuando llegué, ya el portugués estaba muerto.

—¿Usted no hurtó la pistola del senador?

—Sí —confesó enfático.

—¿Y cómo explica que la pistola estuviera junto al cadáver de Ortigão?

—No sé. Ni siquiera sé si usted miente.

Extraje la pistola y se la mostré. Al verla, retrocedió, evidentemente espantado. Con los brazos extendidos sobre el respaldo del sofá, se puso a mirar las telarañas del techo. Al cabo de un rato, me dijo:

—Siéntese.

Me acomodé frente a él y puse la pistola sobre la mesita que nos separaba. Él volvió a mirarla y preguntó:

—¿Usted me asegura que ésa pistola estaba allí?

—Sí. Yo mismo la tomé.

—¿Por qué hizo usted eso?

—Por pura caridad. Aunque la policía, sin esa prueba, lo acusa a usted de matar a ese hombre;

Se removió en el sofá antes de decirme:

—Créame, si le parece; pero yo no dejé esa pistola allí. La tenía oculta en mi casa. Además, ni siquiera entré en la habitación. Me asomé a la puerta, vi el cadáver y el desorden que había y me marché. Ortigão muerto no me servía de nada... Otra cuestión: ¿sabe usted que Virgil bajó mientras yo esperaba en el lobby una oportunidad para subir?

—¿Acusa usted a Virgil de matar al portugués?

Volvió a meditar un ratito. Al cabo, dijo:

—No. No lo creo. Ese infeliz no es capaz de matar una mosca. El único que pudo robar la pistola de mi casa es Levsky.

—¿Se refiere a su casa de Brooklyn?

—Sí.

—¿Usted supone que el judío le hurtó la pistola y mató con ella a Ortigão para enredarlo a usted?

—Es posible.

—Pues yo puedo asegurarle que ni él le hurtó la pistola ni mató al hombre.

—¿Y quién lo mató?

—Eso puede usted preguntárselo a Murphy cuando lo vea. Él lo sabe. En fin, vamos a lo del trueque: le cambio la pistola por el alfiler.

Cambió de postura en el sofá y preguntó, con aire ingenuo:

—¿De qué alfiler habla?

—No finja. Me refiero al alfiler que falta en la cabeza de trapo de la japonesa. El mismo que usted utilizaba para martirizar a Amorihna.

Se rió de tal manera, que temí por su sanidad mental. Una vez calmado el ataque de hilaridad, me dijo:

—Escuche, cubano: yo no necesito alfileres para martirizar a las prostitutas.

La respuesta era una mezcla de vanidad y cinismo. Sujeté el sarcasmo con que iba a replicarle y seguí con mi tema:

—Le daré otra oportunidad de ganarse una linda pistola con cachas de plata: dígame: ¿por qué volvió usted a la suite el sábado, poco después de las siete de la noche?

—¿Quién me prohibía volver cuando yo quisiera?

—Es cierto —admití—. Pero, ¿ella le abrió la puerta?

—¿Ya le han dicho que usted es un tipo terco?

—Sí, mi abuelita siempre me lo decía.

Sonrió con sinceridad. Volví a la carga:

—Yo soy terco y usted hermético; pero mi terquedad pretende ayudarlo, en tanto que su hermetismo lo perjudica, porque con silencio no puede explicarse nada. Razone: desgraciadamente, Levsky está muerto y no es posible verificar lo que usted dice acerca del anillo atado al cordel rojo.

Se pasó una mano por la frente húmeda. Cerró los ojos durante unos segundos. Parecía meditar.

—No —dijo, al cabo—. Ella no me abrió. Golpeé la puerta; pero no me abrió.

—¿No llevaba usted la llave?

—Sí, pero ella tenía pasado el cerrojo.

—¿Habló con ella?

—Yo sí hablé. Es decir, grité.

—¿Y ella le contestó?

—No lo sé. El radio escandalizaba demasiado.

La intuición me dio un pellizco tan fuerte que me obligó a preguntarle:

—Ya he sabido que estaba usted furioso, pero, dígame: ¿llevaba consigo esa pistola?

—Sí.

Fue un sí duro, acompañado de un súbito abatimiento de la cabeza. Me acerqué a musitarle:

—¿Pensaba usted matar a la gallina de los huevos de oro?

Alzó la mirada del suelo para responder:

—¿No sé en qué pensaba! ¡Ella iba a irse a Europa con ese gángster hijo de puta!

—¿Quién le dijo a usted lo del viaje?

—Levsky. Ahora comprendo que lo hizo para excitar mi violencia.

Pareció descargado de un gran peso. Cruzó los brazos e hincó el mentón en el pecho. De repente, descruzó los brazos, irguió la cabeza y la sacudió. Miró al soslayo la pistola, tomó aliento y se inclinó hacia adelante.

—Le repito que no quiero más líos y es por eso que he soportado pacientemente su intromisión en mi vida; pero le advierto que está usted jugando con átomos a punto de fisión.

—Le agradezco la advertencia, pero sepa que mi tío conoce el antídoto de la desintegración. Por otra parte, quiero aconsejarle que no confié en esa pistola. Tengo las balas en el bolsillo.

Me miró largamente y luego metió un índice en el guardamonte del arma para hacerla girar sobre la mesa. De repente, la soltó. La pistola dejó de dar vueltas y quedó con el cañón , apuntando para él. Comprendí el juego cuando, después de mostrarme el colmillo fileteado de oro, me dijo, señalando al arma:

—Usted gana —se volteó hacia el interior de la casa y gritó—: ¡Coralina!

Coralina —una mujer monumental— entró con tres vasos y una botella de whisky. Se sirvió un trago, lo apuró y me miró.

—¿Usted es el hombre de la película, verdad? —me preguntó— Yo quiero trabajar en eso.

—¡Cállate! —rugió Barelli.

—¿Por qué he de callarme? —dijo ella con la cara llena de furor—... Le conseguiste una película a esa puta de Grace Crawford. ¿Es que ella tiene algo mejor que yo? Dígalo usted, señor.

Se abrió la bata y me mostró, de pies a cabeza, un cuerpo excelentemente bien formado, aunque matizado de cardenales.

—¿No es verdad que sirvo? —me preguntó.

—¡Cállate! —volvió a rugir el gigoló.

—¡Déjame, hablar! —insistió la monumental—. Tengo dos sobrinos, señor. Ella tiene siete años y él, nueve. Son dos soles. Y saben mucho de esas cosas. ¿Por qué no nos hace una prueba?

Barelli se levantó para soltarle una resonante bofetada. Ella replicó con otra, no menos sonora. Lucharon. La mujer tenía mucho odio en la cara. Y en la boca, porque los insultos que dirigió a su amante eran de los peores. A viva fuerza, Barelli la arrastró a la habitación inmediata. Desde allí me llegó el barullo de otro enconado cuerpo a cuerpo y una nueva andanada de terribles denuestos.

—¡Canalla! —gritó, antes de caer derrumbada—. ¡Pega duro, que ésta será la última vez que me golpeas!

Cuando Barelli regresó, hizo un gesto de disculpa.

—No se preocupe —le dije—. Usted no inventó esta sociedad.

Puso cara de no haber entendido una palabra. Sirvió whisky en los vasos. Bebimos.

—En fin —le dije—, no necesito ese cacharro y voy a dejárselo.

Volví a beber. Tenía algo más que decirle y no sabía cómo entrar en el tema. De pronto, recordé una palabra recién escuchada y le pregunté:

—¿A qué mercancía se refirió ese turco imbécil?

No respondió. Insistí:

—No me lo diga... Eran las copias de la película. Alzó los ojos y me dijo que sí con las pupilas. Me puse de pie y rodeé la mesa de centro.

—No comprendo —dije.

Era cierto que no comprendía y me dije, **in mente**: Al hablar con Grace Crawford creí entender que Barelli tenía las copias, pero...

—¡Claro! —dije, aporreándome la frente—. Al formarse el lío por la muerte de Amorihna, usted le entregó las copias a Morgan-Mellow. En poder del millonario estaban más seguras...

—No fui yo quien se las entregó —dijo—. Fue ese judío cobarde.

Volvió a entrar en crisis de abatimiento. Derrumbó los hombros y se quedó mirando a la ventana que daba a la calle.

—¿De dónde teme usted que le venga el golpe? —le pregunté—. ¿Del gángster? ¿Del senador?

—De los dos —dijo, y su rostro se animó—. Ninguno de ellos me perdona que esa mujer me perteneciera.

—¿Y Murphy?

—Ese hijo de la gran perra sólo ambiciona las joyas.

—Joyas, que, por supuesto, usted no tiene.

—Esa observación no juega con su talento. De haberlas tenido, yo no estaría aquí.

—Apúntese un tanto —dije en tono amigable.

—De nada me sirve. Usted tiene demasiados.

Sonreí. Entonces recordé algo y le dije:

—Entre paréntesis, Barelli: ¿nadie respondió a su oferta de confesar por escrito?

—Nadie me ha encontrado —dijo, y sonrió—. Es decir, usted está aquí. ¿Tiene veinte mil dólares en algún bolsillo?

—¿Qué haría con ellos?

—Dárselos a Murphy. Estoy seguro que él me sacaría de este lío. Es capaz de hacer cualquier cosa a cambio de dinero.

Se acercó a la ventana y levantó un visillo para mirar a la calle. Pude escuchar el ruido de un carro que se detenía. Barelli dejó caer la cortinilla y se volvió. Estaba transfigurado. En sus ojos brillaba la luz de la acción.

—¿Están ahí? —pregunté.

—Acaban de llegar.

—¿Quiénes son?

—Los que menos yo esperaba, pero voy a vender cara mi vida.

Miró la pistola antes de mirarme a mí. Saqué las balas del bolsillo y se las entregué. Febrilmente, colocó el peine en el depósito, que empujó con un golpe experto. Me dispuse a salir y me dijo:

—No cierre la puerta.

Se dirigió a una pared y apagó las luces. Desde el pasillo mal iluminado no pude verlo en la impenetrable oscuridad del interior.

—¡Buena suerte! —le dije.

Bajé por la escalera en el momento en que el lento y quejumbroso elevador ascendía por el negro agujero. Replegado en un rincón, pude ver, a través del enrejado de la caja, los rostros impasibles de Murphy y dos de sus secuaces.

El auto azul del capitán estaba vacío. Crucé a toda prisa junto a él y torcí a la derecha en la esquina inmediata. Entonces, la vi. Venía con prisa, el abrigo abierto y aleteante. La tomé por los brazos y le dije:

—¿Por qué tanta prisa, nenita?

Me miró con los ojos llenos de terror.

—¿Es usted? —preguntó con voz apagada.

—Sí. Estira las orejas y escucha...

Dos segundos después, sonaron los disparos.

—¿Que ha sido eso?

—Murphy encontró a Barelli, nenita.

—¡Santo Dios! —exclamó—, ¡¡Asesinos!!

Le puse una mano en la boca y le pregunté:

—¿No te manchaste con la sangre de Smithson?

Dio un paso atrás para meterse en el hueco de una puerta. Sentí el arrancar de un carro y me eché sobre ella, calándome el sombrero. El carro azul pasó a mis espaldas a toda velocidad. Cuando aflojé el abrazo, Grace Crawford estaba desmadejada y temblorosa. Como en tales situaciones la piedad sobra, le dije:

—Ahmed dice que la muerte de Smithson fue idea tuya.

Se repuso lo suficiente para decirme:

—¿Y qué si es verdad?

—Nada. Sólo que esa mala acción frustra a una estrella.

Sonrió con aire fatalista y encogió los hombros.

—Muerto él, ya nada me importa —hizo esta vez una transición dramática—. ¿Por qué no vas a buscar las botellas de **gin**?

Echamos a andar. Comenzaba a caer una ligera nevada. Entramos en una taberna. Nos sentamos ante una mesa de madera llena de nombres trazados a cuchilladas. Al fondo, un tipo, de bruces sobre su mesa, dormía una borrachera. Pedí una botella de ginebra seca y dos vasos. Serví dos raciones generosas. Ella apuró la suya de un solo trago y me miró con irracional fijeza.

—¿Eres de la policía? —me preguntó.

—No. Soy detective privado.

—¿Por cuenta de quién trabajas?

—Mi cliente es Tessie Howard.

La cara se le iluminó dos segundos, antes de decir:

—Dinero fácil. Ella no tiene nada que ver en toda esta orgía sangrienta. Te lo aseguro —se sirvió y bebió—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿A dónde ibas ahora?

—A ver a Joseph.

—¿Sabía él lo de Morgan-Mellow y lo de Smithson?

—No. Iba a decírselo. Ahmed no se atrevía.

—Al fin, se atrevió —dije—. Escucha: ¿cuando hablé contigo en tu casa, sabías que Morgan-Mellow tenía las copias?

—No. Ahmed me lo dijo después que tú te marchaste. Joseph le había dado instrucciones.

—Y entre esas instrucciones estaba la de que tú hablaras con el millonario.

—Sí. Lo llamé y accedió a llevarme al motel.

—También hablaste con Smithson.

—Sí. Nos hacía falta un carro y fui a ver a Willy. Él se alegró mucho de verme. Me dijo que tenía una buena oferta por las copias. Yo le dije que se las buscaría si daba una buena participación a Barelli.

—Y, naturalmente, te prestó su bel air.

—Sí.

—Y como tú tenías un Cadillac a tu disposición, le cediste el bel air al árabe.

—Sí.

—Y Ahmed los siguió hasta el motel para, en caso necesario, forzar la situación...

—Sí.

—¿Tú le abriste la puerta al árabe?

—Sí.

Como tras cada sí tragaba un buche de gin, se le agotó lo servido y volvió a servirse.

—¿Y Morgan-Mellow se negó a entregar las copias?

—Sí.

—¿Ni siquiera accedió cuando le mostraron aquella foto pornográfica?

—Eso lo ablandó. Pero entonces dijo que había destruido las copias.

—¿Tú se lo creíste?

—Parecía sincero.

Sorbí un poco de ginebra, antes de preguntarle:

—¿Quién propuso entonces un arreglo a base de dinero?

—Yo. De todos modos, eso es lo que necesitaba Joseph.

—¿Aceptó Morgan-Mellow?

Hizo un dramático gesto de rabia y apuró la ginebra antes de decir:

—Sí. Cornelius iba a extender un cheque por veinte mil dólares, pero Ahmed exigió el doble. El árabe estaba muy nervioso y...

Di un saltito al preguntar:

—¿Y se le escapó el tiro?

—¡Sí!

—¡Cretino! —dije.

El hombre que dormía al fondo cambió de postura y pude verle la cara. Lo reconocí.

—Ven acá, nenita: ¿y por qué matar a Smithson?

—¿No dices que te lo dijo Ahmed? Sí. Fue idea mía. Tenía miedo.

—¿A qué?

—A que siguieran la pista del bel air. Estuvo mucho tiempo allí. Huimos en él...

Todo era repugnante, pero todo concordaba. Me levanté y le dije:

—No te tomes toda la botella. ¿Por qué no invitas al caballero durmiente?

Puse un billete de diez dólares sobre la mesa y me dispuse a salir, después de echar un vistazo de despedida al derrumbado Homer Horace Virgil. El camarero me gritó:

—¿No toma el vuelto?

—No. Compártelo con ella.

Cuando terminé de contárselo todo a tío, agregué:

—En fin, a pesar de ser inocente, Barelli murió...

—No —dijo en voz queda—. Escuché la noticia por radio. El asunto no terminó como tú piensas. Barelli disparó primero, saltó por encima de los tres cadáveres y huyó en el auto de sus víctimas.

La noticia no me hizo mella porque me agarró con el asombro aletargado. Todo lo que hice fue decir:

—Me siento culpable. Yo le devolví la pistola y...

—¿Culpable de haber auxiliado a la Justicia en el caso de Ortigão? — replicó,

—Mirándolo de ese modo, no me pesa. Ahora sólo hace falta hacer justicia en el caso de Amorihna.

Miró su reloj. Yo también consulté el mío. Eran las dos y diez de la madrugada del sábado.

—Dentro de unas horas vas a recibir la mayor sorpresa de tu vida —me dijo.

Me levanté de la butaca para ir a la habitación y al pasar por junto al televisor oprimí el botón del encendido. Al volver a la sala, vi que retransmitían las últimas noticias del viernes. Apareció en la pantalla el senador Struckle. Estaba encaramado en la tribuna de la Cámara de Industriales de Nueva York y quedé pasmado al escuchar las violentas diatribas que lanzaba contra la mafia y el énfasis mordaz que ponía en sus palabras al referirse a Mugsie Gang Calabrio. Tío también se acercó al televisor cuando Struckle hizo una alusión a los asesinatos de Amorihna do Portobelo, Américo Ortigão, Aaron Levsky, Cornelius Morgan-Mellow y William Smithson, relacionándolos con Mugsie Gang, a quien culpó también de ocultar y proteger a «su cómplice Joseph Barelli».

Al terminar la transmisión, pregunté a tío:

—¿Qué le pareció el discursito de ese cínico?

—El señor Struckle —respondió— parece estar ensayando nuevas técnicas de suicidio. Recientemente, le falló una, relacionada con el tal capitán Murphy; pero no hay duda de que ahora va a tener buen éxito.

Me siguió hasta la habitación y se sentó en su cama para descalzarse.

—Hoy hablé en el lobby con Virgil —me dijo—. Un detective del hotel quiso expulsarlo a la calle; pero yo intervine en su favor. ¿Sabes que el muchacho usa pistola?

—No lo sabía; pero si sé que es incapaz de apretar un gatillo.

—El muchacho es inteligente.

—Las pistolas no se disparan con la inteligencia, tío.

—Pero, a veces, la inteligencia ayuda —replicó—. Por cierto, se le ha metido en la cabeza que el señor Enrico Calabrio es culpable de la muerte de Amorihna.

—Eso es un efecto de la marihuana. O del **rye** crudo.

—Estaba sobrio y normal.

—Oiga, oiga: ¿y a usted no se le ocurrió sacarle esa idea de la cabeza? Bastante trabajo pasó para sacármela a mí.

—A ti esa idea te hacía daño. A él lo hace feliz.

Apagó las lámparas colgantes, encendió la de su mesa de noche y se tendió en la cama. También yo me acosté.

De cuando en cuando recuerdo lo que soñé en aquella ocasión: la Calabrio and Struckle Foods, se disponía a lanzar al mercado un nuevo producto: el Supergrain —maravillosa mezcla de **corn flakes**; **rice crispies** y **quaker oats**. De la publicidad se encargó la Virgil and Crawford Advertising, que concibió la brillante idea de alimentar públicamente a un niño en la plazuela de Saint Bartholomew's Church, a un costado del Waldorf. Después del alegre desfile inaugural con **clowns**, malabaristas, **écuyerès** y cabezotas, se sirvió al nene una fuente del fabuloso alimento. Apenas probó el primer bocado, comenzó a crecer, a crecer, a engordar, a engordar y a ponerse monstruoso, monstruoso, tanto, que a la seis cucharadas ya alcanzaba la altura del Waldorf-Astoria. Joseph Barelli, que así se llamaba el chiquilín, rugió un poco, se asomó a una ventana del hotel y se relamió los enormes labios con la enorme lengua. Había visto, desnuda y dormida en su lecho, a una joven muy hermosa llamada Amorihna de Portobelo. La tomó con una de sus manazas y con la otra intentó clavarle en el pecho una aguja de seis pulgadas de largo. Ahí intervine yo. Trepado en una avioneta y armado de una pistola con cachas de plata mexicana, volé hacia el monstruo.

Me desperté gritando:

—¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Tío dio un salto en la cama.

—¿Qué te pasa, muchacho? —me preguntó.

—Tuve un sueño rarísimo.

Le hice el cuento. Volvió a acostarse, se tapó con el edredón y dijo:

—¡Bah! Eso no es nada raro. Ni original. Es casi el mismo argumento de una película que vi por los años treinta. Se titulaba **King Kong**. ¡Duerme! ¡Duerme!

XXIV. La solución sencilla y clara

Sábado mañana, tarde y noche

A las ocho me levanté y bajé al comedor. Abstraído como estaba, sólo cuando me sirvieron el desayuno habitual advertí en la mesa vecina a un hombre con aspecto de burgués jubilado que estaba muy entretenido en hurgar con el índice los pelos grises de su ceja izquierda, al tiempo que parecía observar, con minucioso interés científico, una molecular brizna de polvo suspendida en un punto impreciso del espacio. En el respaldo de su asiento, colgaba un paraguas de estilo anacrónico.

Apenas terminé de nutrirme, un señor con cara de Humphrey Bogart, a pesar de que había una docena de mesas desocupadas, solicitó permiso, con un desenfadado **coup de chapeau**, para sentarse frente a mí. Ya acomodado, y sin otro preámbulo, me dijo, muy resolutivo:

—Soy Sam Spade.

Mi asombro fue legítimo al preguntarle:

—¿El héroe de **El halcón maltés**?

—El mismo —dijo con forzada modestia y, en seguida, entró en materia—. ¿Qué interés tiene usted en este asunto?

Como conozco muy bien las ventajas de responder con preguntas, le dije:

—¿Usted también está interesado en él?

Pareció comprender el truco, porque frunció el entrecejo y torció la boca al decirme:

—Déjeme a mí las preguntas, joven —me encandiló con dos chispazos pupilares antes de decir, con tonillo ácido—: y le advierto que estoy en los límites de la violencia.

Entré directamente en su terreno y le solté, audaz, ante sus narices:

—¡Uuuhh! ¡Qué miedo!

Se echó hacia atrás y abrió los ojos todo cuanto pudo, pero se repuso en seguida. Resopló un poco de impaciencia y me dijo:

—Parece que a usted le sobra el tiempo que a mí me falta.

—Lo que me sobra es cortesía para soportar su insolencia, señor Spade.

Hizo un rictus para mostrarme un milímetro de colmillo, se reacomodó el sombrero con un ademán exagerado y me preguntó:

—¿Es usted profesional?

—Soy abogado.

—Me refiero a la profesión de detective.

—Parece que en Nueva York ésa es una preocupación general.

—Ya sé que el capitán Murphy, que en paz descansa, le hizo la misma pregunta y que usted negó ser... ser detective privado.

—Pues aplique a su pregunta la misma respuesta.

—En ese caso —replicó, evidentemente enfadado—, ¿por qué demonios anda usted metido hasta los ojos en este maldito asunto?

—Por puro entretenimiento. Después de leer algunas de sus aventuras, señor Spade, contraí el vicio. Es muy apasionante. Y muy divertido.

—¿Ha medido usted los riesgos?

—No hay aventura sin riesgo, señor Spade.

Volvió a resoplar mientras cruzaba las largas piernas.

—Sé que en este caso usted ha usado varios nombres —dijo—. ¿Quiere decirme cuál es el verdadero?

—Pepe —mentí.

—¿Pepe? —se rascó la cabeza—. ¿Ese nombre aparece en el santoral católico?

—No es un nombre. Equivale en español al Joe de ustedes.

—¡Ah! —hizo.

Se acercó el camarero, un tipo espigado, pero muy maduro.

—¡Hola, Sam! —dijo.

—¡Hola, Arsenio! ¿Alguna novedad?

—No. ¿Quieres tu medicina?

—Sí. ¡Doble! ¡¡Dos dobles!!

Cuando el hombre se alejó, Spade volteó el pulgar hacia sus espaldas y me dijo:

—¿No lo conoce? —se acercó, confidencial—. ¡Es Lupin!

Esta vez abrí los ojos y la boca.

—¿El auténtico Arsenio Lupin?

—Sí. Anda detrás de la esmeralda para obsequiársela a una baronesa. Trabajamos de acuerdo. Fifty-fifty.

—¿Van a partir la esmeralda? —pregunté.

—¡No, joven! Él me dará en efectivo la mitad de su valor. Además, están también las otras joyas desaparecidas. Y, a propósito: ¿debo entender que a usted no le interesa la piedra verde? Quiero decir, desde un punto de vista económico...

—Ésa es la diferencia entre usted y yo —respondí—. Usted vive de eso...

—¿Y de qué vive usted?

—De una mesada que me pasan mis tíos.

Se alzó el sombrero y volvió a rascarse la cabeza. Meditó un ratito, sin duda para calcular la cuantía de la mesada. Hizo el gesto de darse por vencido y razonó:

—Si usted no tiene interés pecuniario por la joya, debo entender que sólo le interesa el misterio del crimen en sí.

—Eso es.

—En ese caso, señor Pepe —dijo, muy ufano—, eso nos acerca.

—Lo cual me complace mucho, señor Spade.

Arsenio Lupin colocó delante del héroe de **El halcón maltés** una cuádruple ración de whisky y se alejó. Sam Spade alzó el vaso y regustó un poco del dorado líquido. Entonces me pareció que el hombre del paraguas y la mirada lela parecía interesarse por nosotros.

—Le propongo —me dijo Spade— que intercambiamos informaciones.

En aquel momento me dio la impresión de que no era el Sam Spade de los **best-sellers** y las películas. Con el entrecejo desfruncido, con los ojos serenos, con la mandíbula inferior en posición humana, con los músculos faciales distendidos y con el tono de voz apacible, me pareció un inofensivo vendedor de seguros que intentaba colocarme una póliza. Reí interiormente al decirle:

—Acepto —y como se me ocurriera tomarle ventaja, añadí rápidamente —: ¿Dónde cree usted que pueda estar esa esmeralda?

Entendió muy bien mi intención, porque replicó:

Usted parece ser inteligente.

¿Solo parezco serlo?

Sonrió francamente y, francamente, me agradó su sonrisa.

—Convengamos en que lo es —aceptó—. Ahora déjeme confesarle que no tengo ni la más remota idea de dónde pueda estar ese pedrusco verde.

Spade sorbió otro poco de whisky. El burgués de la mesa vecina nos miraba de reojo mientras apuraba un vaso de jugo de toronja. Por decir algo, pregunté a Spade:

—¿No cree posible que la tenga Barelli?

—Es mi mejor candidato.

—¿Tiene otros?

—Tenía a Levsky. También he pensado en Virgil... En ese momento entró al comedor un hombre de regular estatura, de anchos hombros, andar ágil y nariz chata, seguido por un tipo flaco y pequeñuelo, tocado con una ridícula gorra de cuadros. Spade, que también los había seguido con mirada recelosa, me preguntó:

—¿Sabe quién es ese tipo ñato?

—Su cara me parece familiar —dije.

—Por supuesto. Lo ha visto usted en más de una película. Me di un golpecito en la frente al decir:

—¡Boston Blackie!

—El mismo. ¿Quiere usted apostar a que anda también detrás de la esmeralda?

—No, gracias. No me agrada perder apuestas.

Me miró fijamente y me pareció que frenaba la intención de decirme algo.

—De vuelta al tema, le diré que no creo que Virgil tenga esa joya. En cuanto a Levsky... No sé. Es posible.

Miró a su alrededor y hendió la mano en un bolsillo para extraer una pequeña caja que me mostró en la palma de la mano.

—¿Sabe que es esto?

No sé de qué oculto rincón de la intuición saqué la respuesta acertada, la cual expuse con mucha naturalidad:

—Una réplica de la esmeralda.

El héroe de **El halcón maltés** dio un respingo en la silla y me miró como si yo fuese el conde de Cagliostro. Al final de su asombro, preguntó:

—¿Cómo lo sabe usted?

—Sé que el judío la tenía. Y también sé el lugar donde la ocultaba. Además, sé que usted tiene malas pulgas...

No me agradeció el elogio, sino que gruñó:

—¡Maldito nazi! ¡Buen trabajo me costó hacérsela defecar! —hizo un mohín de repugnancia—. Lo que no puedo explicarme es por qué, si es falsa, la tenía oculta ahí.

—Sin duda —opiné—, el judío temía que si Murphy, que no era un entendido en joyería, lo registraba y se la encontraba se quedaría con la piedra, sospechando que era la verdadera.

Spade cayó en profundo mutismo reflexivo, al fin del cual, al tiempo que acariciaba el ala del sombrero, dijo:

—Ahora caigo: el pícaro judío, tenía la intención de venderla como legítima a uno de tantos incautos que andan por este mundo. Sí. Es posible...

Desde la mesa vecina nos llegó una voz grata que decía:

—No es posible.

Spade y yo nos volvimos a tiempo de ver que el hombre del paraguas se ponía de pie, tomaba el anacrónico artefacto y se acercaba a nuestra mesa.

—Con permiso de ustedes —dijo con son muy cortés antes de tomar asiento.

Mi compañero de charla se echó garganta abajo un buen sorbo de whisky, miró al importuno con furor mal reprimido y le soltó ante una oreja:

—¡Lárguese al infierno!

El recién llegado, con voz dulcísima, replicó:

—¿Por qué insiste usted en ser grosero?

El furor de Spade se convirtió en ruido atronador:

—¿Quién demonios es usted, señor mío?

—Somos casi colegas, señor Spade —respondió el otro mientras colgaba el paraguas en el respaldo de la silla; luego, con humildísima naturalidad, dijo

—: Inspector Maigret, para servirlos.

Se me ocurrió que se trataba de un alienado y lo miré fijamente. Sin embargo, su rostro podía pasar muy bien por la imagen de la beatitud y su mirada era limpísima. Y como para desvanecer completamente mi sospecha, me entregó una tarjeta en la que constaban su nombre y el alto cargo que ocupaba en la **Sureté**. Entregó otra cartulina a Spade, quien, al leerla, entrecerró los ojos para dirigir un vistazo afilado al brillante policía francés. Al fin, le preguntó:

—¿Vino usted a ocuparse del caso del Waldorf?

—¡Oh, no, señor Spade! Estoy en Nueva York de vacaciones, invitado por el señor Simenon, mi biógrafo. Sin embargo...

Mi siempre ávida curiosidad me obligó a intervenir:

—Afirmó usted, señor Maigret, que Levsky no guardaba la piedra falsa con el propósito de venderla.

—Quise decir que no la guardaba con el propósito de venderla al primer postor.

—Ésa es una simple suposición —opinó Spade.

—No, señor —replicó el inspector con suma corrección—. Es un hecho cierto. El propio Levsky me lo confesó.

Sam y yo nos movimos hacia adelante con la misma intención, pero fue él quien hizo la pregunta:

—¿Habló usted con él?

—Estuve en casa de ese desdichado en un momento crucial de su vida: llegué justamente cinco minutos después de haber salido usted, y me marché exactamente cinco minutos antes de que llegaran sus victimarios. A propósito, señor Spade: ¿con qué le aporreó usted la cara? ¿Sería acaso con uno de esos troncos que usan en el béisbol?

Sam Spade se acarició los nudillos, mientras decía, en el más modesto de sus tonos de voz:

—Sólo uso las manos señor Maigret. Comprenda. Ese judío falsificado era demasiado terco... ¡Espere! ¿Ese granuja le dijo a usted que yo había estado allí?

—Sí, señor.

—En fin —volvió a terciar—, ¿por qué Levsky guardaba con tanto celo esa imitación de la esmeralda?

—Porque esperaba negociar con Barelli, señor.

—¿Negociar qué? —inquirió Spade.

—La verdadera joya —replicó el inspector de la **Sureté**.

—¿Levsky creía que Barelli terna la piedra legítima?

—Parecía estar seguro de ello.

—¿De dónde sacó tal seguridad? —pregunté, muy interesado.

—El propio Barelli se lo había dicho.

Como aquello no encajaba, en los cálculos de mi tío ni en mis análisis, dije:

—¿Levsky conocía el escondite de Barelli?

—¡Oh, no, señor Pepe! —respondió el inspector—. El gigoló envió al joyero un emisario, proponiéndole la piedra a cambio de veinte mil dólares.

Sam Spade hizo uno de sus célebres mohines de duda, se echó hacia adelante con los ojos llenos de suspicacia y preguntó:

—¿No dijo usted, señor Maigret, que Levsky iba a **negociar** la piedra falsa?

El inspector hizo una imperceptible mueca de impaciencia antes de justificarse:

—No estoy muy práctico en el inglés, señor Spade. Al decir negociar, quise decir...

Pequé de mal educado al interrumpirlo, vivamente:

—¡Ya sé! Levsky, sabedor de que Barelli no entendía de joyas, pensaba escamotearle la piedra verdadera y dejarle la falsa.

—¡Exactamente, señor, exactamente! —replicó Maigret, muy admirado—. Y pensaba hacerlo aquel mismo día, pues habían quedado citados. Levsky llevaría los veinte mil dólares y...

—¡Lindo embuste! —apunté.

—No lo crea —ripostó el francés—. Vi los billetes.

El héroe de **El halcón maltés**, que había estado enrollándose las tiras de la corbata en un pulgar, dio un salto estupendo y preguntó, con peligrosa ansiedad:

—¿Eeeeehhh? ¿Dónde los tenía?

—Dentro de un libro: el **Mein Kampf**.

El bravo detective privado se dio un terrible puñetazo en el mentón y se gritó a sí mismo:

—¡Estúpido! ¡Tuviste ese libro en tus manos! ¡San Mefistófeles! ¡Veinte mil dólares! —de pronto, se ruborizó y, para disimularlo, dijo—: Pero, ¿de dónde sacó tanto dinero ese miserable?

El inspector Maigret hizo una mueca de asco al responder:

—Se lo había dado el millonario Morgan-Mellow a cambio de las copias de una horrible película pornográfica.

Mientras yo pensaba que aquel detalle concordaba con el todo, Spade clavó una mirada inquisitiva en la serena mirada de Maigret.

—Inspector —le preguntó—, ¿le molestaría decirme qué métodos utilizó usted para sacar a ese bandido toda esa información?

—No los métodos que usa usted, por supuesto —ironizó dulcemente el policía galo—. Soy enemigo de la violencia. En nuestro oficio, señor Spade, aunque usted no lo crea, la persuasión puede hacer milagros.

El norteamericano dio rienda libre a una carcajada tan sonora que Boston Blackie y su desmedrado socio se pusieron en estado de alarma.

—¿Por qué no va usted a realizar el milagro de persuadir a Calabrio? —preguntó Spade con maligna mofa.

—¿Persuadirlo de qué? —preguntó el inspector.

—De que confiese haber asesinado a esa prostituta brasileña.

Maigret pareció ofendido al replicar:

—El señor Enrico Calabrio no asesinó a esa pobre niña.

—¿Quién se lo dijo? ¿El propio Mugsie?

—No he hablado con él, querido amigo. Pero estoy seguro de que ese crimen no fue cometido por un hombre. Y mucho menos por un hombre de... de las características del señor Calabrio.

Spade se volvió hacia mí para preguntarme:

—¿Qué opinas de eso, Pepe?

—No sé, Sam —respondí—. Tengo la cabeza llena de dudas —y como el francés había tocado una de mis peores incertidumbres, le pregunté—: Inspector, ¿usted cree que el crimen fue cometido por... por...

Aproveché mi medrosa reticencia para afirmar:

—Sí, amigo. Ése fue, sin duda, el crimen de una mujer.

La sospecha penetró más y me obligó a decir, sin ambages:

—¿Piensa usted en Grace Crawford o en Tessie Howard?

Para mi tranquilidad, respondió:

—Aparte de que ella es una joven honesta, no creo que la señorita Howard tuviese un móvil.

—Eso acusa a la Crawford —dijo Spade.

—Sí —dijo Maigret, tristemente—. Todo parece indicar a esa infeliz mariposa de alas quemadas a la luz engañosa de la ilusión. En primer lugar, fue la última persona que vio con vida a la desdichada señora de Ortigão. En segundo lugar, pudo haber actuado impulsada por la envidia, ese corrosivo sentimiento que suele conducir al delito. En mi larga vida profesional he debido enfrentarme muchas veces a desgraciadas mujeres que, irreflexivamente, abandonaron el buen camino para tomar la oscura senda del delito impelidas por el aborrecimiento que emana de la rivalidad. Recuerden que la llegada de Amorihna do Portobelo a esta ciudad herética y tenebrosa cortó en flor la ambición de grandeza de Grace Crawford.

—Pero ellas mantenían buenas relaciones —apuntó Spade mientras pasaba el dorso de una mano por los ojos.

—Sólo aparentes buenas relaciones, señor Spade. Es una característica muy femenina la de poder encubrir la envidia con un barniz de cordialidad.

Yo sabía que la verdadera última persona que vio viva a la víctima había sido Tommy Vincenzo, pero no olvidaba que el muchacho no estaba seguro de si había o no había alguien en la suite cuando él acudió a recoger el paquete rojo. Esto daba valor a la posibilidad de que Grace Crawford estuviese dentro en aquél momento, pues bien pudo haber vuelto a subir después de hablar con el millonario en el lobby. Todo eso hacía interesante la tesis de Maigret, quien, luego de una pausa, continuó:

—Está también el detalle del arma utilizada. Nadie puede dudar que el crimen fue cometido con el alfiler que falta en aquella cabeza de trapo.

Como aquel detalle no había sido divulgado, pregunté:

—Señor Maigret, ¿dice usted que falta un alfiler?

—Sí, señor.

—¿Cómo lo sabe?

—Esas llamadas cabezas japonesas se fabrican en París, rue Clignancourt número trece, segundo, y suelen llevar, por tradición bisecular, trece alfileres y no doce como aparece en la fotografía de la muñeca publicada en un diario. Por otra parte, las características de tales alfileres...

—Tecnicismos aparte; señor Maigret —interrumpió Spade—, ¿cómo piensa usted que ocurrieron las cosas?

—Sencillamente, al calor irrefrenable de la envidia, la señorita Crawford inculpó de su indigencia a la portuguesa. Sin duda, disputaron acremente y...

—¡Anjá! —volvió a interrumpir Spade, sarcástico esta vez—. Y la señorita Crawford tomó prestado el alfiler a la muñeca, lo clavó en el corazón de la meretriz y, como un recuerdo sentimental, se guardó el arma homicida en el seno. ¡Muy bien! Pero, ¿y cómo la señorita Crawford cerró la puerta desde fuera?

—La puerta —respondió Maigret sin disimular su enojo— fue cerrada por la señorita do Portobelo.

Boston Blackie y su flaco asociado, que simulaban mirar al techo, volvieron a alarmarse al escuchar otra estridentísima carcajada de Sam Spade.

—¡Absurdo! —gritó el detective norteamericano—. ¡Una persona herida de muerte no se entretiene en cerrar puertas, sino que, por el contrario, las abre para pedir socorro!

El francés frunció los labios, enarcó las cejas, alzó los hombros y me mostró las palmas de las manos en tanto movía la cabeza con ademán compasivo. De pronto, Sam Spade dejó de reír, al tiempo que dirigía una mirada de ave de rapiña hacia el fondo del comedor. Maigret y yo también miramos en aquella dirección, justo a tiempo de ver a un hombre muy alto y corpulento, con grandes gafas oscuras y espeso bigote rubio que tomaba asiento en la mesa ubicada junto al gran vitral. Spade murmuró entre dientes:

—¡Al fin! ¡Es él!

—¿Quién? —pregunté.

—¡Barelli! ¡Se ha teñido el pelo y trae bigote postizo!

Se levantó con esmerado sigilo detectivesco, se alisó las solapas del saco y dio al sombrero un giro profesional hacia los ojos.

—¡Espere! —dijimos a dúo Maigret y yo.

Pero él, tercamente resuelto, no hizo caso. Se encaminó con paso lento, pero firme, hacia el recién llegado y pude escuchar cuando le dijo:

—¡Así quería pescarte, gigoló asesino!

El hombre alzó la mirada y replicó:

—¿Está usted borracho?

—¡No! Pero beberé un litro de **rye** mientras me cuentas cómo has cometido tantos crímenes y, de paso, me dices dónde demonios tienes la esmeralda.

Avanzó dos pasos y agarró las solapas de la esmerada chaqueta del hombre. Maigret se levantó y, paraguas en mano, acudió a la escena. Yo, por supuesto, le seguí. Pero llegamos tarde. Sam Spade tiraba del bigote del hombre y éste, evidentemente enojado, se desasíó, se puso de pie, agarró con una mano el cuello del héroe de **El halcón maltés** y con la otra le propinó un terribilísimo mazazo en la nariz. Al verle desmadejarse, lo alzó en vilo, con la misma facilidad que si Spade fuese una almohada, y lo lanzó contra el gran ventanal de cristales emplomados. Acto seguido, se sacudió las manos, se recompuso la corbata y la chaqueta y se largó a grandes trancos.

Blackie y su socio se abalanzaron a registrar a Spade. Fue el ñato quien encontró la cajita. Cuando salían, les salió al paso Lupin. Pareció un tropiezo casual. No lo era. Cuando salieron los dos cacos, Lupin miró la cajita en la palma de su mano y dijo:

—Ladrón que roba a otro ladrón...

Maigret y yo nos hicimos los desentendidos y salimos.

—Yo sabía que ese hombre no era Barelli —dije.

—Y yo sabía que era el embajador de Gran Bretaña —dijo él.

Subí para hablar con tío, pero no pude hacerlo. Cuando entré, él leía unas cuartillas y, en tal caso, estaba estrictamente prohibido molestarlo. Enfadado, tomé un ejemplar de **Fortune**, pero el sonido del teléfono me dispensó del trabajo de leer mentiras. Descolgué el auricular. Hable un ratito con la persona querida que había solicitado la comunicación desde La Habana y luego dije a tío:

—Es tía Alberta. Quiere hablar con usted.

Le pasé el aparato y alerté el oído, pero él había inventado el modo de hablar por teléfono utilizando señas.

Bajé y fui al lobby a conversar un ratito con la señorita del lunar en la mejilla. Mientras le contaba cómo había cazado un tigre sanguinario en la misteriosa selva de El Vedado, escuché el voceo persistente de una edición especial del **Herald**. Fui hasta la puerta, compré un ejemplar, le eché una ojeada y me apresuré a subir para mostrárselo a tío.

—Tenía usted razón —le dije—. Surtió efecto la nueva técnica de Struckle. Hace una hora, cuando se dirigía al aeropuerto para volar con rumbo a Washington, le salió al paso un auto negro. Lo tirotearon con escopetas recortadas.

Como no hizo comentarios, agregué:

—Si no lo han matado, cualquier día nos matan al asesino de Amorihna de Portobelo.

—Eso es imposible —me dijo.

Por la cara de angelote de piedra que puso, comprendí que no iba a decir nada más y decidí irme a la calle a comprar media docena de chucherías para media docena de esos pedigüños que nunca faltan cuando uno sale a viajar. Después de las compras, pasé por la compañía de aviación y regresé al hotel.

—¿Almorzamos, tío?

—No tengo apetito. ¿Por qué no damos un paseo?

Aquello era tan insólito que me alborocé. Corrí a buscarle su grueso abrigo y su mejor sombrero y lo ayudé a ponérselos.

Al salir del hotel, me tomó por el brazo y recuerdo muy bien que me hizo doblar a la derecha. Cruzamos Fiftieth Street y nos enfrentamos a la bizantina estructura de Saint Bartholomew's Church. Tío pareció extasiarse en la contemplación del majestuoso pórtico, rico en mármoles y mosaicos de un atractivo color oro viejo.

El claxon de un auto nos hizo mirar a un lado y vimos detenerse ante el soportal del templo el insolente lincoln charolado.

—¿Quiere ver a un célebre gángster en persona? —dije a tío—. Ahí lo tiene.

Mugsie Gang Calabrio bajó del esplendente automóvil, en tanto el tal Lefty y otros dos pandilleros vigilaban a sus espaldas. Precaución inútil. De

entre las columnas del pórtico surgió la figura esquelética de Homer Horace Virgil. Tenía estampada en el rostro la sonrisa sardónica de un ángel vengador. Parado en firme a dos pasos de Calabrio, disparó los nueve tiros de una browning. Me pareció escuchar los chasquidos de las balas al atravesar las carnes fofas de don Enrico. Los guardaespaldas quedaron atónitos. Aún se desplomó pesadamente la figura de su jefe, antes de que atinaran a levantar las ametralladoras para vaciar las cargas completas sobre la retadora figura del poeta. Erguido e inmóvil, era como una fuente de cien surtidores que Vertían sangre sobre la nieve. En su cara, ya muerta, se dibujó una sonrisa de orgullo. Acaso por un milagro de la física, allí quedó, imponentemente erecto, con los ojos clavados en el cuerpo yacente de Calabrio.

Al recruzar Fiftieth Street, en medio de la barahúnda de gente y de vehículos que se armó, le miré a la cara y le dije:

—¿Usted sabía que esto iba a ocurrir?

Vi en su mirada tal desabrimiento que cambié el tono para decirle:

—Creo que este caso va a alterar un poco la tasa media del crimen en esta ciudad.

—Esa tasa va en constante y dialéctico ascenso hijo.

Almorzamos ligeramente en una cafetería y subimos a la suite. Yo hojeaba un número de **Pageant** cuando me preguntó:

—¿Pasaste por la compañía de aviación?

Acopió valor y le dije:

—Sí, señor. Y tomé un pasaje para usted.

Contra todos mis cálculos, me dijo, muy tranquilo;

—Lo esperaba.

—¿De veras lo esperaba? —le pregunté, incrédulo.

Del bolsillo de su bata de casa extrajo un papel doblado y me lo tendió. Era un mapa trazado a mano alzada en el que se identificaba perfectamente la costa sur de la provincia de Oriente y en el que cierto punto estaba marcado con una equis. Nunca olvidaré que los ojos se me llenaron de lágrimas y que en su mirada también había un brillo húmedo cuando me dijo:

—Es un buen lugar para un desembarco clandestino. No les dará trabajo dar con Sabino Colomé. No hay nadie más práctico que él en toda esa zona de la Sierra Maestra.

—Tío —comencé a decir.

—¡Cállate, tonto, que me reblandeces! —hizo una pausa—. ¿Cuándo sale mi avión?

—Mañana domingo, a las tres de la tarde.

—¿Y cuándo salen ustedes para Miami?

—También mañana, en el vuelo de las siete de la noche.

Tomó varias fichas y mientras las cambiaba de mano, me dijo:

—Conseguí tres entradas para ver **Porgy and Bess**.

—¿Tres?

—Sí. Pensé que te gustaría invitar a esa muchacha. La música de Gershwin es un buen sedante.

—¿A usted también le hace falta un buen sedante?

—No, pero observaré qué efecto te hace a ti.

—Por mí no se preocupe más. Esta semana he conseguido destrozarme los nervios de una manera incurable. Y, además, todo ha sido inútil, porque nos marchamos mañana y...

Sonó el timbre y fui a abrir la puerta. Allí estaba Donovan, acompañado por un policía alto, viejo y de completo uniforme. Naturalmente, me sorprendí.

—No te asustes —dijo el abogado—. Éste es Ben Howard, el tío de Tessie.

Por supuesto, esa sorpresa fue mayor, pero no la manifesté exteriormente.

—Pasen —les dije.

Entraron, cambiaron unas palabras con tío, que estaba sentado ante su tablero, y tomaron asiento en el sofá angular. Fui al perchero y tomé el abrigo.

—No quiero molestar —dije—. Me voy al cine.

—Siéntate —ordenó tío.

Recolgué el abrigo y me senté en una butaca. Tío se inclinó hacia adelante y comenzó a hablar con voz pausada. En rigor, nada de lo que dijo me causó sorpresa. Al contrario. La solución era tan sencilla y tan clara que el

orgullo de sobrino estuvo a punto de hacerme saltar los botones de la camisa. Apenas tío terminó de darme instrucciones, llegó Tommy Vincenzo. Donovan, el policía, el muchacho y yo bajamos.

En la acera, junto a la puerta, saludé a Archie Godwin.

—¿Ya el hipopótamo tiene la solución del caso? —le pregunté.

—Nuestro cliente falleció —replicó.

—Tío opina que se suicidó. Y, en verdad, tenía bien merecido el suicidio.

La risa que soltó casi paraliza el tránsito en Park Avenue. Se despidió de mí rápidamente y se montó sobre el rastro de una señora gorda que iba cargada de paquetes.

Un taxi paró ante nosotros. De él bajó, un hombrecito muy elegante y muy oloroso a vaselina sólida. Estaba peinado con la raya al medio y lucía un bigote que recordaba al de Dalí. Me golpeé la frente mentalmente cuando el hombre, al tropezar conmigo, me hizo tomarlo por los hombros para conservar el equilibrio. Entre irónico y airado, me dijo:

—¡Suélteme, por favor! No hemos sido presentados.

Lo solté, me separé, hice una atenta reverencia a la inglesa y le dije:

—Sindulfo Vinagreta y Hunga de Vaca, para servirle, señor Poirot.

—¿Me conoce usted?

—Sí. Gracias a la señora Christie. ¿Viene usted por el caso de la brasileña?

Durante un momento lucharon dentro de él, el orgullo y la caballerosidad. Al fin, ganó su compostura, aunque la vanidad no cejó del todo:

—¿Qué otra cosa podía moverme a venir a Nueva York?

—Coney Island, por ejemplo. Es muy divertido.

—¡Puaff! —rezongó.

—También está el mirador del Empire. El espectáculo es grandioso.

—Prefiero la torre de Eiffel —repuso con un tonillo de chovinista europeo.

—Pues, en verdad, señor Poirot, no sé qué otra cosa recomendarle para que pase el tiempo que le va a sobrar.

Dio un paso atrás, me midió con un vistazo y preguntó:

—¿Que quiere decir, señor Vinagreta?

—Que busque la solución en los periódicos de la tarde. Hasta la vista.

Le cedí el paso y me dirigí al taxi. Mientras los invitados se sentaban detrás, tomé asiento junto al chofer, que se acercó a mi oído para decirme:

—¡Yo sabía que le iban a echar mano con la esmeralda en el bolsillo!

Le repliqué, con tono misterioso:

—No te preocupes, Speedy. Vamos a Eight Avenue, que voy a despachar a ese polizone por correo aéreo.

Donovan dijo al hombre, señalándome:

—Harris, éste es el diplomático portugués del que te hablé ayer. El policía viene como testigo de la entrega.

Sin más inconvenientes, el empleado nos invitó a pasar a las dependencias interiores de la New York General Post Office. En una amplia sala, llena de estantes altos hasta el techo, nos detuvimos. Allí había una incontable cantidad de paquetes de todos los tamaños y de todos los colores. Como las instrucciones de tío eran precisas, no me fue difícil eliminar aquellos que no guardaban relación con la descripción que él me había dado. Al cabo de unos minutos, lo divisé en el rincón de un anaquel apartado. Se lo señalé a Tommy.

—¡Ése es! —dijo el muchacho, muy alegremente. —Es aquél —dijo Donovan a Harris.

El empleado tomó el paquete y, previo un breve trámite burocrático, salimos con él. En la base de una columna del vestíbulo lo examinamos detenidamente. Estaba muy bien envuelto en un papel de fantasía rojo, atado con un cordel igual al encontrado colgando de la ventana del bar, y perfectamente lacrado. Sobre una etiqueta blanca, en el formato convencional de las direcciones postales, se leía: «Remite: A. P. New York City, N. Y. Doña L. S. D. Avenida de la Esmeralda. Havana, Cuba.» Transversalmente, impuesta con un gomígrafo, la fórmula oficial, impresa en español y en La Habana: «Devuelto por dirección desconocida.» Paseé una mirada escrutadora por todo el exterior, al tiempo que palpaba la pulida superficie del papel. De pronto; mi corazón —¡órgano artero!— dio un vuelquito. Cerca de una esquina, a medias oculto por el cordel, noté una pequeña

protuberancia. Tiré de ella un par de milímetros. En efecto, era la cabeza roja de un alfiler. Miré a Donovan. También él estaba emocionado.

Poco después, luego de haber dejado a Tommy en su casa, entrábamos en el viejo precinto de Hell's Kitchen donde, desde hacía treinta años prestaba servicios el simple policía Ben Howard.

Cuando el capitán escuchó la historia que le hizo su subordinado, sonrió incrédulo; pero no tenía otro camino que abrir el paquete. Sacó primero el alfiler de cabeza roja y seis pulgadas de largo, desató con sumo cuidado el cordel, desplegó lentamente el rojo papel de fantasía y abrió la caja de cartón corrugado.

Allí estaban las medicinas que Amorihna do Portobelo encargara comprar a Tessie Howard. Y estaba también la grotesca cabeza, flexible y hueca, de Mickey Mouse, dentro de la cual, atascadas con algodón, se encontraban las joyas de la desdichada muchacha, incluida la esmeralda famosa y su perfecta imitación. En el fondo de la caja se veía una pequeña llave y diez crujientes billetes de mil dólares.

—Howard —preguntó el capitán—, ¿cómo dijo usted que ella lo hizo?

El tío de Tessie repitió lo que mi tío le había enseñado de memoria:

—Ella se atravesó el corazón, encajó el alfiler en el paquete ya cerrado, lo entregó a Tommy Vincenzo, corrió el doble cerrojo de la puerta y se fue a la cama para esperar la muerte.

El capitán Smith se pasó una mano por la calva y preguntó:

—¿Y usted piensa que yo voy a creer que esa prostituta tuvo tiempo de hacer todo eso después de clavarse una aguja en el corazón?

Di un discreto codazo al policía. Ben Howard sacó del bolsillo un papel que tío le había dado y dijo, con voz segura de wolfe-mason-vance-hammer-spade-maigret-blackie-lupin-poirot:

—Sí pudo hacerlo, capitán. Como usted puede ver, esa aguja tiene unos trece centímetros de largo y unos dos milímetros de espesor. En la autopsia practicada, el médico encontró, en el hábito externo, una herida punzante en el cuarto espacio intercostal izquierdo, a dos traveses de dedo por fuera del esternón, y certificó que la causa de la muerte fue un taponamiento cardíaco por hemopericardio agudo de unos setecientos mililitros. Por tanto, Amorihna

do Portobelo contó con no menos de tres minutos para efectuar, después de clavarse el alfiler, todas las operaciones mencionadas.

El capitán miró a su subordinado con la más cómica cara de asombro que pueda concebirse.

Tío cumplió en tiempo y forma la misión, que él mismo se había asignado, de llamar a la prensa. En aquel momento, penetró en el precinto un arrollador tornado de fotógrafos y reporteros. Cuando los flashes comenzaron a brillar y la avalancha de preguntas caía sobre el capitán Smith y el policía Howard, Donovan y yo, según lo convenido, abandonamos de modo sigiloso el lugar.

Cuando llegué al hotel, una rubia escandalosamente bien formada y terriblemente bella, me clavó una mirada de mujer fatal desde el sofá circular del vestíbulo. No pido a nadie que me crea esto, porque sé que esas situaciones sólo suelen ocurrir en esas cosas de Corín Tellado; pero estoy dispuesto a jurar que cuando pasé junto a la blonda beldad, ella lanzó un suspiro profundísimo, se llevó las manos al erectísimo y casi desnudo pecho y cayó, cuan larga y hermosa era, sobre el blando sofá.

Como soy caballeroso, corrí a todo correr hasta el cercano bar, tomé prestado un sifón de soda, regresé a velocidad olímpica y solté a la presunta infartada cuatro largos sifonazos de burbujeante agua.

Al fondo del lobby, un hombre con cara de agente secreto lanzó un aullido, alzó los brazos y expelió una herejía.

Porgy and Bess resultó tan sedante que me quedé dormido en la luneta. Sin embargo, Tessie Howard se animó tanto, que pasó toda la función muy entretenida en darme codazos en el brazo. En cuanto a tío, la música de Gershwin lo puso tan desequilibrado que, a la salida del teatro, se empeñó en ir a cenar nada menos que en medio de la turbulenta atmósfera y el ruido tabernario de Janseen Graybar Hofbrau. Donovan estaba allí. Y él y Tessie bailaron y rieron.

Cuando salimos, ya estaban en la calle todos los periódicos. Y en todos ellos, en primera plana, la foto del policía Ben Howard.

—Menos mal —dije a tío al oído—. En pago a las atenciones recibidas en el congreso, va usted a dejarle a ésta gente un héroe nacional.

Sólo para dar una idea de hasta dónde se atreve a llevar su contumacia alguna gente, diré que, al arribar al hotel, vi en la acera a la dama del cigarrillo, a pesar de que eran más de las tres de la madrugada.

—Tío —dije—, vaya delante, yo lo sigo en seguida.

También parecerá increíble, pero ella hizo algo que se estilaba mucho en el siglo pasado: dejó caer un pañuelito bordado. Como tía Alberta me enseñó que hay que ser hidalgo, me agaché, recogí el pañuelo y se lo entregué a la dama.

—Gracias —dijo, y, sin transición, agregó—: Conozco un lugar donde podemos pasarla muy bien.

A diez metros de distancia había un tipo con un lumínico en la frente que decía: «Central Intelligence Agency». Tomé a la dama del brazo y la llevé hasta allá.

—Señor —dije al hombre—, ¿usted sabe el teléfono de la policía? Esta ramera me ha hecho una proposición deshonesta.

La dama miró al tipo, con los hombros encogidos y las manos abiertas y alzadas a la altura del pecho. El hombre hizo un mohín de rabia y me miró con cara de mármol.

—En verdad —dije—, a mí no me gusta el Ele Ese De.

Les di las espaldas y me alejé. Desde el vestíbulo los vi discutir y tomar un **yellow cab**.

XXV. Despedida al borde de la selva

Domingo por la tarde

Sentados en la terraza del aeropuerto, ante una mesa de tablero ajedrezado, esperábamos, sorbiendo refrescos de cola, que la voz sofisticada de la muchacha de Información anunciara la salida del próximo vuelo a La Habana.

Donovan advirtió que yo miraba a las ocupantes de una mesa un tanto alejada —una mujer de anchos hombros, brazos fuertes y piernas firmes y dos chiquilinas pizpiretas y pintarrajeadas— y me dijo:

—¿No has oído hablar de la célebre Bell?

—¿Es ella? —pregunté, al tiempo que tío, contra su habitual comedimiento, volteaba la cara para verla también.

—Sí. Muerto su sostén, el senador Struckle, sin duda va a La Habana a consolarse con el pastoreo de dos de sus pupilas predilectas. Y es más que probable que ese maletín azul tenga un doble fondo cargado de heroína.

Después de una pausa que nos brindó el giro airoso de un Cessna al alzar el vuelo. Donovan preguntó a tío:

—¿En qué preciso momento tuviste en la mano la verdad del caso do Portobelo?

—En este caso hubo varias verdades a las que fuimos llegando paso a paso. La primera verdad fue que **sólo ella pudo haber cerrado las puertas por dentro**. Y no digo, nunca lo he dicho, que no sea posible echar un cerrojo de una puerta desde fuera. Más ¿para qué hacerlo? En rigor, apenas uno se preguntaba: «¿Por qué matar a esa señora y luego cerrar la suite

utilizando ganchos, o cordeles, o lo que fuera; o arriesgarse a cruzar sobre un abismo por una tabla insegura; o esconderse debajo de una cama a esperar una ocasión imprevisible para salir; o, como se le ocurrió deducir a un tonto, descollarse por una cuerda a una altura de cuarenta pisos en medio de un ventarrón infernal?», la respuesta saltaba clara, rápida y precisa: «No era necesario hacer nada de eso, en caso de que fuera un asesinato, porque el propósito de matar estaba cumplido y **¡porque cerrar la puerta desde fuera no era una prueba contra nadie y tampoco era un indicio que favoreciera a ninguno de los presuntos culpables!**»

—¿El cordel y el anillo no podían considerarse como una prueba contra Barelli? —pregunté, sólo por precisar su opinión.

—¡No! Nadie que premedite y realice un crimen con tanta sutileza, deja detrás, en ninguna circunstancia, esa enorme evidencia. Además, Barelli, en su segunda visita, escandalizó en el pasillo. Lo natural, en su caso, era actuar sigilosamente. Ya volveremos al cordel y al anillo. Pero hay algo más en apoyo a la **primera verdad**: si alguien asesina a una persona y luego cierra la puerta desde fuera, lo hace, sin duda, para simular un suicidio y, por supuesto, **tiene que dejar el arma dentro**. Digamos de paso que Amorihna do Portobelo invirtió la regla: quiso-simular un asesinato en un cuarto cerrado sin dejar el arma dentro. ¿Por qué desaparecer el arma? **Porque si deja el alfiler, hasta un morón mental afirmaría que se trataba de un suicidio**. Eso me demostró, conjuntamente con otras pruebas que veremos, la tendencia de ella a soñar con lo irreal y lo enigmático.

Sorbió un poco de cola y continuó:

—Estábamos, pues, ante un hecho, la puerta cerrada, que intentaba probar algo sin conseguirlo, lo que ocurre con demasiada frecuencia en los casos criminales —hizo una pausa para señalarme con un índice estirado—. Por eso insisto siempre en **probar las pruebas**, en verificar los indicios hasta el mismo colmo. Así las cosas, teníamos el problema de que aquella **primera verdad** estaba retenida por el hecho de que no podía probarse, debido a la desaparición del arma utilizada, lo que daba lugar a deducir que el supuesto criminal se la había llevado junto con la llave del cofre, las joyas y todo lo demás.

Cuando intenté interrumpirle, me ordenó silencio con una mirada y dijo:

—De esa **primera verdad**, surgía, por inevitable concatenación, una **segunda verdad**: si ella cerró la puerta, **únicamente ella pudo disponer de todas aquellas cosas desaparecidas**. Y aquí saltaba otra pregunta: «¿Cómo dispuso de ellas?». La respuesta estaba ineludiblemente conectada con el paquete rojo, asociado a su vez con la desaparición de una aguja o alfiler de cabeza roja y de características que coincidían con el dictamen médico-forense de la herida mortal.

Aproveché que llevó el vaso de cola a los labios para preguntar:

—¿Por qué Amorihna ordenó a Tessie destruir aquel sobre?

—Más adelante veremos cómo y por qué todos los actos de esa mujer estaban determinados por reflexiones depresivas o por impulsos obsesivos. ¡El sobre!: ella encerró en él diversas cosas, pero lo fundamental, lo que ella no quería que se encontrase en la suite al momento de su muerte, era la copia del testamento a favor de Tessie, con la cláusula que prohibía hacerlo público hasta un año después...

Como una de mis diez millones de neuronas estalló, me vi obligado a interrumpirle:

—¡Espere, espere! Después de conocer ese dato, usted me dijo que **todo** se habría derrumbado si Barelli hubiera conocido la nueva disposición testamentaria. ¿Qué cosa era **todo**? ¿La solución? —iba a decir algo pero no se lo permití, al agregar, enfebrecido—: ¡Madre mía! ¿Va a decirme que, apenas veinticuatro horas después de aparecer muerta esa mujer, usted ya tenía la solución?

—¡Cálmate! —me dijo—. Lo que se habría derrumbado, en tal caso, era la parte de solución que yo había elaborado ya. El testamento en favor de esa muchacha fue el acto de contrición de una pecadora, que era necesario ocultar por un tiempo debido a que el testamento anterior estaba destinado a ser el trillado lugar común de infinidad de casos criminales, es decir, el móvil infalible del heredero universal que esa prostituta premeditó contra su explotador. ¿Entendido? —hizo una pausa, acaso para saborear mi silencio, y dijo—: También había en el sobre lacrado otras dos cosas interesantes: las fotos obscenas, que sólo podían ser útiles a una persona viva, y el contrato de esa película infernal, cuyas copias pidió a Virgil que destruyera, todo lo cual revelaba un complejo de pudor que deseaba evitar el deshonor póstumo.

—¿Y las demás cosas? Por ejemplo, la cuenta bancaria, las acciones, las propiedades...

—Pudor también. Pudor **in extremis** de meretriz, de mujer enriquecida con sólo el uso de su cuerpo...

—Agotemos el sobre —dije—: ¿Por qué destruir la partida de bautismo?

—Escoge una de dos razones —respondió, sonriente—: Arrepentimiento de haber abjurado la natal fe católica, o vergüenza póstuma de poner públicamente en ridículo a Calabrio en su papel de piadoso padrino de una devota meretriz.

Donovan levantó dos dedos y preguntó:

—Hay algo que llamó mucho mi atención: la desaparición de una de las cabezas de Mickey Mouse.

—¡Sugestivo detalle! —dijo tío—. Recuerdo que al pensar en que era un objeto hueco, repentinamente me pregunté: «¿Y un hueco no sirve para depositar cosas?» Pero volvamos a la **segunda verdad**: si solamente ella pudo hacer desaparecer lo que faltaba de la suite, sin duda alguna tuvo que valerse para ello del paquete rojo. Más, ésa era también una verdad retenida, porque cuando se encontró el cadáver, ya el paquete andaba en manos del correo. Aquí debo decir que la de correos es una institución que suele funcionar eficientemente, de un modo perfectamente burocrático y estrictamente mecánico, especialmente en lo internacional. Es por eso que la solución quedaba aplazada hasta que el correo de La Habana, cumplidas sus rutinarias gestiones de entrega, devolviera el paquete al lugar de origen con la contraseña oficial de «Dirección desconocida».

—¿Y cómo supo usted —pregunté— que el paquete había volado a La Habana?

—Lo deduje de una pregunta que ella te hizo acerca de si en La Habana existía una calle Esmeralda. Ahora bien, a partir de ahí, había dos variantes: que la señora do Portobelo hubiese puesto en el paquete su nombre como remitente y la dirección del hotel, lo cual era improbable; o que utilizara señas confusas, que fue en realidad lo que hizo, y lo hizo de tal manera que el bulto no podía ser entregado en La Habana ni devuelto en Nueva York.

Braceé para interrumpirle y le dije:

—¡Oiga! ¿Usted estaba seguro de que el paquete estaría en Nueva York ayer sábado?

Sonrió como tienen que sonreír los arcángeles cuando ejecutan las venganzas divinas y me dijo:

—Sí. En La Habana tenemos un vecino que trabaja en el Ministerio de Comunicaciones...

—¿Roger Suárez?

—Sí. Llamé a tu tía Alberta. Ella habló con Suárez y éste localizó el bulto e hizo gestiones para que fuera devuelto a Nueva York.

Volví a bracear desesperadamente mientras le decía:

—¡Pero eso lo supo usted ayer! ¡Yo mismo le pasé el teléfono cuando tía Alberta llamó...—

—No, no —dijo dulcemente el arcángel implacable—. Lo supe el jueves. Ayer tu tía sólo me dijo que te obligara a abrigarte. Había leído en La Habana que por acá estaba nevando...

Donovan no sólo rió, sino que parecía dispuesto a aplaudir. Tío sorbió un poco de cola y volvió a tomar el hilo:

—Pero, ¿por qué tales maquinaciones? Aunque ella estaba encadenada a la atracción sexual de Barelli, odiaba, por razones obvias, a su explotador. Piénsese, por ejemplo, en lo relativamente, feliz que ella hubiera sido sin la intromisión en su vida de ese proxeneta. De este modo, ella se entregó a la muerte con la seguridad de que Mugsie Gang Calabrio ajusticiaría a Barelli. Ése es el motivo de que ofreciera al gángster el maravilloso incentivo de un inminente viaje de placer. Fijado su propósito, introdujo en el plan algunos elementos, como el del cordel y el anillo de Barelli colgados de la ventana del bar, pista tan falsa como pueril que le sugirió Ortigão, estando Barelli presente, al hacer una demostración práctica del elemental procedimiento de cerrar una puerta desde fuera. Está también el detalle, ya visto, del testamento, y el de la noticia del proyectado viaje, con la que logró enfurecer a su amante y hacerle proferir, el mismo día del hecho, terribles amenazas delante de Tessie Howard. Pero para garantizarse la venganza, ¡doble venganza: la de ella y la de Calabrio!, ella necesitaba, fabricar un poco de tiempo. Y aquí entra en juego otra importante función del paquete rojo: ella contó con el viaje del bulto postal a La Habana, con las consiguientes inútiles

gestiones de entrega, con su devolución a Nueva York y con el plazo legal requerido para la apertura oficial que siempre se lleva a cabo en casos de correspondencia no reclamada. Eso daba margen de tiempo suficiente para que Calabrio ejecutara la venganza planeada por la mente de la señora de Ortigão. El asesinato festinado de Levsy y la airada obstinación con que el pandillero se lanzó a la búsqueda de Barelli, demuestran que ella no estuvo equivocada. Pero hay más: Amorihna do Portobelo contaba con un asesino de repuesto: el ambicioso e implacable capitán Murphy...

—A propósito —interrumpí—, ¿cómo llegaría Murphy a conocer el paradero de Barelli?

—¡Coralina! —respondió—. La violenta escena de que fuiste testigo y la última frase que le escuchaste bastan para probar que ella odiaba a su amante y que lo había denunciado.

Donovan volvió a alzar los dedos y preguntó:

—¿No te parece que la premeditación y realización de todo eso es buen material para un psiquiatra?

—A eso iba. La puerta cerrada, el cordel y el anillo y la idea de los pinchazos de aguja, que pidió a Virgil, sin duda para que se pensara en una sesión de tortura previa al asesinato, así como la entrevista que sostuviste con ella, ¿la recuerdas?, me sugirieron que eran productos de un proceso mental proveniente de un cerebro desquiciado. Como consecuencia de eso, una **tercera verdad** me salió al paso cuando analicé algunos hechos y testimonios, entre estos, y muy especialmente, el de Tessie Howard, quien manifestó los estados de ánimo contradictorios que sufría la brasileña: ella era una **drogadicta**. Tampoco en este caso teníamos medios de verificarlo. Incluso, su secretaria declaró que ignoraba si ella consumía drogas. Y aunque eso no probaba que lo hiciera, tampoco demostraba lo contrario. Pero...

Se echó hacia atrás y extrajo de un bolsillo unas cosas pequeñas y verdiamarillas que fue colocando simétricamente en el ajedrezado bicolor de la mesa, tal como se colocan las piezas en el tablero de damas. Entretanto, me dijo:

—¿Recuerdas que viste gran cantidad de granos de café crudo dispersos en la habitación de Ortigão? Pues hace un par de días, buscando un bolígrafo para anotar muertes televisadas, encontré estos granos en un bolsillo de tu

abrigo gris. Eso significaba que los habías recogido en la habitación del Continental.

—Es cierto —convine—. Los recogí mecánicamente. Pero, ¿qué tiene que ver eso con Amorihna?

Señaló con un dedo la figura geométrica.

—No todos son granos de café —reveló, sonriente—. Éste, por ejemplo, y este otro, no lo son —dijo, al tiempo que apartaba los granos señalados y que, a simple vista, en nada se diferenciaban de los demás.

—¿Y qué son? —preguntó Donovan, tomando uno de los granos señalados.

—¡Cuidado! —advirtió tío, riendo—. Es una mezcla infernal de Ele Ese De Veinticinco y silobicina.

Lo primero que me vino a la mente fue el «doña L. S. D.» escrito en el paquete; pero en seguida me di en la frente el último manotazo bajo el cielo niuyorkino.

—¡Oiga, oiga! —dije—. ¿Aquel collar de Amorihna era...?

—Sin duda alguna. Y como ella fue enterrada con aquel collar, bastaría la exhumación del cadáver para verificarlo. En fin, una vez probado que era adicta a los alucinógenos, se responde mejor a tu pregunta, querido Donovan. Cualquier psiquiatra puede decirte muchas cosas interesantes acerca del Ele Ese De y de otras drogas similares. En una conversación que sostuve con el doctor Kingster, el mismo que presentó en el congreso la interesante tesis sobre la dosificación letal de los alucinógenos, él me explicó que, según estudios de Karl Evang^[3], las reacciones que produce el Ele Ese De en sus adictos están catalogadas sistemáticamente en cuatro grupos principales, lo que no obsta para que dos o más de ellas se combinen. La reacción llamada megalómana produce el efecto de lo todopoderoso, de que las fuerzas y las posibilidades son ilimitadas. Evang conoce el caso de una joven de diecinueve años que, estando convencida de que podía volar como un pájaro, se lanzó desde una ventana. Por supuesto, se mató. El segundo grupo presenta reacciones opuestas, es decir, la de depresión profunda, desesperanza y desaliento. Según el propio Evang, este súbito sentimiento de ser indigno, pecador, incapaz, induce frecuentemente al suicidio. Las reacciones correspondientes al tercer grupo, cito al distinguido médico noruego, son

perturbaciones paranoicas. Los sujetos sienten angustia porque se creen perseguidos por otras personas que quieren atacar contra su vida y frecuentemente por las personas que lo rodean. Y como el ataque es la mejor defensa, textual de Evang, pueden, creyendo defenderse, agredir y causar heridas graves y a veces la muerte. El último grupo de reacciones graves se caracteriza por un estado de confusión general. Sus síntomas son similares a los de las enfermedades mentales: ilusiones, alucinaciones, ideas irrazonables, sentimientos absurdos, dificultades o incapacidad de orientarse en el tiempo, etcétera. Ahora bien, si analizamos los testimonios, declaraciones y hechos, varios relacionados con la señora do Portobelo, veremos muy claramente que esa mujer estuvo, en más de una ocasión, perturbada por alguna o algunas de estas reacciones, ya simples, ya combinadas. Y ahí está implícito el móvil del suicidio.

—Ciertamente —dijo Donovan—. Pero, ¿cómo llegaste a distinguir unos granos de otros?

—En mi juventud anduve por las montañas de Oriente, donde adquirí la costumbre, bastante arraigada por allá, de masticar granos de café verde. Acaso impulsado inconscientemente por el recuerdo de aquellos días, me eché algunos granos en la boca. Como se sabe, el café verde resiste las mordidas sin quebrarse, pero uno de aquellos granos se deshizo al morderlo.

—¿Y cuál de los grupos de reacciones experimentó? —dije.

Donovan soltó una carcajada y él, después de reír un poco a la par de su amigo, continuó:

—Inmediatamente me puse en contacto con Kingster. Él se llevó unas muestras para analizarlas en su laboratorio y no tardó en traerme los resultados.

El abogado examinó otra vez los granos artificiales y dijo:

—Aparte de que apenas se diferencian del café verdadero, estas píldoras se diferencian entre sí, es decir, tienen, como el propio café, formas irregulares y variadas, que no se repiten.

—Eso se lo debemos a la revolución científico-técnica.

—Hay algo que no entiendo —dije—: si el Ele Ese De puede adquirirse en las farmacias, ¿por qué tomarse ese trabajo?

—Es que había olvidado decirles que la fórmula de estos granos, debido a su alta toxicidad, está prohibida por la ley.

—Eso prueba que Ortigão la proveía —apuntó Donovan.

—Sin duda, alguna —afirmó tío—. En fin, el hallazgo de esos granos en tu sobretodo, coordinado con la idea de la brasileña drogadicta, nos permitió llegar a la verificación de la **tercera verdad**.

—No sea modesto —le dije—. Eso lo verificó usted solo.

—¿No fuiste tú el que guardó esos granos en el abrigo?

Donovan volvió a reírse; pero esta vez no por mí, sino de mí. Como yo lo he respetado siempre, no le dirigí una sola palabra de reproche. Y tampoco me enojé cuando me dijo:

—Muchacho, juegas muy bien; pero tu tío no te permite anotar siquiera un tanto.

¿Cómo demonios me iba a enfadar porque me dijera eso, si eso es, justamente, mi mayor orgullo?

Domingo a las siete y diez de la noche

Arriba, un cielo negro matizado de rojo descargaba sobre la gran ciudad los destellos cegantes de mil raudos relámpagos, acompañados por un tremendo tropel de truenos estruendosos. Abajo, con sus millones de luces titilantes, la tenebrosa y sangrienta metrópoli, a la que un día no lejano, el arúspice Guillen —entrañas del monstruo ante sus ojos radiográficos— habría de lanzar a su rostro de concreto y acero un vaticinio destinado a encontrar eco multitudinario en la conciencia de los pueblos:

**Éstos, Fabio, ¡ay dolor! etc.
Ésta, niños, ciudad que veis ahora
a los vientos errantes ofrecida,
con blanca furia y llama dirigida
de otros tiempos cruel gobernadora,
rindió por fin su lanza retadora
y hoy yace en rota piedra convertida,**

**Nueva York, en el siglo conocida
por puta mucho más que por señora:
aquí Broadway lució su rica empresa,
la Bolsa dilató su griterío
y la virtud murió golpeada y presa.
Este desierto páramo sombrío
a guardar no alcanzó reliquia ilesa,
sino la sangre, enorme como un río.**

Final del epílogo, con final feliz

El teniente Balbuena, que había llegado apenas comenzaba la historia, comentó, cuando puse punto final:

—¿Qué puede esperarse de una sociedad que no respeta los derechos humanos y que produce tales corrupciones? Por ejemplo, el caso del tal Levsky, el genocida de Dachau amparado por la CIA, es verdaderamente repugnante.

—El caso de Barelli es semejante. En su parlanchina confesión explicó cómo fue reclutado por la CIA, a pesar de ser un repelente explotador de mujeres y de haber asesinado a tres hombres.

—Acaso —observó Amiel— no lo reclutaron a pesar de eso, sino precisamente por eso.

—Es verdad —reconocí.

—¿Y cuál fue la mecánica de ese reclutamiento? —preguntó Balbuena.

—Después de balacear a Murphy y sus dos secuaces, la CIA lo presentó al fiscal, le nombró un abogado y aportó testigos que juraron ante el libro sagrado del alguacil que Murphy era un lobo y Barelli un infeliz cordero. Entre los testigos estaban Grace Crawford y Lefty Lively, el hombrecito del sombrero con cinta tricolor. Por su parte, el abogado, célebre por sus triquiñuelas, alegó que su defendido padecía de delirio de persecución. Resultado: absolución, basada en las eximentes de legítima defensa y miedo insuperable, e inmediato ingreso en la Central Intelligence Agency para utilizarlo en misiones especiales en América Latina, la última de las cuales tuvo como final su fusilamiento el pasado martes.

—Cuéntale lo de Coralina Morton —propuso Amiel.

—Coralina, la mujer que delató a Barelli, testigo presencial del hecho, se presentó al fiscal para declarar que cuando los tres policías llegaron a la

puerta abierta, su amante les disparó, a mansalva, desde la oscuridad de la sala. Pero ella no pudo concurrir al juicio. El día anterior apareció degollada en la habitación de un hotelucho. Su victimario fue Ahmed Alí Smith, el árabe-yanqui asesino de Smithson y Morgan-Mellow, ¡también reclutado por la CIA!

La señora de Amiel puso sobre la mesita una fuente de papas fritas y unas botellas de cerveza y se sentó, junto a su marido. Colino estaba contándose los dedos de una mano. Cuando llegó al pulgar, recomenzó en el meñique. Al llegar al del medio, le dije:

—¿Qué cuentas, Liorno?

—Cuento muertos, teniente. Pero me falta uno.

—¿Muertos? —dijo Perea.

—Sí. Y de los nueve sospechosos en el caso de esa señora Amorihna... ¡Ah, ya sé! La única que no murió fue Grace Crawford.

—También murió —le dije—. Tessie nos lo contó. La Crawford se hizo adicta a los sicodélicos. Y fue víctima de la **primera reacción**. Se creía todopoderosa. Un día le dijo a su marido, Lefty Lively, que le asqueaba Nueva York y que se iba a Londres, a nado. Se tiró al Hudson y se ahogó.

—Y Lefty?

—Fue condenado a muerte por tirar al agua a su mujer. Cien testigos declararon que ella no sabía nadar.

—¡Cuántos muertos! —dijo la señora de Amiel.

—No te asombres —replicó el capitán—. Así es, sin exageración, **el american way of death**.

—¿Y qué se sabe de Tessie Howard? —preguntó Vladimir Perea.

—Renunció a la herencia, excepción hecha de la esmeralda, que conserva como recuerdo. Por cierto, en el testamento existía una cláusula que preveía tal caso y es por eso que hoy existe en Nueva York el Amorihna do Portobelo Memorial Cemetery, destinado a lugar de eterno descanso de las meretrices asesinadas por razón de su oficio. El año pasado Tessie estuvo en Cuba con su esposo James Donovan. Los acompañaba el joven Tommy Vincenzo. Almorzaron un día en casa, y desde entonces, tía Alberta no hace más que hablar de ellos. Dice que son activos militantes —de las reservas—

revolucionarias y progresistas de Estados Unidos y que, por tanto, no todo está perdido en aquel país.

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy agradecida si recibe de usted su opinión acerca de esta obra, de su presentación y diseño, así como de los títulos editados por esta Colección. Le agradecerá también cualquier otra sugerencia. Nuestra dirección es: Editorial Letras Cubanas, calle G número 505, El Vedado, Ciudad de La Habana.

SOBRE EL AUTOR



JUAN ÁNGEL CARDÍ (Ciudad de La Habana, 1914) narrador y periodista, ha cultivado profusamente el humorismo y el relato policial. En su bibliografía se cuentan: Breve pero muy documentada historia de la prensa, Relatos de Pueblo Viejo, El amor es cosa de dos y **otra docena de títulos, la mayoría inéditos.**

NOTAS

[1] Los nombres y hechos que aparecen marcados con asterisco (*) corresponden a personas reales y a sucesos verídicos, aunque su ubicación en la trama es potestativa de la ficción. Por otra parte, dichos nombres y hechos —por haber sido tomados de periódicos publicados en La Habana durante 1977— no coinciden con el tiempo de la acción de la novela —enero de 1957—, pero indudablemente —y tal es el propósito del autor al usarlos— sí pueden considerarse como coincidentes en el espacio contemporáneo de la decadente sociedad norteamericana. (N. del A.)<<

[2] Narración que sirve de título a un inédito libro de cuentos del propio autor. (N. del E.)<<

[3] Datos, algunos textuales, tomados de «El LSD: una amenaza para la juventud.» El Correo de la Unesco. Mayo, 1968. (N. del A.)<<

Los amantes del género policial encontrarán en *El americano way of death* un clásico argumento de suspense, con la presentación del crimen original (del que se derivan luego otros), las peripecias de las investigaciones y el desenlace sorprendente; pero, por otra parte, el libro se constituye en una sátira, simpática y desmitificadora, de los procedimientos tradicionales de la novela policial burguesa, caricaturizando, en la combinación sobrino-tío, los dos arquetipos del detective privado: respectivamente, el investigador clínico y fogoso (a lo Mike Hammer), y el supersesudo que, a pura deducción, desentraña el misterio desde la soledad de su gabinete (estilo Nero Wolfe). Con una prosa ágil, fluida, de un laconismo hiriente, el autor pone de relieve la corrupción de la sociedad norteamericana en pleno periodo macarthista, con su dantesca fauna de gánsters, drogadictos, meretrices, políticos venales y delincuentes devenidos policías.



Juan Ángel Cardí (Ciudad de La Habana, 1914), narrador y periodista, ha cultivado profusamente el humorismo y el relato policial. En su bibliografía se cuentan: Breve pero muy documentada historia de la prensa, Relatos de Pueblo Viejo, El amor es cosa de Dios y otra docena de títulos, la mayoría inéditos.